

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA



TESIS DOCTORAL

Violencia sexual entre varones en contextos cotidianos y sesiones de
chemsex: estigmas, mitos y tabúes

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Erik Porro

DIRIGIDA POR

José Ignacio Pichardo Galán

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

Programa de Doctorado en Estudios Feministas y de Género



TESIS DOCTORAL

**VIOLENCIA SEXUAL ENTRE VARONES EN CONTEXTOS
COTIDIANOS Y SESIONES DE CHEMSEX: ESTIGMAS, MITOS Y
TABÚES**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

ERIK PORRO

DIRECTOR

JOSÉ IGNACIO PICHARDO GALÁN

Agradecimientos

Este trabajo de investigación doctoral no es únicamente el fruto de un esfuerzo individual, sino que trasciende al propio autor para convertirse en una construcción coral y colectiva. No habría alcanzado la forma ni el contenido que hoy tiene si no fuera por todas las personas que, directa o indirectamente, participaron con sus voces, con sus cuerpos y con sus historias.

En primer lugar, deseo agradecer profundamente a mi madre y a mi padre por creer en mí y acompañar cada uno de mis proyectos. Han representado siempre un punto fijo, un puerto seguro al cual puedo volver en los momentos de incertidumbre y vulnerabilidad.

En segundo lugar, mi gratitud se dirige a mi compañero Tommaso, a mi mejor amigo Gabriele y a todas las personas que, en Italia y en España, han estado presentes a lo largo de estos años y que han enriquecido mi vida de manera invaluable. Un agradecimiento especial al grupo Panoramas y, en particular, a Almendra, Manu y Ameba, por su apoyo en el proceso de edición y corrección gramatical. También a Fer, a quien conocí en mis últimas semanas de trabajo de campo en Barcelona y que, a pesar de la distancia geográfica, continúa llenando mis días de afecto y de risas.

Extiendo un reconocimiento sincero a quienes, desde la academia, me acompañaron y creyeron en este proyecto. A mi director de tesis, José Ignacio Pichardo Galán, y a quienes, de diversas maneras, me brindaron apoyo e inspiración: Óscar Guasch, Livia Motterle, Silvia De Zordo y Sergio Villanueva Besalga.

Asimismo, agradezco a las asociaciones LGBTQIA+ en Italia, como Delos Vicenza y Arcigay Vicenza, que me ayudaron a tejer redes fundamentales para esta investigación. Y, con especial cariño, a todas las personas voluntarias y organizadoras de la ONG Stop en Barcelona, por la hospitalidad, la cercanía y la generosidad con la que facilitaron mi trabajo de campo y las entrevistas necesarias para dar forma a este estudio.

Finalmente, mi gratitud más profunda y solidaria se dirige a todas las personas entrevistadas en Italia y en España. Cuando afirmo que esta investigación no es solamente mía, sino que constituye un esfuerzo coral, lo hago porque está hecha de sus voces y de sus experiencias. Voces intensas, a veces duras e injustamente atravesadas por el maltrato, que, sin embargo, me dieron la fuerza necesaria para continuar en momentos en los que pensé en abandonar.

Porque somos también las relaciones que construimos a lo largo de la vida: amistades que permanecen, otras que se transforman y nuevas presencias que llegan, sea por un tiempo limitado o para quedarse siempre. A todas ellas, gracias de corazón.

ÍNDICE

RESUMEN	11
ABSTRACT	13
1. INTRODUCCIÓN	15
2. METODOLOGÍA	23
2.1. Erótica en la investigación antropológica y enfoque queer	23
2.2. Desarrollo de la investigación, trabajo de campo y limitaciones	31
2.2.1. Trabajos de campo y búsqueda de las personas participantes en Italia y España	32
2.2.2. Limitaciones de la investigación	35
2.2.3. Consideraciones personales	36
3. LA MASCULINIDAD Y SUS DIMENSIONES: CONSTRUCCIÓN SOCIOCULTURAL, ERÓTICA DEL CUERPO Y AGRESIVIDAD	41
3.1. ¿Cómo se aprende la hombría? La tecnología del género y los valores varoniles	46
3.2. El panóptico erótico y el miedo homosexual: del falocentrismo al terror anal	56
3.3. Hombres violentos: la violencia como lenguaje masculino y las derivas homofóbicas	71
4. SOCIO ETNOGRAFÍA DEL CHEMSEX: INTRODUCCIÓN DEL FENÓMENO Y DE LAS PRÁCTICAS EN EL CONTEXTO ESPAÑOL	80
4.1. ¿Qué es el chemsex? Fenómeno cultural, vocabulario compartido, causas de acercamiento y condiciones de vulnerabilidad	82
4.2. <i>Sex, Drugs and Rock'n Roll</i> : sustancias en los entornos chemsex	95
4.3. ¿Es el chemsex siempre problemático?	103
4.4. Deconstruir el chemsex: del paradigma médico-patológico a la metodología con enfoque queer	114
5. VIOLENCIA SEXUAL ENTRE VARONES: DEL CONSENTIMIENTO SEXUAL A LOS MITOS SOBRE VIOLACIÓN HACIA HOMBRES	127
5.1. Historia de la violencia y violencia en la historia: las primeras investigaciones sobre violencia sexual entre varones	128

5.2. De una “cultura de la violación” a una “cultura del consentimiento”	137
5.3. Factores de vulnerabilidad, motivaciones y consecuencias de la violencia sexual intragénero entre varones	153
5.4. Mitos y narrativas sobre violencia sexual intragénero entre varones	167
6. VIOLENCIA SEXUAL ENTRE VARONES EN CONTEXTO CHEMSEX: CONSTRUCCIÓN DEL DESEO MASCULINO, CONSENTIMIENTO Y FACTORES DE VULNERABILIDAD	180
6.1. Masculinidad y construcción del deseo en contexto chemsex	181
6.2. Comunicación, consentimiento y narraciones sobre la violencia en el chemsex	195
6.3. Violencia en contexto chemsex: factores de vulnerabilidad, tipos de violencias y homonormatividad	205
7. VICTIMIZACIÓN SECUNDARIA Y OBSTÁCULOS EN LA DENUNCIA EN CASO DE HOMBRES VÍCTIMAS DE VIOLENCIA SEXUAL POR PARTE DE OTROS HOMBRES	222
7.1. Similitudes y diferencias de estigmas en caso de violencia sexual en contexto no vinculados al chemsex y en sesiones de chemsex	223
7.2. Violencia epistémica y estrategias para contrastar los malos tratos y la segunda victimización	243
8. CONCLUSIONES	275
BIBLIOGRAFIA	280
Tesis doctorales citadas	287
Páginas web consultadas	288
ANEXO I	289

Resumen

El presente trabajo de investigación doctoral, titulado *Violencia sexual entre varones en contextos generales y sesiones de chemsex: estigmas, mitos y tabúes*, tiene como principal objetivo analizar si, en los casos de violencia sexual entre varones, existe una relación entre determinadas construcciones y narrativas en torno a la masculinidad y la presencia de estigmas, discriminaciones y barreras que enfrentan los varones sobrevivientes a estas violencias en el momento de verbalizar lo ocurrido y, en su caso, proceder a su denuncia. Asimismo, la investigación pretende explorar si los estigmas y tabúes asociados a estos hechos se manifiestan de manera distinta cuando la violencia ocurre en contextos considerados generales frente a los que se producen en entornos de chemsex, es decir, en sesiones en las que existe una estrecha interrelación entre el consumo de sustancias psicoactivas y las prácticas sexuales.

Para responder a estos interrogantes, resulta fundamental, en primer lugar, comprender en profundidad qué se entiende por masculinidad, así como los valores, imaginarios y narrativas que configuran socioculturalmente el género masculino. Ello implica indagar en los elementos que se consideran deseables o normativos dentro de dicho constructo, así como en las identidades y expresiones que se sitúan en los márgenes o que son objeto de exclusión por no ajustarse al ideal hegemónico de virilidad. En segundo lugar, se considera imprescindible contextualizar desde un enfoque socioetnográfico el fenómeno del chemsex, lo que incluye un análisis de las sustancias habitualmente implicadas, las prácticas sexuales asociadas, las motivaciones que conducen a las personas a participar en estas sesiones, así como los posibles factores de riesgo. Esta contextualización se ha visto enriquecida gracias al trabajo de campo realizado en colaboración con una organización no gubernamental en la ciudad de Barcelona.

A partir de estos elementos preliminares, la investigación se estructura en dos grandes bloques dedicados al estudio de la violencia sexual entre varones. En el primero, se abordará la visibilización histórica de estas violencias a través de la revisión de la literatura científica especializada y el análisis de las entrevistas cualitativas realizadas. Se examinarán los primeros contextos sociales donde se documentó esta problemática, los obstáculos que enfrentan los varones para reconocerse y ser reconocidos como víctimas, así como los casos de revictimización sufridos en su interacción con profesionales del ámbito sanitario o con las fuerzas de seguridad.

Entre los factores que alimentan estos obstáculos se encuentran mitos profundamente arraigados, como la supuesta impenetrabilidad del cuerpo masculino, derivada de una construcción sociocultural de la erótica centrada en el falo y en miedo hacia el sexo anal, tradicionalmente asociado a una idea de promiscuidad homosexual. Esta visión restrictiva contribuye a delimitar la violencia sexual entre varones como un fenómeno que afectaría exclusivamente a hombres homosexuales, lo que refuerza los estigmas y las narrativas discriminatorias en torno al tema.

El segundo bloque de la investigación se centrará en analizar si dichos mitos se reproducen, se transforman o adquieren matices particulares en los contextos de chemsex, así como en determinar si los tabúes vinculados al consumo de sustancias intensifican o no los sentimientos de culpabilidad y vergüenza de las víctimas. Los testimonios recabados a lo largo de esta investigación sugieren que la presencia de sustancias desinhibidoras y los estados alterados de conciencia que estas provocan no solo dificultan el establecimiento de un clima de empatía y escucha activa al relatar los hechos, sino que también generan un entorno de mayor vulnerabilidad. En este contexto, se identifica un fenómeno de “doble salida del armario”, donde las víctimas deben revelarse simultáneamente como hombres gays, bisexuales o, en general, hombres que tienen sexo con otros hombres (GBHSH) y como personas usuarias de chemsex, lo que agrava los estigmas en los casos de violencia sexual sufrida durante estas sesiones.

Finalmente, una vez identificadas las similitudes y las diferencias entre los distintos contextos de violencia sexual entre varones, el trabajo propone delinear una serie de buenas prácticas orientadas a la reducción de riesgos y daños, así como a la promoción de un trato más respetuoso y una cultura menos estigmatizante y discriminatoria hacia las víctimas. En este sentido, se considera fundamental promover procesos de formación y sensibilización dirigidos tanto a profesionales como a la sociedad en general, con el fin de dismantelar los mitos en torno a una masculinidad monolítica, agresiva y supuestamente invulnerable, que perpetúa la negación y la invisibilización de las violencias sexuales sufridas por los varones.

Abstract

This doctoral research, entitled *Sexual Violence Among Men in General Contexts and Chemsex Sessions: Stigma, Myths, and Taboos*, aims to analyse whether, in cases of sexual violence between men, there is a connection between certain social constructions and narratives of masculinity and the presence of stigma, discrimination, and obstacles faced by male survivors when attempting to disclose or report such experiences. Additionally, this study explores whether the stigma and taboos associated with these incidents differ when the violence occurs in more general settings compared to those linked to chemsex, understood as sessions where sexual practices are closely intertwined with the consumption of psychoactive substances.

To address these questions, it is essential to first establish a comprehensive understanding of masculinity, including the values, imaginaries, and narratives that shape the sociocultural construction of the male gender. This requires an examination of the characteristics deemed desirable or normative within dominant masculine ideals, as well as those identities and expressions relegated to the margins for failing to conform to hegemonic standards of virility. Secondly, it is crucial to provide a socio-ethnographic contextualisation of the chemsex phenomenon, including the substances typically involved, the associated sexual practices, the motivations for engaging in chemsex, and the potential risk factors. This contextual analysis has been enriched by fieldwork conducted in collaboration with a non-governmental organisation based in Barcelona.

Based on these preliminary foundations, the research is structured into two core sections focusing on sexual violence between men. The first section addresses the historical processes of making such violence visible, drawing on both specialised scientific literature and qualitative interviews. It explores the initial contexts where these forms of violence were identified, the challenges faced by men in recognising and being recognised as victims, and the cases of secondary victimisation experienced through interactions with healthcare professionals or law enforcement.

Deeply ingrained myths —such as the supposed impenetrability of the male body, derived from a sociocultural erotic model centred on the phallus and, more specifically, on fear of anal sex, traditionally associated with promiscuous homosexuality— further contribute to framing sexual violence among men as a phenomenon exclusively affecting gay men. This perspective reinforces stigma and discriminatory narratives surrounding the issue.

The second section of the research examines whether these myths persist, shift, or acquire new dimensions in chemsex contexts, and whether the taboos associated with substance use exacerbate feelings of shame and self-blame among victims. The testimonies collected throughout this study suggest that the use of disinhibiting substances and the altered states of consciousness they induce not only hinder the creation of an empathetic and supportive environment when recounting such experiences but also generate increased vulnerability. In this regard, the research identifies a phenomenon described as a “double coming out”, whereby victims must simultaneously reveal themselves as men who have sex with men (MSM) and as chemsex participants, which compounds the stigma in cases of sexual violence occurring within these sessions.

Finally, after identifying the similarities and differences between incidents of sexual violence among men in general contexts and those linked to chemsex, this research proposes a set of good practices aimed at harm reduction and promoting a more respectful, non-stigmatising, and non-discriminatory approach towards survivors. In this regard, training and awareness-raising initiatives targeting both professionals and broader society are considered fundamental to dismantling myths surrounding a monolithic, aggressive, and supposedly invulnerable masculinity that perpetuates the denial and invisibilisation of sexual violence experienced by men.

1. Introducción

Cuando reflexionamos sobre las violencias sexuales entre varones, es posible considerar el tratamiento que este fenómeno recibe en los medios de comunicación: artículos, blogs o telediaris, entre otros. Rápidamente advertimos que las noticias sobre este tipo de acontecimientos son escasas. Ante ello, cabe preguntarse cuál es la razón de tal silencio: ¿se trata de hechos que no ocurren o que son muy esporádicos? ¿O existe, quizás, un mecanismo de invisibilización impuesto o inconsciente? Y, si la respuesta es afirmativa, ¿por qué se invisibilizan estos sucesos? ¿Tienen relación con la narrativa sociocultural de la masculinidad? ¿En qué medida esta narrativa incide en las vidas individuales y colectivas?

Estas preguntas me surgieron en el seno del activismo LGBTQIA+ y queer, a lo largo de un proceso prolongado y continuo de deconstrucción personal y colectiva, favorecido también por la participación, en calidad de facilitador, en diversos grupos de autoconciencia masculina centrados en el ideal y las narrativas de la virilidad. Mi formación académica en filosofía, en primer lugar, y en antropología, con enfoque en estudios LGBTQIA+ y de género, en segundo lugar, otorgó un marco formal a intereses activistas ya presentes. Las preguntas y el interés específico por la violencia sexual entre varones irrumpieron de forma inesperada en el horizonte de estudios sobre la masculinidad y su deconstrucción. El encuentro con el primer joven víctima de violencia sexual por parte de otros hombres —la primera persona entrevistada—, así como la escucha de los obstáculos, dificultades e injusticias sufridas tan solo al intentar verbalizar dicha violencia ante profesionales que, en teoría, deberían brindar apoyo y facilitar los trámites, constituyó el impulso inicial para orientar mi investigación hacia estos temas.

El objetivo general de este trabajo de investigación consiste en analizar el vínculo que se establece entre los varones que sufren violencia sexual por parte de otros varones y una determinada imagen de la masculinidad hegemónica —con sus patrones, rasgos y características—, así como los procesos de invisibilización, revictimización y las dificultades para denunciar que ellos experimentan. Asimismo, se busca estudiar este vínculo en el contexto específico del *chemsex*, es decir, en aquellas situaciones específicas donde se mantienen relaciones sexuales mediadas por el consumo de sustancias psicoactivas, y observar si existen diferencias o similitudes respecto a los casos que ocurren en contextos no vinculados al uso de drogas.

Para abordar este objetivo general, el trabajo se estructura en diversas secciones que se presentan a continuación y que constituyen la columna vertebral del estudio que permitirán dar respuesta a las hipótesis planteadas.

Se arranca con un capítulo dedicado a la metodología empleada. Dado que se trata de una investigación cualitativa con parte del trabajo de campo realizado en Italia y con la otra parte en colaboración con una ONG española con sede en Barcelona, dedicada, entre otras cuestiones, a la atención de la comunidad GBHSH (gays, bisexuales y, en general, hombres que tienen sexo con otros hombres), se ha optado por una metodología que contemple la interacción de estos actores con su entorno, las formas en que instituyen códigos lingüísticos y comunicativos, su argot, los espacios que ocupan y el modo en que los habitan. En general, el trabajo de campo implicó la búsqueda de personas para entrevistar mediante los medios y canales disponibles. En el caso de las entrevistas realizadas presencialmente en la ciudad de Vicenza (Italia), así como en aquellas llevadas a cabo a través de Google Meet con participantes de otras ciudades italianas, se recurrió a redes sociales y a asociaciones LGBTQIA+ del territorio. Para las entrevistas efectuadas en la ciudad de Barcelona, incluido el grupo focal, la red de contacto utilizada fue principalmente la ofrecida por la ONG Stop Sida y, en menor medida, amistades establecidas durante la estancia en la ciudad.

En este capítulo de metodología se detallarán los elementos que han inspirado el desarrollo de esta tesis doctoral, otorgando un papel central a la sexualidad, la erótica y la corporalidad. En una investigación que se propone abordar la violencia sexual, no es posible prescindir de las experiencias disidentes de las personas entrevistadas, de sus trayectorias vitales, ni de su relación con la sexualidad y las alteridades. En este sentido, también se reflexionará sobre la sexualidad del propio investigador como un indicador relevante, que influyó en el acceso al campo, en la creación de redes de confianza y en la participación — aunque mediada por las diferencias— en una historia cultural y comunitaria compartida, con sus valores y símbolos.

Dado que uno de los focos del estudio es comparar los contextos generales de violencia sexual entre varones con aquellos vinculados al chemsex, se expondrán en este capítulo metodológico los pasos seguidos para la recolección de datos: cómo se gestionaron las entrevistas, los medios de búsqueda utilizados, los tipos de preguntas formuladas, las entidades contactadas, así como la organización espacial y temporal del proceso investigativo. Desde la recopilación teórica inicial hasta el trabajo de campo, la grabación de las entrevistas y su posterior análisis y edición, todo el recorrido será abordado. Finalmente, se discutirán las limitaciones del estudio, las dudas surgidas y los cambios de foco investigativo que llevaron a una reestructuración espontánea de la tesis, entendida como un organismo vivo capaz de modificarse en función de los encuentros con un entorno dinámico.

La decisión de situar el capítulo metodológico al inicio, antes del marco teórico, responde a una elección deliberada y, podría decirse, “queer” respecto a la estructura convencional y normativa de una tesis. Este orden obedece a una lógica de diálogo constante entre el marco teórico y los resultados etnográficos: una sinergia en la que los hallazgos del trabajo de campo otorgan cuerpo y realidad a lo teórico, mientras que la teoría contribuye a conceptualizar y formalizar las historias de vida recogidas. Esta interrelación orgánico-vital entre teoría y etnografía hace que la metodología funcione como elemento previo indispensable, cuya tarea es abrir y explicar ese diálogo, preparando el terreno y el humus fértil para comprender el espacio en el que se desarrolla la investigación, así como la resignificación continua de ciertos conceptos y enfoques teóricos ante la presencia de subjetividades disidentes y no heteronormativas.

Los capítulos tres y cuatro, en distinta medida, funcionan como secciones propedéuticas y marcos teóricos a los análisis de casos específicos de violencia sexual entre varones en contextos generales y en sesiones de chemsex. Conviene recordar que, debido a esta estructura dialógica entre lo académico y lo etnográfico-vivencial, el capítulo cuatro puede entenderse como un capítulo híbrido: introducirá elementos clave para la construcción del marco teórico sobre un tema específico, pero incorporará también fragmentos etnográficos que lo sustentan. El capítulo tres estará centrado en consideraciones generales y socioculturales sobre la masculinidad. Dado que la hipótesis principal propone una conexión entre una cierta imagen de la masculinidad y las dificultades para denunciar por parte de varones que han sufrido violencia sexual, se considera indispensable establecer previamente qué entendemos por “masculino” y “masculinidad”.

Si existen mitos, tabúes y mecanismos de marginación e invisibilización que inciden en que los varones víctimas no denuncien, o lo hagan con gran dificultad, estos deben entenderse como productos de un entramado cultural específico, de una narrativa construida socialmente sobre la masculinidad. En este capítulo se abordarán tres ejes principales: se analizará cómo se aprende la *hombria*, cuáles son las expectativas socioculturales asociadas al género masculino, y en qué microcosmos de socialización temprana ocurre este aprendizaje. Se hará una revisión antropológica de distintas formas de masculinidad en diversas partes del mundo, que servirá para reforzar la crítica al esencialismo y al supuesto carácter biológico o innato de los rasgos considerados masculinos, con énfasis en la masculinidad contemporánea y occidental; bajo el umbral de la erótica y del deseo masculino se examinará la distinción entre placeres admitidos y no admitidos socialmente, así como su vinculación con las prácticas sexuales, los deseos y las partes del cuerpo que socialmente merecen gozar. Se discutirá el falocentrismo, la falocracia y el estigma asociado a la

anidad, históricamente entendida como el lugar de la injuria y, por ende, asociada a una supuesta traición de la masculinidad hegemónica, que solo admite el goce a través del pene, en un rol activo y penetrativo; finalmente se hablará de violencia como valor masculino y se abordará cómo la agresividad, la rabia, la competencia y otros atributos considerados tradicionalmente propios de la virilidad son elevados al rango de virtudes, símbolos de fuerza y poder. Esta violencia se reproduce en los micro contextos de socialización homosocial desde la infancia, y es reforzada por los medios de comunicación y las industrias culturales. Se trata de una violencia dirigida hacia aquellas subjetividades consideradas no aptas para formar parte del grupo de los “hombres de verdad”.

Estas consideraciones, especialmente en lo relativo a la sexualidad y la violencia, constituyen un paso fundamental para comprender las posibles motivaciones que subyacen a los actos de violencia sexual entre varones, tanto en contextos cotidianos como en los relacionados con el chemsex.

El capítulo cuatro constituye también un apartado propedéutico, aunque por una razón distinta. Mientras que el capítulo tres es preliminar en un sentido general, ya que no es posible comprender las causas que pueden derivar en violencia sexual entre varones, ni las dificultades para reconocerse como víctimas, verbalizar la experiencia y denunciarla, sin antes detenernos en lo que implica ser hombre y en las expectativas sociales que pesan sobre dicha identidad, el capítulo cuatro representa la condición de posibilidad para analizar una situación específica de violencia entre varones.

Dado que el objetivo de esta investigación no se limita a indagar la relación entre las narrativas de la masculinidad y las dificultades de denuncia entre varones que han sufrido violencia sexual por parte de otros hombres, sino que también busca identificar similitudes y diferencias cuando dicha violencia ocurre en contextos generales versus contextos vinculados al chemsex, este capítulo se centrará en precisar qué entendemos por chemsex.

Enfocado particularmente en el análisis del fenómeno en España y, más específicamente, en la ciudad de Barcelona —escenario donde se desarrolló una parte del trabajo de campo— se pretende demostrar que el chemsex constituye un fenómeno sociocultural complejo, que no se reduce a la mera combinación de consumo de sustancias con prácticas sexuales. El chemsex obedece a dinámicas particulares, donde las sustancias —según su disponibilidad, coste y accesibilidad en el mercado—, tienen como objetivo intensificar el placer, amplificar sensaciones y reducir inhibiciones en el encuentro sexual.

Al tratarse de un fenómeno cultural, se manifiesta y se moldea conforme a los códigos culturales del entorno donde se practica, al argot que lo define y a la historia local que lo condiciona. Asimismo, se encuentra vinculado a una comunidad específica, la GBHSH

(gays, bisexuales y otros hombres que tienen sexo con hombres), aunque, como se analizará más adelante, debido a los cambios sociales, se observa una progresiva incorporación de nuevos actores sociales.

Una vez esbozado el fenómeno del chemsex, el capítulo abordará las sustancias involucradas, sus efectos, las causas del acercamiento a estas prácticas y las condiciones de vulnerabilidad que pueden favorecer la aparición de situaciones de riesgo. Comprender el contexto en el que se enmarca el chemsex es fundamental para detectar posibles dinámicas de violencia sexual que se producen en su seno. La violencia no surge en un vacío: requiere de un humus cultural, conceptual, identitario y contextual que la haga posible.

Finalmente, este capítulo concluirá con una deconstrucción crítica de la imagen social del chemsex, que suele ser retratada por los medios de comunicación como un fenómeno meramente destructivo e inmoral, al igual que las personas que lo practican. Se propone, por el contrario, un acercamiento más prudente y matizado, reconociendo sus posibles implicaciones problemáticas sin caer en reduccionismos o juicios morales. Este enfoque se sostendrá, además, a lo largo del capítulo mediante las aportaciones de las personas entrevistadas, quienes, por razones personales, académicas, de profesionalidad terapéutica o de voluntariado, conocen el fenómeno de cerca y ofrecen una perspectiva menos estigmatizante.

Los capítulos cinco y seis abordan el núcleo temático de la hipótesis de investigación: la comparación entre casos de violencia sexual entre varones en contextos generales y en sesiones de chemsex, con el objetivo de identificar similitudes y diferencias.

El capítulo cinco se centra en el primer macro-contexto donde pueden verificarse violencias sexuales entre varones. En primer lugar, se procederá a una revisión histórica de los momentos en que estas violencias comenzaron a visibilizarse, identificando los factores sociohistóricos que impulsaron el discurso sobre la figura de la víctima masculina. En este sentido, se analizará la influencia de los feminismos de las décadas de 1960 y 1970 y los espacios donde se comenzó a abordar públicamente la violencia sexual entre hombres. Cabe destacar que, para poder llegar al análisis de casos en contextos cotidianos, fue necesario, aunque no exento de resistencias, iniciar previamente el debate sobre la violencia hacia varones en entornos más institucionales, como las cárceles, las jerarquías militares o el deporte profesional.

Otro aspecto central será el del consentimiento y los límites: ¿existen diferencias de género en cuanto a la manera de experimentar y comunicar el consentimiento sexual? ¿Tienen los varones mayores dificultades para expresar sus deseos, necesidades o límites debido a normas culturales que desalientan la vulnerabilidad masculina? Asimismo, se

analizará cómo el entorno social en su conjunto se encuentra impregnado de una cultura de la violación que, frecuentemente, culpa a las víctimas en lugar de responsabilizar a los agresores.

A partir de esta base, se explorarán los mitos que rodean la violencia sexual entre varones, con el objetivo de determinar si existen tabúes específicos asociados a este fenómeno y, en particular, si la narrativa de la masculinidad —esto es, las expectativas sobre cómo “deben” ser, actuar y sentir los hombres— influye y, de ser así, en qué medida. Este análisis se sustentará en bibliografía académica especializada, así como en fragmentos de entrevistas realizadas a profesionales de centros antiviolencia, psicoterapeutas y víctimas de violencia sexual en los contextos italiano y español.

El capítulo seis, estrechamente vinculado con el capítulo cuatro, continúa la reflexión sobre el contexto del chemsex y constituye el primer paso analítico hacia el estudio de los casos de violencia sexual en este entorno específico. Partiendo de que el capítulo socio etnográfico tiene como finalidad introducir el fenómeno del chemsex desde una perspectiva cultural, ahora se trata de profundizar en cómo este contexto puede propiciar experiencias de violencia sexual.

Se inicia con un análisis de la erótica y de la construcción del deseo dentro del chemsex. La presencia de sustancias que desinhiben y amplifican el placer y, en cierto grado, distorsionan la percepción de la realidad, plantea interrogantes clave: ¿reproduce el chemsex los patrones de deseo presentes en la comunidad GBHSH, o permite transgredirlos y experimentar nuevas formas de placer? ¿Favorece una ruptura con la homonormatividad o la refuerza? Se examinará cómo las sustancias son no solo consumidas, sino también erotizadas, incorporadas al circuito del deseo, generando prácticas que, en contextos sexuales más convencionales, podrían no manifestarse.

Un segundo eje de análisis será la gestión del consentimiento dentro de las sesiones de chemsex: ¿cómo se negocian los límites?, ¿se habla explícitamente sobre deseos y rechazos?, ¿hasta qué punto la narrativa de la masculinidad —que sanciona la expresión emocional masculina como signo de debilidad— interviene también en este contexto específico?

Finalmente, tras haber abordado estos aspectos, el capítulo se enfocará en los casos de violencia sexual entre varones en contextos de chemsex. Se parte de la premisa de que la violencia no es un fenómeno aislado, sino que requiere condiciones de posibilidad. Por ello, se describirán las situaciones de vulnerabilidad que pueden propiciarla: las motivaciones que llevan al acercamiento al chemsex, la transformación del mismo en una práctica problemática a causa de factores individuales y comunitarios, el estigma que genera silencio, la desinhibición facilitada por las sustancias, la construcción del deseo que puede excluir

cuerpos no normativos en función de ideales corporales homonormativos, la ausencia de pausas y descansos durante las sesiones, y la falta de comunicación de los límites personales.

Todos estos elementos serán clave para entender por qué y cómo se producen situaciones de violencia sexual en el contexto del chemsex.

El capítulo siete constituye el punto de articulación entre los dos anteriores e intenta dar respuesta a la hipótesis central de esta investigación. Recurriendo tanto a la literatura especializada como a los relatos de vida recogidos en las entrevistas, se busca identificar similitudes y diferencias entre los dos contextos donde puede verificarse la violencia sexual entre varones. Estas diferencias no se limitan únicamente al tipo de entorno, sino que también atraviesan los tabúes existentes, el estigma que rodea a la experiencia de victimización, y las dificultades para verbalizarla y, eventualmente, denunciarla.

A lo largo del análisis, emerge una intersección de factores que contribuyen a reforzar formas específicas de discriminación y de victimización secundaria. En este sentido, se pretende comprender hasta qué punto las representaciones sociales de la masculinidad, así como las narrativas que la sostienen, obstaculizan la visibilización de los hechos violentos. Asimismo, se examina el papel que juega el estigma social asociado al consumo de sustancias, particularmente en el contexto del chemsex, y cómo este puede potenciar sentimientos de marginación, al tiempo que contribuye a una forma de injusticia epistémica y estructural que afecta a los varones que han vivido violencia sexual en esos escenarios.

Todo este recorrido analítico no solo busca profundizar en la comprensión de las condiciones de posibilidad de dicha violencia, sino también proponer, a partir del conocimiento adquirido durante el trabajo de campo en la ONG Stop y de las voces de personas usuarias o ex usuarias de chemsex, una serie de buenas prácticas que puedan ser útiles en distintos niveles de intervención. Estas recomendaciones abarcan tanto medidas personales para una vivencia más consciente del chemsex, con mayor atención a la salud y a los riesgos, como herramientas para quienes acompañan a varones que han sufrido violencia sexual, ya sea en contextos más generales o dentro de sesiones de chemsex, con el objetivo de formar a estos profesionales en la deconstrucción de las imágenes y discursos sociales que sostienen visiones rígidas de la masculinidad y de la sexualidad. También se insiste en la necesidad de fomentar la investigación académica en torno a este fenómeno, todavía escasamente explorado, promoviendo un abordaje más complejo, situado y libre de estigmas.

En todo ello resulta fundamental el fortalecimiento de redes de apoyo, la práctica de la escucha activa, la ausencia de prejuicios y, sobre todo, la visibilización de la violencia sexual entre varones, una realidad que aún hoy permanece ampliamente invisibilizada.

Además de la conclusión, el trabajo incluye el Anexo I que recoge el conjunto de preguntas realizadas a lo largo de las entrevistas, dirigidas a víctimas de violencia sexual, personas usuarias de chemsex y profesionales del ámbito, así como las guías que orientaron el grupo focal.

2. Metodología

La metodología utilizada para abordar este tema se explica a continuación y presenta el proceso de construcción de la presente tesis doctoral, así como se ha avanzado en la introducción. El objetivo general de este trabajo de investigación consiste en estudiar el vínculo que se establece en los varones que sufren violencia por parte de otros varones entre una cierta imagen de la masculinidad hegemónica y la invisibilización, la revictimización y la dificultad en denunciar que experimentan. Además, se quiere estudiar este vínculo para detectar diferencias y similitudes en la violencia sufrida si esta se vivió en contextos más generales o en el contexto del chemsex.

En los dos apartados siguientes se presentan las referencias teóricas que sustentaron el trabajo de investigación cualitativa, así como las reflexiones sobre la sexualidad y la erótica surgidas durante el trabajo de campo, tanto de las personas entrevistadas como del propio investigador. Además, en el segundo apartado se detallan los pasos seguidos para la realización del trabajo de campo, las entrevistas, el grupo focal y, en general, el diseño metodológico de la presente investigación.

2.1. Erótica en la investigación antropológica y enfoque queer

Debido a la formación filosófica mencionada en la introducción y al posterior acercamiento a la antropología, así como a la fusión entre el activismo personal en asociaciones LGBTQIA+ y los estudios académicos más estructurados sobre la disidencia sexual y la vivencia de cuerpos no normativos, surgieron algunas premisas que guiaron tanto la metodología como, en general, el trabajo de investigación: los cuerpos disidentes y las sexualidades no normativas, ¿requieren de un tipo particular de acercamiento que, en el caso de subjetividades más normativas, no sería necesario? Siguiendo esta reflexión, la investigación sobre la dimensión de la sexualidad y los códigos eróticos propios de una comunidad, ¿necesita herramientas que permitan insertar a estos sujetos en el tejido sociocultural reconociendo, al mismo tiempo, su especificidad? En otras palabras, ¿qué necesita el investigador para poder acercarse de una manera ética y respetuosa?

Estas preguntas generaron, especialmente en la fase inicial de la investigación, dudas e inseguridades personales. Este apartado presenta las consideraciones y referencias utilizadas para orientar y clarificar el trabajo. Un primer elemento relevante que hay que mencionar es el cambio histórico-social, a nivel comunitario, en la percepción y en la autopercepción subjetiva que apareció en el 1990 cuando la filósofa Teresa de Lauretis, durante la

conferencia en la Universidad de Santa Cruz en California, acuñó la expresión *Queer Theory* no tanto para

introducir un nuevo, unívoco punto de vista acerca de la sexualidad y de la homosexualidad, sino multiplicar los posibles puntos de vista acerca de los estándares vigentes en la interpretación social y académica de la sexualidad, poniendo en cuestión lo que se entiende como sentido común (Bernini, 2018: 112).

Lo queer que entra en el imaginario común, lo queer que crea otros imaginarios posibles, no sin una profunda crítica e ingentes obstáculos. En ese mismo año, no solamente a nivel académico lo queer empezó a entrar y a reivindicar su espacio dando nuevo sentido a un término históricamente despectivo, sino también a nivel social y cultural. En New York, el movimiento *Queer Nation* visibilizó su manifiesto contra la heteronorma y la profunda patologización y marginalización debido al VIH/AIDS. Les activistes, viviendo con VIH, critican y denuncian las agresiones homobitransfóbicas no como si fueran víctimas que desean integrarse y, por esto, ser lo más invisible posible sino “como sujetos incómodos, ruidosos, desviados, precisamente como queer” (Bernini, 2018: 108).

¿Cómo puede entrar todo esto en la investigación cualitativa?, ¿es posible hablar de una etnografía con enfoque queer?, ¿qué características debería tener a la hora de concretarla en el presente proyecto de investigación? Se busca responder a estas preguntas a través de tres ejes articulados en torno a obras que orientaron el trabajo doctoral desde una perspectiva metodológica. En primer lugar, el interés se centra en los propios sujetos de la investigación cualitativa, en sus experiencias y vivencias. En segundo lugar, resulta pertinente una reflexión sobre el espacio y el tiempo en la investigación cualitativa, así como sobre los conceptos de “campo” y “trabajo de campo”. Finalmente, en tercer lugar, se propone un análisis de lo erótico y de la experiencia encarnada de la investigación, considerando el papel del investigador como cuerpo deseado y deseante, y explorando cómo integrar la dimensión del deseo sin que esta se perciba como un desafío a la objetividad académica.

El propósito de este apartado es, a partir de referencias de autores que han trabajado con metodologías cualitativas en contextos queer, examinar cómo estas propuestas pueden dialogar y armonizar con el presente trabajo doctoral.

Si nos referimos a Ferguson (2013), se puede leer:

Instead, all inquiries that employ interviews, focus groups and open-ended survey questions are qualitative and there is no simple and rational logical perspective on conducting this research.

The essence of qualitative inquiry is that there is no essence and/or logical prescription because each research paradigm and project goals are unique¹ (Ferguson, 2013: 4).

Teniendo como eje central de la investigación a los sujetos y sus historias, se reconoce que cada narración constituye un mundo en sí mismo. Y si bien este principio es válido para cualquier enfoque cualitativo —en contraste con perspectivas más cuantitativas—, en el caso de la comunidad queer resulta imprescindible introducir una mirada queer. Este enfoque busca cuestionar los esencialismos y las universalidades, así como deconstruir los lenguajes, códigos, categorías y definiciones heteronormativas que, incluso de manera inconsciente, pueden guiar el trabajo y el acercamiento de la persona investigadora.

Se parte de la premisa de que los discursos científicos han sido históricamente instrumentos de opresión, invisibilización y colonización ontológica de los cuerpos, además de contribuir a la marginación de subjetividades no conformes a la norma. Frente a la pretensión de universalizar las vivencias, Ferguson sostiene que la investigación debe atender a lo contextual y lo individual —como ya lo hizo la antropología a lo largo del tiempo en crítica al positivismo en sus orígenes—, con un énfasis particular cuando se trata de personas pertenecientes a la comunidad LGBTQIA+. En este sentido, cada sujeto atraviesa el género a su manera y queeriza su entorno, especialmente si forma parte de una comunidad históricamente marginada.

De ahí la necesidad de una metodología sensible al lenguaje y a los códigos comunicativos de las personas queer, que evite reproducir nuevos esencialismos binarios. Escribe: “The only way, I believe, that we are able to understand queer subjectivities is by recognizing cultural and regional specificities of sex and gender vis-a-vis qualitative inquiry that listens to, rather than silences, queer voices”² (Ferguson, 2013: 6). Las subjetividades entrevistadas en este trabajo de investigación son, principalmente, varones gays, bisexuales y, en general, hombres que tienen sexo con otros hombres (GBHSH) que han sufrido violencia sexual por parte de otros varones. Las aportaciones de Ferguson resultaron fundamentales para focalizar las preguntas necesarias con el fin de comprender el contexto de referencia, identificar los posibles obstáculos, elegir el lenguaje más adecuado y, en particular, en lo relativo a las violencias ocurridas en contextos de chemsex, reconocer los

¹ “En cambio, todas las indagaciones que emplean entrevistas, grupos de discusión y preguntas abiertas de encuestas son cualitativas y no existe una perspectiva lógica simple y racional para llevar a cabo esta investigación. La esencia de la investigación cualitativa es que no existe una esencia ni una prescripción lógica porque cada paradigma de investigación y los objetivos de cada proyecto son únicos”.

² “Creo que la única manera de comprender las subjetividades queer es reconocer las especificidades culturales y regionales del sexo y el género a través de una investigación cualitativa que escuche, en lugar de silenciar, las voces queer”.

códigos comunicativos empleados por las personas usuarias, así como los obstáculos y discriminaciones estructurales que enfrentan.

Otro elemento que requiere una lectura queer es el concepto mismo de campo y, en general, el trabajo de campo antropológico. Para desarrollar una etnografía con enfoque queer, centrada en sujetos queer, resulta imprescindible reconocer y enfrentarse a la marginalidad, la disidencia y la liminalidad de estas experiencias. Ello implica adoptar una mirada empática y encarnada, capaz de asumir también la vulnerabilidad y la finitud. Esto no significa que lo teórico y lo académico carezcan de lugar en la investigación, sino que deben emplearse con criterio, reconociendo el punto de partida histórico y cultural, así como los riesgos del binarismo, el colonialismo y el distanciamiento de lo corpóreo y lo vivencial. Además, dado que esta investigación tiene como participantes a hombres GBHSH que han vivido experiencias de violencia sexual —y, por tanto, involucra directamente la sexualidad, lo erótico, la corporalidad y el deseo—, resulta aún más necesario extremar el cuidado metodológico y ético.

Rooke (2010) escribe: “Queering ethnography therefore necessarily involves exploring the normative logics of ethnographic research and writing. This includes interrogating the fictions of ethnographic time and space and the intersubjective nature of the field”³ (p. 29). Como sostiene la literatura, así como existe un tiempo “normativo” en la investigación cualitativa —con etapas delimitadas, un antes y un después necesarios para desarrollar los objetivos y, en general, el proyecto, condicionado por las posibilidades de la beca, los plazos de un *call for papers*, los cursos obligatorios o los convenios en los que “conviene participar”—, existe también un espacio normativo de investigación. Este espacio está marcado, en primer lugar, por códigos sobre cómo redactar el diario de campo, cómo seleccionar a las personas entrevistadas en el marco de una etnografía, qué preguntas formular, qué metodología adoptar y cómo mantener la neutralidad del personal investigador al entrar en el campo. Sin embargo, también es posible plantear una mirada queer del campo, del trabajo de campo y de la posicionalidad, es decir, de la manera en que la persona investigadora ocupa con su propio cuerpo ese espacio.

Tradicionalmente había una cierta imagen del trabajo de campo:

The fiction of the field being *elsewhere* is particularly apparent when fieldwork takes place close to home. In traditional ethnographies the ethnographer goes off to a distant and (presumed) strange culture, dwells amongst the people in a particular village or neighbourhood that he or she

³ “Por lo tanto, la etnografía queer implica necesariamente explorar las lógicas normativas de la investigación y la escritura etnográficas. Esto incluye cuestionar las ficciones del tiempo y el espacio etnográficos y la naturaleza intersubjetiva del campo”.

hopes to understand and describe. He or she then returns from the field changed in the process and through ‘writing up’ makes some sense of both their embodied rite of passage and the culture that it took place within. This is more problematic when the field is close to home⁴ (Rooke, 2012: 29).

Y si añadimos la lectura de Jackman (2010), cuanto más distante se considera el campo, mayor parece ser la validez de la investigación. Los autores reconocen que “salir al campo” constituye casi una ritualidad, una iniciación para los etnógrafos: un salir fuera de sí, adentrarse en lo desconocido, sumergirse en una cultura completamente distinta para regresar enriquecidos. Por el contrario, realizar un trabajo de campo *close to home* (cerca de casa) se percibía como algo menor, incluso rechazado o deslegitimado.

Adoptar una etnografía con perspectiva queer implica retomar los cambios y avances de la antropología: resignificar los conceptos de espacio y tiempo, interrogar qué significa ocupar un lugar en el campo, deconstruir la supuesta neutralidad de los investigadores, cuestionar el fijismo identitario y mucho más. Se trata de analizar cómo estas transformaciones se reflejan en las etnografías con personas de la comunidad LGBTQIA+ y, en el caso de este trabajo, con la comunidad GBHSH.

Cada persona llega al campo con su “mochila”, cargada de filtros para interpretar el mundo. Pretender que esa carga permanezca intacta supone ignorar que toda persona es también un cuerpo que, de manera inevitable, entra en contacto con otros cuerpos. En este sentido, resulta ilustrativa la experiencia de Rooke, investigadora lesbiana que partió de una idea concreta —derivada de su vivencia personal y académica— y que se encontró en el campo con otras mujeres lesbianas, cada una con su propia concepción y experiencia de lo que significa ser lesbiana:

At the start of the fieldwork situation, I felt that I had a stable sense of myself, the meaning of my sexual identity and a future trajectory based on that ontology. However, throughout my fieldwork experience, I was forced to examine my own presumptions and consider the extent to which my particular sense of my lesbian identity, which reflected my experience of the cultural politics of the lesbian feminist culture where my lesbian identity had been formed, was colouring

⁴ “La ficción de que el campo está en otra parte es especialmente evidente cuando el trabajo de campo tiene lugar cerca de casa. En las etnografías tradicionales, el etnógrafo se desplaza a una cultura lejana y (presuntamente) extraña, habita entre la gente de un pueblo o barrio concreto que espera comprender y describir. A continuación, regresa del campo y cambia en el proceso y, a través de la ‘escritura’, da sentido tanto a su rito de paso encarnado como a la cultura en la que tuvo lugar. Esto es más problemático en cuando el campo está cerca de casa”.

my perception of the issues coming out of the research; whether the issues of importance to me were actually relevant to the women I was engaging with⁵ (2010, p. 36).

Y esto se debe a que la etnografía se nutre de intersubjetividades, de encuentros y de emociones. La etnografía en general —y, con mayor énfasis, aquella con enfoque queer— considera este aspecto como un elemento fundamental frente a la pretensión de universalidad y de objetividad fría y científica. Motterle y Roca (2023) subrayan la importancia de los factores siempre inesperados que emergen en un trabajo de campo donde la presencia de otras personas resulta determinante, cuando escriben: “El trabajo de campo pone las cosas en su sitio y te enseña, una y otra vez, que cualquier previsión al respecto es pura fantasía” (p. 113).

Y con esto llegamos al último punto de este apartado teórico: la dimensión de lo erótico en la investigación antropológica. José Antonio Langarita (2015), en su libro *En tu árbol o en el mío*, centra su atención precisamente en este aspecto. A través de su estudio etnográfico sobre el sexo anónimo entre hombres en los espacios de *cruising* de Barcelona, cuestiona la pretensión antropológica de una supuesta asexualidad del personal investigador al entrar en el campo. Langarita señala que, desde sus orígenes, la antropología trazó una división estricta entre lo público y lo privado, relegando la sexualidad y la erótica al ámbito de lo íntimo. Con un planteamiento provocador, se pregunta si realmente es así, dado que la sexualidad y el disfrute de los cuerpos han estado siempre sujetos a regulaciones y restricciones sociales. ¿Por qué existe tanta “policía del género” si la sexualidad se concibe como un asunto privado?, ¿por qué se distinguen deseos y placeres socialmente aceptados y otros rechazados, si supuestamente deben vivirse en la intimidad del hogar? Tal vez —concluye— la sexualidad y lo erótico no sean tan “privados”, sino dimensiones culturales y públicas que, como tales, merecen toda la atención y el análisis antropológico⁶. Motterle y Roca (2023) investigaron, respectivamente, la situación y el intercambio entre clientes y trabajadoras sexuales en páginas web eróticas de pago, en el caso de la primera, y las relaciones

⁵ “Al principio de la situación de trabajo de campo, sentía que tenía un sentido estable de mí misma, del significado de mi identidad sexual y de una trayectoria futura basada en esa ontología. Sin embargo, a lo largo de mi experiencia de trabajo de campo, me vi obligada a examinar mis propias presunciones y a plantearme hasta qué punto mi sentido particular de mi identidad lesbiana, que reflejaba mi experiencia de la política cultural de la cultura feminista lesbiana en la que se había formado mi identidad lesbiana, estaba influyendo en mi percepción de las cuestiones que surgían de la investigación; si las cuestiones importantes para mí eran realmente relevantes para las mujeres con las que me relacionaba”.

⁶ Langarita escribe: “La sexualidad es una forma de socialización sobre la que constantemente se construyen discursos, renunciar a su investigación y análisis significa abandonar un campo que es eminentemente cultural. Abdicar de la investigación social en materia de sexualidad no evita que se sigan produciendo significados discursivos, sino que permite que sean otras ciencias, como la biomedicina, las que se apropien de las explicaciones del sexo” (2013, p. 43).

interculturales surgidas en una agencia de citas en Kiev, en el caso del segundo. Ambos investigadores llegaron a la siguiente conclusión:

Se reconoce que quienes investigamos somos sujetos deseados y deseantes y que partimos del cuerpo para conocer e interpretar la «realidad», pero cuando se trata de abordar las prácticas sexuales/afectivas/eróticas, se regresa a ese mandato del distanciamiento y a esa ansiedad incómoda de sentir que se están transgrediendo principios éticos (p. 106)

Nuevamente aparecen los miedos públicos ante la posibilidad de ocuparse de un tema considerado únicamente privado, como el sexo y la sexualidad. El propósito es abordarlo —si efectivamente la academia lo permite— con todos los matices y las atenciones que merece, siendo plenamente conscientes de que los datos recogidos pueden ser objeto de crítica y rechazo. En cierta medida, ocuparse de instancias sexuales en el trabajo de campo equivale a reivindicar la sexualidad misma. Ser académico-activista, como reconocen Motterle y Roca (2023), significa precisamente eso: “Politizar la investigación o, en otras palabras, comprometerme políticamente desde un punto de vista reflexivo y ético” (p. 121). Puesto que en la investigación antropológica lo sexual y lo erótico deben estar presentes en cuanto dimensiones humanas importantes como otras, resulta fundamental —como ya se afirmó con anterioridad— recurrir a un enfoque queer, con una metodología que deconstruya lo normativo y rechace los códigos binarios y heteropatriarcales preconstituidos. Esto es válido para cualquier grupo humano elegido, y aún más para aquellas subjetividades que, por una razón u otra, desafían lo normativo. Langarita escribe:

Propongo sexualizar la antropología para que sea capaz de superar los binarismos y determinismos culturales construidos para la ideología occidental y que permita dar cuenta de otras realidades sexuales posibles, ya que en la medida en la que el sexo es un ejercicio culturalmente determinado se debería convertir en objeto de análisis de nuestra disciplina (2013, p. 20).

En su estudio —aunque esto se puede extender a muchos otros—, Langarita señala que la sexualidad de los hombres homosexuales que practican cruising debe vincularse no solo con elementos biológicos, sino también con factores históricos, geográficos, con los códigos comunicativos que utilizan entre ellos, las ritualidades, las opresiones individuales y estructurales, entre otros. Todo esto se manifiesta en las vivencias de las personas entrevistadas.

Como último elemento, reconoce Langarita —y ya se había introducido con Motterle y Roca— que no se debe olvidar la sexualidad de la propia persona investigadora, uno de los grandes tabúes de la antropología. Por un lado, la sexualidad es un factor cultural que merece atención como cualquier otro; por otro lado, el personal investigador no solo lleva consigo, al campo, la “mochila” con sus filtros culturales y cognitivos, sino también un cuerpo, un cuerpo sexuado. El “objeto de estudio” en el caso de la etnografía no es más que otro sujeto, y la persona investigadora entra plenamente en el circuito deseante-deseado.

La entrada en el campo implica también esta dimensión: la capacidad de deconstruirse como persona para dejar espacio a otras vivencias y a otras maneras de concebir la relación con la corporeidad. Si, posteriormente, el personal investigador decide no tener relaciones sexuales dentro del grupo estudiado, será por elección propia y no por una presunta pretensión de objetividad científica. En todos los sentidos, la entrada en el campo por parte del personal investigador no es algo neutral, ni para el grupo que va a estudiar ni para él o ella. Rooke (2010) escribe:

Queering ethnography requires a methodology that pays attention to the performativity of a self which is gendered, sex, sexualised, classed and generational in the research process. It demands that the ethnographer work from an honest sense of oneself that is open and reflexive, rather than holding on to a sense of self which provides an ontologically stable place from which to enter into the fieldworld and subsequently come back to⁷ (p. 35).

⁷ “La etnografía queer requiere una metodología que preste atención a la performatividad de un yo que es sexuado, sexualizado, perteneciente a una clase social y a una generación específica en el proceso de investigación. Exige que el etnógrafo trabaje a partir de un sentido honesto de sí mismo, abierto y reflexivo, en lugar de aferrarse a un sentido de sí mismo que le proporcione un lugar ontológicamente estable desde el que adentrarse en el mundo del campo y al que volver posteriormente”.

2.2. Desarrollo de la investigación, trabajo de campo y limitaciones

Todo lo expuesto constituye el punto de partida para analizar los pasos que permitieron la construcción de la presente investigación, puesto que los sujetos y grupos humanos sobre los cuales se focaliza son queer y requieren, en consecuencia, una mirada queer. En el caso específico, se trata de una mirada que tenga en cuenta a la comunidad GBHSH, sus códigos, símbolos y modalidades de interacción. Las consideraciones teóricas consultadas permitieron una reflexión sobre la salida al campo del investigador, sobre el rol que ocupa y sobre su identidad en tanto cuerpo deseable y deseante.

Como elemento preliminar, es preciso señalar que, durante el trabajo de redacción de la presente tesis, se emplearán circunlocuciones tales como “la(s) persona(s) entrevistada(s)”, “el personal investigador” o “las personas usuarias”, así como lenguaje inclusivo, especialmente cuando se haga referencia a personas de más de un género. Un ejemplo concreto: si un autor y una autora escribieron conjuntamente un artículo, se dirá “los autores del artículo”, con el propósito explícito de evitar, en la medida de lo posible, el uso del masculino genérico. Se utilizarán el femenino o el masculino únicamente cuando se trate de artículos u obras escritos por personas pertenecientes al mismo género.

Como se mencionó, esta investigación consta de dos bloques. En el primero se analizan los prejuicios, tabúes y narrativas que dificultan o incluso impiden que un varón víctima de violencia sexual por parte de otro varón logre reconocerse como víctima, verbalizar lo sucedido o denunciar la violencia. Esta primera parte comprende un estudio de la bibliografía de referencia con el fin de esclarecer conceptos tales como: masculinidades y narrativa sociocultural de la masculinidad; mandatos de género; consentimiento; tipologías de violencia sexual hacia lo masculino; contextos en los que puede darse violencia sexual contra varones; y mitos y tabúes que rodean este tipo de violencia.

Los fragmentos citados en el cuerpo de la tesis en su lengua original estarán acompañados, a pie de página, de la traducción correspondiente al español, realizada con el programa DeepL Translate. La presente investigación se compone de un marco teórico —construido a partir de una búsqueda sistemática de material académico, obras, artículos y documentos digitales— y de una parte cualitativa sustentada en entrevistas semiestructuradas. Estas entrevistas se diseñaron siguiendo una lógica que iba de lo más general —para establecer con la persona entrevistada un clima de confianza y respeto— a lo más particular, vinculado directamente con los conceptos antes mencionados.

2.2.1. Trabajos de campo y búsqueda de las personas participantes en Italia y España

Para la selección de participantes, además de recurrir a centros antiviolencia y a espacios que trabajan con masculinidades (como círculos de hombres, asociaciones de autoescucha y ayuda mutua, psicólogos y trabajadores sociales), se elaboró un post explicativo sobre este proyecto doctoral que fue difundido en redes sociales personales, como Instagram y Facebook. En dicha publicación se subrayaba la obligación del personal investigador de garantizar la privacidad y confidencialidad de lo expresado en las entrevistas, cambiando los nombres de los participantes al momento de transcribir las grabaciones. Asimismo, se incluía un resumen de los objetivos de la investigación.

A las personas participantes no se les ofreció una compensación económica, debido a la falta de recursos disponibles para la realización de este estudio. Se garantizó que sus datos personales no aparecerían en ningún momento y se consideró necesario explicar, a quienes respondieron afirmativamente a la invitación, todos los detalles de la investigación, mediante una presentación personal y la explicación de la modalidad del encuentro: online, a través de videollamada, o presencial, según la preferencia de cada participante. En relación con los nombres que aparecen a lo largo del trabajo de investigación, una de las primeras preguntas formuladas antes de iniciar cada entrevista se refería a la posibilidad de que la persona participante eligiera un nombre ficticio. Muchas optaron por mantener su nombre real, mientras que otras prefirieron utilizar un nombre de fantasía. Puede afirmarse, por tanto, que en lo relativo a la identificación se aplicó un criterio de semiprivacidad: se ofreció plena libertad para mantener el nombre propio o adoptar uno alternativo, así como para modificarlo en cualquier momento de la entrevista si el contenido abordaba cuestiones personales, íntimas o especialmente sensibles.

Para las grabaciones se utilizó una grabadora, mientras que la transcripción de las entrevistas se realizó mediante Google Colaboratory. Durante el proceso de edición se prestó especial atención, en la escucha de las entrevistas, a la presencia de ruidos, ambigüedades o pasajes poco claros. En cuanto a los espacios de realización de las entrevistas, se escogieron lugares lo más neutrales posibles, como parques, bares tranquilos o sitios públicos con baja afluencia de personas.

El trabajo de campo se estructuró en dos partes principales. La primera se llevó a cabo en Vicenza, ciudad del norte de Italia. En este caso, las personas entrevistadas residían en la misma ciudad cuando la entrevista era presencial, mientras que, en otros casos, se recurrió a entrevistas por videollamada con participantes de otras localidades. En este primer bloque

—dedicado a la violencia sexual intragénero hacia varones en contextos generales— se realizaron entrevistas con: una psicóloga de un centro antiviolencia de Verona que atiende a personas supervivientes; el presidente de una asociación LGBTQI+ de Vicenza que trabaja principalmente con personas trans y migrantes, y que recibió un caso de violencia sexual hacia varones; dos jóvenes españoles, uno de Madrid y otro de Barcelona, sobrevivientes de violencia sexual; cuatro varones italianos víctimas de violencia sexual; y un doctorando italiano especializado en temáticas kinky y BDSM, con el propósito de profundizar en el concepto de consentimiento en contextos BDSM entre varones, resaltando similitudes y diferencias. En total, se llevaron a cabo nueve entrevistas, cuya traducción al español se realizó, nuevamente, mediante DeepL Translate.

La segunda parte del proyecto se centró en el estudio de la violencia sexual en contextos de chemsex, entendido como el uso intencional de drogas para mantener relaciones sexuales, fenómeno presente en la comunidad gay, bisexual y, en general, en hombres que tienen sexo con hombres (GBHSH). Mientras que el primer bloque incluyó participantes italianos y, en dos casos, españoles, este segundo bloque se limitó a personas que residían en España en el momento de la investigación. Ello fue posible gracias a una estancia de investigación de cuatro meses en Barcelona, en colaboración con la ONG Stop Sida, fundada en 1986 con el propósito de sensibilizar, formar, dar respuestas y defender los derechos de la comunidad frente al impacto del VIH.

Con el tiempo, la ONG amplió sus áreas de acción, creando distintas comisiones, entre ellas: ProtegerSex —servicio dirigido a hombres cis, trans y personas no binarias que ejercen trabajo sexual—, Acompañamiento Positivo —dirigido a personas con VIH—, Educadores de Calle —cuyo objetivo es intervenir en discotecas, saunas, clubes de sexo y zonas de cruising, promoviendo la salud sexual y la prevención de ITS—, Mujeres LBG y Personas No Binarias, entre otras. La comisión con la que se desarrolló el presente trabajo de campo fue ChemSex Support, gestionada tanto por voluntarios usuarios y exusuarios de chemsex como por profesionales (técnicos, trabajadores sociales y psicólogos), con el objetivo de brindar acompañamiento, información y apoyo en temas de reducción de riesgos, efectos de sustancias, salud sexual, entre otros.

Para reclutar participantes fue necesario integrarse activamente en las actividades de la comisión, tanto en espacios de ocio compartido como en jornadas de voluntariado, donde, por ejemplo, se preparaban kits de preservativos y lubricantes destinados a la comisión de Educadores de Calle. Asimismo, se participó en sesiones de formación para nuevas personas voluntarias, tanto en temas comunes a todas las comisiones —ITS, VIH, estructura organizativa de la ONG— como en contenidos específicos de ChemSex Support:

conocimiento de sustancias, combinaciones y efectos, reducción de daños, dimensión sociocultural del chemsex, asesoramiento práctico con especialistas y dinámicas de *role play*. Estas actividades permitieron generar redes de contacto, fortalecer la confianza y propiciar un clima favorable para que las personas compartieran sus experiencias.

En colaboración con el equipo coordinador, también se organizó un grupo focal con personas con amplia trayectoria en la ONG y nuevos voluntarios. Para ello, se elaboró un módulo de consentimiento informado que especificaba los objetivos de la investigación y garantizaba la confidencialidad de la información. No aparecerán los nombres de las personas presentes en el encuentro, sino un código alfanumérico —P1, P2, P3, y así sucesivamente— para referirse a “participante número 1”, “participante número 2”, “participante número 3”, etc. El grupo focal, siguiendo la metodología de Flick (2007), se estructuró con una moderación que proponía preguntas sobre temas específicos —como el significado del chemsex para las personas, la vivencia erótica, las posibles discriminaciones, la verbalización del consentimiento, situaciones de violencia y de denuncia—, dejando posteriormente libertad a las personas participantes para desarrollar sus reflexiones. La sesión duró dos horas, se grabó y transcribió siguiendo el mismo procedimiento que en las entrevistas individuales.

Para ampliar la muestra, se acordó con la comisión la publicación de un post explicativo en la red de Telegram de Stop Sida, dedicada al tema del chemsex, con el objetivo de contactar también con personas ajenas a la ONG. Esta estrategia permitió alcanzar a participantes interesados en colaborar, reforzando la dimensión comunitaria y el tejido social de la ciudad.

En este bloque se realizaron cinco entrevistas con profesionales: dos psicólogos de la comisión ChemSex Support de Stop Sida, un sexólogo, un sociólogo especializado en el impacto sociocultural del chemsex y un trabajador de un centro de atención a personas en situación de calle. A ello se añadieron once entrevistas con usuarios y exusuarios de chemsex, reclutados tanto en el marco de la ONG como fuera de ella, además del grupo focal compuesto por seis personas. En total, el segundo bloque comprendió veintidós participantes, entre entrevistas individuales y el grupo focal.

Para las entrevistas individuales de ambos bloques se estableció, de manera teórica, un tiempo de una hora. Sin embargo, dado que muchos encuentros se realizaron en bares o parques, el desarrollo se prolongó con frecuencia, priorizando el respeto a los ritmos y necesidades de las personas entrevistadas por encima del guion de preguntas o de la duración prevista.

2.2.2. Limitaciones de la investigación

Como puede observarse, esta investigación presenta limitaciones notables en cuanto a la distribución de la muestra: existe un desequilibrio entre las entrevistas sobre violencia sexual intragénero fuera del chemsex (nueve casos) y las realizadas en dicho contexto (veintidós). Asimismo, mientras que en el primer bloque predominó la participación de personas italianas —con la excepción de dos chicos españoles que, por historia de vida, recaían en el bloque de violencia sexual en contextos no vinculados con el chemsex—, en el segundo las entrevistas se concentraron casi exclusivamente en España, principalmente en Barcelona. Este contraste se explica, en gran medida, por el apoyo brindado por la ONG Stop Sida, cuya red de voluntariado y de contactos facilitó la captación de participantes. En Vicenza, si bien hubo colaboración por parte de asociaciones locales como Delos, Arcigay Vicenza y G.A.G.A., no fue posible obtener una cantidad de material equivalente.

Otra limitación reside en la composición de la muestra. En un inicio, se planteó investigar la violencia sexual intragénero en varones de manera más amplia, incluyendo también a hombres heterosexuales. Sin embargo, la totalidad de quienes respondieron pertenecían al colectivo GBHSH. Esto abre interrogantes significativos: ¿la violencia sexual hacia varones heterosexuales no existe o, cuando ocurre, los afectados carecen de recursos simbólicos y sociales para reconocerla, afrontarla y verbalizarla?, ¿este silencio constituye, en sí mismo, un hallazgo, cargado de significados sobre la vulnerabilidad y los límites de la masculinidad heterosexual en nombrarse a sí mismos como víctimas de una violencia sexual perpetradas por otros varones?

En cuanto a la dimensión geográfica, el propósito inicial en el primer año de investigación fue identificar similitudes y diferencias entre Italia y España respecto a la violencia sexual intragénero. No obstante, la dificultad de reclutar participantes, a pesar de la difusión de la convocatoria en redes sociales y asociaciones territoriales, obligó a precisar y acotar el enfoque. Este viraje se consolidó tras la entrevista con el sociólogo español Raúl Soriano, cuando se vislumbró el chemsex como un terreno fértil para la investigación. Aunque este fenómeno era inicialmente conocido de manera superficial por el autor, pronto se reveló como un marco analítico idóneo para delimitar el objeto de estudio.

La colaboración con la ONG Stop resultó determinante: no solo permitió acceder a una muestra más amplia de usuarios y exusuarios de chemsex, sino también organizar un grupo focal. En este sentido, el contexto social y geográfico desempeñó un papel crucial. Barcelona, como gran ciudad con una vida LGBTQIA+ activa, ofreció un entorno propicio para la creación de redes, intensificado además por el período de realización del trabajo de

campo (abril a agosto, en pleno verano). En contraste, Vicenza, ciudad pequeña del norte de Italia, aunque con presencia de asociaciones LGBTQIA+, presentó mayores dificultades para acceder a testimonios, sobre todo tratándose de entrevistas cualitativas sobre violencia sexual entre varones, un tema marcado por obstáculos, silencios y temores a la hora de hacerlo visible y verbalizarlo.

La experiencia acumulada en ambos trabajos de campo, en Vicenza y en Barcelona, condujo a la formulación definitiva de esta tesis doctoral: comparar y analizar similitudes y diferencias en torno a la violencia sexual hacia varones en contextos distintos, con el objetivo de explorar posibles vínculos entre las narrativas socioculturales de la masculinidad y las dificultades que enfrentan los varones sobrevivientes para reconocerse como víctimas, verbalizar su experiencia y denunciarla. Primero en un marco general y, posteriormente, en sesiones de chemsex.

2.2.3. Consideraciones personales

En lo personal, este proceso de investigación ha sido una experiencia intensa y profundamente enriquecedora. Retomando a José Antonio Langarita (2015):

El investigador es un sujeto con inscripciones culturales propias que contribuyen a determinar su mirada sobre el otro. Por lo tanto, la perspectiva etnográfica debe ser producto de un ejercicio reflexivo que implica no solo la redacción del informe etnográfico, sino también al trabajo de campo y al proceso de investigación. El antropólogo, a lo largo de todo su trabajo, se interpela a sí mismo sobre cómo estudiar al otro (p. 19).

Estas palabras resultan fundamentales para comprender el trabajo antropológico y la llegada al campo. La mirada queer se manifiesta también en la conciencia de que todes observamos el mundo desde nuestro propio punto de vista. Pretender eliminarlo para adoptar una posición supuestamente objetiva es imposible y, además, dañino, sobre todo cuando en el centro de la investigación están personas que comparten sus historias de vida.

¿Qué implica tener un punto de vista? Significa llegar al fragmento de mundo que se estudia con la mochila y los filtros mencionados anteriormente. No es posible borrarlos, pero sí asumirlos, reconocerlos, aceptarlos y dejarse afectar por las realidades que emergen en el trabajo de campo.

Por razones éticas y personales se decidió no vivir eróticamente la experiencia de investigación —aunque las posibilidades existían, dado que somos sujetos deseantes y deseados— ni participar directamente en las prácticas de chemsex. La formación recibida en

la comisión ChemSex Support, el contacto con personas usuarias, con o sin consumo problemático, y la forma en que la ONG acompaña a estas personas permitieron una profunda deconstrucción de los estereotipos patologizantes y medicalizantes que el investigador llevaba consigo.

En definitiva, el posicionamiento metodológico adoptado en este trabajo se inscribe en un enfoque de sensibilidad queer, entendido como una perspectiva con capacidad deconstruida frente a la realidad analizada y coherente con las identidades de las subjetividades entrevistadas. Considero que, aunque los filtros personales impidan una aproximación completamente neutra, es posible —al reconocerlos y asumirlos— establecer un contacto empático y respetuoso con las personas participantes. La mirada queer tiene precisamente el propósito de acoger la *queerness* de quienes integran el estudio, evitando aplicar marcos binarios o heteronormativos, y leyendo la disidencia y la diversidad como claves para comprender mejor el contexto en el que se sitúan.

Las entrevistas, como se indicó, fueron semiestructuradas y se ofreció libertad plena para elegir el nombre con el que aparecerían en la investigación, con la única excepción del grupo focal, donde los nombres fueron sustituidos por caracteres alfanuméricos. Entre las limitaciones del estudio se encuentra la dificultad de acceder a una muestra numéricamente equivalente en ambos contextos geográficos, debido a la mayor disponibilidad de participantes en la segunda fase del trabajo de campo gracias a la colaboración con la ONG Stop. Aunque constituye un límite, también revela una respuesta significativa y comprensible dada la delicadeza del tema abordado.

El orden de los capítulos responde a una lógica orgánica: la metodología se presenta en primer lugar y los dos capítulos posteriores cumplen una función propedéutica respecto a aquellos que dan respuesta a la hipótesis doctoral. La inclusión de fragmentos etnográficos dentro del marco teórico obedece a la necesidad de construir una tesis dinámica, en la que teoría y resultados etnográficos se articulen en una relación de sinergia y retroalimentación constante.

En relación con los perfiles de las personas entrevistadas, se concluye la metodología con dos listados de quienes participaron en la presente investigación. Las tablas estarán compuestas por tres columnas: el nombre asignado en el transcurso del trabajo; el lugar en el que se llevó a cabo la entrevista —en algunos casos figurará “entrevista online”, dado que, por incompatibilidades horarias, se recurrió a videollamadas a través de las plataformas Google Meet o Microsoft Teams—; y, finalmente, el perfil de la persona entrevistada, que puede variar desde la profesión o la trayectoria académica hasta la condición de superviviente de violencia sexual o de persona usuaria o exusuaria de chemsex.

El respeto a la privacidad fue un principio esencial y, además, acordado al inicio de cada encuentro. En ambos bloques —el primero, referido a la violencia sexual en contextos generales, y el segundo, vinculado específicamente al chemsex—, se priorizará la presentación de las personas supervivientes o de aquellas que han vivido directa o indirectamente una situación de violencia sexual. Posteriormente, se incluirá a los y las profesionales cuyas aportaciones resultaron igualmente valiosas para la investigación, señalando en estos casos únicamente su ámbito profesional.

A seguir, dos tablas explicativas que se quieren mantener separadas debido a las diferentes necesidades y personas entrevistadas en los dos trabajos de campo:

Tabla 1 Perfiles de personas entrevistadas en el primer trabajo de campo sobre casos de violencia sexual entre varones en contextos generales.

NOMBRE	LUGAR DE LA ENTREVISTA	PERFIL PERSONA ENTREVISTADA
Alessandro	Vicenza	Víctima de violencia
Federico	Entrevista online	Víctima de violencia
Nicola	Vicenza	Víctima de violencia
Francesco	Vicenza	Víctima indirecta de violencia
Javi	Madrid	Víctima de violencia
Dani	Barcelona	Víctima de violencia
Mirco	Padova	Investigador sobre temáticas kinky

Mirko G.A.G.A.	Vicenza	Voluntario centro G.A.G.A. (Gruppo Ascolto Giovani Arcobaleno) en Vicenza (Italia)
Psicóloga Verona	Verona	Psicóloga centro antiviolencia Verona (Italia)

Tabla 2 Perfiles de personas entrevistadas en el segundo trabajo de campo sobre casos de violencia sexual entre varones en contextos chemsex.

NOMBRE	LUGAR DE LA ENTREVISTA	PERFIL PERSONA ENTREVISTADA
Alberto	Entrevista online	Víctima de violencia
David	Barcelona	Voluntario ONG Stop
Gerard	Entrevista online	Voluntario ONG Stop
John	Entrevista online	Persona ex usuaria de chemsex
Leonardo	Barcelona	Voluntario ONG Stop
Miguel	Barcelona	Persona ex usuaria de chemsex
Toni	Entrevista online	Voluntario ONG Stop

Antonio	Entrevista online	Voluntario ONG Stop
Xavi	Entrevista online	Voluntario ONG Stop
Andrés	Barcelona	Persona ex usuaria de chemsex
Javier Sexólogo	Barcelona	Sexólogo
Joaca	Barcelona	Psicóloga ONG Stop
Luca	Barcelona	Trabajador social
Pablo	Barcelona	Psicólogo ONG Stop
Raúl	Entrevista online	Sociólogo

Finalmente, los participantes del grupo focal fueron identificados únicamente con la letra P (de *participante*) seguida de un número, a fin de preservar su anonimato en la transcripción de la discusión. El grupo estuvo conformado por seis personas: algunos voluntarios con amplia trayectoria en la ONG Stop y otros recién incorporados, en el marco de la formación anual que la organización ofrece en sus distintas comisiones. En este caso, la comisión de referencia fue ChemSex Support. Así, los seis participantes quedaron designados como P1, P2, P3, P4, P5 y P6.

3. La masculinidad y sus dimensiones: construcción sociocultural, erótica del cuerpo y agresividad

¿Qué significa ser hombre?, cómo sugiere Simone de Beauvoir (1949) con respecto a las mujeres, ¿podemos decir que también en relación con lo masculino no se nace varón, sino que se llega a serlo?, ¿en qué medida ocurre esto?, ¿cuáles son los procesos de construcción del género masculino y cuáles son las consecuencias a nivel individual, de entorno cercano y comunitario?, ¿existen valores deseables y valores socialmente considerados negativamente tanto que encarnarlos supone una marginación social?, y finalmente, ¿qué tiene que ver todo esto y cómo influye en los casos de violencia intragénero entre varones?

En 2009, entre comunidades online de *gamers*, foros, Reddit, Twitter, blogs e YouTube, comenzó a circular una palabra que, en 2013, se popularizó gracias al libro de Ian Ironwood *Manosphere: A New Hope for Masculinity*. La *manosphere* —en español *manosfera* o *machosfera*, en italiano *androsfera* o *maschiosfera*— no constituye un grupo monolítico, sino un conjunto de comunidades principalmente activas en línea. Cada una presenta particularidades, pero todas comparten una misma premisa: el poder del varón, debilitado por los movimientos feministas, estaría en crisis, y los hombres estarían perdiendo privilegios que consideran “naturales”.

Estos grupos masculinizantes y virilizadores emplean diversas estrategias para explotar miedos e inseguridades individuales, difundiendo discursos victimistas, misóginos, antifeministas, LGBTQIA-fóbicos y racistas.

Según la guía española de García-Mingo y Díaz Fernández (2020), las “tribus” de la *manosfera* persiguen un objetivo común: restaurar una masculinidad en crisis y liberar al mundo de los feminismos para reinstaurar el patriarcado. Inspirados en la filosofía de la píldora roja (*red pill*) de la primera película *Matrix*, sostienen que solo quienes toman la píldora descubrirán la supuesta verdad del mundo y podrán combatir la gran conspiración contra la masculinidad y su “predisposición natural” al mando y la dominación.

Aunque internet ha facilitado en las últimas décadas la consolidación y difusión de estos movimientos, sus raíces proto-manosféricas pueden rastrearse ya en el contexto de la tercera ola del feminismo⁸, es decir, en los años de los movimientos sociales y civiles de los sesenta

⁸ Existen estudios que definen esta como la segunda ola, sosteniendo que la primera es la de los movimientos Sufragistas, mientras que otros consideran que ya durante el periodo de la Ilustración hubo una primera ola de proto-feminismos aunque de mujeres puntuales y normalmente aristocráticas y con privilegios, véase los escritos de Olympe de Gouges (1791) y Mary Wollstonecraft (1792). Para dar el correcto espacio también a estos proto-movimientos —aunque todavía no se podía hablar de grupos de mujeres contra las instancias patriarcales— se decide considerarlos igualmente como la primera ola y, entonces, como segunda los movimientos sufragistas del siglo XIX y la tercera con los movimientos de los sesenta y setenta.

y setenta, cuando los feminismos reclamaban un espacio social que superara las categorías de madre y consorte —y contaban con el apoyo de movimientos masculinos aliados—, surgieron también reacciones de indignación por parte de varones que interpretaban aquellas luchas como el origen de una pérdida de privilegios.

Siguiendo a Armengol (2022), los movimientos de las minorías —primero la comunidad afrodescendiente, después los feministas y los homosexuales, que reivindicaban derechos fundamentales de autodeterminación, de espacio social y de libertad para vivir la propia sexualidad, cuestionando la norma heterosexual y los privilegios de los hombres blancos, heterosexuales y burgueses— contribuyeron al nacimiento de las investigaciones conocidas como *men's studies*. Escribe el autor:

Tradicionalmente, el cuerpo masculino se había definido como fuerte, estoico e impenetrable, a salvo de la enfermedad, la decrepitud o el agotamiento. De este modo, el soldado estadounidense se había representado como musculoso, potente, viril, agresivo, es decir, como epítome de la masculinidad tradicional (p. 29).

En crítica a este modelo de masculinidad y a la hegemonía que arrastraba, se pueden reconocer dos olas en los *men's studies*. Una primera, directamente vinculada a los movimientos de las minorías de los sesenta y setenta, se ubica en la década siguiente. Su propósito central era analizar el privilegio y dismantelar la disparidad de género. El problema de fondo, sostiene Armengol, era que la masculinidad blanca, cis, heterosexual y burguesa seguía siendo la medida y el eje de referencia de cada reflexión, aunque bajo una mirada deconstructiva.

La segunda ola, a partir de los noventa, cuando los estudios sobre la masculinidad comenzaron a consolidarse como campo académico autónomo, se centró en desmontar la idea de que existe una única masculinidad. En cambio, se planteó que potencialmente hay tantas masculinidades como varones en el mundo; que la noción de masculinidad cambia con el tiempo, según el lugar geográfico, la cultura de referencia, la etnia, la lengua y las categorías que estructuran un mundo social específico. La masculinidad blanca, en este sentido, no sería más que una entre otras muchas posibles.

A ello se añaden otros hitos históricos. Connell y Messerschmidt (2005) señalan que el concepto de masculinidad hegemónica surgió en torno a 1982 en Australia, en diálogo con las olas feministas y los movimientos de las minorías. Los autores la definen de la siguiente manera: “La masculinidad hegemónica fue entendida como el patrón de prácticas (es decir, cosas que se hacen, no sólo un conjunto de expectativas sobre el rol, o una identidad) que

permite la continuidad de la dominación de los hombres sobre las mujeres” (p. 36). De aquí surgieron conceptos como el de masculinidad subordinada, apareció la idea de que la masculinidad hegemónica, en cuanto sistema de privilegios, control y poder no se rige sola, sino que depende de subjetividades subordinadas. Este ámbito de estudio alimentó los estudios contextuales sobre la masculinidad hegemónica, como los estudios vinculados con el deporte, con el mundo laboral, con lo cotidiano o desde una perspectiva criminológica y penitenciaria. Los estudios sobre masculinidades empezaron a desmontar la idea esencialista según la cual todo estaría inscrito en la biología binaria macho-hembra para proponer una perspectiva más contextual, histórica y culturalmente determinada. Connell y Messerschmidt siguen diciendo:

En última instancia, también deberíamos tomar en cuenta la institucionalización de las equidades de género, el rol de las construcciones culturales y la intersección de las dinámicas de género con la raza, la clase y la región. [...] Son las relaciones prácticas de los hombres y niños con las imágenes colectivas o los modelos de masculinidad, más que sus simples reflejos, las que son centrales para comprender las consecuencias generizadas en la violencia, la salud y la educación (pp. 42-43).

En oposición a los *men's studies* apareció una corriente que buscaba subrayar la necesidad de un retorno a los antiguos valores masculinos y patriarcales. Kaufman (1997) y Armengol (2022) se refieren a los movimientos mitopoéticos, que alcanzaron gran notoriedad en los años ochenta como reacción frente a las aproximaciones feministas en el campo de los estudios de género.

Estos movimientos se basaban en la idea de una supuesta y alarmante “feminización” del varón, cuyo origen remontaban a la revolución industrial, cuando los padres pasaban la mayor parte del tiempo trabajando y los niños crecían casi exclusivamente con las madres. La ausencia de la figura paterna en la educación de los hijos varones, sostenían, habría producido debilidad, pérdida de poder y falta de virilidad, poniendo en cuestión el privilegio esencialista del género. Como respuesta, promovían salidas y convivencias exclusivamente masculinas para “fortalecer la hombría”, ya fuera cazando, viviendo al aire libre y alimentando la camaradería.

En la misma década surgieron también los primeros movimientos proto-manosfera, en particular los MRA (*Men's Rights Activists*), es decir, los movimientos por los derechos de los hombres. Estos grupos defendían que el feminismo era la causa de una discriminación estructural contra los varones. Ejemplos de ello serían —según su perspectiva— los casos de violencia sexual, donde a las mujeres siempre se las creería, incluso en situaciones de

falsedad; o las disputas por la custodia de los hijos, de donde nacería también el grupo de los *Father's Rights Activists*. Para estos colectivos, los hombres serían víctimas de un sistema que solo podía comprenderse y dinamitarse mediante la famosa píldora roja.

Con la expansión de internet, los movimientos antifeministas de la manófera se diversificaron en múltiples tribus. Entre ellas destacan los PUA (*Pick Up Artists*), los “artistas de la seducción”, que mediante tutoriales en YouTube, TikTok u otras plataformas difunden consejos para “conquistar” a las mujeres, reduciéndolas a objetos, presas o trofeos. Todo ello se plantea como un juego destinado a contrarrestar la supuesta *hipergamia femenina*, la creencia de que las mujeres solo se sienten atraídas por varones físicamente atractivos y portadores de la mejor carga genética para la reproducción.

Otro nivel en esta red se observa en los MGTOW (*Men Going Their Own Way*), los “hombres que siguen su propio camino”. Según su lectura de la *red pill*, vivimos en una sociedad *ginocéntrica*, diseñada por y para las mujeres, donde los varones estarían cada vez más marginados. Como respuesta, proponen distanciarse progresivamente de ese mundo, enfocarse únicamente en el trabajo y, en última instancia, apartarse también de las relaciones con mujeres.

Así lo resumen García-Mingo y Díaz Fernández (2020):

El primer nivel, denominado como píldora violeta, consiste en la toma de una conciencia parcial acerca del ginocentrismo social, aunque todavía se cree en el matrimonio. En segundo nivel, el hombre rechaza el matrimonio, las relaciones duraderas y la cohabitación con mujeres, optando por relaciones de corta duración. El tercer nivel se caracteriza por una renuncia a salir con mujeres, y finalmente, en cuarto nivel, el hombre limita todas las relaciones no sólo con las mujeres, sino con la sociedad y el estado en general. La masculinidad MGTOW se basa entonces en un estoicismo de autocontrol que pretende romper cualquier comunicación con las mujeres para salvaguardar la soberanía masculina (p. 17).

Para terminar, aunque las tribus de la manófera se renuevan y ramifican constantemente, destaca el grupo de los INCELS (*Involuntary Celibate*). Según ellos, los varones tendrían un derecho innato a mantener relaciones sexuales con las mujeres; sin embargo, ellas — consideradas malvadas— les negarían ese privilegio que ellos ven como “natural”. Se sienten, por tanto, discriminados por la sociedad y responden con un profundo desencanto hacia el mundo. En sus expresiones más extremas, estas posiciones se traducen en atentados. Un caso llamativo es el de Alex Minassian, un joven de 26 años que en 2018, en Toronto,

mató a diez personas conduciendo una furgoneta, para después publicar en Facebook: “*The Incel Rebellion has already begun! We will overthrow all the Chads and Stacys!*”⁹.

Con todo lo anterior hemos intentado esbozar un cuadro opositivo. Por un lado, se han presentado los avances y conquistas de los feminismos y de los movimientos sociales de las minorías, especialmente a partir de las décadas de los sesenta y setenta —aunque conviene reconocer que dichos logros fueron posibles gracias a procesos históricos previos que prepararon el terreno para luchas más visibles e intensas. Estas movilizaciones permitieron cuestionar una identidad que, hasta entonces, permanecía en silencio: no porque careciera de voz, sino porque se asumía como medida de todas las cosas, como punto fijo e incuestionable. Armengol (2022) escribe: “Es cierto que con frecuencia los hombres no parecen ser conscientes de su género, probablemente porque los mecanismos que nos hacen ser privilegiados tienden a permanecer invisibles para nosotros mismos” (p. 12). Posteriormente se empezó a hablar de masculinidad, de privilegio masculino, de la necesidad de una lucha contra el binarismo y contra la hegemonía basada en una supuesta superioridad fisiológica, dando inicio a los *men’s studies*. Por otro lado, emergieron en reacción movimientos de varones que interpretaron los avances de las minorías como una amenaza a sus privilegios, y que respondieron con miedo, resistencia y discursos profundamente tóxicos.

Es precisamente en este dualismo donde queremos situarnos, para abrir el espacio a las reflexiones sobre las masculinidades que constituyen el núcleo de este primer capítulo de la investigación. Aquí se abordan tres ejes temáticos que serán funcionales para los capítulos siguientes. No podemos hablar de violencia sexual entre varones, de victimización secundaria, de discriminaciones e invisibilidades en las narraciones de las personas supervivientes, sin antes analizar la construcción social de la masculinidad: cuáles son los valores que delimitan el abanico de posibilidades y de imposibilidades de acción y de pensamiento.

Precisamente, este capítulo y el siguiente —el capítulo cuatro— constituyen y consolidan el marco teórico de la presente investigación. Ambos se centran en temáticas diferentes, aunque igualmente necesarias para contextualizar y sustentar la presentación de los resultados etnográficos.

⁹ Para aclarar, la comunidad tiene un conjunto de términos para referirse a las otras personas. Los *Chads* son los chicos que lo logran. Ellos son guapos, deseados por las mujeres por determinados rasgos estéticos. Las *Stacys* son las mujeres inalcanzables, con características estereotipadas, guapas, seductoras y más.

3.1. ¿Cómo se aprende la hombría? La tecnología del género y los valores varoniles

Uno de los primeros pasos en este apartado consiste en comprender qué significa ser hombre y qué implicaciones conlleva tanto a nivel individual como colectivo. En la introducción del capítulo se puso el foco en el concepto de masculinidad hegemónica, que presupone la existencia de masculinidades subordinadas: aquellas que no cumplen con los cánones y mandatos impuestos por el modelo dominante. Como afirman Connell y Messerschmidt (2005): “El concepto masculinidad hegemónica supone la subordinación de masculinidades no hegemónicas, y este proceso ha sido bien documentado en diferentes ámbitos a nivel internacional” (p. 47). Ahora, retomando las consideraciones anteriores sobre la masculinidad, se propone dar un paso más allá y preguntarse cuáles son las características masculinas que estos grupos consideran perdidas a causa de los movimientos feministas y de otras minorías. Asimismo, interesa indagar si tales características o valores están ya inscritos en los cuerpos de los hombres, o si más bien constituyen elementos socioculturalmente construidos. De este modo, se abre la reflexión sobre las consecuencias y expectativas que delimitan los márgenes de pertenencia, los criterios que marcan un *dentro* y un *fuera*: quiénes “merecen” ser reconocidos como parte de la comunidad masculina y quiénes quedan excluidos.

En este sentido, la autora bell hooks, en su libro *The Will to Change* (2004), rememora un episodio de su infancia. Ella era una niña fuerte, luchadora, a veces agresiva y valiente, mientras que su hermano tendía a ser más tranquilo, tierno y amistoso. Su padre no aceptaba esas disposiciones: la reprendía a ella por no ser lo suficientemente “femenina” y a su hermano por no cumplir con los atributos esperados de la “masculinidad”. A partir de esa experiencia, hooks inicia sus reflexiones sobre el patriarcado, que define de la siguiente manera:

Patriarchy is a political-social system that insists that males are inherently dominating, superior to everything and everyone deemed weak, especially females, and endowed with the right to dominate and rule over the weak and to maintain that dominance through various forms of 29 psychological terrorism and violence¹⁰ (pp. 29-30).

¹⁰ “El patriarcado es un sistema sociopolítico según el cual los hombres son por naturaleza dominantes, superiores a todos los que consideran débiles, en particular a las mujeres, y tienen derecho a guiarlas y gobernarlas y a mantener esa dominación mediante diversas formas de terrorismo psicológico y violencia”.

A este fragmento puede sumarse la aportación de Lorenzo Gasparrini (2020), quien entiende el patriarcado como un mecanismo de control que se sirve del sexismo como dispositivo de poder. El autor establece, en este punto, un paralelo con el racismo:

Il sessismo è lo strumento, la tattica politica e sociale con il quale si attua l'oppressione patriarcale. [...] Così come il razzismo nacque quando una sedicente "razza" si inventò una storia di superiorità culturale per depredate e violentare impunemente le altre "razze", allo stesso modo negli anni '60 in Francia si cominciò a usare *sexisme* per indicare quella cultura – e le sue parole, i suoi prodotti – inventata a bella posta per certificare che gli uomini eterosessuali, invece di altri o altre, avevano il diritto di stare in tutte le principali posizioni di potere della società, dal seggio politico al capofamiglia¹¹ (pp. 5-6).

Gasparrini reconoce que el patriarcado, en tanto dispositivo de poder y control, se vincula estrechamente con la concepción tradicional de la familia, donde el padre detenta el rol de mando. Bajo esta lógica, se asignan privilegios a las personas en función de características biológicas concretas: tener una genitalidad específica se convierte en fundamento de autoridad y legitimidad. Esta asignación no suele cuestionarse; al contrario, se da por sentada como si estuviera inscrita en la naturaleza misma. Este esencialismo actúa de forma invisible y silenciosa: traza divisiones, delimita espacios admitidos y espacios prohibidos, regula subjetividades, pensamientos, acciones y expresiones, y convierte a los cuerpos individuales en el eje sobre el cual se enraízan las normas que moldean el género.

En esta misma línea de pensamiento esencialista, Connell (1997) subraya la existencia de una creencia según la cual, dado que la masculinidad es innata, también lo serían los rasgos asociados a ella: la fuerza, la agresividad, el poder, la dominación, la valentía, entre otros. Esta perspectiva suele apoyarse en referencias a diferencias biológicas, hormonales o fisiológicas.

Frente a esta visión, en las aportaciones de Fausto-Sterling (2006 [2000]) — particularmente a partir de los debates impulsados por el feminismo de tercera ola— resalta que es el género el que moldea las conductas. Pensar, por ejemplo, que las niñas “no comprenden” las matemáticas o que los niños “no entienden” la poesía o el arte no responde a diferencias cerebrales, genéticas u hormonales, sino a un proceso de construcción social de los sujetos “mujer” y “hombre”. En este proceso, la interiorización de normas no escritas

¹¹ “El sexismo es la herramienta, la táctica política y social con la que se aplica la opresión patriarcal. [...] Al igual que el racismo nació cuando una «raza» autodenominada inventó una historia de superioridad cultural para saquear y violar impunemente a otras «razas», en los años sesenta en Francia se empezó a utilizar el sexismo para referirse a esa cultura -y a sus palabras, sus productos- inventada a propósito para certificar que los hombres heterosexuales, y no otros, tenían derecho a estar en todos los principales puestos de poder de la sociedad, desde el escaño político hasta la cabeza de la familia”.

puede llevar a que los niños lleguen a convencerse de que ciertas ramas del conocimiento son adecuadas para ellos y otras no. Según esta hipótesis, esa interiorización tendría incluso efectos neurobiológicos: activaría determinadas áreas cerebrales e inhibiría el desarrollo de otras, en un proceso de generización de los propios cerebros.

Connell (1997) y Kimmel (1997) coinciden en que este sistema de poder, esta tecnología del género, aunque se apoye en diferencias corporales, es impuesto por un entramado sociocultural: es contextual, relativo y sujeto a cambios temporales. En una misma cultura puede variar a lo largo del tiempo, y de una cultura a otra se observan distintas formas de entender, aprender y transmitir la masculinidad. Como reconoce Connell (1997): “Ninguna masculinidad surge, excepto en un sistema de relaciones de género” (p. 36).

Estos datos permiten dar un paso más en el núcleo de la cuestión. En la misma línea de lo que sostenía Simone de Beauvoir —“no se nace mujer, se llega a serlo”—, Sanfélix (2020) afirma que no es la genitalidad, la presencia de pene y testículos, lo que define a un hombre, sino un “disciplinamiento de los cuerpos esculpido por el género” (p. 98).

Un primer ejemplo antropológico de cómo una cultura forja una forma específica de ser hombre, naturalizando ciertos rasgos hasta convertirlos en incuestionables, lo ofrece la investigación de Bourdieu (2000 [1998]). En la población bereber de la Cabília, el dominio masculino se sostiene en un “falónarcisismo” inmutable a lo largo del tiempo. Las diferencias biológicas al nacer se convierten en diferencias sociales, políticas y comunitarias, presentes en la vida cotidiana, desde los espacios que una persona puede ocupar hasta la división de la casa y de los lugares públicos. En este caso, la anatomía refleja y alimenta lo sociocultural. Bourdieu escribe:

Así pues, la definición social de los órganos sexuales, lejos de ser una simple verificación de las propiedades naturales, directamente ofrecidas a la percepción, es el producto de una construcción operada a cambio de una serie de opciones orientadas o, mejor dicho, a través de la acentuación de algunas diferencias o de la escotomización de algunas similitudes (p. 14).

La fuerza del dominio masculino reside en la perfecta naturalización del poder: no se cuestiona, no requiere justificación ni enunciaciones que lo validen.

En otros contextos sociales volvemos a la idea de un género moldeado y entrenado por lo social. Siguiendo a Gilmore (1994), este disciplinamiento de los cuerpos masculinos, señalado también por Sanfélix (2020), exige aprobación, visibilidad y la superación de pruebas de hombría. Aunque no puede universalizarse la asociación entre masculinidad, fuerza, valentía, riesgo o superación de límites, en muchas culturas los varones deben

enfrentar pruebas duras y desafiantes desde la infancia para ser reconocidos como miembros legítimos de la comunidad. Gilmore describe, por ejemplo, las prácticas entre la población masái, donde los niños son sometidos a vejaciones, insultos y pruebas de resistencia, o entre los bosquimanos, donde se les exige demostrar destreza, aguante y capacidad de caza. La narrativa de la masculinidad en estas culturas también establece contraejemplos: los varones que no logran superar las pruebas se convierten en figuras de advertencia, modelos a no seguir. Gilmore escribe: “Siendo una condición restringida, siempre hay hombres que no superan la prueba. Son los ejemplos negativos, los incapaces, los hombres que no son hombres, despreciados y ridiculizados para inspirar conformidad con el glorioso ideal” (p. 28). Tampoco es necesario ir muy lejos para observar cómo el aprendizaje masculino pasa por la evaluación de un conjunto de rasgos considerados deseables. Siguiendo los postulados de Gilmore, y analizando las características de la hombría mediterránea —aun con las diferencias culturales presentes—, el autor afirma que persiste un patrón común:

En el área mediterránea, la mayor parte de los hombres se identifica por completo con una imagen de masculinidad que forma parte de su honor y reputación personales. Esta imagen no sólo brinda respeto a su portador, sino que también proporciona seguridad a su familia, linaje o pueblo, ya que estos grupos, al compartir una identidad colectiva, reflejan la reputación del hombre y ésta, a su vez, les protege (p. 42).

En este sentido, conviene relativizar y tener en cuenta los cambios temporales; sin embargo, es cierto que, en cierta medida, se mantiene la idea del honor, de la visibilidad colectiva de la masculinidad y de la reproducción de unos valores que excluyen toda posibilidad de mostrar debilidad o, como señala el propio autor, de ser “flojo”.

Un ejemplo lo encontramos en la entrevista con Lorenzo, un joven de un pueblo andaluz, donde se percibe la importancia que, a nivel comunitario, se otorga a demostrar “ser un hombre de verdad”. Lorenzo era un chico tranquilo, apasionado por la lectura y el estudio, que a menudo prefería quedarse en casa —pese a que, en su contexto, la hombría se demostraba únicamente en el exterior: en la plaza, en los bares, en el continuo intercambio con otros hombres de experiencias, relatos y conquistas— y, además, no tenía suerte con las chicas. La conquista sexual, la capacidad de defender la propia propiedad y el éxito económico se concebían como elementos que alimentaban la idea de un varón válido, de un hombre triunfador que encarnaba plenamente lo que se definía como hombría:

Ampliando el contexto, hombría se refiere a una actitud valiente y estoica frente a cualquier amenaza; y más importante aún, significa defender su honor y el de la familia. No supone

agresividad en sentido físico, sino una lealtad inquebrantable al grupo social que señala la última disuasión ante una provocación. El control de la violencia siempre se basa en la capacidad para la misma, por lo cual la reputación es vital (p. 53).

En algunos de los contextos analizados por Gilmore —Andalucía, el sur de Italia, Turquía o Grecia—, aunque con diferencias en la manera de manifestar la masculinidad, reaparecen estas exigencias de demostración de virilidad. En consecuencia, jóvenes como Lorenzo son considerados sospechosos, pues desafían lo que se entiende como el comportamiento correcto de un varón.

En los contextos occidental¹² más contemporáneos se pueden ver aún disciplinamientos continuos. Incluso antes de nacer, en el momento en que se conoce el sexo biológico —y aquí habría que añadir también a las personas intersex, sometidas a la obligación de una elección sexual sin su consentimiento para encajar en el binarismo normativo—, ya se generan expectativas: qué colores podrán atribuírsele, cómo pintar la habitación, qué juguetes y qué ropa comprarle. Desde ese instante comienza la implantación del género.

En los primeros contextos que le niño ocupa, empezando por el entorno familiar, se puede ver una diversificación y una *educastración*¹³ emotiva. Pacilli (2020) escribe: “Il mondo emotivo dei bambini rispetto a quello delle bambine diventa sempre più angusto, condannato ad essere schiacciato sotto un numero sempre più ristretto di emozioni che è possibile esprimere, o addirittura provare”¹⁴ (p. 61). Los padres tienden a comportarse de manera diferente: con las niñas emplean un lenguaje más cariñoso, fomentando juegos estáticos vinculados al cuidado, mientras que con los niños adoptan un trato más duro, impulsándolos

¹² A pesar de las dificultades de entender lo que efectivamente significa “occidental”, sí hay parámetros geográficos, culturales e identitarios para definir lo que es “occidental” y lo que no lo es. Viene en nuestra ayuda Guasch (1993) que en una nota a pie de página escribe que nos podemos referir a “una serie de rasgos sociales, ideológicos, políticos, económicos y culturales que son frutos de un conjunto de hechos históricos acontecidos en Europa y América. La suma de las éticas protestante y católica, la Revolución Francesa y la Revolución Industrial conforman el carácter del Occidente” (p. 107).

¹³ Este término, traducido de manera literal del italiano “educastrazione” aparece en la obra *Elementi di critica omosessuale* escrita por Mario Mieli (1977). Refiriéndose a la lectura psicoanalítica de Freud, Mieli afirma que las pulsiones sexuales están presentes también en la fase infantil, pintando la pulsión infantil como “polimorfismo perverso” porque ya tiene adentro las así denominadas “persiones” cuales sadismo, masoquismo, homosexualidad, voyerismo, exhibicionismo, etc. Mieli (2022⁵) escribe: “La società repressiva e la morale dominante considerano “normale” soltanto l’eterosessualità – e, in particolare, la genitalità eterosessuale. La società agisce repressivamente sui bambini, tramite l’educastrazione, allo scopo di costringerli a rimuovere le tendenze sessuali congenite che essa giudica “perverse”. [...] L’educastrazione ha come obiettivo la trasformazione del bimbo, tendenzialmente polimorfo e “perverso”, in adulto eterosessuale, eroticamente mutilato ma conforme alla Norma” (p. 17); “La sociedad represiva y la moral imperante sólo consideran «normal» la heterosexualidad y, en particular, la genitalidad heterosexual. La sociedad actúa represivamente sobre los niños, mediante la *educastración*, para obligarles a eliminar las tendencias sexuales congénitas que considera “perversas”. [...] El objetivo de la educastración es transformar al niño, que tiende a ser polimorfo y “perverso”, en un adulto heterosexual, eróticamente mutilado pero conforme a la norma”.

¹⁴ “El mundo emocional de los niños, comparado con el de las niñas, es cada vez más estrecho, condenado a quedar exprimido bajo un número cada vez menor de emociones que pueden expresarse, o incluso sentirse”.

hacia juegos físicos como la lucha, el fútbol o el baloncesto. Sobre este punto, Bourdieu (2000 [1998]) escribe:

La masculinización del cuerpo masculino y la feminización del cuerpo femenino, tareas inmensas y en cierto sentido interminables que, sin duda actualmente más que nunca, exigen casi siempre un tiempo considerable de tiempo y de esfuerzos, determinan una somatización de la relación de dominación, de ese modo naturalizada. A través de la doma del cuerpo se imponen las disposiciones más fundamentales, las que hacen a la vez *propensos y aptos* para entrar en los juegos sociales más favorables al despliegue de la virilidad: la política, los negocios, la ciencia, etc. (p. 43).

Los procesos de masculinización y feminización nunca concluyen, sino que son promovidos de manera continua por el mundo social en el que cada persona nace y crece. Otros espacios en los que el niño aprende a performar su género aparecen desde la primera infancia hasta la adolescencia: la escuela, los pares, los primeros amigos con quienes comparte experiencias, los equipos deportivos y otros ámbitos similares. En una etapa de profunda inseguridad como la juventud, los grupos de iguales ofrecen un sentido de refugio y de experimentación. Marqués (1997) afirma:

La pandilla de varones interviene crucialmente en el período de la adolescencia en el que el muchacho, aunque ya informado durante la niñez de lo que es propio o impropio de un varón, se siente inseguro de su capacidad de convertirse en un auténtico varón, ya que tiene que romper con los hábitos de la niñez, no sólo porque ya no es un niño, sino porque todas las connotaciones de la niñez son oficialmente femeninas (p. 25).

El binarismo y la tecnología del género persisten. La presencia de los pares se convierte en un instrumento de vigilancia y de sanción, de aceptación o rechazo en función del cumplimiento de los códigos compartidos. Sanfélix (2020) señala: “La masculinidad comienza a definirse por negación. Marca de los límites de la pertenencia al grupo y genera la consciencia del castigo impuesto por no cumplir las normas” (p. 99). Todo ello confirma, una vez más, que la genitalidad no basta. El investigador escribe a continuación:

Pero para conseguir formar parte del grupo (pertenencia que implica ventajas) no vale solo el cuerpo, como ya hemos apuntado. Hay que hacer lo que dicen los iguales, comportarse como ellos, participar de sus espacios, imitar a los ídolos que señala la fraternidad, asumir conductas de riesgo que nos permitan demostrar nuestra valentía (exigida socialmente), etc., lo que sin duda condiciona la biografía masculina, siempre llena de luchas, de competitividad y de riesgos que

perfilan una masculinidad obsoleta y sin sentido en tiempos actuales, al menos en algunos de sus valores fundamentales (p. 100).

Se habla de un proceso de aprendizaje de la masculinidad que implica una fase de mimesis: la imitación de los pares en sus comportamientos, gustos, deportes preferidos, formas de hablar y de expresarse, incluso en la elección de los colores permitidos para la ropa. En paralelo, se desarrolla un proceso de educastración y de auto-castración, que consiste en eliminar todas aquellas costumbres culturalmente asociadas con lo femenino, incluidas —al menos en la infancia y la adolescencia temprana— las compañías femeninas. En definitiva, la masculinidad no es algo innato, sino que se aprende mediante largos procesos de negociación y autolimitación.

Dentro del mismo grupo de pares —como recoge Sanfélix a partir de Marina Subirats—, ya hacia los 14 o 15 años se produce una consolidación y asimilación de los códigos masculinos. El grupo vigila, premia o condena según los rituales que propone. La masculinidad, por tanto, debe demostrarse de manera constante. Rasgos como la valentía, el riesgo, la agresividad o la rabia se convierten en atributos centrales. Pacilli (2022) habla en este sentido de una alexitimia normativa: la incapacidad de nombrar los estados emocionales internos debido a la ausencia de una educación al respecto. Cuando no existen palabras ni definiciones, tampoco existen emociones diferenciadas, y todo queda reducido a una niebla emocional informe que, por comodidad y aceptación cultural, se canaliza a través de la rabia y la violencia. Sanfélix ejemplifica esta dinámica con rituales como el de lanzarse desde una roca a un río o lago para obtener el consenso del grupo:

Menos banal todavía resulta la situación del novicio incapaz de superar la prueba, el temeroso que no puede mostrar miedo pero que su cuerpo le delata. Si no salta se sentirá excluido y percibirá cierto malestar consigo mismo. Quiere hacerlo, pero está asustado. Si finalmente salta, no saltará él, sino su masculinidad, puesto que no lo hace por diversión, sino por exigencia social del grupo de iguales (p. 117).

Este aprendizaje no se limita al ámbito de los pares. La sociedad en su conjunto, los medios de comunicación e incluso la cultura popular —con películas de acción donde predominan la sangre, el honor herido que debe restablecerse o la venganza— refuerzan una forma concreta de ser varón. Lo mismo ocurre en la música, en los videojuegos¹⁵ o en los

¹⁵ Vease tesis doctorales *Videojuegos, género y masculinidades* (2023) de José Antonio Martín Vela y *La invisibilidad de la masculinidad en los videojuegos mainstream* (2024) de David Santos Velado.

vestuarios masculinos, donde la desnudez se convierte en un espacio para fortalecer la camaradería y, al mismo tiempo, competir a través del tamaño del pene.

Es cierto que los tiempos cambian y, hoy en día, incluso a los “hombres de verdad” se les permite cuidar de su piel o de su rostro. No obstante, ese cuidado sigue estando supeditado a fines funcionales, sin sobrepasar el límite de un *skincare* masculino orientado a obtener energía y rendir mejor en la rutina diaria. El culto al cuerpo musculoso, por su parte, remite a la disciplina que el varón debe mantener: control y autocontrol como prueba constante de su valor ante los demás¹⁶.

La vigilancia y la necesidad de demostrar la hombría no cesan nunca; siempre están expuestas a revisión y a juicios negativos. El disciplinamiento de los cuerpos, de los pensamientos y de las costumbres debe ser continuo e inacabado. El cuerpo masculino se construye y se concibe socialmente como una máquina indestructible, fuerte y poderosa, no merecedora de cuidados, ya que estos remiten a la debilidad, a lo femenino y, en consecuencia, a la necesidad de ayuda. En relación con la salud, Pacilli (2022) señala lo siguiente:

Un vero uomo è forte, il suo corpo è invulnerabile alla malattia e il manifestare preoccupazione per le malattie è un chiaro segnale di debolezza e scarsa mascolinità. Il risultato è che gli uomini assumono meno precauzioni e sottostimano maggiormente i rischi che le proprie azioni possono avere per la salute¹⁷ (p. 83).

La asunción de riesgos y la banalización de conductas peligrosas —o potencialmente dañinas para la salud física, mental y emocional— se observan en múltiples ámbitos de la vida de los hombres. Aparecen en el deporte, en la búsqueda de una competitividad tóxica y violenta, en la negativa a reconocer el cansancio o en el empeño por superar constantemente los límites del propio cuerpo. También en el trabajo, donde, a pesar del estrés y las presiones, se impone la exigencia de mostrarse siempre perfectos, competentes, preparados y competitivos, nunca débiles o dubitativos. Resulta interesante, en este sentido, establecer un paralelismo con la película *American Psycho* (2000) y la obsesión perfeccionista de su protagonista. Se trata de un ejemplo extremo, pero que permite vislumbrar cómo la virilidad se conecta con la esfera laboral.

¹⁶ Estamos conscientes de la generalización que aquí se está haciendo. Por supuesto, no para todos los varones existen estos empujes sociales y no todos los varones toman el gimnasio como una prueba para demostrar su propia hombría. Lo que se pretende hacer es desdibujar lo que, a nivel social, viene considerado “virtuoso” para un varón.

¹⁷ “Un hombre de verdad es fuerte, su cuerpo es invulnerable a las enfermedades, y mostrar preocupación por las enfermedades es un claro signo de debilidad y falta de masculinidad. El resultado es que los hombres toman menos precauciones y subestiman más los riesgos que sus acciones pueden tener para su salud”

La falta de cuidado se manifiesta también en la salud mental masculina. Bonino (2009) afirma que lo masculino se rige sobre dos “ideologías” fundamentales: por un lado, la exacerbación de la autonomía individual; por otro, la búsqueda constante de la autorrealización¹⁸, la demonización y consiguiente eliminación de las otredades que no encajan en los ideales masculinos. En este punto, el autor retoma el trabajo de los psicólogos norteamericanos Brannon y David (1976), quienes definieron cuatro imperativos de la masculinidad. El primero puede resumirse así: “No tener nada de mujer (*no sissy stuff*)”. Ser varón supone, por tanto, rechazar cualquier característica culturalmente atribuida a las mujeres —consideradas inferiores— como la pasividad, la vulnerabilidad, la emocionalidad, la dulzura o el cuidado hacia los demás. Aquí se pone en juego la dicotomía macho/maricón, con su derivación hetero/homosexual (Bonino, 2009: 48).

El segundo imperativo responde a la máxima “ser importante” (*the big wheel*), entendida como la necesidad de ejercer poder sobre las demás personas mediante logros, éxitos y la demostración de una superioridad sustentada en la trayectoria vital. El tercero consiste en ser “duro” (*the sturdy oak*): autónomo, autosuficiente e independiente, incapaz de mostrar emociones que no sea la rabia o vulnerabilidades. Finalmente, el cuarto puede traducirse como “mandar a los otros al infierno” (*give 'em hell*), lo que implica no pedir ayuda ni necesitar de nadie, ni en el ámbito laboral ni en el afectivo o emocional. Bonino añade, además, un último imperativo de la masculinidad, que remite al respeto absoluto de las reglas y de las jerarquías establecidas:

La masculinidad se sostiene en el no cuestionamiento de sí, de las normas y de los ideales grupales (los de la masculinidad incluidos), en el estar contenido en una estructura y en la obediencia a la autoridad o a una causa, obligándose a sacrificar lo propio con la ilusión (casi siempre incumplida) de que algún día el varón será dueño de sí (o al menos de alguien/algo) (p. 49).

Ahora bien, ¿qué consecuencias tiene todo esto en la salud de los varones? La presión constante por alcanzar la perfección, el miedo al fracaso, la sensación permanente de tener que superarse y de demostrar la propia hombría convierten cada gesto, palabra, opinión o elección en una posible amenaza de deslegitimación. El esfuerzo por encajar en la “jaula” de la masculinidad nunca se considera suficiente: siempre hay que recomenzar. La imposibilidad de hablar de heridas interiores, de momentos de vulnerabilidad, tristeza o preocupación repercute de manera significativa en la salud masculina.

¹⁸ Bonino, 2009: 46.

Incluso la alimentación se encuentra generizada. Pacilli pone como ejemplo a la población Hua de Nueva Guinea, en cuya cultura existen dos tipos de alimentos asociados a los géneros. Los *koroko* son considerados fríos, húmedos y suaves, vinculados a lo femenino; los *hakeri*, en cambio, son calientes, duros y secos, culturalmente asociados a lo masculino. Si una mujer consume alimentos *hakeri* no representa ningún problema, pero si un varón ingiere alimentos *koroko*, se interpreta como una traición al propio género y una forma de desvirilización.

Aunque pueda parecer un ejemplo “exótico”, nuestra propia cultura también asigna género a la comida. El cuerpo masculino se concibe como fuerte y activo, por lo que “necesita” más energía. De ahí que se considere que un varón debe comer más que una mujer, despreocupándose de dietas y privilegiando alimentos proteicos, como la carne roja. Este alimento, en particular, se asocia simbólicamente con la caza y con la asunción de la fuerza del animal muerto y cocinado. Sobre ello, Pacilli escribe: “A differenza delle donne, da cui ci si aspetta socialmente che mangino poco, da un uomo ci si aspetta che mangi molto, che non badi troppo alla dieta da seguire e che sia un grande consumatore di carne rossa”¹⁹ (pp. 71-72).

¹⁹ “A diferencia de las mujeres, de las que se espera socialmente que coman poco, de los hombres se espera que coman mucho, que no se preocupen demasiado por su dieta y que sean grandes consumidores de carne roja”

3.2. El panóptico erótico y el miedo homosexual: del falocentrismo al terror anal

Si en el primer apartado se quiso mostrar, de manera general, cómo se aprende a ser hombres, ahora se pretende dar un paso más en la comprensión de la construcción de la masculinidad, deteniéndose en dos elementos que constituirán la columna vertebral de los capítulos siguientes: la sexualidad y la violencia masculinas.

¿Por qué es tan importante hablar de sexualidad? ¿Qué peso tiene la educación sexual masculina en el propósito de esta investigación? La sexualidad no es un dato neutro ni meramente privado, a pesar de lo que el mundo social sostiene. Está sujeta a un control cultural continuo, y los varones reciben ya a partir de los primeros años de la adolescencia una educación sexual transmitida por los pares, los medios de comunicación, la pornografía y otros agentes. Todo ello tiene como objetivo perfilar y delimitar lo que cada hombre debe aprender a lo largo de su vida por el simple hecho de serlo. Costumbres, conductas, deseos e incluso pensamientos se hallan bajo una vigilancia continua destinada a identificar aquello que no encaja y, en consecuencia, silenciarlo, marginarlo o discriminarlo por ser diferente. Si ya se ha señalado que la educación masculina implica la condena de cualquier rasgo culturalmente asociado a lo femenino, cabe preguntarse: ¿qué consecuencias tiene esto cuando hablamos de sexualidad?

La lectura antropológica de Gilmore (1994), centrada en la cuenca mediterránea y en la manera de entender y forjar lo masculino, también alude a cómo debe configurarse el deseo y la sexualidad del varón. Retomando el ejemplo de Lorenzo, el joven de un pueblo andaluz, se observa que su dificultad para relacionarse con las chicas —debido a su timidez e introversión— era percibida como signo de su “inutilidad” social e individual como varón, puesto que la sexualidad masculina se concibe culturalmente como predatoria, agresiva y conquistadora. Además, estos valores tienen que alimentar una finalidad reproductora y, por consiguiente, heterosexual. Según la tradición, afirma Gilmore, aunque se considera positiva la búsqueda de múltiples aventuras sexuales durante la juventud, el mandato social establece que, una vez casado, el marido debe honrar a su esposa y, por supuesto, darle hijos. Gilmore (1994) escribe:

Más allá de la simple libertad sexual, la prueba última es la aptitud para la reproducción, es decir, preñar a la esposa. En Italia, por ejemplo, sólo el embarazo de la mujer puede validar la masculinidad del marido. [...] En la España meridional, la gente desprecia al hombre casado que

no tiene hijos, sin que importe lo sexualmente activo que haya sido antes de casarse. Lo que cuenta es el resultado, no los preliminares (p. 51).

Si a esto añadimos lo que Pacilli (2022) sostiene, al advertir que vivimos bajo la convicción de que todo lo relacionado con la sexualidad pertenece a lo natural, a lo instintivo, a lo animal en el ser humano, concluimos que: “La maggior parte dei comportamenti sessuali che esprimiamo segue dei veri e propri copioni che rispondono alle norme socioculturali del momento”²⁰ (p. 94). La sexualidad, como cualquier otro aspecto de la vida humana, responde a reglas. Lo íntimo está regulado por lo público, que determina lo que es lícito y moral y lo que no lo es. De nuevo, los modelos sociales —cambiantes, como lo son los tiempos, y diversos según el contexto cultural de referencia— marcan cada conducta humana. Películas, medios de comunicación, grupos de pares, así como los contextos familiares y educativos moldean la mirada sobre el mundo y ofrecen herramientas para ser parte activa y valorada de la comunidad.

En este sentido, cabe destacar por ejemplo el papel de la pornografía. Un trabajo etnográfico significativo es el llevado a cabo por Fernández, Masanet y Villanueva Baselga (2023) en cuatro escuelas de Barcelona. En él, se incluyó a 181 jóvenes de entre 14 y 22 años con el fin de analizar el rol educativo que la pornografía puede desempeñar en los primeros años de descubrimiento de la propia sexualidad, hasta qué punto influye en la percepción de la otredad y si existen diferencias de género en su consumo. Les investigadores detectan: “However, there were some boys who associated the imagery of porn with their desires and expectations of future sexual relationships and used it as their main educational resource”²¹ (p. 55). Y con respecto a la percepción de la pornografía según el género de pertenencia —en el estudio había identidades de género masculinas, femeninas y no binarias— en la misma página escriben:

Gender differences in self-identification with pornographic representations are striking. When young people compared their own embodied sexual experiences with those represented in mainstream porn, female participants tended to argue that mainstream porn broke their expectations since it was perceived as “unnatural” or “not real”. Girls more often identify mainstream porn with the male and heteronormative gaze and refer to it as generating distrust,

²⁰ “La mayoría de los comportamientos sexuales que expresamos siguen guiones que responden a las normas socioculturales del momento”.

²¹ “Sin embargo, hubo algunos chicos que asociaron las imágenes del porno con sus deseos y expectativas de futuras relaciones sexuales y lo utilizaron como su principal recurso educativo”.

disappointment or even adding pressure to what it is expected for them to be doing in sexual relations, for instance regarding poses, body appearance and types of practices²².

También la pornografía, por tanto, ejerce un papel en la formación y construcción de la sexualidad. Retomando el eje central, se observa que la masculinización constituye un proceso largo y continuo que moldea los cuerpos nacidos con características consideradas social y culturalmente masculinas. Forja identidades, instituye normas y alimenta patrones vinculados con el “llegar a ser” un hombre. La máquina tecnológica de la diferenciación de género, el “llegar a ser el género” es un proceso que prevé “a differentiation of bodily pleasures and parts on the basis of gendered meanings”²³ (Butler, 1999 [1990]: 89). Lo que la autora reconoce, citando a Monique Wittig (1973), es lo que también Preciado posteriormente retoma en su *Manifiesto contra-sexual* (2002) en la medida en que escribe: “La contra-sexualidad afirma que el deseo, la excitación sexual y el orgasmo no son sino los productos retrospectivos de cierta tecnología sexual que identifica los órganos reproductivos como órganos sexuales, en detrimento de una sexualización de la totalidad del cuerpo” (p. 20). Se habla aquí de un régimen que actúa sobre los cuerpos individuales y que los castra, imponiendo prácticas sexuales, deseos y pensamientos admitidos, mientras excluye otros. En este proceso se dibujan los códigos erógenos, “iluminando” únicamente aquellas partes del cuerpo que merecen ser fuentes de placer según un ideal normativo previamente establecido y, sobre todo, naturalizado y esencializado. Butler, por ejemplo, sostiene:

Pleasures are said to reside in the penis, the vagina, and the breasts or to emanate from them, but such descriptions correspond to a body which has already been constructed or naturalized as gender-specific. In other words, some parts of the body become conceivable foci of pleasure precisely because they correspond to a normative ideal of a gender-specific body. Pleasures are in some sense determined by the melancholic structure of gender whereby some organs are deadened to pleasure, and others brought to life²⁴ (pp. 89-90).

²² “Las diferencias de género en la autoidentificación con las representaciones pornográficas son sorprendentes. Cuando los jóvenes compararon sus propias experiencias sexuales corporales con las representadas en el porno convencional, las participantes femeninas tendieron a argumentar que el porno convencional rompía sus expectativas, ya que lo percibían como «antinatural» o «no real». Las chicas identifican más a menudo el porno convencional con la mirada masculina y heteronormativa y dicen que genera desconfianza, decepción o incluso añade presión a lo que se espera de ellas en las relaciones sexuales, por ejemplo en lo que respecta a las poses, el aspecto corporal y los tipos de prácticas”.

²³ “una diferenciación de los placeres y las partes del cuerpo en función de los significados de género”

²⁴ “Se dice que los placeres residen o emanan del pene, la vagina y los pechos, pero tales descripciones corresponden a un cuerpo que ya ha sido construido y naturalizado de acuerdo con la especificidad de género. En otras palabras, ciertas partes del cuerpo se convierten en puntos de apoyo concebibles del placer precisamente porque corresponden al ideal normativo de un cuerpo connotado según un género específico. En cierto sentido, los placeres están determinados por la estructura melancólica del género, a través de la cual algunos órganos se apagan al placer mientras que otros salen a la luz”.

Órganos “apagados”, oscurecidos por la norma y los dictámenes (hetero)normativos. Nada de esto constituye un acto neutral. Pensar que, en la totalidad corpórea masculina, únicamente el pene puede acceder al placer implica, en consecuencia, que solo determinadas prácticas están permitidas; la geografía erógena queda reducida y constreñida por esa misma norma. Las prácticas admitidas conllevan, inevitablemente, deseos permitidos, y todo ello produce una educastración que impacta en las subjetividades sobre las que esta educación violenta se ejerce. La geografía erótica de los cuerpos, como señala Preciado (2022), queda restringida a aquellos órganos considerados dignos de placer, lo que privilegia “el pene como único centro mecánico de producción del impulso sexual” (p. 22). De ahí se derivan roles y patrones masculinos, expectativas, presiones sociales, toxicidad, marginación, discriminación y alienación, entre otros efectos. Preciado prosigue su análisis afirmando:

En el régimen heterocentrado, la limitación y la reducción de las zonas sexuales son el resultado de las definiciones disciplinarias médicas y psicosexuales de los supuestos órganos sexuales, así como de la identificación del pene y del supuesto punto G como centros orgásmicos. En todos estos puntos, la producción del placer depende de la excitación de una sola zona anatómica, fácilmente localizable en los hombres, pero de difícil acceso, eficacia variable e incluso existencia dudosa en las mujeres (p. 31).

Las prácticas y placeres admitidos son aquellos vinculados con la actividad, la valentía, la fuerza y el poder. Lo varonil no contempla prácticas que impliquen sumisión, en virtud de la *falocracia* que moldea los cuerpos masculinos y sus deseos. En breve se abordará el tema del terror anal y del miedo a la homosexualización, pero conviene ahora detenerse en los mandatos eróticos que emergen de estas consideraciones.

Pacilli (2022) identifica tres mandatos principales que configuran el placer masculino, ya educastrado, como se ha señalado. El primero es el mandato de la heterosexualidad. Al igual que en otros ámbitos de la masculinidad, pertenecer al grupo de los “hombres de verdad” constituye un desafío continuo e inacabado, ya que cualquier cuestionamiento o duda puede anular los esfuerzos previos por demostrar la hombría. La virilidad se encuentra estrechamente ligada a la heterosexualidad. En este sentido, los dos grandes temores de la hombría son la feminidad y la homosexualidad. Pacilli habla, por ejemplo, del pensamiento hetero (*thinking straight*)²⁵ definiéndolo así:

²⁵ Donde la palabra “straight” tiene el doble sentido de heterosexualidad y de lo que es correcto, recto, no incurvado. Término fuertemente cargado de connotaciones axiológicas y morales.

Pensare etero consiste nel ritenere che l'eterosessualità sia un fenomeno universale non modificato nella sua espressione dalla storia o dalla cultura, vuol dire considerare l'eterosessualità come non solo la migliore, ma anche l'unica espressione possibile nell'orientamento sessuale di una persona, un evento naturale e sano, e tutto ciò che non si etichetta come eterosessuale diventa innaturale e patologico²⁶ (p. 97).

La *homo-isteria* que deriva empuja a los varones a eliminar cualquier elemento personal, corporal y emotivo que pueda, en cierta medida, hacer que los pares los conecten a la debilidad, a la feminidad, a la no-heterosexualidad.

El segundo mandato es el de la compulsividad, que alimenta la idea de que la sexualidad masculina es irrefrenable, permanentemente activa e infatigable. En los discursos de los vestuarios, en los grupos de Telegram y en otras redes sociales, así como en las expresiones del sentido común, se tiende a justificar a los varones con el argumento de que “no pueden controlarlo”. Se esencializa una animalidad del deseo masculino hasta tal punto que resulta impensable, incluso patológico, imaginar que un hombre pueda no tener ganas. Cuanto más activos sexualmente son, cuanto más largo es el listado de parejas sexuales —mujeres, por supuesto—, tanto mejor son evaluados por los demás.

Las mujeres, por el contrario, son consideradas “buenas mujeres” cuando presentan una baja carga sexual, cuando su listado de hombres es corto y cuando toda su energía sexual se orienta a dar placer a su pareja masculina. En este sentido resultan muy relevantes y llamativas las investigaciones de Ela Przybylo sobre las identidades asexuales. La autora subraya en sus trabajos dos imperativos de la sociedad que denomina *sexusociety*. Por un lado, sostiene que la célula básica que estructura la convivencia comunitaria es el sexo, lo que implica dar por sentado tanto la existencia de la sexualidad como del deseo sexual en los demás. Así, en contextos sociales diversos —la escuela, el trabajo, las amistades— se presupone la presencia de deseo sexual, lo que genera en las personas asexuales una fuerte presión a la hora de interactuar y las lleva a experimentar marginalidad y exclusión social, incluso dentro de la propia comunidad LGBTQIA+. Como afirma Przybylo: “Thus, in both queer and heteronormative contexts, asexual people experience social exclusion and isolation as a result of the assumption that sex and sexuality are universal and inherent to interpersonal bounding”²⁷ (Przybylo, 2016: 188). El “imperativo sexual”, sumado a la

²⁶ “Pensar heterosexual es creer que la heterosexualidad es un fenómeno universal inalterado en su expresión por la historia o la cultura, es considerar la heterosexualidad no sólo como la mejor, sino como la única expresión posible de la orientación sexual de una persona, un hecho natural y saludable, y todo lo que no se etiquete como heterosexual se convierte en antinatural y patológico”.

²⁷ “Así, tanto en contextos queer como heteronormativos, las personas asexuales experimentan exclusión social y aislamiento como resultado de la suposición de que el sexo y la sexualidad son universales e inherentes a los vínculos interpersonales”.

“biologización del sexo” —la creencia de que el deseo sexual es algo natural e innato en los seres humanos—, conduce a considerar que la ausencia de este deseo constituye una patología que requiere tratamiento médico. Por otro lado, específicamente para los varones, aparece el segundo imperativo, definido como *male sexual drive discourse*, el discurso que guía la sexualidad masculina. Según este imperativo, la sexualidad de los hombres depende enteramente de una fuerza natural, animal e instintiva que los impulsa a mantener un deseo sexual permanente, cuyo fin último sería la reproducción de la especie. El deseo sexual masculino se entiende, así, como algo constitutivo de la propia biología masculina. La investigadora concluye: “The male sexual drive discourse is thus entangled in a biological imperative according to which sex is formulated as a natural impulse or drive, on par with eating and sleeping, and as unmodulated by cultural and relational contexts”²⁸ (2014: 231). En este marco, si la asexualidad en general se percibe como una “traición” a una sociedad regida por el sexo, la asexualidad masculina resulta aún más transgresora, al chocar de lleno con la pulsión continua y con la necesidad perpetua de demostrar el propio valor a través de las conquistas (hetero)sexuales.

El tercer y último mandato que señala Pacilli (2022) es el de la hazaña: la idea de que el pene no es simplemente un órgano que permite experimentar placer, sino, sobre todo, un instrumento para medir el valor, el logro y, en definitiva, el grado en que un varón merece ese título. El tamaño se convierte en un primer criterio fundamental de evaluación, al que se suman el poder penetrador, la actividad sexual y el número de mujeres conquistadas/penetradas. Si, como vimos con Preciado y Butler, el pene se erige en el único órgano admitido para el placer masculino, el abanico de posibles actividades sexuales queda reducido al falocentrismo, es decir, a la penetración. Cualquier otra práctica resulta desvalorizada y considerada negativamente. Pacilli (2022) escribe: “Se, come dicevo, l’atto della penetrazione è, per un uomo che aderisce agli standard tradizionali della mascolinità, un modo tramite cui manifestare la propria potenza, viceversa l’atto di essere penetrati corrisponde ad abdicare proprio a quella potenza”²⁹ (p. 116).

Si estos son los tres discursos sobre la sexualidad masculina “aceptada” a nivel sociocultural, Sanfélix (2020) hace una lúcida lectura de su posible deconstrucción. Se puede leer que:

²⁸ “El discurso de la pulsión sexual masculina se enreda así en un imperativo biológico según el cual el sexo se formula como un impulso o pulsión natural, a la par que comer y dormir, y como no modulado por contextos culturales y relacionales”.

²⁹ “Si, como he dicho, el acto de penetración es, para un hombre que se adhiere a las normas tradicionales de masculinidad, una manera de manifestar su poder, a la inversa, el acto de ser penetrado corresponde a abdicar de ese mismo poder”.

En conclusión, los hombres no somos máquinas sexuales ni debemos serlo, sino que debemos aprender a disfrutar la sexualidad desde posicionamientos más flexibles y libres de las influencias de una masculinidad que nos encorseta y convierte nuestra experiencia sexual en una cuestión de depredación más que un espacio de goce relacional y/o personal (p. 176).

En este punto, lo que se propone es continuar con el análisis de la sexualidad masculina y de la construcción del deseo varonil reforzando uno de los miedos principales de la masculinidad. Si hemos visto cómo se determinan los órganos aceptables para la satisfacción sexual masculina —en este caso, únicamente el pene, con todo lo que ello implica: deseo irrefrenable, grandes dimensiones, erección y eyaculación obligatoria—, cabe preguntarse: ¿sobre qué órgano recae la mayoría de las limitaciones?, ¿y por qué ocurre esto? Para abordar estas cuestiones resulta pertinente partir de dos fragmentos del libro *Por el culo* de Sáez y Carrascosa (2011):

Ser penetrado es algo indeseable, un castigo, una tortura, un acto odioso, una humillación, algo doloroso, la pérdida de la hombría, es algo donde jamás se podría encontrar placer. Es algo que transforma tu identidad, que te transforma de manera esencial. A partir de ese acto «eres» un jodiopolculo, un enulado, un maricón (p. 17).

Uno de los mayores temores de muchos varones heterosexuales es que puedan «convertirse» en maricas por el hecho de ser penetrados aunque sean por sus mujeres. Existe, por un lado, un pánico a ser homosexual, y al mismo tiempo una represión de deseo homosexual que estructura nuestra cultura occidental (p. 79).

En estos pasajes aparece un tema ya aludido brevemente en el primer mandato de la masculinidad identificado por Pacilli (2022). El mundo social occidental moldea la identidad masculina sobre una heterosexualidad no solo impuesta, sino obsesivamente controlada. En el plano de la sexualidad, la educción y la consiguiente falocracia establecen que únicamente un rol activo y penetrador permite reivindicar y expresar plenamente los valores de fuerza, conquista y poder viril. Cualquier acto sexual que no contemple la penetración activa representa la otra cara: la de la debilidad, la vulnerabilidad y la pasividad.

El ano, según los autores, se convierte en el lugar de la máxima traición a la masculinidad. Se le asocia con la feminidad y con la homosexualidad, despierta asco y genera terror. En otra obra, incluida en la traducción española de *Deseo homosexual* (Hocquenghem, 2009), Preciado retoma el mito escrito por el autor para reflexionar sobre la condición “pansexual” originaria y sobre el proceso de castración anal llevado a cabo por

quienes tenían la carga libidinal totalizante. En ese mito, los cuerpos se presentan como órganos envueltos en piel y con únicamente dos orificios, ambos erógenos: la boca y el ano. Escribe Preciado:

El miedo a que toda la piel fuera un órgano sexual sin género les hizo redibujarse el cuerpo, diseñando afueras y adentros, marcando zonas de privilegio y zonas de abyección. Fue necesario cerrar el ano para sublimar el deseo pansexual transformándolo en vínculo de sociabilidad, como fue necesario cerrar las tierras comunes para señalar la propiedad privada. Cerrar el ano para que la energía sexual que podría fluir a través de él se convirtiera en honorable y sana camaradería varonil, en intercambio lingüístico, en comunicación, en prensa, en publicidad, en capital (p. 136).

La heterosexualidad, en este marco, surgió mediante un mecanismo violento de reasignación funcional del órgano anal, reducido desde entonces a la sola función de excreción. En la misma página, se afirma: “Así nacieron los hombres heterosexuales a finales del siglo XIX: son cuerpos castrados analmente. Aunque se presenten como jefes y vencedores, son en realidad cuerpos heridos, maltratados”.

Más allá de la dimensión mítica, el terror anal tuvo —y continúa teniendo— efectos y consecuencias concretos. Un ejemplo particularmente significativo lo aporta Valenzuela (2015). El investigador, al analizar las masculinidades latinoamericanas, especialmente las chilenas, sostiene que la actividad, pasividad o versatilidad en las prácticas sexuales masculinas no son categorías social y culturalmente neutras, sino que se vinculan a un conjunto de expectativas y estigmas en función del rol asumido. Él escribe: “Se trata no solo de una posición sexual en términos literales, sino de una posición social en el entramado de una estructura de poder” (p. 76). Estas prácticas son performativas de las propias subjetividades y, en consecuencia, determinan el lugar que el sujeto puede ocupar en el entramado social.

En este contexto, introduce la figura del *chingado*, que representa al hombre penetrado por otro hombre. Esta figura sufre una profunda estigmatización y discriminación social, pues no responde a las expectativas de la masculinidad hegemónica. Se le percibe como un hombre des-virilizado, feminizado. El rol sexual, en definitiva, determina su estatus social y los privilegios que puede o que no puede tener. De todo esto se destaca lo siguiente: “Entre las características propias de la masculinidad hegemónica destaca la fortaleza, la seriedad, la racionalidad, la dominación, como también la heterosexualidad y, claramente, la actividad sexual en el rol sexual” (p. 77). El simple hecho de “ofrecer el ano” se considera un acto subversivo y problemático, en abierta contradicción con los dictámenes y expectativas del

género masculino. La relación entre hombre y mujer, en este marco sociocultural, se articula de forma profundamente binaria: el hombre encarna al *chingón*, la figura que penetra (*chingar*), mientras que el rol pasivo, receptor de la penetración, queda reservado exclusivamente a lo femenino. Esta asimetría *generiza* y *binariza* los cuerpos: “Esta distinción, basada en diferencias sexuales anatómicas, establece una serie de prácticas, símbolos, representaciones, normas, valores y expectativas que tradicionalmente operan de manera binaria en torno a lo masculino y lo femenino” (p. 79).

Resulta llamativo observar cómo estos patrones se reproducen también en las prácticas homosexuales, aparentemente sin dar lugar a formas alternativas de vinculación. Los roles se definen con claridad y se articulan en torno a una relación de poder y dominación ejercida por el hombre que penetra. El *chingado*, por su parte, carga con un profundo estigma, puesto que encarna elementos que la tradición ha excluido de lo masculino. Su práctica sexual define y condiciona socialmente su identidad, relegándola a un lugar marginado y discriminado. Lo más significativo es que el hombre activo no recibe ningún cuestionamiento social en cuanto a su masculinidad, incluso cuando mantiene relaciones sexuales con otros hombres. Su “rol masculino” permanece intacto mientras conserve la posición penetradora³⁰. En coherencia con esta lógica, la homosexualidad —también en el plano judicial y a lo largo de la historia— se ha asociado exclusivamente al rol pasivo, de modo que el activo se vuelve invisible, porque solo la pasividad constituye un marco identitario susceptible de sanción y estigmatización:

De este modo la discriminación hacia el pasivo tiene que ver con un machismo inherente: en el contexto de una relación homosexual, el penetrado queda estigmatizado por el no cumplir con la categoría y cualidad neutra y hegemónica de masculinidad y por teñirse de feminidad; por emular el débil y sumiso lugar de la *chingada*. Consiste en una analogía de cómo la mujer penetrada, en un contexto heterosexual marcado por el poder, es objeto de discriminación y abuso. En efecto, el estigma asociado al pasivo consiste en un tipo de discriminación por motivos de género, y da cuenta de lo frágil del deber-ser de la masculinidad y de sus límites. [...] En tanto penetrado, el pasivo —quien emerge como identidad a partir del acto—, cae fuera de la definición de Hombre. La discriminación al pasivo, por lo tanto, deviene discriminación de género: yace en el incumplimiento de la aptitud penetrativa de la masculinidad hegemónica y en el desplazamiento la misoginia que conlleva el machismo al subyugar a quien cumpla el acto de ser *chingada* (p. 82).

³⁰ “En dichos contextos, entonces, quien penetra a otro hombre ni arriesga ser categorizado como homosexual. Asimismo, quien es penetrado rechaza toda posible masculinidad y deviene de manera irreversible como homosexual y, tal como la *chingada*, queda irreversiblemente manchado” (Valenzuela, 2015: 80).

Otro ejemplo puede observarse en el contexto italiano a partir de la última década del siglo XIX, cuando, con la expansión del positivismo y los primeros desarrollos de la criminología, se comenzó a estudiar el origen criminal a partir de elementos fisiológicos y fisiognómicos que se apartaban de la norma. Las investigaciones de Cesare Lombroso (1835-1909) sobre la conformación del cráneo humano, por ejemplo, fueron aplicadas al ámbito criminológico, estableciendo una relación directa entre características constitutivas personales y la supuesta degeneración moral, los comportamientos desviantes, la prostitución e incluso la homosexualidad o “inversión”.

En lo que respecta a esta última cuestión, Rinaldi (2020) sostiene que “Lombroso sancirà il rapporto costitutivo di omosessualità e crimine”³¹ (p. 34). Los mismos códigos policiales de la época se nutrieron de estas teorías lombrosianas y buscaron identificar signos físicos de la homosexualidad. Sáez y Carrascosa (2015), citando a Llamas (1995: 163), señalan que, en función de la práctica sexual —activa o pasiva—, se establecían signos diferenciados: en el caso de los activos, se describía a varones con pene pequeño y delgado, cuya “perversión” consistía en la búsqueda de muchachos jóvenes a través de miradas y gestualidades insinuantes; por el contrario, a los pasivos se les atribuía una columna vertebral tendencialmente torcida, “rasgos faciales hundidos, la mirada apagada y sin vida, los huesos de la cara resaltan y los labios apenas parecen poder cubrir los dientes” (Sáenz y Carrascosa, 2015: 83).

En este marco emergieron dos figuras principales: la del *pederasta activo* o pervertido, aquel que mantenía relaciones con otros hombres ocupando un rol activo, y la del *pederasta pasivo* o invertido, quien “desviaba” las normas de su género al asumir una posición receptiva y ser concebido como poseedor de un “alma femenina”. Bajo este paradigma, la culpabilización recaía con mayor violencia sobre el hombre pasivo. Rinaldi (2020) escribe:

Un *maschio* rimane tale se, durante un rapporto omosessuale, assume un ruolo di genere maschile egemone ossia penetra l'altro maschio: egli riesce a mantenere il proprio status e la propria maschilità normativa e, anzi, è ancora più maschio perché riesce a «fottersi» un altro maschio (e a non essere «fottuto»). Al contrario, un maschio «penetrato» va incontro a una perdita di status e, qualora lo si venisse a sapere pubblicamente, sarebbe sottoposto a cerimonie di degradazione di status³² (p. 52).

³¹ “Lombroso consagro la relacion constitutiva entre homosexualidad y delincuencia”.

³² “Un varón sigue siendo varón si, durante el coito homosexual, asume un papel de género masculino hegemónico, es decir, penetra al otro varón: consigue mantener su estatus y su masculinidad normativa y, de hecho, es incluso más varón porque consigue «follarse» a otro varón (y no ser «follado»). Por el contrario, un hombre «penetrado» se enfrenta a una pérdida de estatus y, si esto se supiera públicamente, sería sometido a ceremonias que lo degradarían”.

Un varón que penetraba a otro, en cambio, no siempre recibía sanción pública —aunque, como señalan distintas fuentes, es necesario contextualizar, pues en ciertos momentos históricos también se criminalizó a los llamados “activos”³³— e incluso, en determinadas ocasiones, podía obtener mayor reconocimiento social por el hecho de “conseguir” penetrar una subjetividad culturalmente construida como impenetrable.

En definitiva, el sexo anal, aun cuando también estaba presente en las parejas heterosexuales, fue considerado un elemento característico de la homosexualidad. El binarismo de género asoció progresivamente la homosexualidad con lo femenino y con la pasividad, hasta el punto de que Andrés (2009) reconoce:

Con ello se ha deseado neutralizar culturalmente una importante amenaza a la jerarquía de género, basada en la correlación del binomio «masculino/femenino» con el de «activo/pasivo», controlando la figura del varón homosexual, desvinculándola de la masculinidad, y relegándola a parte desfavorecida en estas categorías de conocimiento binario. De este modo, la heterosexualidad masculina ha eliminado de su seno un tipo de masculinidad flexible que acepta de una manera relacional y no esencialista los papeles de «activo» y «pasivo» sexualmente y que se atreve a explorar el poder, la agencia y el placer que existe en la supuesta «pasividad» masculina (pp. 124-125).

El terror anal, y la consiguiente discriminación, emerge de un entramado histórico, social y cultural específico. Sin embargo, resulta interesante advertir que existen excepciones histórico-antropológicas que conviene destacar.

En primer lugar, Armengol (2022) recuerda que los conceptos de *homosexual* y *heterosexual* aparecieron respectivamente en 1870 y en 1892. A pesar de lo que comúnmente se interpreta como identidades fijas, inmutables, naturales y morales, también el segundo término fue objeto de una mirada patologizante y criminalizante, ya que se consideraba *heterosexuales* a quienes no lograban ajustarse a los dictámenes sociales, religiosos y morales: consumir actos sexuales dentro del matrimonio y con fines reproductivos. En este marco, prácticas como el sexo anal u oral eran consideradas escandalosas y desviadas.

En segundo lugar, asumir la homosexualidad como un concepto monolítico nos impide percibir que tampoco se trata de una identidad fija ni estable. Diacrónicamente, el concepto se ha adaptado a los cambios del tejido social, lo que hace imposible aplicarlo a realidades antiguas que desconocían dicha categoría. Sincrónicamente, si comparamos distintas

³³ Se vea por ejemplo Sáez y Carrascosa (2015: 85) cuando hablan de las cárceles españolas durante el periodo franquista en Badajoz para los denominados “pasivos” y en Huelva para los “activos”.

realidades culturales, observamos que no en todas se sanciona de manera uniforme la homosexualidad; en algunos contextos, las relaciones homoeróticas no eran objeto de fuerte culpabilización e, incluso, bajo determinadas condiciones, se reconocían culturalmente.

Sobre esto, Andrés (2009) escribe que:

En otras zonas del África subsahariana, sin embargo, las prácticas homosexuales entre hombres no sólo no cuestionan su masculinidad, sino que son requisitos para acceder a ella, como se puede apreciar en numerosos ritos de iniciación a la masculinidad adulta que implican la práctica homosexual del púber con un hombre adulto (pp. 122-123).

Con este planteamiento se abre un discurso que no solo reconoce la aceptación condicionada de ciertas prácticas homosexuales, sino que muestra cómo, en algunos casos, dichas prácticas eran parte de rituales y constituían condiciones de posibilidad para el acceso al espacio social. Un ejemplo lo ofrece Burgio (2021), quien, al analizar las investigaciones de Evans-Pritchard sobre los Azande en Sudán del Sur, señala que en la formación del guerrero existía la costumbre de mantener una *boy-wife* —un “chico-esposa” de entre doce y veinte años—. Este vínculo, limitado en el tiempo, implicaba obligaciones conyugales: el joven debía realizar tareas domésticas, relacionarse con la familia del esposo e, incluso, mantener relaciones sexuales con él.

Otro caso ilustrativo es el documentado por Gilbert Herdt en la comunidad Sambia de Papúa Nueva Guinea, donde, dentro de los rituales de iniciación masculina, los chicos jóvenes debían encerrarse con varones mayores en un espacio aislado y practicar la felación, ingiriendo su esperma con la convicción de que solo de esa manera podían incorporar la hombría y la masculinidad en sus cuerpos (Connell, 2003 [1995]: 54-55; Gilmore, 1994: 111).

Asimismo, puede hablarse de una homosexualidad situacional, como la registrada entre los mineros de África del Sur. En su contexto de aislamiento, se desarrollaban relaciones homoeróticas en las que los hombres más jóvenes asumían roles femeninos. Una vez regresaban a sus hogares, estos mismos varones retomaban la vida con sus esposas. En dichas relaciones se practicaba el sexo intercruel, de manera que no se producía penetración anal (Burgio, 2021).

Los últimos ejemplos que conviene destacar son los relativos al trabajo sexual masculino en la Italia meridional y en la España franquista. Burgio (2021) y Rinaldi (2015) muestran cómo, desde las últimas décadas del siglo XIX, era común que hombres del norte de Europa —particularmente aristócratas e intelectuales— realizaran el llamado *Grand Tour*,

un viaje hacia el sur de Europa en el que podían experimentar su deseo homoerótico con mayor libertad y con menores riesgos sociales y legales. Escribe Rinaldi que “Per lo straniero del nord Europa, i cui desideri omoerotici erano criminalizzati e perseguiti penalmente in Gran Bretagna, Olanda e Germania, il Sud d’Italia appariva come un Eden omosessuale”³⁴ (p. 54). Esa libertad dependía de varios factores. Burgio (2021) escribe:

All’interno di una società che scoraggiava le relazioni eterosessuali al di fuori del matrimonio – e in una condizione di disagio economico diffuso che, ad esempio, non consentiva loro l’accesso alle prostitute – i giovani del Sud accettavano facilmente da questi turisti: 1) attenzioni relazionali che procuravano compiacimento, 2) la possibilità di uno sfogo sessuale e, per soprammercato, 3) utili gratificazioni economiche³⁵ (p. 97).

La falta de cuidado parental, la indigencia económica y la imposibilidad de mantener relaciones sexuales con mujeres fuera del matrimonio favorecían la posibilidad de encuentros sexuales con varones adultos, generalmente provenientes del norte de Europa. Es importante destacar que los jóvenes asumían exclusivamente un rol sexual activo y que ello, retomando las consideraciones anteriores, no minaba su masculinidad a pesar de mantener relaciones con otros hombres.

El segundo ejemplo lo aporta Guasch (2016) al analizar la situación de los trabajadores sexuales —*prostitutos*³⁶— entre 1950 y 1975, en plena dictadura franquista y antes de la llegada de la democracia. El trabajo sexual masculino, definido por el autor como *outdoor* o callejero, constituía una práctica marginal. Quienes lo ejercían no eran profesionales³⁷, sino varones que, en muchos casos, buscaban un sustento económico tras haber huido de situaciones familiares en las que resultaba imposible vivir abiertamente su homosexualidad. Estos jóvenes migraban a las grandes ciudades con la esperanza de una vida mejor, aunque debían enfrentarse a un entorno hostil:

³⁴ “Para el extranjero del norte de Europa, cuyos deseos homoeróticos estaban penalizados y perseguidos en Gran Bretaña, Holanda y Alemania, el sur de Italia aparecía como un Edén homosexual”.

³⁵ “En una sociedad que desalentaba las relaciones heterosexuales fuera del matrimonio -y en una situación de penuria económica generalizada que, por ejemplo, no les permitía acceder a prostitutas-, los jóvenes del Sur aceptaban fácilmente de estos turistas: 1) una atención relacional que procuraba complacencia, 2) la posibilidad de una salida sexual y, encima, 3) una gratificación económica útil”.

³⁶ Cursiva del mismo autor del artículo dada la carga estigmatizante que el término tiene. Se quiere respetar y seguir la misma línea a la hora de hablar del fenómeno y de sus actores.

³⁷ Escribe Guasch que “el comercio sexual entre varones durante el franquismo fue una actividad amateur y poco profesional, incluso, en las grandes ciudades españolas: hubo pocos chicos dedicados en exclusiva al comercio sexual. Más bien se trataba de una actividad ocasional y discontinua en la que la relación entre clientes y trabajadores era muy informal. De manera que el dinero obtenido de la actividad solía ser un complemento económico para los *prostitutos*, pero no su principal fuente de ingresos. Eso se explica, en parte, porque era una actividad local y con escasa movilidad. Los *prostitutos* ejercían en áreas pequeñas y rara vez se desplazaban en busca de clientes” (p. 321).

Los *prostitutos* del comercio sexual entre varones en las calles, suelen ser jóvenes vulnerables y en proceso (o ya en situación) de exclusión social. El trabajo sexual callejero de los varones ha sido una estrategia clásica de muchos jóvenes homosexuales que deseaban escapar de la homofobia y del estricto control social de sus comunidades, yendo a vivir a las grandes ciudades y, esta clase de ocupación, fue para ellos una forma rápida de obtener ingresos (Guasch, 2016: 325)

El clima socio-legal de la época —marcado primero por la Ley de Vagos y Maleantes y, a partir de los años setenta, por la Ley de Peligrosidad Social— configuraba un escenario en el que tanto el comercio sexual como previamente la misma homosexualidad, eran considerados delitos y, por tanto, sujetos a sanción. Los *prostitutos* vivían en los márgenes, a escondidas; la calle se convertía en un espacio de posibilidad gracias al flujo constante y cambiante de personas, pero al mismo tiempo alimentaba un miedo permanente a ser descubiertos. Cabe añadir que estas leyes no perseguían estrictamente un castigo punitivo, sino un objetivo de “rehabilitación” y “cura”, lo que reforzaba el carácter patologizante del discurso jurídico. En este contexto, Guasch (2016) distingue cuatro tipologías ideales de trabajo sexual entre varones. La primera corresponde a la *iniciación a la homosexualidad*, en la que jóvenes homosexuales —que no podían vivir abiertamente su deseo— se iniciaban en relaciones sexuales con hombres adultos a cambio de dinero. La segunda es el *modelo militar y legionario*, explicado así: “A lo largo del siglo XIX y XX, las relaciones sexuales, previo pago, de militares o marineros con otros varones eran bastante comunes y seguían un esquema en el que soldados que se definían como *normales* tenían sexo de pago con varones que se definían *maricas*” (Guasch, 2016: 333). El tercer modelo es el del *delincuente*, una categoría ambigua que englobaba tanto a verdaderos criminales como a obreros sin recursos, socialmente estigmatizados como tales. El último modelo era el de *pijo-aparte*: “Esta categoría incluye varones que usaban las redes sociales que tenían a su alcance para ascender socialmente a través del sexo. Se trataba de personajes con encanto y con habilidades sociales” (p. 338). Guasch así termina el artículo:

En resumen: el modelo de comercio sexual entre varones bajo el franquismo fue profundamente homófobo, artesanal, y muy poco profesional. En ese modelo, proyectar la homofobia sobre los clientes era una práctica común que, además, funcionaba como una estrategia para no cuestionar la masculinidad de quienes ofrecían servicios sexuales a otros hombres. La homofobia interiorizada presidía los encuentros que se desarrollaban en medio de una cierta ansiedad porque no siempre era posible conocer las intenciones exactas de las personas con quienes se estaba interactuando. La desconfianza era elevada y el temor a respuestas violentas por parte de clientes

o trabajadores solía estar presente, en especial si se había usado alcohol para desinhibirse (p. 340).

En conclusión, puede sostenerse la hipótesis de que, aunque estos ejemplos remiten a prácticas limitadas temporalmente, ritualizadas o situacionales —y sin olvidar que no debemos aplicar de forma acrítica las categorías de *homosexualidad* a tales realidades, para evitar incurrir en un colonialismo conceptual que desconozca la especificidad de cada tiempo y cultura—, representan, sin embargo, elementos identitarios y culturales significativos que cuestionan los mandatos sexuales previamente expuestos en relación con la masculinidad. Incluso en contextos culturales occidentales contemporáneos persisten ritualidades masculinas destinadas a alimentar y reforzar la homosocialidad mediante prácticas que implican corporalidad y sexualidad. Como subraya Welzer-Lang (2021) Welzer-Lang (2021) escribe:

Competições de pintos, maratonas de punhetas (masturbação), brincar de quem mija (urina) o mais longe, excitações sexuais coletivas a partir de pornografia olhada em grupo, ou mesmo atualmente em frente às strip-poker eletrônicas, em que o jogo consiste em tirar a roupa das mulheres... Escondidos do olhar das mulheres e dos homens de outras gerações, os pequenos homens se iniciam mutuamente nos jogos do erotismo. Eles utilizam para isso estratégias e perguntas (o tamanho do pênis, as capacidades sexuais) legadas pelas gerações precedentes. Eles aprendem e reproduzem os mesmos modelos sexuais, tanto pela forma de aproximação quanto pela forma de expressão do desejo³⁸ (p. 462).

Aunque la finalidad principal sea siempre el refuerzo de códigos masculinos y heterosexuales, en ciertas ocasiones surgen formas de iniciación a un erotismo colectivo que incluyen elementos homoeróticos de descubrimiento del propio cuerpo y del cuerpo de los demás. No obstante, el punto de llegada de tales rituales continúa siendo un panóptico que busca exorcizar el homoerotismo mismo.

³⁸ “Competición de pollas, maratones de masturbación, jugar a ver quién mea más lejos, excitación sexual colectiva por la pornografía vista en grupo, o incluso hoy en día ante strip-poker electrónicos, donde el juego consiste en quitar la ropa a las mujeres... Ocultos a las miradas de las mujeres y los hombres de otras generaciones, los hombrecitos se inician mutuamente en los juegos del erotismo. Utilizan estrategias y cuestiones (tamaño del pene, capacidades sexuales) heredadas de generaciones anteriores. Aprenden y reproducen los mismos modelos sexuales, tanto en la forma de acercarse como de expresar su deseo”.

3.3. Hombres violentos: la violencia como lenguaje masculino y las derivas homofóbicas

Tal como se presentó en el apartado anterior, aunque persista la convicción de que todo está concedido a los hombres —que gozamos de privilegios, que se nos educa desde pequeños con la idea de que todo es posible y que nada está fuera de nuestro alcance—, en realidad los espacios de expresión masculina se encuentran fuertemente limitados. Existe un control constante sobre gestos, opiniones y actuaciones. El campo erótico, en particular, se halla entre los más regulados: a pesar de la presencia de múltiples zonas erógenas en el cuerpo, únicamente el pene se considera legítimo protagonista de la escena sexual. El terror anal se convierte así en un terror homosexual, pues culturalmente se percibe como una práctica exclusiva de los varones homosexuales y, sobre todo, como un cuestionamiento de la masculinidad, dado que un hombre penetrado es visto como aquel que “traiciona” el mandato de ser únicamente activo en el sexo. Esta reflexión prepara el terreno para los capítulos siguientes, donde se abordarán los estereotipos y tabúes en torno a la posibilidad de que un varón sea víctima de violencia sexual.

El paso siguiente consiste en subrayar un último aspecto de la masculinidad: la estrecha conexión entre virilidad y violencia, y, en consecuencia, la expresión de esa violencia como rechazo hacia las otredades consideradas no normativas. Empezamos el apartado con un fragmento de bell hooks (2004):

This is the most painful truth of male domination, that men wield patriarchal power in daily life in ways that are awesomely life-threatening, that women and children cower in fear and various states of powerlessness, believing that the only way out of their suffering, their only hope is for men to die, for the patriarchal father not to come home³⁹ (p. 7).

La verdad más dolorosa, como señala la autora refiriéndose al padre patriarcal, es que su reino de poder puede terminar —ya sea porque muera o porque no regrese a casa— y con él el miedo cotidiano que genera. La masculinidad hegemónica, como hemos visto, se forja en oposición: necesita constantemente de otredades para definirse, ya que no logra hacerlo por sí sola. Estas otredades no son únicamente las mujeres, sino también otros hombres que, por diversas razones, no cumplen los dictámenes impuestos. Gilmore (1994), se quiere

³⁹ “Esta es la verdad más dolorosa de la dominación masculina, que los hombres ejercen su poder patriarcal en la vida cotidiana de formas espantosamente amenazadoras para la vida, que las mujeres y los niños se encogen de miedo e impotencia, pensando que la única salida a su miseria, su única esperanza es que los hombres mueran, que el padre patriarcal no vuelva a casa”

recordar, documenta la figura de Lorenzo, un chico “flojo” y débil que permanece en casa, cuando la masculinidad, en cambio, se construye bajo la mirada pública: los demás deben ver, vigilar y juzgar. Los varones que no superan los ritos de paso establecidos en diferentes culturas son excluidos, se les niega un lugar en la comunidad. Lo mismo ocurre con los hombres racializados que no encajan en el modelo del varón blanco, con los homosexuales que no siguen los dictámenes heterosexuales o con los varones con diversidad funcional que no responden al ideal viril de performatividad plena y activa.

Históricamente, la violencia hacia estas subjetividades ha sido dura y persistente. Incluso hoy en día se sigue documentando episodios de agresión, lo que lleva a Carabí (2009) a señalar: “De hecho, la violencia ha estado vinculada al devenir histórico del patriarcado, un sistema que se ha validado de la imposición de sus valores para ejercer el control sobre las alteridades subordinadas que él mismo ha configurado para afirmarse” (pp. 17-18). La autora recuerda, por ejemplo, que durante el periodo colonialista los hombres blancos no solo esclavizaban, sino que podían llegar a castrar a los hombres afrodescendientes debido al tamaño de sus penes. Esto nos lleva a plantear una pregunta central: ¿hasta qué punto existe una conexión estructural entre masculinidad y violencia?, y ¿cuáles son las consecuencias de este vínculo?

En las sociedades occidentales, el binarismo de género proyecta un abanico de valores que naturalizan y esencializan ciertas características: lo femenino aparece asociado al cuidado de los demás, a la empatía, a la debilidad y a la vulnerabilidad, mientras que lo masculino se vincula al orgullo, la fuerza y la tenacidad. Valores como la lucha, la competencia y la conquista se convierten en pilares de su construcción. En este marco, la violencia adquiere un rol central. Basta pensar en las películas “para hombres” o en muchos videojuegos para observar cómo se refuerza esta lógica. Todo ello conduce a la conclusión de que la violencia se presenta como algo innato en los varones, una hipótesis que Alsina y Borràs Castanyer (2009) recogen al exponer dos perspectivas teóricas. Por un lado, la *teoría activa* sostiene que la violencia es consustancial a la genética masculina y, por lo tanto, inmodificable: incluso si se educa en la empatía y en la paz, los varones conservarían siempre este impulso originario. Por otro lado, la *teoría reactiva* plantea que la violencia no reside en los individuos, sino en el contexto social, de modo que:

Respecto a la relación entre masculinidad y violencia, los antropólogos coinciden en afirmar que todos los pueblos que dan valor a las virtudes guerreras y que se atribuyen ellos mismos el derecho a exterminar a sus enemigos o inferiores tienen un ideal de masculinidad altamente agresivo. Por el contrario, las sociedades donde el hombre no parece obtener ningún placer hiriendo o matando a miembros de la propia o de otras especies, además de ser sociedades

tremendamente amables y sanas – que expresan una enorme satisfacción con los placeres físicos concretos: la comida, el sexo, la risa, el sueño... – no tienen ningún ideal de masculinidad valerosa y agresiva (Alsina y Borrás Castanyer, 2009: 90-91).

Si la violencia se entiende como un fenómeno cultural, ello implica que pueden existir realidades distintas, que no todo está determinado por la biología. Una educación centrada en el desarrollo emocional, en la comunicación y en la formación afectivo-sexual puede abrir la posibilidad a subjetividades masculinas diferentes. En este sentido, concluyen los investigadores: “Esperamos haber contribuido con nuestras reflexiones a poner de relieve que la conducta violenta no es sólo un parámetro genético que pertenece a la esencia del modelo humano, sino que es una conducta aprendida educacionalmente” (p. 100).

A pesar de estas recomendaciones y de los deseos expresados por los autores, la violencia posee raíces casi míticas y heroicas en la narrativa de la masculinidad, fruto de un proceso histórico de colonización de los cuerpos masculinos. La tradición recurre a la figura de los grandes guerreros ancestrales para nutrir el sentido del honor y busca, incluso en la biología, los genes que justifiquen la competición, la agresividad y las respuestas violentas e hipersexualizadas. Fausto-Sterling (2006), al analizar el ámbito deportivo, subraya:

Aunque el COI [Comité Olímpico Internacional] no requirió el examen cromosómico en interés de la política internacional hasta 1968, hacía tiempo que inspeccionaba el sexo de los atletas olímpicos en un intento de apaciguar a quienes sostenían que la participación de las mujeres en las competiciones deportivas amenazaba con convertirlas en criaturas virilizadas (p. 17).

Solamente la virilidad se concibe como valiente, luchadora, violenta y agresiva. El binarismo se manifiesta también en la distribución de competencias, corporalidades, actitudes y expectativas. Según la autora, las mujeres que competían en los Juegos Olímpicos eran consideradas —y en cierta medida lo siguen siendo— sospechosas, puesto que la lucha y la competición no deberían formar parte de lo femenino.

Las características violentas, por tanto, se atribuyen únicamente a los varones, como si solo ellos tuvieran el derecho a expresarlas. Esta convicción se alimenta en todos los microcontextos sociales: desde las películas “para hombres”, que funcionan casi como manuales pedagógicos de la virilidad, hasta los videojuegos, la pornografía —que prescribe actitudes y performances masculinas en la cama—, el modelo laboral del *self-made man* y hasta el imaginario alimentario, donde solo una dieta carnívora y rica en proteínas animales sería capaz de forjar a un “hombre de verdad”.

Si retomamos el análisis de los ritos de paso, mencionado en el primer epígrafe, se observa que la violencia también desempeña un papel central: los grupos de pares consideran la agresividad y la rabia como elementos esenciales para pertenecer al colectivo. Bourdieu (2000 [1998]) sostiene:

Muchos ritos de institución, especialmente los escolares o los militares, exigen auténticas pruebas de virilidad orientadas hacia el reforzamiento de las solidaridades viriles. Prácticas como algunas violaciones colectivas de las bandas de adolescentes —variante marginal de la visita colectiva al burdel, tan presente en las memorias de adolescentes burgueses— tienen por objetivo obligar a los que se ponen a prueba a afirmar delante de los demás su virilidad en su manifestación como violencia (p. 40).

La violencia, al igual que valores como la valentía, el riesgo o la compulsividad sexual, necesita ser validada por los demás. Así, puede ocurrir que un chico sin inclinación alguna hacia la violencia acabe desplegando comportamientos agresivos en busca de la aprobación del grupo. Este fenómeno se enmarca en procesos de delimitación jerárquica y de búsqueda de respeto, lo que exige reprimir cualquier manifestación de debilidad o vulnerabilidad, pues “es necesario liderar entre los pares y ganar el consenso y la participación de lxs subalternxs” (de Stéfano Barbero, 2018).

De este modo, la violencia se revela como un elemento de validación social de la masculinidad: una prueba constante que nunca cesa y que exige un proceso de educastración de todo aquello que culturalmente se vincula con lo femenino como el cuidado, la empatía o la atención hacia los demás. Kaufman (2009) describe la masculinización como un proceso de alienación y de disociación de las propias vulnerabilidades y de la dimensión afectiva y emocional. En esta línea, como ya se relevó, Pacilli (2020) alude a la alexitimia emotiva, es decir, la incapacidad de nombrar los propios estados emocionales y de expresarlos adecuadamente. La violencia, la rabia y la agresividad se convierten, entonces, en las respuestas predominantes, en el denominador común del vocabulario emocional masculino frente a la incertidumbre o frente a experiencias negativas. Tanto es así que Armengol (2022) llega a sugerir que: “En el discurso patriarcal tradicional, la violencia es la única forma legítima en que los hombres pueden expresar sus emociones” (p. 221).

El aprendizaje de la violencia comienza, en muchos casos, con la violencia sufrida, bajo la premisa de que fortalecería el carácter. Como se ha visto, en ciertos ritos de paso los chicos deben resistir a fustigaciones, circuncisiones sin anestesia, golpes, humillaciones e incluso a la violencia verbal. En la cultura occidental este patrón se refleja también en el deporte,

donde se exalta la resistencia al dolor y a la fatiga como vía para forjar un cuerpo considerado una máquina perfecta y eficiente. Welzer-Lang (2021) subraya:

Sofrimentos dos corpos que devem endurecer para poder jogar corretamente. Os pés, as mãos, os músculos... se formam, se modelam, se rigidificam por uma espécie de jogo sadomasoquista com a dor. O pequeno homem deve aprender a aceitar o sofrimento – sem dizer uma palavra e sem “amaldiçoar” – para integrar o círculo restrito dos homens. Nesses grupos monossexuados se incorporam gestos, movimentos, reações masculinas, todo o capital de atitudes que contribuirão para se tornar um homem⁴⁰ (p. 463)

Esta lógica de endurecimiento atraviesa no solo las prácticas corporales, sino también la concepción misma de la masculinidad. A nivel de expectativas sociales, la violencia se manifiesta igualmente en el ámbito laboral, en el agotamiento al que los hombres son empujados, en la presión constante por ser el número uno y en el mantra de la resistencia a la fatiga y a la mortificación, sin permitir grietas ni debilidades. Cualquier señal de vulnerabilidad puede poner en cuestión la masculinidad de un varón. De este modo, el mandato es ser perfecto en todo y encarnar los atributos que alimentan, en el contexto occidental, la narrativa del privilegio. Ya hemos visto cómo el varón cis, heterosexual, blanco, burgués y capacitado es concebido como todo lo que resulta esperable para cada hombre. A ello se añaden exigencias adicionales: ser deportista, musculoso, atractivo —pero de una belleza viril—, competitivo, ganador y exitoso. Quienes no encajan en estos ideales son rápidamente descartados, y en esa exclusión se activa nuevamente la violencia.

Armengol (2022), retomando las reflexiones de Kimmel (1997) en el contexto estadounidense, recuerda que, según diversas estadísticas, entre los lugares más violentos del mundo —si entendemos la violencia en sentido amplio, desde accidentes de tráfico hasta suicidios y homicidios— se encuentran precisamente los Estados Unidos. El análisis muestra, además, que la mayoría de víctimas y perpetradores de esa violencia son hombres. Esta conexión entre masculinidad y violencia puede explicarse, en parte, por la imposibilidad de muchos varones de encajar en las expectativas sociales e interseccionales que los atraviesan:

⁴⁰ “El sufrimiento de los cuerpos que tienen que endurecerse para poder jugar bien. Los pies, las manos, los músculos... son formados, moldeados, rigidizados por una especie de juego sadomasoquista con el dolor. El hombrecito debe aprender a aceptar el sufrimiento -sin decir una palabra y sin «maldecir»- para poder unirse al restringido círculo de los hombres. Estos grupos monosexuales incorporan gestos masculinos, movimientos, reacciones, todo el capital de actitudes que contribuirán a convertirse en un hombre”.

Dado que la masculinidad se ha asociado tradicionalmente con el poder y el éxito, los hombres afroamericanos, que por lo general no tienen acceso a ninguno de estos ideales masculinos, a menudo se sienten humillados y simbólicamente emasculados. Así, dichos varones, al igual que los hombres blancos de clase trabajadora, utilizan la violencia como única forma que tienen para reclamar y reafirmar su masculinidad (Armengol, 2022: 219).

O con otros privilegios que no se consigue alcanzar. Sigue el autor:

Como ha planteado Michael Kimmel (1997, 264), experimentar la falta de poder (no tener control sobre sus acciones en el trabajo), la irrelevancia (realizar tareas especializadas con las que no se pueden llegar a sentir identificados del todo), el aislamiento (la incapacidad de identificarse con la empresa y sus objetivos) a menudo ha llevado a los hombres estadounidenses a sentirse alienados y feminizados (p. 227).

Vemos, entonces, que algunos hombres viven en una lucha perpetua: la imposibilidad de quejarse, el analfabetismo emocional derivado de una educación carente de recursos afectivos, y la carga añadida de factores interseccionales que les impiden acercarse al ideal viril, siempre inalcanzable.

Finalmente, al hablar del miedo a la feminización como consecuencia de no cumplir con las expectativas sociales, es necesario referirse a una última forma de violencia posible. La importancia de crear y sostener jerarquías masculinas, reforzando la hegemonía, la vigilancia y las eventuales sanciones hacia quienes no logran cumplir con los mandatos, no se ejerce únicamente como violencia inter-género, sino también como violencia intra-género, es decir, dirigida contra otros hombres. Como podemos leer:

Este es entonces el gran secreto de la virilidad estadounidense: *estamos asustados de otros hombres*. La homofobia es un principio organizador de nuestra definición cultural de virilidad. La homofobia es más que el miedo irracional por los hombres *gay*, es más que el miedo de lo que podemos percibir como *gay* (Kaufman, 1997: 56-57).

El miedo de los hombres a la castración, la humillación, la feminización y la homosexualidad explican gran parte de los casos de violencia masculina (Armengol, 2022: 232).

Justamente la homofobia es la forma de violencia que se quiere destacar en esta última parte del apartado. Según el informe de *Amnistía Internacional España*, retomando también la definición del *Diccionario de la Lengua Española*, la homofobia se entiende como el “rechazo, discriminación o incluso el odio hacia las personas por su orientación sexual o su

identidad de género: ‘homofobia’ en el caso de las personas homosexuales (se sienten atraídas por personas de su mismo sexo)”.

El término fue introducido en 1972 por el psicólogo clínico estadounidense George Weinberg, quien lo definió como el miedo a entrar en contacto con personas homosexuales. En su obra *Society and the Healthy Homosexual* “realizzato in collaborazione con alcuni attivisti gay, analizza le ragioni della mancata accettazione sociale dell’omosessualità e sostiene che esse siano da ricercarsi nell’omosessualità latente di chi manifesta tale avversione”⁴¹ (De Leo, 2021: 168). En estas perspectivas iniciales, el término hace referencia al rechazo explícito hacia las personas homosexuales. Sin embargo, si se observa el día a día, puede extenderse a otros ámbitos más sutiles y cotidianos. En este sentido, Welzer-Lang (2021) escribe:

De fato, o duplo paradigma naturalista que define, por um lado, a superioridade masculina sobre as mulheres e, por outro lado, normatiza o que deve ser a sexualidade masculina produz uma norma política andro-heterocentrada e homofóbica que nos diz o que deve ser o verdadeiro homem, o homem normal. Este homem viril na apresentação pessoal e em suas práticas, logo não afeminado, ativo, dominante, pode aspirar a privilégios do gênero. Os outros, aqueles que se distinguem por uma razão ou outra, por sua aparência, ou seus gostos sexuais por homens, representam uma forma de não-submissão ao gênero, à normatividade heterossexual, à doxa de sexo e são simbolicamente excluídos do grupo dos homens, por pertencerem aos “outros”, ao grupo dos dominados/as que compreende mulheres, crianças e qualquer pessoa que não seja um homem normal⁴² (p. 468).

Según el paradigma esencialista, que naturaliza en nuestra sociedad la superioridad masculina y establece la heterosexualidad como única orientación legítima, se configura una narrativa precisa sobre cómo debe ser y cómo debe comportarse un varón. Desde este marco, el rechazo, la homofobia, la estigmatización y la violencia no se dirigen únicamente hacia hombres homosexuales, sino también hacia quienes son percibidos como tales. Basta con que un varón no se ajuste a los códigos esperados —por ejemplo, mostrar actitudes no rudas, tener rasgos faciales más delicados, un cuerpo no musculoso, carecer de vello o barba, no

⁴¹ “realizado en colaboración con activistas gays, analiza las razones de la falta de aceptación social de la homosexualidad y sostiene que residen en la homosexualidad latente de quienes manifiestan tal aversión”.

⁴² “De hecho, el doble paradigma naturalista que define, por un lado, la superioridad masculina sobre las mujeres y, por otro, normaliza lo que debe ser la sexualidad masculina, produce una norma política andro-heterocéntrica y homófoba que nos dice lo que debe ser el verdadero hombre, el hombre normal. Este hombre viril en su presentación personal y en sus prácticas, por tanto no afeminado, activo, dominante, puede aspirar a privilegios de género. Los otros, los que se distinguen por una u otra razón, por su apariencia, o por sus gustos sexuales para los hombres, representan una forma de no sumisión al género, a la normatividad heterosexual, a la doxa del sexo y son simbólicamente excluidos del grupo de los hombres, porque pertenecen a los «otros», al grupo de los dominados, que incluye a las mujeres, a los niños y a cualquiera que no sea un hombre normal”.

interesarse por el fútbol ni por lo que socialmente se considera “cosa de hombres”— para convertirse en objeto de sospecha y sanción.

En estos casos, la homofobia no se relaciona directamente con la orientación sexual, sino con las expectativas de género no cumplidas, ya sea de manera parcial o total. Se trata de un mecanismo de corrección y vigilancia permanente, propio del panóptico de la masculinidad. Como afirma Welzer-Lang (2006): “Dunque, *gli uomini identificati e designati come omosessuali sono quelli che assomigliano alle donne, quelli che hanno un atteggiamento definibile come femminile. La stigmatizzazione non ha un legame diretto con la sessualità vera degli uomini che la subiscono*”⁴³ (p. 216).

A lo largo del capítulo se ha abordado un eje temático fundamental para introducir este trabajo de investigación: la construcción social de la masculinidad. Se expusieron definiciones, imaginarios y narrativas que configuran y reproducen los llamados valores de la virilidad, analizando a su vez cómo estas representaciones afectan a las personas al moldear actitudes, pensamientos, hábitos y acciones a través de la performatividad de género.

Se ha puesto de relieve que esta construcción social encasilla, limita y legitima diversas formas de violencia, desde las expresiones físicas hasta las psicológicas y afectivas, sin dejar de lado las violencias estructurales, socioculturales y simbólicas. Se profundizó, además, en cómo el género masculino se construye culturalmente y de qué manera ciertos imperativos —como la heterosexualidad obligatoria o la compulsividad sexual— se presentan como naturales e incuestionables. Al centrarse el análisis en los procesos de socialización, se evidenció cómo el denominado “marco de género” genera expectativas desde los primeros años de vida, a través de la familia, la escuela, los grupos deportivos y otros espacios de interacción.

La formación de la masculinidad comprende también la dimensión sexual, mediante un proceso de educción de aquellas prácticas y partes del cuerpo culturalmente asociadas a la pasividad, la debilidad, lo femenino o lo homosexual. Bajo este sistema, el placer masculino debe ser simple, rápido y centrado en el pene, asociado a prácticas de penetración activa, preferentemente heterosexual. Dicho placer se configura como compulsivo: los varones deben demostrar deseo constante, estar siempre disponibles para la acción sexual y confirmar su virilidad a través de la performatividad, la erección y la eyaculación obligatoria, bajo la amenaza de quedar excluidos del ideal normativo de la “verdadera masculinidad”.

⁴³ “Así, los hombres identificados y designados como homosexuales son los que parecen mujeres, los que tienen una actitud que puede definirse como femenina. La estigmatización no tiene relación directa con la verdadera sexualidad de los hombres que la sufren”.

Otro aspecto relevante ha sido el papel de la violencia y la agresividad en la construcción y vivencia de la masculinidad. Las emociones están generizadas: mientras que la expresión del enfado en una mujer suele interpretarse como histeria, en un hombre se asocia con fuerza, determinación, capacidad de imponerse y coraje. A pesar de la abundante literatura que vincula la violencia y la agresividad con factores socioculturales, el imaginario colectivo continúa interpretándolas como rasgos inherentes a la “naturaleza masculina”.

La homofobia y las conductas violentas hacia las otredades constituyen expresiones concretas de esta lógica, funcionando como mecanismos de represión frente a identidades consideradas no normativas, que generan pánicos morales y ponen en tensión la estabilidad del sistema heterosexual y falocéntrico dominante.

4. Socio etnografía del chemsex: introducción del fenómeno y de las prácticas en el contexto español

El capítulo anterior tuvo como propósito establecer las bases conceptuales necesarias para comprender la violencia sexual entre hombres. Consideramos que no es posible analizar fenómenos como la violencia sexual ejercida entre varones, ni los mitos, estereotipos y obstáculos asociados a su denuncia y visibilización, sin inscribirlos previamente en el marco de las tecnologías de género que estructuran socioculturalmente lo masculino, sus expectativas, valores y los procesos de socialización que toda persona —y, en particular, todo varón— interioriza. Las violencias sexuales intragénero, sus causas, las condiciones de vulnerabilidad y la posible existencia de masculinidades más expuestas al riesgo no constituyen fenómenos aislados, sino que forman parte inseparable del entramado sociocultural en el que se producen.

Tal como se señaló en la introducción, este trabajo de investigación persigue un doble objetivo. Por un lado, se pretende analizar la relación entre las narrativas socioculturales de la masculinidad y las dificultades que enfrentan los hombres víctimas de violencia sexual por parte de otros hombres al intentar visibilizar y denunciar los hechos, considerando los mitos, tabús y estereotipos que los atraviesan. Por otro lado, se busca explorar similitudes y diferencias entre los casos de violencia sexual ocurridos en contextos cotidianos y aquellos que se producen en un ámbito particular y específico como las sesiones de chemsex.

A partir de este punto, y con el apoyo de testimonios recabados en España e Italia, se comenzarán a delinear las hipótesis de investigación que guían este estudio. El presente capítulo constituye la segunda sección preliminar al análisis central sobre la violencia sexual intragénero, pues introduce el contexto socio-etnográfico en el que se desarrolló una parte del trabajo de campo, centrado en la comunidad que participa en prácticas de chemsex. Cabe destacar que, aun tratándose de un capítulo de carácter preliminar, en él se incorporan ya algunos resultados etnográficos. La riqueza de los testimonios y de las historias de vida hizo que, durante las entrevistas, las personas participantes aportaran elementos especialmente relevantes que otorgan sustento y densidad empírica a esta sección introductoria y contextual sobre la práctica del chemsex en general. Por ello, este capítulo debe considerarse propedéutico en cuanto a su función temática e introductoria, pero también parcialmente sustentado en datos etnográficos que permiten comprender mejor el fenómeno desde el inicio.

El trabajo de campo tuvo lugar en la ciudad de Barcelona entre los meses de abril y agosto de 2024, en colaboración con la ONG Stop Sida. Para esta investigación, como se explicó en la parte metodológica, se trabajó estrechamente con la comisión ChemSex Support, especializada en ofrecer acompañamiento, información, derivación y apoyo integral a personas usuarias de chemsex, particularmente aquellas que presentan un consumo problemático. Esta comisión proporciona recursos como *counselling*, atención psicológica y social, orientación hacia servicios médicos y legales, así como programas de reinserción laboral. El enfoque de la ONG es eminentemente centrado en la persona, de modo que cada individuo define sus propios objetivos y necesidades en función de su proceso personal.

El trabajo de campo incluyó la utilización de los espacios de la organización, la participación en sus actividades y un proceso formativo inicial y continuo. Durante los dos primeros meses se llevó a cabo una formación general y específica que abarcó contenidos sobre infecciones de transmisión sexual, estrategias de reducción de riesgos y daños, historia del fenómeno chemsex, tipos de sustancias y sus combinaciones, así como actividades prácticas orientadas al *counselling* y a la escucha activa de las personas usuarias.

Los epígrafes que componen este capítulo socio-etnográfico estarán dedicados a introducir y contextualizar el fenómeno del chemsex, abordando sus principales definiciones, las sustancias implicadas y sus combinaciones, así como los riesgos, daños asociados y la problemática potencial vinculada al consumo⁴⁴.

Este análisis se articulará entre los aspectos teóricos y académicos presentes en la literatura especializada y las experiencias directas de las personas entrevistadas. Los relatos en primera persona de quienes han participado en este fenómeno permitirán incorporar una perspectiva interna, profunda y complementaria, que enriquecerá el marco teórico y facilitará una comprensión más integral de la complejidad que caracteriza al chemsex.

⁴⁴ Puesto que el trabajo de campo se llevó a cabo en Barcelona, la mayor parte de las referencias – excepto los aspectos más técnicos, que incluirán investigaciones internacionales – estarán centradas especialmente en el contexto de Barcelona, particularmente en las experiencias vivenciales recogidas en las entrevistas cualitativas y en como el fenómeno del chemsex se estructuró y enraizó.

4.1. ¿Qué es el chemsex? Fenómeno cultural, vocabulario compartido, causas de acercamiento y condiciones de vulnerabilidad

El vínculo entre el ser humano y el uso de drogas para poder acceder a una dimensión alternativa tiene raíces muy antiguas en la historia de la humanidad. La alteración del estado de conciencia con fines rituales o para alejarse de la dimensión terrena ha acompañado siempre al ser humano en su búsqueda de trascendencia. Igualmente, el uso recreativo de drogas y, en particular, en contextos sexuales ha estado presente a lo largo de la historia (Soriano, 2017). Sin embargo, aquí se aborda un fenómeno específico que afecta culturalmente y de manera particular especialmente a la comunidad de hombres gays, bisexuales y, en general, a hombres que tienen sexo con otros hombres – abreviado GBHSH –: el *chemsex*.

Según Fernández-Dávila (2016):

El ChemSex es una palabra inglesa que combina dos vocablos: *chems* y sexo. “*Chems*” es una abreviatura de *chemicals* (químicos), pero que en la jerga pasó a connotar “drogas”. Es un término que en el Reino Unido comenzó a ser utilizado por investigadores o profesionales de servicios socio-sanitarios a partir del 2012 (p. 42).

Siguiendo a Soriano (2017, 2022) y Javaid (2018b), se puede destacar que, aunque la comunidad LGBTQI+ tuvo, a lo largo de la historia, un vínculo con las drogas, este fenómeno tiene características peculiares que se pretende destacar. La definición al momento del fenómeno del chemsex es la que está presente en el informe escrito por Íncera, Gámez *et al.*, y promovido por Apoyo Positivo e Imagina Más de Madrid, en el 2022:

El documento de consenso del 2º *European ChemSex Forum*, define el *chemsex* como “*un tipo particular de práctica de consumo sexualizado de sustancias, entre hombres gays, bisexuales, otros HSH, y personas trans y no binarias que participan en la ‘cultura de sexo casual o sin compromiso’ gay*” (p. 4). Esta práctica, a menudo, tiene como objetivos aumentar la excitación y las experiencias sexuales intensas, así como manejar la inhibición y la falta de confianza para realizar determinadas prácticas sexuales (p. 1).

Esto permite aclarar varios aspectos fundamentales: no todo consumo sexualizado de sustancias puede considerarse chemsex, sino que este constituye “*un tipo particular de práctica*”. Como señala Fernández-Dávila, la población heterosexual también recurre al uso de drogas en contextos sexuales, siendo las principales sustancias el alcohol, la MDMA y el

cannabis. En cambio, la comunidad GBHSH —a la que se suman siempre más personas no binarias y trans (Soriano, 2022: 5-6)— utiliza otras sustancias con fines específicos: prolongar la duración y la intensidad de las relaciones sexuales, favorecer la desinhibición, incrementar el deseo de experimentar, así como suprimir el sueño y la sensación de hambre con el fin de extender las prácticas sexuales. Tal como se analizará más adelante, entre las drogas más comúnmente consumidas en este contexto se encuentran el GBL/GHB, la metanfetamina (Tina), la MDMA, los poppers, la ketamina, la mefedrona y distintos fármacos empleados para tratar la disfunción eréctil ocasionada en algunos casos por los efectos de estas mismas sustancias.

Los elementos que distinguen al chemsex de otros usos sexualizados de drogas no se reducen únicamente al tipo de sustancias empleadas. La disponibilidad o ausencia de estas varía en función de factores como las dinámicas de tráfico y mercado, diferentes de un país a otro e, incluso, de una ciudad a otra dentro del mismo territorio. A esto se suman variaciones en los precios, que influyen directamente en los patrones de consumo. Sin embargo, lo que define al chemsex trasciende el componente material de las drogas: se vincula también con cuestiones de tiempo y duración de las sesiones, con los espacios donde se desarrollan, con los sujetos que participan y con las modalidades de encuentro. En este sentido, el chemsex se configura como un fenómeno cambiante y metamórfico, cuyas definiciones resultan siempre parciales y susceptibles de modificaciones, adaptándose de manera diferente a los diversos contextos socioculturales en los que se enraíza y encontrando en ellos condiciones más o menos propicias para su desarrollo⁴⁵.

En el plano narrativo, el chemsex suele asociarse de manera casi exclusiva a prácticas sexuales grupales. Sin embargo, esta representación resulta reduccionista: aunque puede darse en contextos colectivos, también ocurre en tríos, en pareja o incluso en solitario, ya sea mediante el consumo acompañado de pornografía o a través de interacciones virtuales por webcam. Los espacios donde se lleva a cabo son igualmente variados: zonas de *cruising* al aire libre, saunas, clubes de ocio sexual y, sobre todo, viviendas privadas, propias o ajenas, que se constituyen como los escenarios predominantes. En este punto, aportan elementos significativos los testimonios de dos chicos de Barcelona, quienes, durante las entrevistas, reflexionaron sobre los factores de cambio que han favorecido la configuración del chemsex tal como se conoce en la ciudad en la actualidad:

⁴⁵ “El concepto ‘chemsex’ está construido socialmente en base a las preferencias de los usuarios y de la disponibilidad y popularidad de determinadas drogas; por tanto, las características definitorias vienen determinadas por el contexto socio-cultural y el tiempo de consumo” (Leyva-Moral, J. M., *et al.*, 2024: 190)

Toni: En Barcelona siempre ha habido discotecas, y dentro de las discotecas siempre ha habido cuartos oscuros, pero en el año '97, '98, por ahí, se abrió en Barcelona el primer club de sexo grande como tal. No es que fuera una discoteca con cuartos oscuros, es que era todo el cuarto oscuro. Y eso determinó un antes y un después. [...] Luego, cuando el Ayuntamiento prohibió los After Hours y cuando llegó la metanfetamina. La metanfetamina ha cambiado mucho porque, bueno, empezar a usar esa sustancia quita el cansancio, nunca paras, nunca tienes suficiente y genera muchas dificultades de gestión de consumo.

P3: Yo creo que ha habido muchos factores, también en cómo se ha ido desarrollando el ocio y la manera de socializar porque quizás en cierto momento, pues te ibas a las discotecas, había Afters abiertos todo el rato, con lo cual la diversión estaba allí, no estaban las casas. Creo que cuando cerraron los Afters empezó este concepto de los chills, de seguir la fiesta en casa después de la discoteca. Luego aparecieron las aplicaciones y luego, dependiendo de la sustancia que ha ido dominando en cada uno de los momentos, porque quizás antes las primeras sustancias que llegaron eran más recreativas, o sea el éxtasis y todo esto, y desde la aparición del GHB hay un componente un poco más sexual. Con lo cual el ocio se ha ido desplazando un poco de los sitios de ocio a las casas y yo creo que eso ha influido un montón también, ¿eh?

Estos fragmentos ilustran un caso especialmente significativo en la ciudad de Barcelona, que aporta elementos relevantes para comprender el chemsex en un sentido más amplio. La práctica en espacios privados permite que no existan límites temporales en el consumo, lo que posibilita que las sesiones se prolonguen durante horas o incluso días. A ello se suman otros factores característicos del contexto urbano: la presencia de clubes de sexo, la integración —cuando no la normalización— de la vida nocturna gay en las grandes ciudades, junto con sus códigos comunicativos, performatividades corporales y costumbres sexuales. La introducción de sustancias que no solo favorecen la socialización, sino que amplifican la intensidad, la duración y las performances sexuales; la proliferación del turismo gay y la consolidación de festivales de gran magnitud, como el Circuit⁴⁶, han contribuido a facilitar el intercambio de prácticas y al incremento del consumo de drogas en estos entornos.

En Londres, a partir del 2015 el chemsex empezó a convertirse en un problema de salud pública y en el siguiente par de años esto ocurrió también en Madrid. En el Informe de Apoyo Positivo e Imagina Más, Íncera, Gámez *et al.* (2022) escriben:

⁴⁶ El Circuit, también conocido como Circuit Festival Barcelona “es el mayor festival Internacional LGBTI. Creado en 2008 por Matinée Group, con el Circuit llega cada año más de una semana de clubbing, ocio y vacaciones que convierten Barcelona en la capital gay internacional del verano. La diversión se vive en múltiples propuestas como fiestas en piscinas, el evento del Día del Parque Acuático, sesiones de DJ y actuaciones de grandes nombres de la escena gay y noches de club. Una cita ineludible que revaloriza el compromiso de la ciudad con el colectivo LGBTI”; [https:// www.barcelonaturisme.com/wv3/es/agenda/14655/circuit-festival.html](https://www.barcelonaturisme.com/wv3/es/agenda/14655/circuit-festival.html).

En el año 2017, el Plan de Adicciones de la ciudad de Madrid (2017/21), ya recogía entre sus objetivos la necesidad de adaptar las intervenciones y los recursos para atender un fenómeno, entonces emergente y con mayor prevalencia en la Comunidad de Madrid, de uso de drogas y su asociación con contextos sexuales (*chemsex*), principalmente con hombres gays, bisexuales y otros hombres que tienen sexo con hombres (GBHSH). Este hecho presentaba gran preocupación y un problema de salud pública debido a que el uso de sustancias para mejorar la experiencia sexual podía llevar a conductas sexuales de riesgo y el consumo de drogas potencialmente peligroso y su forma de consumirlas, y generaba adicciones e intoxicaciones graves (p. 1).

Otro elemento que aceleró mucho el fenómeno del chemsex en la cultura GBHSH ha sido la aparición, a partir del 2009, de las aplicaciones de encuentros con geolocalización. Fernández-Dávila (2016) escribe:

En los portales de contacto gay, los chats y las apps se pueden encontrar rápidamente, y a cualquier hora del día, hombres buscando una sesión de sexo con drogas. En el caso de las apps, el conocimiento de la cercanía física de las potenciales parejas sexuales favorece con menos esfuerzo el éxito del encuentro. De ahí es característico su uso en las fiestas de sexo, de utilizarlas para seguir buscando más “invitados”, aunque hay quienes relatan esto más como una queja por el tiempo que se pierde de “pasarlos bien” (p. 53).

Un elemento central en este entramado lo constituyen las aplicaciones de contacto, que no solo funcionan como medios para concertar encuentros sexuales, sino también como espacios de compraventa de drogas. Estas plataformas han generado una gramática y un vocabulario propios, en constante transformación, que responden a las necesidades de los usuarios, a las sustancias demandadas u ofrecidas, a las prácticas sexuales buscadas y a los tipos de corporalidades deseadas. Aplicaciones como *Grindr*, *Scruff*, *MachoBB* o *Recon* son empleadas para encuentros ocasionales y rápidos, y en ellas circula un código comunicativo específico.

En los contextos anglófonos, por ejemplo, es habitual referirse al chemsex mediante expresiones como *Party and Play (PnP)*, *chillout*, *long session*, *Horny and High (HH)*, *chems/chemsfriendly* o *piggie session*. En cambio, en el ámbito hispanohablante predominan términos como *sesión*, *morbo* y *vicio*, *fiesta*, *colocón* (abreviado como “klkon”), *party*, *chill* o *guarri-chill*. Este léxico también incluye nociones vinculadas al consumo y a las dinámicas asociadas, como el término *craving*, que alude a la necesidad de consumir, generalmente desencadenada por ciertos *triggers*. Estos detonantes pueden ser muy diversos: desde situaciones cotidianas como las conversaciones con personas que participan en *chills*, la proximidad del fin de semana o la conexión a aplicaciones de ligue, hasta estados de

boredom o “nothing-to-do”, es decir, sentimientos de aburrimiento o vacío sin actividades específicas que los ocupen.

El vocabulario se enriquece, además, con el uso de *emojis* que representan prácticas y roles sexuales preferidos, sustancias buscadas u ofrecidas, e incluso estilos de interacción, configurando un lenguaje visual que complementa y agiliza la comunicación en estos espacios digitales. A continuación, un esquema⁴⁷ de todo esto:

Tabla 3 Símbolos vinculados con los roles sexuales que se pueden encontrar en las aplicaciones de ligue.











Emoji ROLES	Palabras/Expresión
	Activo
	Activo-Versátil
	Versátil
	Versátil-Pasivo
	Pasivo

Tabla 4 Símbolos vinculados con las prácticas sexuales que se pueden encontrar en las aplicaciones de ligue.

Emoji PRÁCTICAS	Palabras/Expresión	Explicación
	BB, follar a pelo	Tener sexo sin condón, bareback
	Apelero	Persona que tiene sexo BB
	FF	Fist-fucking, introducir el puño
	Cerdeo	
	Meos, cerdeo, watersports, lefa	Lluvia dorada
	Lefa, leche, preñar	Eyaculación en el culo, tragar

⁴⁷ Curso Específico ChemSex Support (CSS – 1º Introducción al chemsex), presente en la formación ofrecida por ONG Stop a les voluntaries de la comisión ChemSex Support: <https://stopsida.org/>











	BDSM	Bondage/Discipline, Dominance/Submission, Sadism/Masochism
	Poz	Infección intencional de VIH
	Trabajo Sexual	

Tabla 5 Símbolos vinculados con las sustancias que se pueden encontrar en las aplicaciones de ligue.

Emoji SUSTANCIAS	Palabras/Expresión	Explicación
	Chuches, candy	Drogas
	Slam / Rush	Administración de drogas por vía parenteral/intravenosa
	C, tema, cc	Cocaina
	Ice (en general)	T, tina, metanfetamina
	Cloud, ice (fumada)	
	Azules, vivis, vs	Viagra
	Ganja, 420	Marihuana

Según lo dicho, esos códigos cambian al variar del contexto sociocultural, geográfico y según las disponibilidades de las sustancias y de las personas usuarias. El contexto es lo que facilita o limita la presencia de ciertas prácticas y provoca su evolución. Los mismos códigos presentados y validados por la ONG Stop Sida de Barcelona, no tienen una regla definida, funcionan para transmitir ciertas expectativas de encuentro.

Además de la construcción del deseo gay y, más en general, HSH, las aplicaciones y la rapidez de encuentro de parejas sexuales y, eventualmente, de sustancias, la posibilidad de consumir en casas privadas o en clubes de sexo, saunas o zonas de cruising, hay miles más motivaciones que pueden llevar a una persona a practicar el chemsex. Es incorrecto pensar que una persona usuaria de chemsex responda a un patrón (pre)definido y que las motivaciones sean las mismas para cada una. El informe de Íncera, Gámez *et al.* (2022), por un lado, y el estudio HOMOSALUD (2021) estilado por Stop Sida, CEEISCat, Coalition

Plus *et al.*, por otro lado, presentan un panorama amplio y diverso, evidenciando que las diferencias personales entre los individuos corresponden a distintas motivaciones y necesidades. El primer estudio incluyó a 564 participantes entre 18 y 70 años, mientras que el segundo se dividió en dos partes: una cuantitativa, con un cuestionario en línea al que respondieron 2843 personas, y otra cualitativa, basada en doce entrevistas individuales y tres grupos focales.

En el estudio realizado por Apoyo Positivo e Imagina Más de Madrid, la media de edad de las personas participantes estaba comprendida entre los 31 y 39 años. La mayoría contaba con estudios universitarios o de posgrado y ocupaba empleos de nivel medio-alto. Entre las motivaciones detectadas para el consumo de drogas con fines sexuales, el informe señala:

Existen varias razones y motivaciones para el consumo de drogas con fines sexuales en GBHSH. Algunos de los aspectos referidos por los participantes en el *chemsex* incluyen potenciar el deseo, la excitación, el placer sexual, la desinhibición, fomentar los vínculos sociales compartiendo espacios de intimidad y confianza en GBHSH, o tener largas sesiones sexuales. [...] Algunos participantes en el *chemsex* también lo describen como una vía de escape a situaciones personales difíciles y dolorosas, o la manera de lidiar con situaciones problemáticas en general. Estos participantes señalan que la práctica del *chemsex* es una estrategia para afrontar conflictos internos por su orientación sexual, o por los sentimientos que produce el estigma asociado a la infección por el VIH. Practicar *chemsex* puede convertirse en un medio para manejar la angustia, mantener la estabilidad emocional, controlar la vergüenza sexual, o aliviar el sentimiento de soledad (p. 3).

Las razones evidenciadas son plurales y pueden asociarse con los hallazgos del estudio HOMOSALUD del 2021, enfocado en la ciudad de Barcelona. A nivel sociodemográfico, el perfil promedio corresponde a personas con una media de 40,1 años, un buen nivel educativo y un ingreso mensual medio-alto. Se destaca que:

Se trata de un grupo de hombres identificados como GBHSH de una edad media de 40,1 años, 78% nacidos en España, 68% con estudios universitarios finalizados, 81,8% en situación laboral activa con ingresos medios mensuales netos de 1483,33 euros, en su mayoría viviendo de forma independiente (54,54%). En las últimas 4 semanas los participantes refieren haber acudido a una media de 6,08 *chills*, en los que las sustancias mayormente consumidas fueron Tina (77,27%), GHB (81,81%) y Ketamina (27,27%) (HOMOSALUD, 2021: 60).

Siempre según el informe, entre las principales motivaciones para involucrarse en el *chemsex* destacan la búsqueda de una sexualidad más placentera, intensa y prolongada señalada por un 72% de las personas participantes. Otros reconocieron la voluntad de

aguantar más en las sesiones (41,3%), sentir confianza e quitarse bloqueos (34,0%), evadirse de los problemas personales y cotidianos (29,3%), hasta sentirse parte de un grupo y, en medida menor, luchar contra la soledad (5,1%) (HOMOSALUD, 2021: 13). Además, se identifica la búsqueda de socializar y pertenecer a un grupo, junto con miedos asociados a una sexualidad más *vanilla*⁴⁸ debido a factores como el VIH, corporalidades no normativas, homofobia interiorizada y miedo al rechazo. Siempre en el estudio se reconoce lo siguiente:

La homofobia experimentada por algunos de los participantes, y en muchos casos interiorizada, se asocia a la dificultad de poder iniciar una sexualidad plena en tiempos pasados. Es habitual haber frecuentado saunas, zonas de *cruising* antes de iniciarse en Chemsex, como dice P1 “era algo oculto”. La práctica del Chemsex se describe como algo propio de hombres GBHSH, llegando a ser identitario del colectivo para muchos de los informantes. [...] El descontento con el propio cuerpo, la timidez, las dificultades para socializar en ambientes de ocio, el deseo de mostrar hombría y poder hacen que se inicie la práctica del Chemsex. Las drogas permiten a los informantes socializar con facilidad en un contexto en el que perciben como seguro, al no ser juzgados por su aspecto físico. Se sienten seguros al saber que los *chills* son espacios donde disfrutar del sexo y donde conectar con los otros de un modo más personal. Además, las drogas les proporcionan la capacidad de realizar sexo más duradero, incluso incorporando prácticas que sin ellas les resultaría difícil implementar (como, por ejemplo, el *fisitng*) (pp. 60-61).

En el contexto del chemsex, el uso de una sustancia actuaría como un filtro que facilita una mayor libertad de expresión personal, permitiendo prácticas que serían más difíciles de experimentar en otros entornos. Según la experiencia de dos participantes del grupo focal del presente trabajo de investigación, sus acercamientos al chemsex se describen de la siguiente manera:

P3: El mío progresivo, poco a poco, iba como sumándose sustancias y buscando cada vez cómo ir deseando más, ir subiendo un poco de nivel. Yo a veces siempre hago la broma de lo que me decía mi madre, que es que empiezas por los porros y acabas con no sé qué. Pues, tenía un poco de razón. En mi caso fue progresivo, fue incrementándose. Yo tengo 49 años y cuando empecé a salir solo tomaba pastillas, luego llegó el GHB, luego llegó la mefedrona, luego la tina.

P1: En mi caso, a ver, la primera vez fue totalmente sorprendente porque no era algo que yo fuera buscando, la verdad. Mi primera vez fue en Londres. Yo nunca había escuchado hablar de ese fenómeno y de repente me mudé a Londres y como que todo el mundo lo hacía. Total que yo quería hacer una orgía, se presentó la oportunidad y me enteré. Uno de los chicos de la orgía

⁴⁸ En el argot se define *sexo vanilla* la tipología de relaciones sexuales que no incluyen prácticas *kinky* o, en general, no convencionales.

me dijo lo que estaban haciendo y yo le dije que quería probar pero que no iba a poner dinero en ninguno, que si les parecía bien pues iba y si no pues no. Les pareció bien, me uní a la fiesta, lo probé absolutamente todo porque yo soy así y a raíz de ahí fue como progresivo. Esa vez me lo pasé de putísima madre, creo que el mejor polvo de mi vida y ya después fue como, “bueno, si lo hago otra vez no pasa nada porque esto va a ser solo una vez”, y cuando me di cuenta pues había empezado a comprar, fumaba metanfetamina y toda la pesca.

Otros posibles elementos que puede favorecer un acercamiento al chemsex están constituidos por la presencia de antirretrovirales, que permiten a las personas con VIH alcanzar un estado de indetectabilidad y, por lo tanto, no transmitir el virus. Todavía existen el miedo al rechazo y la discriminación hacia las personas con VIH y entonces en muchas ocasiones los contextos de los chills pueden generar espacios más tolerantes y permisivos. Y si a esto se añade la revolución dada por la PrEP (*profilaxis preexposición*) y la PEP (*profilaxis posexposición*)⁴⁹, hubo una intensificación del sexo con parejas múltiples y sin condón. Nuevas estrategias biomédicas son constituidas también por la Doxy-PEP y la Doxy-PrEP que, utilizando la doxiciclina, parece tener efectos preventivos —aunque los estudios siguen en fase de desarrollo— contra sífilis, clamidia y en menor medida, gonorrea. El artículo de Villanueva Baselga, Mora y Villegas (2024) manifiestan prudencia a la hora de enfrentarse al contexto español, aunque en otros sitios haya una prescripción menos cauta. Dicen: “Similarly, in Spain, the Spanish Association for Infectious Diseases and Clinical Microbiology (SEIMC) has taken a cautious stance, recommending Doxy-PEP only on a case-by-case basis and without indication”⁵⁰ (p. 438). El estudio, que comprendió 150 personas pertenecientes a la comunidad GBHSH y que actualmente viven en España, detectó que en el último año se verificó una disminución de las ITSs mencionadas —sífilis, clamidia y gonorrea— pero hay cautela en conectar la bajada del porcentaje a la efectiva presencia de la doxiciclina como medida preventiva tomada por esa comunidad estudiada. Siempre los autores refieren:

Notably, the association between Doxy- PEP use and a general decrease in diagnoses was significant only for chlamydia. Nonetheless, these findings should be interpreted cautiously as they rely on self-reported data, and factors such as duration, dosage, and adherence to Doxy-

⁴⁹ Ambos fármacos son métodos utilizados para prevenir la presencia de VIH, la PrEP a nivel preventivo tomándola con anterioridad a relaciones sexuales, mientras la PEP, siendo una medida posexposición se toma dentro de 72 horas de un acto sexual considerado arriesgado porque tal vez no se utilizó condón o por otras razones conectadas al uso de toys no limpios, prácticas BDSM no seguras, etc.

⁵⁰ “Del mismo modo, en España, la Asociación Española de Enfermedades Infecciosas y Microbiología Clínica (SEIMC) ha adoptado una postura recomendando la Doxy-PEP sólo en casos concretos y sin indicación”.

PEP were not adequately assessed, crucial for understanding the association between Doxy-PEP use and STI incidence⁵¹.

Dentro de las posibles causas de acercamiento al chemsex no debemos olvidar los posibles factores de vulnerabilidad que pueden llevar al consumo de sustancias vinculadas con la práctica del chemsex.⁵² Un primer tema específico que puede haber tenido un impacto significativo en la salud psicofísica de las personas es la pandemia de COVID-19, que comenzó a afectarnos a partir de 2019. Entre la obligación de quedarse en casa limitando las relaciones interpersonales, el aburrimiento por falta de estímulos, la imposibilidad de salir, salvo por razones justificadas, hizo que en algunas ocasiones la frecuencia del consumo creciera. Al respecto, es interesante la experiencia de dos chicos que vivieron la pandemia y la relación con las drogas de una manera opuesta:

Antonio: A ver, es que a mí me pasó una cosa un poco extraña. A mí me fue bien, pero es un caso muy, muy extraño porque yo justo en los meses antes de la pandemia estaba empezando a consumir de una manera peligrosa. O sea, probé el slam, que es una cosa que no estigmatizo, pero soy una persona al que le da muchísimo miedo las agujas y la sangre y todo esto. Entonces, cuando con la pandemia nos encerraron, recuerdo que estaban mis padres y claro, ahí hubo un corte brutal. O sea, ahí de golpe dejé de consumir durante unos cuantos meses y entonces a mí me fue bien. Sí que es cierto que después, cuando ya podíamos salir y todo, hubo un tiempo también un poco oscuro porque no podíamos salir a ningún sitio. No podíamos ir de bares, no podíamos quedar con amigos, entonces quedabas a escondidas con chicos y hacías chemsex. Entonces ahí la frecuencia era mayor y para el resto, para todo el colectivo y todos los usuarios que practican chemsex, pasó lo mismo. O sea, la periodicidad y seguramente la cantidad final del consumo, pues aumentó un montón.

Alberto: A ver, siendo sincero, para mí el confinamiento me hizo pasar del 10 al 90, ¿me entiendes? Pero ya antes del confinamiento fumé Alfa dos veces. Después del confinamiento hubo un momento que me estaba viendo y que estaba quedando cada dos semanas. Entonces yo no te puedo decir que empecé a fumar por el confinamiento o que empecé a consumir por el confinamiento. El confinamiento no me llevó a la adicción, me llevó al abuso.

⁵¹ “En particular, la asociación entre el uso de Doxy-PEP y una disminución general de los diagnósticos sólo fue significativa en el caso de la clamidia. No obstante, estos resultados deben interpretarse con cautela, ya que se basan en datos autodeclarados, y no se evaluaron adecuadamente factores como la duración, la dosis y la adherencia a la Doxy-PEP, cruciales para comprender la asociación entre el uso de Doxy-PEP y la incidencia de ITS”.

⁵² Aunque a lo largo del capítulo y según se irán introduciendo las experiencias de las personas entrevistadas, veremos que hay diferentes motivaciones y un diferente impacto en los usuarios.

Como puede observarse —y poniendo énfasis en la diversidad de trayectorias desde las que cada persona enfrenta estas situaciones—, la pandemia representó un punto crítico tanto durante como después de su transcurso en relación con la gestión del consumo. Este periodo supuso una interrupción forzosa de múltiples dinámicas, y, en los momentos en que aún no era posible retomar la vida comunitaria ni los espacios festivos, algunas personas buscaron formas alternativas de reunirse e, incluso, de consumir en soledad.

Entre los factores interrelacionados que pueden incrementar situaciones de vulnerabilidad destacan la experiencia migratoria y las dificultades que la acompañan: la soledad, la ausencia de un entorno familiar cercano, la necesidad de construir nuevas redes sociales, así como las irregularidades documentales, la burocracia prolongada para regularizar la situación administrativa, la inestabilidad laboral y, en ocasiones, también residencial. Todo ello se ve intensificado en el marco de las grandes ciudades cosmopolitas. En el contexto GBHSH, además, las formas de establecer vínculos suelen articularse a través de aplicaciones de citas, clubes, discotecas⁵³ e, incluso, mediante el trabajo sexual. Este último, ya sea fruto de una elección o de una necesidad derivada de la precariedad económica, puede aumentar las probabilidades de acercamiento a los chills y al consumo de sustancias.

De acuerdo con la reconstrucción realizada a partir de las entrevistas en colaboración con la ONG Stop, fueron precisamente las personas trabajadoras sexuales quienes primero detectaron en Barcelona la emergencia de problemas vinculados al consumo de drogas en contextos sexuales. En este sentido, Luca, trabajador social italiano que colabora en un centro de apoyo y acompañamiento a hombres que ejercen trabajo sexual —tanto con mujeres como con otros varones—, muchos de ellos en situación de calle o indigencia, comentó lo siguiente:

Luca: Dentro, digamos, del trabajo sexual, hay una parte donde los trabajadores sexuales se encuentran en una situación de chemsex. Quiere decir que en un grupo de chemsex hay un porcentaje de gente que ejerce el trabajo sexual. Entonces sí el chemsex es una mezcla de todo. [...] los trabajadores sexuales se acercan al chemsex por los clientes, sin más. Los trabajadores sexuales no son usuarios de chemsex, casi nunca. Ellos trabajan y si un cliente necesita tomar tina o lo que sea para poder disfrutar momentos de sexo con el trabajador sexual, claro que lo hacen. El trabajador sexual puede consumir como no. La gente que está enganchada al

⁵³ Non son, por supuesto, los únicos contextos en los cuales se puede socializar. También existen asociaciones LGBTQIA+ de voluntariado, así como los miles de grupos para catalizar y permitir las quedadas entre personas con intereses comunes, como rutas de senderismos, juegos de mesa, intercambio lingüístico o salidas culturales. Es cierto que las aplicaciones de ligue son un medio rápido para conocer gente y salir, pero no son la única opción disponible.

chemsex, hace trabajo sexual para la droga pero el trabajo sexual no está vinculado al chemsex. Al revés, la gente que está en el chemsex puede ser gente como tú y yo, o gente que hace trabajo sexual, pero para reconducirse a la droga. Es un bucle. Yo trabajo con gente que ejerce trabajo sexual, pero independientemente de la droga. Que siga los chicos que viven bien, que tienen su negocio con el trabajo sexual, que tienen cosas de papeleo de gente, pero no tienen nada que ver con el chemsex. Entonces yo creo que se tiene que distinguir porque si no pasa la idea que en el trabajo sexual incluso hacen chemsex, y esto no es así.

Otra experiencia que profundiza el tema de los primeros testimonios sobre el consumo sexualizado de drogas en el contexto del trabajo sexual en la ciudad de Barcelona proviene de un trabajador sexual entrevistado. Al haber preguntado sobre cuál fue el detonante de las primeras visibilizaciones del fenómeno, respondió lo siguiente:

Toni: Sobre todo por los turistas que venían a Barcelona de vacaciones, ya te digo, cuando yo tenía 20 años y yo ahora tengo 54, o sea 20 años atrás. Aquí había cocaína y consumíamos cocaína, consumíamos speed, consumíamos pastillas de éxtasis, pero en aquella época yo siempre lo relacionaba con salir a bailar, con discotecas y tal. Entonces, ¿qué ocurre? Que cuando llega aquí a Barcelona el concepto de “vamos a consumir expresamente para tener sexo”, es por mano de los guiris, de los extranjeros que vienen de vacaciones aquí. O sea, tú aquí en Barcelona podías consumir, pero consumías para ir a una discoteca, para ir a un bar, te metías unas rayas, hablabas, bailabas, y luego a lo mejor a las 3 o las 4, pues ligabas con alguien y te ibas a casa de ese tío y follabas, ¿vale? Los primeros que empezaron a explicar, “oye, no sé, he quedado con un tío, y he estado todo el fin de semana consumiendo, y bueno, y ahora pues no sé parar o no puedo parar, y tal”, fueron los trabajadores sexuales. Ellos empezaron a alertar sobre el tema.

Esta panorámica permite introducir un fenómeno complejo y heterogéneo. Como se ha señalado, el uso sexualizado de drogas posee una trayectoria histórica y unas raíces profundas, pero no todo consumo de sustancias en contextos sexuales puede clasificarse como chemsex. Solo un tipo específico de consumo, vinculado a la comunidad GBSH, puede definirse de este modo, dado que se encuentra atravesado por características socioculturales particulares. El chemsex constituye, en este sentido, una práctica sociocultural: responde a códigos, gramáticas y situaciones específicas, interpela a una comunidad concreta y se adapta a los cambios históricos que la atraviesan.

El chemsex, además, representaría un fenómeno reciente puesto que responde a lógicas nuevas. No puede reducirse únicamente a la utilización de determinadas drogas, ya que la disponibilidad de estas varía en función de factores como el tráfico, los costes o las costumbres de consumo. Sin embargo, la introducción de sustancias que intensifican el

placer y prolongan la duración de los encuentros sexuales, o que facilitan la relajación y la sociabilidad, ha favorecido la consolidación de estas prácticas, en particular entre personas que experimentan dificultades para relacionarse sexualmente en condiciones de sobriedad.

Más allá de las motivaciones vinculadas a la búsqueda de experiencias sexuales más placenteras, prolongadas o liberadoras —que a menudo posibilitan prácticas que difícilmente tendrían lugar en un sexo *vanilla*—, el chemsex también responde al deseo de conectar con otras personas y de formar parte de un grupo. En este sentido, resulta ilustrativo el testimonio de Miguel, uno de los participantes entrevistados en esta investigación, quien describe su acercamiento a los chills de la siguiente manera: “El poder relacionarme mejor con los demás, el sentir que formaba parte de algo, el vivirlo todo más intensamente, no tener vergüenza y abrirme más. El que la fiesta al final durara más, se alargara más, no se acabara antes, eran un poco todas estas sensaciones”. A partir de esta experiencia, también se abren escenarios de vulnerabilidad que ayudan a comprender por qué algunas personas se acercan al chemsex. Entre ellos se encuentran el sentimiento de soledad, la homofobia internalizada que puede dificultar la vivencia de la sexualidad sin el recurso a sustancias, así como situaciones de aislamiento o marginalidad asociadas, en determinados casos, a la condición de persona migrante. Asimismo, diversas investigaciones han puesto de relieve que un porcentaje significativo de quienes participan en estas prácticas son personas seropositivas, posiblemente porque encuentran en este contexto un espacio más tolerante y menos atravesado por dinámicas de discriminación.

Todo ello permite perfilar un fenómeno complejo, conformado por sujetos heterogéneos que no pueden ser reducidos a la narrativa estigmatizante de la “persona tóxica” o marginalizada que vive en la calle. Quienes participan en los chills provienen de trayectorias vitales diversas y cuentan con bagajes personales, laborales y generacionales distintos, así como con motivaciones variadas que configuran su acercamiento a estas prácticas.

4.2. *Sex, Drugs and Rock'n Roll: sustancias en los entornos chemsex*

Al centrar ahora la atención de manera más detallada en las sustancias utilizadas, cabe señalar que no se trata de drogas que se consumen únicamente de forma previa a la práctica sexual, sino que constituyen elementos fundamentales de la misma. Existe una clara erotización y sexualización de las sustancias, en tanto influyen activamente en la vivencia de la experiencia sexual de las personas participantes en los chills.

Con el fin de realizar una reconstrucción lo más actualizada posible del panorama — aunque siempre surgen nuevas sustancias, en parte debido a los procesos de regulación legal y fiscal del mercado—, se recurrió a portales especializados como los de la ONG Stop Sida⁵⁴ y Energy Control. Estos recursos, con enfoques complementarios tanto en el contexto español como en el internacional, permiten identificar y describir sustancias, efectos, dosis, modalidades de consumo, posibles adulteraciones, duración en el organismo y combinaciones que pueden resultar dañinas para la salud.

En el marco del chemsex, las drogas habitualmente empleadas se agrupan en dos grandes familias: las depresoras del Sistema Nervioso Central (SNC) y las estimulantes del SNC. Entre las primeras —cuyo uso puede variar en mayor o menor medida en función del contexto social y geográfico— se encuentran:

- GHB/GBL: el Ácido Gammahidroxibutírico, conocido también como *G, chorri, gina, biberón*,⁵⁵ comenzó a utilizarse en la década de los ochenta, inicialmente en contextos médicos para favorecer el sueño y, posteriormente, en el ámbito del culturismo. En los años noventa, debido a sus efectos secundarios y a su potencial recreativo, empezó a difundirse en espacios de ocio nocturno. Actualmente en el mercado es posible encontrar su precursor químico⁵⁶, el Ácido Gamma Butirolactona (GBL). Ambos se presentan en estado líquido, aunque se diferencian en sabor y aspecto: el GHB es incoloro y presenta un gusto salado, mientras que el GBL se distingue por un sabor amargo y químico. Como depresores del sistema nervioso central, sus efectos deseados incluyen una intensa relajación, desinhibición, euforia, sociabilidad, así como relajación muscular y anal. La vía de administración más frecuente es la oral, habitualmente diluido en líquidos no

⁵⁴ En particular, las informaciones recibidas en el curso de formación de la comisión ChemSex Support, CSS-2C Sustancias.

⁵⁵ Erróneamente se le conocía también como éxtasis líquido, pero si comparamos los efectos del GHB y del éxtasis vemos que son totalmente diferentes, en cuanto la segunda está en el grupo de los estimulantes del SNC.

⁵⁶ Puesto que el GHB es una sustancia fiscalizada.

alcohólicos,⁵⁷ como agua o zumo. Sin embargo, un consumo superior a la tolerancia personal puede generar una serie de efectos adversos: mareos, náuseas, vómitos, visión borrosa, convulsiones, diarrea, somnolencia e incluso síntomas psicóticos o delirantes. El GHB/GBL está estrechamente vinculado a lo que en el argot se conoce como *chungo*⁵⁸, es decir, un episodio de sobredosis caracterizado por la pérdida de consciencia (*doblar*). El chungo se puede manifestar también con convulsiones, espasmos musculares o incluso espuma en la boca para, en un segundo momento, doblar. Una tercera forma manifestación de un chungo se puede observar en alteraciones en la conducta como movimientos hiper-erotizados, gesticulación rígida o robótica, imitaciones de animales, dificultades para comunicarse verbalmente y desatención hacia el entorno inmediato.

- Ketamina (2-chlorophenyl-2-methylamine-cyclohexanone): se trata de un anestésico con efectos disociativos y psicodélicos, capaz de generar distorsiones auditivas y visuales, así como una sensación de separación de la realidad. Es comúnmente conocido como *keta*, *vitamina K*, *Special K* o *KitKat*, entre otros. Se presenta en forma de polvo blanco y cristalino, aunque también puede encontrarse disuelto en líquido, lo que permite diversas modalidades de administración: esnifada, por vía oral o inyectada. Entre sus efectos deseados destacan la relajación, la euforia, la disminución de la sensación de cansancio, la desinhibición y la percepción de separación del propio cuerpo. No obstante, pueden aparecer efectos no deseados como confusión, ansiedad, reducción de la percepción del dolor, entumecimiento corporal, dificultad para reconocer lo que ocurre alrededor, náuseas, vómitos y vértigo.
- Popper: otro grupo de sustancias relevantes lo constituyen los poppers, un conjunto de compuestos nitrogenados —como el nitrito de amilo, isobutilo o butilo— que se presentan en forma líquida en pequeños frascos. Son altamente volátiles y su principal vía de administración es la inhalación. Al ser inhalados, producen relajación muscular generalizada, euforia, sensación de *subidón*, disminución de la tensión arterial y relajación muscular y anal, lo que facilita la realización de prácticas

⁵⁷ La mezcla con el alcohol aumenta los efectos del GHB/GBL y es más fácil tener efectos indeseados.

⁵⁸ Un chungo, siempre según la formación ofrecida por ONG Stop, puede depender de varias razones: el hecho de diluir el GHB/GBL en una sustancia alcohólica hace que los efectos depresores dupliquen aunque la cantidad de sustancia sea muy baja; una alteración de las dosis de manera no proporcional al aguante personal; puesto que el GHB/GBL permanece en el organismo dos horas más o menos se puede dar una situación de sobredosis si no se respeta el tiempo adecuado para volver a consumir la sustancia; una alteración no voluntaria debida a personas que añaden en la bebida de alguien una mayor cantidad de sustancia; un accidente como beber de una copa que contiene G sin saberlo.

sexuales más intensas. Entre los efectos adversos se encuentran náuseas, mareos, cefaleas, taquicardia, síncope y, en casos poco frecuentes, maculopatía asociada al consumo prolongado. Asimismo, es común que se presenten dificultades para mantener la erección.

- Alcohol: no debe omitirse la mención del alcohol entre las sustancias depresoras del Sistema Nervioso Central. Se trata de una droga ampliamente aceptada social y culturalmente, pero que puede generar complicaciones asimismo significativas, especialmente cuando se combina con otras sustancias. En particular, no se recomienda su consumo simultáneo con GBL/GHB, ya que la combinación potencia de forma exponencial los efectos depresores. Incluso una dosis baja de GHB/GBL mezclada con alcohol puede amplificar sus efectos de manera considerable, aumentando así el riesgo de doblar y de tener un chungo.
- Cloreto (el cloruro de etilo C_2H_5Cl): un anestésico local utilizado en contextos recreativos, que se presenta en forma de aerosol incoloro. Habitualmente se inhala impregnando un tejido con la sustancia. Sus efectos buscados incluyen relajación, euforia, evasión, sensación de cosquilleo y episodios de risa incontrolada. Sin embargo, su consumo también puede generar efectos adversos como náuseas, vómitos, dificultades en el habla, así como irritaciones nasales y oculares. El uso crónico acarrea riesgos más severos, entre ellos temblores, cefaleas intensas e incluso un deterioro neurológico a largo plazo.
- Opioides: se consumen por vía oral o fumada y suelen presentarse como una goma que, al solidificarse, adquiere el aspecto de una resina marrón. Entre sus efectos deseados se encuentran la sensación de relajación y bienestar, la disminución del apetito y la tendencia a ensoñar despierto. Sin embargo, con dosis elevadas pueden aparecer efectos adversos como picor en la piel, sequedad bucal, náuseas, vómitos, disminución de la libido y dificultades para mantener la erección.
- Óxido Nitroso: un gas con propiedades anestésicas, analgésicas y disociativas. Se caracteriza por ser incoloro y tener un ligero olor dulce. Sus efectos buscados incluyen evasión, relajación, reducción de la sensibilidad al dolor, episodios de risa incontrolada y alteraciones en el nivel de consciencia. No obstante, también puede provocar efectos indeseados como hormigueo, náuseas, vómitos, hipoxia (que en algunos casos puede desencadenar convulsiones) y, en situaciones más graves, neurotoxicidad.
- LSD, setas y DMT: dentro del grupo de las sustancias alucinógenas encontramos varias con una presencia significativa en contextos de consumo recreativo. La

primera es la dietilamida del ácido lisérgico (LSD-25), una sustancia alucinógena que, en su forma pura, es incolora, inodora y ligeramente amarga. Generalmente se administra por vía oral, impregnada en papel secante (*tripi*), en terrones de azúcar o en pequeños comprimidos conocidos como *micropuntos*. Entre sus efectos deseados se cuentan las fluctuaciones emocionales entre alegría y tristeza, la apertura emocional, el aumento de la confianza, la sensibilidad frente a estímulos, las ilusiones y distorsiones espaciales y temporales, la estimulación del pensamiento creativo y la sensación de unidad con el entorno. No obstante, puede ocasionar efectos adversos como taquicardia, incremento de la presión arterial, estados paranoides y, en algunos casos, trastornos psiquiátricos. Los efectos de las setas psicodélicas son similares a los del LSD, destacando la facilidad para abrirse emocionalmente, las distorsiones de la imagen corporal y la percepción alterada del entorno. Sus efectos pueden comenzar entre 15 minutos y una hora después del consumo, con una duración aproximada de 4 a 6 horas. Entre los efectos adversos se incluyen alucinaciones desagradables, mareos y, en situaciones más graves, “viajes difíciles” que pueden prolongarse hasta 24 horas. Por su parte, la dimetiltriptamina (DMT), conocida también como *dimitri* o *molécula espiritual*, es una sustancia psicodélica de origen natural que puede ser fumada, vaporizada o ingerida como parte de la Ayahuasca, un brebaje ritual amazónico. Sus efectos buscados incluyen visiones intensas de otros seres o realidades, una sensibilidad exacerbada a estímulos visuales y sonoros, y una profunda sensación de conexión con el entorno. Entre los efectos adversos se encuentran estados de ansiedad, alucinaciones desagradables y reacciones similares a las del LSD y las setas.

Además de las sustancias depresoras del sistema nervioso central, también encontramos aquellas con efectos estimulantes. En los contextos de chemsex —siempre teniendo en cuenta las diferencias geográficas y la disponibilidad de acceso a determinadas drogas— es posible identificar diversas sustancias que se consumen con fines recreativos y sexuales:

- Metanfetamina: conocida en el argot como *Tina*, *T*, *Meta* o *Crystal*, pertenece a la familia de las anfetaminas, aunque se distingue por su potencia significativamente mayor. Generalmente presenta un sabor amargo y puede encontrarse en polvo o en cristales, con tonalidades que van del blanco al blanco hueso. A diferencia de otras sustancias, no suele adulterarse. Sus efectos buscados incluyen un marcado incremento del deseo y de la excitación sexual, supresión del sueño, del hambre y

de la percepción del dolor, junto con una fuerte desinhibición y un aumento del “cachondeo”. Sin embargo, entre los efectos no deseados destacan la taquicardia, el incremento de la presión arterial, convulsiones, así como la aparición de conductas impulsivas, agresivas y compulsivas. Tras el consumo, el “bajón” asociado a esta sustancia puede ser particularmente intenso, manifestándose en forma de cansancio extremo, tristeza, apatía, depresión e incluso pensamientos suicidas. La tolerancia a la metanfetamina se desarrolla con gran rapidez. Sus vías de administración son múltiples: esnifada, oral, fumada mediante pipas (con efectos muy rápidos), vía rectal diluida en agua y administrada con jeringa sin aguja, y, finalmente, inyectada en la práctica conocida como *slamming*⁵⁹, que produce efectos casi inmediatos y se asocia a un elevado potencial adictivo.

- Mefedrona: también llamada *Mf*, *Mefe* o *miau-miau*, pertenece al grupo de las catinonas y está emparentada químicamente con las anfetaminas. Se presenta como polvo blanquecino o amarillento, así como en forma de cristales, y a menudo se encuentra adulterada con cafeína para intensificar su acción estimulante. Entre los efectos buscados se incluyen el aumento de energía, euforia, mayor sensibilidad y excitación sexual, así como un incremento de la sociabilidad. No obstante, sus efectos no deseados abarcan desde el aumento de la temperatura corporal, dolor torácico, bruxismo y mareos, hasta episodios de paranoia, alucinaciones y conductas extrañas. Sus vías de administración coinciden con las de la metanfetamina.
- MDMA (3,4-Metilendioximetanfetamina): ampliamente conocido como *éxtasis*, *pastis*, *cristal*, *eme* o *MD*, comenzó a popularizarse en contextos recreativos a partir de los años ochenta. Se encuentra tanto en forma de comprimidos como en cristales. Sus efectos deseados incluyen desinhibición, euforia, intensificación de las sensaciones emocionales, aumento de la empatía y de los sentimientos de cercanía, así como el deseo de abrazar y compartir afecto. Entre los efectos adversos más comunes se encuentran la pérdida de apetito, la dilatación pupilar, las sensaciones alternadas de frío y calor, y, en casos más graves aunque menos frecuentes, ansiedad, pánico e hipertermia. El consumo de MDMA puede dejar un bajón caracterizado por

⁵⁹ El *slamming* hace referencia a la práctica de inyectar drogas por vía intravenosa en contextos de chill o sesiones de chemsex. Esta modalidad de consumo se ha documentado principalmente con sustancias como metanfetamina, anfetamina (*speed*), MDMA, ketamina, cocaína y también con algunas nuevas drogas emergentes. A diferencia de otras vías de administración —como la oral o la fumada—, la inyección intravenosa introduce la sustancia directamente en el torrente sanguíneo sin mediación de filtros fisiológicos lo que produce un efecto inmediato e intenso, comúnmente denominado *rush*. Véase grupo de trabajo sobre tratamiento del VIH (ONG de desarrollo), (2021) *Slamming. Guía para la reducción de daños asociados al uso de drogas inyectables en las sesiones de sexo* (2ª Edición), Gràfiques Cuscó, Barcelona.

tristeza, irritabilidad, ansiedad e insomnio, cuya intensidad depende de la dosis ingerida. Sus vías de administración son las mismas que las de la metanfetamina y la mefedrona.

- Speed (sulfato de anfetamina): empleada tanto con fines terapéuticos como recreativos, comparte efectos estimulantes similares a las sustancias mencionadas. Produce sensación de bienestar y aumento de la energía, pero también puede generar efectos adversos de distinta intensidad: leves (mandibuleo, insomnio, dolor de cabeza, sudoración, irritabilidad), intermedios (hiperactividad, confusión, taquicardia) y graves (delirios, convulsiones, autolesiones o fiebre elevada).
- Cocaína: también ampliamente presente en los contextos de chemsex, es conocida en el argot como *coca*, *farla*, *farlopa* o *perico*. Se presenta como un polvo blanco y cristalino que puede ser esnifado, disuelto para inyección o fumado. Sus efectos buscados incluyen euforia, supresión del cansancio, del sueño y del hambre, además de un aumento de la frecuencia cardíaca y de la presión arterial. Sin embargo, tras su consumo suelen aparecer efectos no deseados como irritabilidad, ansiedad, insomnio y, en la fase de descenso, un marcado “bajón” caracterizado por tristeza, apatía y agotamiento.

Para concluir la presentación de las sustancias que pueden estar presentes en una sesión de chemsex, es relevante mencionar el Tusi y el 2C-B. El primero corresponde a una mezcla que combina diferentes compuestos de tipo depresor, estimulante y psicodélico, mientras que el segundo, el 4-bromo-2,5-dimetoxifeniletamina, se sitúa entre los efectos del LSD y del MDMA.

El Tusi se presenta habitualmente como un polvo rosado, en cuya composición pueden encontrarse ketamina, cafeína, MDMA⁶⁰, entre otras sustancias. Sus efectos varían según la proporción de cada componente: puede inducir estados más disociativos si predomina la ketamina, o más estimulantes cuando se combinan principalmente la cafeína y el MDMA. Los efectos varían con respecto a la cantidad de droga consumida y al porcentaje de los varios elementos que la componen, puede tener efectos más disociativos si contiene más ketamina o estimulantes si contiene más cafeína y MDMA. Esta variabilidad hace que los riesgos asociados dependan directamente de la composición de la mezcla, motivo por el cual

⁶⁰ En la página de Energy Control relativa al Tusi se reconoce que normalmente la sustancia es un mix entre las tres mencionadas, pero no siempre (en pocas ocasiones se detectó la presencia de 2C-B, de cocaína hasta de paracetamol).

se recomienda que, siempre que sea posible, sea la propia persona usuaria quien prepare la sustancia, de acuerdo con sus preferencias y límites personales.

En paralelo, es común que durante las sesiones se recurra al uso de fármacos para la disfunción eréctil, con el fin de contrarrestar el efecto secundario de ciertas drogas que dificultan el mantenimiento de la erección. Entre estos fármacos se incluyen Viagra, Revatio, Kamagra, Cialis, Levitra y Spedra, así como otros de acción vasodilatadora como Trinispray, que contiene nitroglicerina⁶¹, o Vivirec y Caverject (ambos a base de alprostadil).

Como ya se ha señalado, las sustancias utilizadas en el chemsex varían según el contexto geográfico y la disponibilidad, pero en todos los casos el consumo no planificado o poco consciente conlleva riesgos importantes. Estos pueden deberse a errores de dosificación, a la falta de tiempo suficiente entre una toma y otra, al uso de vías de administración inadecuadas o, sobre todo, a situaciones de policonsumo. Cuando en una misma sesión se combinan varias drogas con efectos diferentes, el impacto en el organismo se vuelve más imprevisible y, en consecuencia, más riesgoso. Así, la mezcla de dos estimulantes puede intensificar de manera excesiva la presión arterial y el ritmo cardíaco, generando estados de sobreexcitación que en casos extremos pueden derivar en infartos. La combinación de dos depresores, por su parte, puede llevar a niveles de relajación peligrosos que facilitan la pérdida de consciencia o incluso el coma. Y cuando se consumen de forma conjunta un estimulante y un depresor, la interacción tiende a enmascarar los efectos de ambos, lo que incrementa la probabilidad de sobredosis porque la persona puede no percibir plenamente las señales de su propio cuerpo y continuar consumiendo más de lo que puede tolerar.

Este recorrido permite entender que las sustancias representan un elemento central en la práctica del chemsex, aunque no agotan su definición. Su importancia no se limita a la mera disponibilidad en el mercado, sino a la forma en que se insertan en la experiencia erótica de los chills. Las drogas depresoras generan confianza, bienestar y relajación muscular, posibilitando prácticas que en un contexto de sexo *vanilla* podrían resultar más complicadas. Las psicodélicas, por su parte, transforman las percepciones sensoriales y abren la posibilidad de viajes únicos y profundamente subjetivos. Y las estimulantes intensifican el placer, prolongan la excitación y suprimen el cansancio y el hambre, lo que hace posible participar a sesiones largas que en ocasiones llegan a durar varios días.

Presentar los efectos deseados y no deseados de estas sustancias no implica demonizarlas, sino ofrecer información que permita reconocer las consecuencias de un consumo no informado o carente de consciencia. En este sentido, la filosofía de la ONG Stop

⁶¹ Principio activo utilizado normalmente por vía sublingual para tratar las anginas de pecho. Si puesto en la punta del pene induce una erección.

se centra en la persona usuaria, reconociendo su capacidad para establecer sus propios límites y objetivos, sin imponer juicios ni presiones hacia la abstinencia. Partiendo del reconocimiento del daño potencial que conlleva el chemsex cuando no se cuenta con información suficiente, se promueve una perspectiva de reducción de riesgos y daños, que se contrapone a los enfoques más prohibicionistas.

Así, a lo largo del texto se busca deconstruir las visiones patologizantes y medicalizantes del chemsex, proponiendo en cambio una mirada que también ponga en valor el deseo y el placer como dimensiones fundamentales de los chills. No se trata de restar importancia a las implicaciones sanitarias, sino de recordar que, si estas no se abordan desde una perspectiva global, corremos el riesgo de no disponer de herramientas adecuadas para acompañar a las personas usuarias de manera respetuosa, digna y sin juicios.

4.3. ¿Es el chemsex siempre problemático?

Con este apartado se busca responder a una pregunta que despierta no pocas inquietudes a nivel social: ¿existe la posibilidad de que el chemsex conlleve problemas de salud sexual? La respuesta debe matizarse. Debido a prácticas como el *barebacking* —relaciones sexuales sin protección—, el riesgo de infecciones de transmisión sexual es más elevado. Además, el consumo de las drogas descritas en el apartado anterior, con todos sus efectos, influye no solo en la percepción espaciotemporal —aumentando la probabilidad de exposición a ITS—, sino también en la salud mental de las personas participantes, con repercusiones que pueden extenderse a la vida relacional, laboral e incluso desembocar en una desertificación del propio entorno vital. No obstante, es fundamental abordar esta realidad sin caer en discursos alarmistas ni en narrativas LGBTIQ-fóbicas. En este sentido, una mirada académica rigurosa permitiría analizar el chemsex reconociendo tanto sus riesgos como sus complejidades, evitando su demonización y promoviendo, en cambio, intervenciones informadas y empáticas que reduzcan los daños y garanticen la salud integral de quienes lo practican.

En este epígrafe se propone una perspectiva centrada en las experiencias y vivencias de las personas implicadas en el chemsex, con especial atención al concepto de “consumo problemático”. Surgen entonces dos preguntas: ¿es todo el chemsex problemático en sí mismo?, y si no lo es, ¿qué condiciones lo pueden convertir en un *problema*?

Para comenzar a pensar estas cuestiones, presentamos un fragmento de entrevista realizada a Raúl Soriano, sociólogo con una amplia trayectoria de investigación en torno a la comunidad LGBTQIA+, la salud física y mental, y el fenómeno de las adicciones y el consumo de sustancias en contextos de chemsex:

Raúl: Es un fenómeno [el chemsex] muy complejo y hay muchos motivos por lo cual está creciendo. Para mí como sociólogo te diría que estamos hablando de una cultura sexual entonces es algo más que un consumo de drogas o algo que se diga que es solo una moda. Es un fenómeno complejo que se da en una población vulnerable que tiene ya una peor salud mental con más riesgo de depresión, ansiedad, suicidio y se están utilizando sustancias muy adictivas y con riesgo concreto de impacto grave en la salud mental. Hay un crecimiento de practica porque hay personas que se vuelven dependientes de ellas, hay un uso de aplicaciones de contacto que facilitan mucho encontrar con quien compartir las sustancias o buscar donde comprarlas. Tener un motor de búsqueda y de geolocalización hace que una persona puede pasar muchas horas en buscar otros compañeros de consumo. Hay un montón de aspectos que nos ayudan a entender lo que está ocurriendo y el hecho que el chemsex está creciendo, uno de ellos es el papel de las aplicaciones de contacto como Grindr, Scruff y la existencia de un circuito de ocio que hace que haya muchos puntos de encuentros entre hombres gays de

diferentes países que hace muy fácil la transferencia de estos tipos de comportamientos y hábitos. [...] En mi campo solemos hablar de consumo problemático cuando estos tipos de prácticas están teniendo ese impacto. En el caso de chemsex, lo problemático no siempre es una adicción sino también problemas de infecciones a transmisión sexuales, HIV, hepatitis C, sífilis, gonorrea, clamidia, etc. Esto también es un impacto, una situación problemática. Pero también, hay personas que tienen problemas graves a nivel de salud mental, y puede que hay personas que asumen una cantidad superior a la que está preparada, entonces se habla de sobredosis, es decir tú puedes tener una sobredosis, pero no una adicción simplemente porque estás consumiendo cada fin de semana cantidades altas de sustancias.

Se desprenden aquí varias ideas centrales sobre el concepto de consumo problemático y su relación con el chemsex. Como se señaló al inicio, esta práctica está íntimamente vinculada a las experiencias individuales, que varían según las motivaciones y las circunstancias de cada persona. El colectivo LGBTIQ+ se enfrenta a vulnerabilidades históricas y culturales, como la marginalidad, el estrés de la minoría, diversas formas de LGBTQIA-fobia interiorizada y violencias estructurales. A ello pueden sumarse factores como el aislamiento derivado de la experiencia migrante, la participación en el trabajo sexual o la influencia de grupos de pares en diferentes contextos como, por ejemplo, los festivales. Sin embargo, no todo consumo sexualizado de drogas implica necesariamente una dificultad o una problemática de gestión. La cuestión clave es: ¿cuándo podemos hablar de un consumo problemático?, ¿en qué momento el chemsex se convierte en un problema? Para adentrarnos en estas preguntas, resulta valioso considerar el testimonio de una psicóloga de la ONG Stop, recogido en otra entrevista:

Joaca: La sustancia no solo te desinhibe el acto sexual, sino también te libera en, no sé, en llorar, en expresarte, en decir lo que piensas. O sea, sería muy rígido pensar que es solo el acto sexual como uno lo imagina, sino que es todo el espectro de lo sexual hasta la auto percepción contigo mismo. O sea, muchos cuentan, no sé, “yo no tengo sexo sobrio porque me encuentro feo. Entonces, cuando me encuentro feo, no quiero que miren esta fealdad. Yo no tengo espejos en mi casa, no me miro”. Entonces, ahí la sustancia lo que hace es como poder ser visto. “Ahora sí puedo ser visto porque yo estoy conectando con esta sensación intensa y me empiezo a gustar porque hay cosas que me gustan de mí. Nunca había sentido esta sensación de gustarme, me gustó entonces, ahora sí puedo ser visto y alguien me puede ver, me puede ver desnudo”. Hay chicos que no se sacan la ropa completa, por ejemplo, en el sexo sobrio. Entonces tú vas viendo qué pasa ahí. Hay un escenario [en el chemsex] que te permite explorar cosas, pero lo jodido es cuando solo eso es posible. Cuando tienes otro sitio, además de ese, te puedes mover porque cuando no quieres estar ahí, te vas al otro. Pero cuando solo tienes uno, no hay posibilidad para poder moverte. No estamos hablando que el chemsex es malo. Estamos hablando que es un

escenario posible, pero ¿qué pasa cuando eso es lo único? O sea, que solo puedes tener sexo cuando practicas chemsex.

Un aspecto que merece ser subrayado es la carencia de “otros espacios”. Una persona puede desarrollar un vínculo problemático con el chemsex justamente porque no dispone de otros lugares ni dimensiones donde expresarse plenamente. El chemsex y los chills representan, para algunos, uno de los pocos contextos en los que experimentar diversas formas de ser y de relacionarse. Si a ello se añade una baja autoestima, la sensación de no encajar en los cánones de belleza hegemónicos o una homofobia interiorizada que dificulta el encuentro sexual sin el filtro de las sustancias, la gestión del consumo se torna compleja. En este marco, las drogas funcionan como un recurso que “protege” de situaciones percibidas como desagradables y facilitan la aproximación al otro, reduciendo las barreras emocionales y sociales que, de otro modo, obstaculizarían el encuentro íntimo. Escriben Milhet *et al.*, (2019):

For some gay men and other MSM, the pleasure of drugs progressively takes precedence over the pleasures of chemsex. This drift toward drug dependency is often related to pain and torment. Sometimes, apps can also contribute to the experiences of loneliness instead of engagement in relationships and interactions with others. In such cases, the very substances and tools used to search for pleasure become the obstacle to attaining it. [...] When stigmas against homosexuality and taking drugs are internalized, chemsex creates considerable stress for participants. Facing the great unmentionable involves facing the perceptions of others concerning socially rejected behaviors, but also dealing with one’s own internalized homophobia and/or conflicting views about one’s sexualised drug use practices⁶² (pp. 18-19).

Las aplicaciones de contacto, lejos de garantizar mayor conexión social, pueden paradójicamente generar aislamiento, reforzar sentimientos de marginalidad y profundizar experiencias de discriminación. En este contexto, no son pocas las personas que acaban recurriendo a un consumo más elevado de sustancias, hasta el punto de no poder mantener relaciones sexuales sin ellas:

⁶² “Para algunos hombres gais y otros HSH, el placer de las drogas se une progresivamente a los placeres del chemsex. Esta deriva hacia la drogodependencia suele estar relacionada con el dolor y el tormento. A veces, las apps también pueden contribuir a experiencias de soledad en lugar de participar en relaciones e interacciones con los demás. En estos casos, las propias sustancias y herramientas utilizadas para buscar el placer se convierten en un obstáculo para alcanzarlo. [...] Cuando los estigmas contra la homosexualidad y el consumo de drogas están interiorizados, el chemsex crea un estrés considerable para los participantes. Enfrentarse al gran innombrable implica a las percepciones de los demás sobre comportamientos socialmente rechazados, pero también con la propia homofobia interiorizada y/o las opiniones contradictorias sobre las propias prácticas sexualizadas de consumo de drogas”

Toni: Cuando tú ya haces chemsex no porque te apetezca, sino porque tienes morbo, porque tienes ganas de consumir, porque al final hay una realidad o sea que en las personas que tienen dificultades en la gestión del consumo, en la definición original, queda muy poco de sex y hay mucho de chem. Cuando una persona tiene adicción, cuando está consumiendo cada día, al final ahí decimos chemsex, pero prácticamente no hay nada de sex, todo es chem.

Xavi: existen perfiles detectables y vulnerables, o sea los adictos no declarados; se pueden detectar cuando llegas al chill y está todo sucio porque llevan dos o tres días de chill y sobre todo porque lo primero que te han pedido por whatsapp al conoceros y hablar es si tenías chems... eso significa que no quieren follar, quieren quedarse con tus chems porque las suyas se le han acabado y tienen el mono.

En los casos presentados hasta aquí, resulta evidente que se puede hablar de consumo problemático, en un primer nivel, cuando el chemsex se reduce a la búsqueda casi exclusiva del componente “chem”. El consumo prolongado puede llegar a comprometer la salud mental, y así lo demuestran los efectos de las sustancias más habituales en estos escenarios. Entre las consecuencias de un uso continuado se pueden encontrar dificultades de concentración, pérdida de interés en otras actividades y descensos abruptos del estado de ánimo. Los “bajones”, además, pueden derivar en cuadros de depresión, ansiedad, agotamiento e impacto significativo a nivel emocional⁶³. En los testimonios recogidos, algunas personas señalan especialmente a la metanfetamina como la sustancia que más problemas les ha causado, hasta el punto de afectar su vida cotidiana:

Miguel: En ese momento cuando yo empecé por ejemplo a darme cuenta de que, con la tina, el efecto secundario cada vez era peor, porque en un principio no había efecto secundario. Pero luego, no sé si es por una cuestión física o química del producto, no lo sé, pero el efecto secundario cada vez era peor. Hasta empezar a tener bajones de dos días, luego de tres y hasta de una semana, incluso hasta de 15 días. Luego, en el aspecto laboral, en la vida normal, el corriente, yo me sentía que no estaba rindiendo lo que tenía que rendir entonces fue cuando me di cuenta y me aparté de todo eso.

Toni: Hay mucha gente que se levanta por la mañana para ir a trabajar y se mete una raya, y a mí eso nunca me ha pasado. Pero el problema que tuve fue en concreto con la metanfetamina y con las paranoias, lo pasaba fatal y esa sensación fue lo que me hizo, en un momento dado,

⁶³ “El cansancio físico destaca como la principal complicación. Este aparece tras varias noches sin dormir, el consumo continuado de drogas y la práctica de sexo. Los participantes describen esta situación como agotamiento extenuante. Al día siguiente se sienten sin fuerza física para afrontar las responsabilidades familiares, sociales o laborales, hecho que tiene un impacto directo en el aislamiento. También impacta a nivel emocional ya que la labilidad emocional tras el *chill* es habitual, así como los cambios de humor” (HOMOSALUD, 2021: 63).

darme cuenta de que no me valía la pena. Tú nunca, por ejemplo, con la metanfetamina tienes la sensación de cansancio. Siempre estás genial, siempre estás despierto. Y evidentemente cuando luego paras, pues vienen las paranoias, vienen los bajones de la metanfetamina. Son terribles. [...] cuando entra en juego la tina, es el triple de difícil tener una buena gestión de consumo, no digo que no sea posible porque habrá gente que la tendrá, pero es muy complicado. ¿Por qué? Porque con la metanfetamina te lo pasas muy bien, lo disfrutas mucho, es muy placentera en el sexo. Te sientes eufórico, te sientes imbatible, te sientes poderoso, te sientes incansable. Tienes una tolerancia muy alta porque ya sabes que estás consumiendo un gramo de metanfetamina y si no paras, en un mes para que te haga el mismo efecto necesitas dos gramos. Y sigues y sigues y sigues. Pues eso, tener una buena gestión de consumo con la metanfetamina es muy complicado. Y yo creo que llegué a ese punto por culpa de la metanfetamina. No creo que consumiendo mefedrona o consumiendo cocaína o algo así hubiera llegado a este extremo de estas paranoias. Vamos, tienes que consumir muchísima mefedrona para llegar a tener esas paranoias. Algo así con la metanfetamina es muy fácil que te pase más rápido.

Gerard: Llegó un punto de, estando solo un viernes por la noche en mi casa, que mi manera de socializar —porque al final había cortado vínculos con muchas personas— era a través de las aplicaciones y del chemsex, entonces estuve un año y medio o dos años, que mi vida era trabajar entre semana y el fin de semana de chills, todo el fin de semana. Yo volví a casa por allá a las 8 de la tarde el domingo, evidentemente aún colocadísimo, no dormía de domingo a lunes y el lunes ya iba al gimnasio, y no sé ni cómo conseguía ir. Me acuerdo que iba, hacia cardio al empezar, y los lunes era el día que había Consejo de ministros, y lo miraba en la televisión del gimnasio y salían noticias y me acuerdo que yo lloraba, o sea, se moría alguien y yo me podía llorar en el gimnasio, mirando la tele, y pensaba: “¿qué pasa? ¿sabes por qué me afecta que una deportista que yo no conocía de nada haya ido al monte y se haya matado? No lo entiendo, parece que se ha muerto, ¿de qué me afecta eso?”. Me drogué durante muchos años sin saber lo que era un bajón, sin saber lo que eran estimulantes o depresores, no tenía absolutamente ni idea.

Entre los efectos no deseados del consumo problemático también pueden aparecer repercusiones negativas en el ámbito laboral. El ausentismo y la disminución del rendimiento son consecuencias posibles, ya que pasar un fin de semana entero en un chill sin dar tiempo al cuerpo para recuperarse puede acarrear serios problemas de salud y, en paralelo, afectar la estabilidad en el trabajo y en otras esferas de la vida:

Miguel: Cuando me di cuenta de que mi efecto secundario ya empezó a bajar y que en la empresa se notó que mi rendimiento empezó a bajar, entonces yo dije, “hostia, que no es solo que lo estoy viendo yo, sino que ya se está viendo”, entonces ahí fue cuando ya cogí y paré de golpe.

P6: Me decían, fuma aquí y yo, fuma hasta que vino el infierno y empecé a ver las consecuencias negativas o a ver consecuencias que no sabía explicar antes de tener algún tipo de información profesional o de reducción de riesgos. Por tanto tengo como una especie de etapa al principio de, bueno, puede que mi estado de ánimo fuera de tal manera por ciertas cosas, o puede que yo percibiera cómo me trataba la gente o cómo me relacionaba yo de una manera, por los bajones o por la falta de sueño, por lo que sea, pero claro, tampoco en ese momento lo sabía y por lo tanto no se le hablará.

Gerard: Yo dejé de ejercer el trabajo sexual con tina por dos motivos: el primero evidentemente por mis problemas en sí con la sustancia, y el segundo porque ejercer el trabajo sexual bajo los efectos de la tina es, sin juzgar y en mi experiencia, hacía que no podía trabajar, o sea, no podía ser profesional bajo los efectos de la tina, porque yo no conseguía estar pendiente, o sea, yo cuando ejerzo el trabajo sexual con alguien tengo que estar pendiente, evidentemente de que no me haga daño, porque a veces yo qué sé, una uña te puede destrozar la vida, de que yo le esté aportando placer, de que la música no esté demasiado alta, de que el bote del lubricante no se le clave en la espalda o que su ropa no esté encima del radiador, me lo invento. Tienes que estar consciente de muchas cosas al mismo momento, y con la tina estás pendiente de tu placer exclusivamente. Incluso dejas de interesarte en el placer del otro que además te está pagando en ese momento para estar haciendo eso, entonces yo llegaba a un punto que decía, “no me siento cómodo”, independientemente de todo el tema de tener problemas con la tina, pero no me sentía cómodo estando en un espacio con alguien que me estaba pagando y que yo no estuviera pendiente de su placer ni de su comodidad en ese espacio. Estaba pendiente de mí, y no podía ser.

Leonardo: yo las drogas las conseguí pues ya después de que estaba trabajando y todo, ¿cierto? Y entonces estaba dejando a un lado mi trabajo por enfocarme en las drogas y en el placer. Entonces fue en ese momento en el cual yo dije “estoy arriesgando mi vida, estoy arriesgando mis cosas, mis modos de conseguir mi dinero, estoy arriesgando mi estabilidad, estoy arriesgando las relaciones familiares, las relaciones sociales por estar metido en mi apartamento toda una noche, todo un día con dos, tres, cuatro, cinco, seis tíos disfrutando y gozando”.

Además de las repercusiones en la vida laboral y económica —donde el gasto excesivo en sustancias puede derivar en dificultades financieras, problemas para cubrir necesidades básicas como la vivienda, la alimentación o los gastos mensuales—, también se pueden observar tensiones en los vínculos sociales. Un consumo problemático puede tener el riesgo de generar aislamiento y puede empujar a cortar lazos importantes con amistades y personas cercanas, debilitando las redes de apoyo que resultan fundamentales para sostener el bienestar:

Alberto: Por ejemplo, al principio, cuando me iba a drogar, perdía la noción de tiempo y espacio y ni siquiera me acordaba de que tenía un móvil. Había gente que escribía, mis amigos, etc., y claro, yo no les decía ni siquiera que me drogaba porque me daba vergüenza. Y ahora, como yo estoy cayendo en esto, creo que todos sabemos algo por estar de sentimiento de culpa de vergüenza o de lo que sea. Entonces, tuve que ir aprendiendo a, primero, ser consciente de no desconectar del todo.

John: Me tuve que ir a Stop Sida y a ver un terapeuta porque estuve adicto a la Tina. Empezó a afectar mi vida privada, mi vida personal y mi vida laboral. Y eso no podía aceptarlo. Tuve una temporada muy fuerte y difícil pero lo que al principio era algo de ocio, se convirtió en algo necesario entonces tuve que trabajar mucho para entender por qué estaba en búsqueda de esto. Digo, cuando yo quedo con un amigo para tomar algo y al final lo cancelo porque estoy cansado de haber tenido sexo un día, me parece mal y es afectar mi vida privada.

Leonardo: hombre yo gano, pues yo tengo buena solvencia, entonces llegó un momento en el cual yo tuve que llegar a decirle a un amigo —voy a hablar en euros pero eso fue en Colombia—, “présteme 500 euros hasta fin de mes” y yo sabía que esos 500 euros no eran para comprar mercado ni para pagar las cosas que necesitaba sino que solamente era para comprar drogas para estar yo feliz, comiendo rabo aquí comiendo rabo allá, y esto no podía ser.

Es importante mencionar asimismo lo ocurrido durante la pandemia y cómo la situación sanitaria impactó de forma negativa en la salud mental, intensificando, en muchos casos, los patrones de consumo problemático. Si bien ya se han señalado algunos efectos del confinamiento sobre el uso sexualizado de drogas, aquí se subraya de manera particular cómo la reclusión afectó el equilibrio emocional de las personas usuarias de chemsex, potenciando el aislamiento y la vulnerabilidad:

Gerard: Me mantuve en febrero del 20 más o menos estable pero cuando llegó la pandemia adiós. O sea, murió mi abuelo, estaba encerrado, mi familia vivía fuera de Barcelona entonces sí que aguanté hasta el 2 de abril. Cuando murió mi abuelo fui al entierro. Además, en el entierro solo te permitían estar dos personas, en nuestro caso nos dejaron de estar a mi padre, a mi tío y a mí pero cuando salimos del cementerio me fui directamente al camello sin pasar por casa. O sea, fue como automático. Y nada, fue el pozo otra vez.

Otro aspecto relevante es la dificultad que muchas personas pueden encontrar para mantener relaciones sexuales sin recurrir previamente a las sustancias. Tal como se recogió en el testimonio de la psicóloga de la ONG Stop, este fenómeno se puede relacionar con la falta de autoestima, la percepción de no cumplir con los cánones de belleza o el peso de la homofobia interiorizada. En otros casos, se vincula con la búsqueda de experiencias sexuales

intensificadas y potenciadas por las drogas, que terminan desplazando el interés por un sexo considerado *vanilla*. Todos estos elementos reflejan la complejidad de un consumo problemático, que afecta tanto a la vida íntima como a la capacidad de gestionar la excitación sexual sin mediación química:

Joaca: el chemsex es una experiencia social, por ejemplo cuando hoy día estábamos hablando de que era lo que bloqueaba, yo estaba contando eso y le dije, “¿pueden masturbarse sin sustancias?”, y todos me dijeron que sí, o sea fue un sí rotundo, y “¿pueden tener sexo con otros sin sustancias?”, No! Entonces fue como, a ver, pero masturbarse está dentro del espectro de la sexualidad, o sea estamos hablando realmente que pueden tener de alguna manera sexo sobrio, o sea que desde ese espacio íntimo contigo mismo lo puedes tener, y ¿por qué no cuando entra otro en escena?

Este punto nos conduce directamente a la cuestión del sexo sobrio. En los relatos recogidos en procesos terapéuticos, muchas personas señalaron que podían masturbarse y darse placer sin necesidad de sustancias, pero reconocieron mayores dificultades a la hora de compartir la intimidad con otra persona. Concebirse como sujetos sexuales en un contexto no vinculado al chemsex parecía exigir un esfuerzo adicional. Aquí surgen preguntas relevantes: más allá del componente “fóbico” o de las barreras individuales relacionadas con el miedo al rechazo y la homofobia interiorizada —que dificultan especialmente la interacción con otros hombres gays, bisexuales u HSH—, ¿qué otros factores influyen en estas dinámicas, al punto de hacer que el retorno a un sexo sobrio resulte, en ocasiones, complejo o incluso impracticable?

Alberto: Y luego en septiembre de 2022, tras una gran época de muchos altibajos emocionales por varias razones, vino la caída. Hubo una gran parte de mí que se rindió y empecé a consumir todos los días. Me pasaba todos los días drogado, además, me parecía bien, porque cuando te rindes, tampoco tienes nada más que hacer. Entonces, desde septiembre hasta diciembre de 2022, mi vida se basó en drogarme. Te diría que en drogarme y follar, pero hubo un momento en que el sexo no era realmente la prioridad. Más bien te diría que en drogarme y masturbarme, porque estaba muchas veces más a gusto solo. Y con el tiempo cada vez me gustaba más estar solo, porque con la gente no solía funcionar bien. Muchas veces acababa apurando de la gente y entiendo que la gente cuando está drogada también hace salir sus vulnerabilidades, salen por así decirlo sus heridas. Entonces, no sé, yo recuerdo muchas situaciones, incluso en mi casa, de estar 15 horas con alguien que supuestamente venía a casa a follar y estar las 15 horas cuidándolo. Pero que al final sí quería divertirme o si quería algo sexual, supuestamente me acababa masturbando o viendo porno y drogado.

David: yo cuando empecé con el chemsex ya sexo sobrio prácticamente no he tenido.

John: siempre ha sido fácil tener sexo sin droga con mi pareja, porque estaba enamorado con los sentimientos. Pero el chemsex sí que tiene un efecto, un efecto sobre mi vida sexual ahora, porque yo no tengo pareja. Y tener sexo sin drogas con gente desconocida me parece más complicado.

Por supuesto, existen cuestiones personales e íntimas que dificultan dar una respuesta general a este fenómeno. La imposibilidad de mantener relaciones sexuales sin sustancias, especialmente con desconocidos, puede estar relacionada con la falta de una verdadera intimidad y con la necesidad de apoyo que algunas drogas proporcionan, como el MDMA, conocido por intensificar la ternura, las ganas de abrazar y de recibir afecto. El sexo sin compromiso también aparece en los chills, donde personas que se conectan a través de aplicaciones buscan encuentros en contextos de chemsex con fines fundamentalmente sexuales y poco más. El mandato de la hipersexualidad y la hipersexualización, presentes en muchas dinámicas de las aplicaciones de contacto, se combina con la performatividad y con los efectos de las drogas que potencian la libido, la erección y la resistencia. A esto se añade, en ocasiones, el miedo a no poder “performar” de la misma manera en encuentros sin drogas. Todo ello, junto con la experiencia de prácticas sexuales muy intensas, puede llevar a que algunas personas dejen de encontrar satisfacción en encuentros considerados *vanilla*.

Para cerrar este epígrafe, conviene retomar las preguntas planteadas al inicio: ¿es el chemsex siempre problemático? Como hemos visto, no todas las personas parten del mismo lugar cuando se acercan al consumo sexualizado de sustancias, y ello influye en la forma de gestionar la experiencia, la frecuencia y la capacidad de reconocer cuándo se cruzan ciertos límites. Si bien es innegable que las drogas tienen un poder adictivo, no puede generalizarse que todo consumo implique necesariamente un problema. Resulta clave atender a las situaciones de vulnerabilidad personal que pueden condicionar las trayectorias de quienes participan en estas prácticas:

John: El problema no es el chemsex, ni la droga. El problema es la persona que se está escondiendo detrás de todo esto. Recuerdo una frase de mi terapeuta que un día que me dijo —porque estaba echando mucho la culpa a la tina que me volvió adicto—, “vale, pues yo te cojo, te meto en un armario y te encierro un mes. No puedes salir, no puedes ver a nadie, estás encerrado este mes, puedes gritar, llorar, da igual. Al mes abro la puerta, te dejo salir, ¿dónde vas?”. Mi primera respuesta fue al camello y es cuando me di cuenta de que la droga no tenía que ver. Y aparte, en este momento empecé a involucrarme más en arreglar mis problemas.

Según lo que relata John, el problema no son tanto las drogas o el chemsex, sino las personas. Si además conectamos esto con lo señalado por la psicóloga de Stop, vuelve a surgir un elemento fundamental: la posibilidad de ocupar más de un espacio. Cuando el chemsex se convierte en el único ámbito donde una persona puede expresarse a sí misma y a su sexualidad, sin contar con otras alternativas u oportunidades, se corre el riesgo de que adquiera un carácter problemático al configurarse como la única vía de escape. A lo largo del capítulo hemos explorado distintos factores de vulnerabilidad que pueden incidir en esta dinámica: desde los efectos del consumo problemático sobre la salud física y mental, hasta el impacto en la vida cotidiana, las adicciones generadas por sustancias como la Tina, o la desertificación de las redes sociales y profesionales. En los apartados iniciales también se introdujeron elementos relacionados con la migración, la falta de apoyos estables o de documentación para acceder a un trabajo seguro, todo lo cual incrementa la vulnerabilidad. Cabe recordar, además, que las primeras subjetividades que advirtieron problemas en torno al chemsex fueron las personas trabajadoras sexuales, ya que sus clientes empezaban a demandar servicios atravesados por el uso de drogas. A esto se suman los efectos del turismo GBHSH, que promovió no solo un intercambio de prácticas sexuales sino también de nuevas sustancias, así como la elevada presencia de personas con VIH dentro de los grupos que practican chemsex.

En conclusión, no se busca dar una respuesta afirmativa y categórica, pues no todo consumo sexualizado de drogas debe entenderse como problemático. Por el contrario, lo que se pretende es abrir la reflexión reconociendo los matices y la diversidad de experiencias, y cerrar este apartado con las palabras de Raúl Soriano:

Raúl: Hay personas que practican el chemsex y no tienen ningún problema y otras que sí. Depende de muchas causas porque no todos partimos del mismo punto de salud mental, pero también depende mucho de la sustancia, de la vía o forma de consumo, de la intensidad de las sesiones, del patrón de la frecuencia, del policonsumo o lo que sea. Entonces, es delicado, porque algunos estudios dicen que no todo el chemsex es problemático y otros que prefieren pensar y decir que todo el chemsex es malo. Los primeros tienen miedo a que se culpabilice al colectivo por sus prácticas y es difícil buscar el equilibrio y el enfoque más adecuado para referirse a eso en un contexto de salud, si decir “no todo el chemsex es problemático” o decir “tener prácticas de chemsex implica un riesgo”. Hay discusiones y depende de quien intervenga que tenga una opinión más neutra o más dura. Entonces, demonizar no, absoluto respecto. Además porque estamos hablando de un problema de salud y los problemas de salud se tienen que trabajar como tal, es decir no estamos hablando de bien o mal, estamos hablando de personas con un nivel de vulnerabilidad mayor que otras y expuestas a un escenario en que hay sustancias que tienen alto riesgo y hay personas en que el impacto es muy negativo y personas que se están

suicidando o que están recibiendo atención a nivel de salud mental o de adicciones con sexólogos, psicólogos.

4.4. Deconstruir el chemsex: del paradigma médico-patológico a la metodología con enfoque queer

El fenómeno del chemsex, como se ha visto, no puede reducirse únicamente a una cuestión de salud pública. Las personas que participan en él —y que pueden o no caer en un consumo problemático— no lo hacen solamente por las sustancias, sino también por múltiples factores: personales, culturales, sociales, económicos, psicoafectivos y diversas formas de vulnerabilidad. Al señalar esto, no se pretende minimizar la importancia del componente sanitario y médico, sino ofrecer una mirada lo más objetiva, amplia y libre de culpabilización posible. Se considera que solo desde esta perspectiva se puede garantizar un abordaje respetuoso y saludable hacia quienes presentan consumos problemáticos, alejando el filtro del estigma y la discriminación. Según las palabras de Raúl Soriano:

Raúl: No hay que demonizar nada, simplemente es un tipo de práctica que se ha conceptualizado como algo nuevo, pero ya existía el consumo de drogas para el sexo, ha cambiado el hecho de que ahora se hace con sustancias más potentes, más difíciles de manejar, en un plan cultural con sesiones más largas y además con uso de tecnologías y aplicaciones de contacto, con un concepto casi global e internacional de sesiones de sexo premeditadas, etc.

Cada persona, como hemos visto, es un mundo en sí misma y se acerca al fenómeno desde su propia trayectoria y bagaje. Por ello, las respuestas son siempre variadas, y dependen tanto del punto de partida como de la forma en que cada uno gestiona un fenómeno que, si bien entraña riesgos y puede ocasionar daños, no debe generar automáticamente pánico moral. A lo largo de este apartado se busca presentar una visión deconstructiva del chemsex, o más bien de la narrativa social que lo rodea, señalando los paradigmas dentro de los cuales se inscribe y subrayando la metodología con enfoque queer que desde el inicio de esta investigación se adoptó como marco metodológico de análisis.

Un enfoque queer, atento a la diversidad, pone el acento en los actores y en los contextos. Esto significa que, al cambiar las condiciones socioculturales, también cambian las prácticas de las personas implicadas. Ya se ha mencionado, por ejemplo, cómo influyen factores como la disponibilidad, el coste o la pureza de las sustancias, que determinan qué se consume en determinados lugares, países o incluso ciudades. Estas variaciones transforman códigos, prácticas y, en general, el propio fenómeno del chemsex. La creciente presencia de personas trans y no binarias también lo está configurando de nuevas formas, abriéndolo a subjetividades que pueden necesitar de otras sustancias para erotizar sus prácticas más allá

de los parámetros *vanilla*. La metodología con sensibilidad queer, además, no condena lo erótico, sino que lo entiende como parte constitutiva de las experiencias humanas. Incluso la persona investigadora, en el trabajo de campo y en la interacción cualitativa, no puede concebirse como un mero cerebro—ordenador que acumula y procesa datos, sino como un cuerpo que también desea y es deseado. Con este espíritu se propone explorar cómo esta metodología dialoga con el chemsex (Gallardo Esclapez, 2023). En este marco surgen preguntas clave: ¿es posible que el chemsex y, por tanto, el consumo sexualizado de drogas no tengan únicamente un significado negativo para la comunidad, sino también un valor afirmativo o identitario? ¿Cabe hablar, en algunos casos, de “happy users” del chemsex (Milhet *et al.*, 2019)? El propósito de este apartado puede resumirse, de hecho, en las palabras del artículo de Florêncio (2021):

With this, however, my intentions are not to wash away the negative or life-impairing experiences of some drug users. Rather, my aim is merely to try to develop a more generous and nuanced understanding of how queer people do drugs and/with sex, one that does not simply resort to the straightforwardly pathologizing readings of the phenomenon which have historically tended to present drug use as a problem of individual subjects lacking in agency and autonomy set against the drugs that control every aspect of their lives. Against such positions, I want to entertain the possibility of there being a positive value in queer ways of living-with and becoming-with drugs, a value that can be at least as much life-affirming as it is often assumed to be simply life-negating⁶⁴ (p. 3).

Si observamos el paradigma desde el que habitualmente se aborda el fenómeno, conviene recordar que el primer estudio sobre chemsex apareció en el Reino Unido en 2014. La novedad del tema y el impacto mediático generaron entonces un verdadero pánico cultural, en el que las personas implicadas fueron retratadas como sujetos problemáticos, adictos, promiscuos y con tendencias autodestructivas. Tal como sugiere Florêncio, si en la primera mitad del siglo XX los conceptos de “droga” y “porno” se politizaron al inscribirse en marcos legales y de biopolítica con fines de control, podemos imaginar cómo en el siglo XXI el chemsex —al articular estrechamente drogas, erotismo y una comunidad

⁶⁴ “Con esto, sin embargo, no pretendo borrar las experiencias negativas o perjudiciales para la vida de algunos consumidores de drogas. Más bien, mi objetivo es simplemente intentar desarrollar una comprensión más generosa y matizada de cómo las personas queer consumen drogas y/con el sexo, que no recurra simplemente a las lecturas directamente patologizadoras del fenómeno que históricamente han tendido a presentar el consumo de drogas como un problema de sujetos individuales carentes de agencia y autonomía enfrentados a las drogas que controlan todos los aspectos de sus vidas. Frente a estas posturas, quiero plantear la posibilidad de que haya un valor positivo en las formas queer de vivir-con y-convertirse-con las drogas, un valor que puede afirmar la vida en la misma medida en que a menudo se asume que simplemente la niega”.

históricamente marginada como la de los GBHSH— reproduce esa misma mirada, intensificando la carga de culpabilización.

La narrativa que representa a los usuarios de chemsex como “yonquis”, traumatizados, promiscuos, llenos de ITS y con una salud mental frágil se inscribe en una perspectiva biomédica que solo reconoce normas y desviaciones: lo normal y lo anormal, el cuerpo sano y el cuerpo patológico. Resulta especialmente interesante que una crítica a esta visión taxonómica ya se planteara en los años cuarenta del siglo XX. El médico y filósofo Georges Canguilhem, maestro de Michel Foucault, en su obra *Lo normal y lo patológico* (1971 [1943]), se propuso precisamente deconstruir y resignificar los conceptos de normalidad, anomalía, anormalidad y patología. Empezando por el primer concepto se puede ver que *normal* viene definido como lo que es conforme a una regla, a una norma o lo que no se inclina ni a la derecha ni a la izquierda, sino “aquello que es tal como debe ser”⁶⁵. Aquí se puede ver que de un inicial carácter descriptivo se pasa enseguida a algo axiológico y moral. Surge así una taxonomía que clasifica las características comunes de una especie y determina, en relación con esa media estadística, qué es normal y qué es anormal. Es justamente esta naturalización de la norma lo que Canguilhem cuestiona:

La vida misma, y no el juicio médico, convierte a lo normal biológico en un concepto de valor y no en un concepto estadístico de realidad. Para el médico la vida no es un objeto, sino una actividad polarizada cuyo esfuerzo espontáneo de defensa y de lucha contra todo aquello que tiene valor negativo es prolongado por la medicina, agregándole la luz relativa pero indispensable de la ciencia humana (p. 96).

La vida misma, en su dinamicidad polarizada, establece lo que es normal y lo que es patológico. La medicina y la sabiduría humana, con todos los avances técnicos, son solo una consecuencia de esta polaridad individual. El gran riesgo, para Canguilhem, es que todas las categorías que el hombre estableció a lo largo del tiempo, aunque muy útiles para poder comunicar y dar sentido al mundo, antropomorficen toda la realidad. El primer punto clave es, entonces, que todo tiene que partir de la vida misma y de su “reactividad polarizada”. El arte médico es una consecuencia, y no lo contrario⁶⁶.

⁶⁵ Las definiciones las toma desde el *Dictionnaire de médecine* de Littré y Robin y desde *el Vocabulario técnico y crítico de la filosofía* de Lalande (Canguilhem, 1971 [1943]: 91).

⁶⁶ Siempre Canguilhem escribe: “Pensamos que la medicina existe como arte de la vida porque el mismo ser vivo humano califica como patológicos —por lo tanto, como debiendo ser evitados o corregidos— a ciertos estados o comportamientos aprehendidos, con respecto a la polaridad dinámica de la vida, en forma de valor negativo” (p. 92).

Dentro de esta profunda re-conceptualización cabe preguntarse: ¿qué significan entonces anomalía, anormalidad y patología? Dado que inevitablemente nos movemos en el marco de una taxonomía antropocéntrica, la zoología entiende por anomalía una irregularidad de un individuo respecto a los caracteres comunes de su especie. Es decir, un rasgo diferente. Como señala Canguilhem: “En anatomía, el término anomalía debe conservar estrictamente su sentido de insólito, de desacostumbrado; ser anómalo significa alejarse, por su organización, de la gran mayoría de los seres con los cuales debe ser comparado” (p. 98). La anomalía, dentro de un *tipo específico* —es decir, en relación con el conjunto de características comunes a una especie—, constituye una “desviación estadística”, una particularidad que se distingue por su rareza, complejidad o gravedad⁶⁷. Ahora bien, desde la perspectiva de la vida biológica como proceso dinámico, una anomalía no es necesariamente patológica, aunque pueda parecerlo en términos taxonómicos. Solo se convierte en patología cuando impide a la vida individual realizar sus funciones vitales⁶⁸. Canguilhem escribe:

La anomalía es aquel hecho de variación individual que impide que dos seres puedan reemplazarse mutuamente de manera completa. En el orden biológico, ilustra el principio leibniziano de los indiscernibles. Pero la diversidad no es la enfermedad. Lo anómalo no es lo patológico. Patológico implica pathos, sentimiento directo y concreto de sufrimiento y de impotencia, sentimiento de vida contrariada. Pero lo patológico es por cierto lo anormal (p. 101).

Si este es el modo en que deberían entenderse anomalía y patología, la situación cambia en el ámbito humano. Según Canguilhem, una anomalía debería evaluarse a partir de la vida individual en su relación con el entorno: si no limita las funciones vitales, no debería considerarse patológica. Sin embargo, en la experiencia humana interviene un componente

⁶⁷ Canguilhem toma las clasificaciones de las anomalías de Geoffroy Saint-Hilaire que las distingue en: *variedades* que son las anomalías más sencillas que no impiden al ser vivo de vivir plenamente; *vicios de conformación*, que son pocos graves a nivel anatómico, pero impiden algunas funciones vitales (el labio leporino, por ejemplo); *heterotaxias*, anomalías graves en apariencia, pero que no obstaculizan el ser en sus funciones vitales (el *situs inversus* de las vísceras o la dextrocardia); *monstruosidades*, anomalías muy complejas y graves que limitan mucho las capacidades vitales de un individuo (pp. 98-99).

⁶⁸ “De esta manera, por propia confesión de un hombre de ciencia, la anomalía sólo es conocida por la ciencia cuando ha sido antes sentida en la conciencia como obstáculo para el ejercicio de las funciones, como molestia o nocividad. Pero el sentimiento de obstáculo, molestia o nocividad es un sentimiento al que es necesario calificar de normativo, puesto que entraña la referencia incluso inconsciente de una función o de un impulso a la plenitud de su ejercicio” (p. 100).

psicológico, social y cultural que, a través de la mirada ajena, puede transformar una simple anomalía⁶⁹, hasta el punto de que la persona misma llega a autoperibirse como enferma⁷⁰.

Esto permite abrir una reflexión más amplia sobre la tríada normal–anomalía–patológico en relación con la (auto)percepción de las identidades queer a lo largo de la historia. Muchas veces, lo que en realidad era solo una “diferencia estadística” se convirtió en narrativa de odio, exclusión y discriminación en distintos niveles. En consecuencia, las identidades queer fueron percibidas —y en algunos contextos lo siguen siendo— como patológicas. El fenómeno del chemsex no escapa a esta lógica. Si se interpreta únicamente desde las lentes del paradigma biomédico, existe el riesgo de concebirlo como práctica intrínsecamente insana y de ver a quienes lo practican como personas cuyos deseos lindan con la perversidad. El paradigma biomédico, lejos de ser neutral, forma parte de los dispositivos de poder que regulan la sociedad y, en ese sentido, contribuye al control de los cuerpos y de los deseos. Dentro de este marco, la “caída” en el chemsex se explicaría mediante nociones de salud mental frágil, falta de recursos personales o vacío existencial. Gallardo Esclapez (2023) escribe:

Esto nos lleva a la representación social de los sujetos chemsex como seres adictivos con organismos disfuncionales a nivel biológico, y necesitados de intervención médica para que sus fisiologías resulten funcionales, útiles y sanas. Este paradigma neurobiológico rígido individualiza la adicción y la construye desde una desvinculación del contexto sociocultural donde se expresa, recayendo toda la responsabilidad sobre los cuerpos de los sujetos chemsex y su adecuación o no a la norma social (p. 39).

Ahora bien, Canguilhem ya nos ofreció claves para repensar los fenómenos sociales atravesados por juicios de valor contruidos sobre la dicotomía normal–patológico. Su propuesta invita a atender al contexto, a las relaciones interpersonales y, sobre todo, a las autopercepciones individuales. Con los recursos adecuados, cada persona podría idealmente comprender su situación y definir para sí misma los caminos y objetivos más acordes con sus necesidades.

En esta línea, y siguiendo la lectura de Gallardo Esclapez, debe subrayarse que, siendo el ser humano al mismo tiempo corporalidad y cultura, el contexto social tiene un papel

⁶⁹ Pienso por ejemplo a una cicatriz evidente, a una quemadura, a pequeñas malformaciones congénitas o algo así.

⁷⁰ Canguilhem, en su obra, afirma lo siguiente: “Aquel que no puede correr se siente lesionado, es decir que convierte su lesión en frustración, y aunque su círculo evite devolverle la imagen de su incapacidad —como los niños afectuosos se preocupan por no correr en compañía de un pequeño rengo— el flojo siente muy bien a costa de qué retención y de cuáles abstenciones por parte de sus semejantes es anulada aparentemente toda diferencia entre éstos y él” (p. 104).

determinante en la explicación de una adicción. Aquí entra en juego el concepto de interseccionalidad. No es lo mismo aproximarse al chemsex desde la posición de un varón gay con un alto nivel académico, un trabajo estable y una red de amistades y apoyos familiares, que desde la de un joven migrante, sin familia cercana, en búsqueda de vínculos y quizás en situación de irregularidad documental. Tampoco es lo mismo la vivencia de un hombre gay maduro que en su juventud no pudo vivir plenamente su identidad y sus deseos, que la de una persona trans o no binaria. Como ya se mostró en la entrevista a Raúl Soriano y en los apartados anteriores, cada persona constituye un mundo propio: con diferentes puntos de partida en términos de salud mental, motivaciones, contextos facilitadores o inhibidores, experiencias de estrés de minoría, homofobia interiorizada, condiciones de vivir con VIH, ejercicio del trabajo sexual, entre otras.

Un primer paso para analizar un fenómeno tan complejo como el chemsex podría consistir, por tanto, en adoptar una mirada más *ecológica*. Como sostiene Gallardo Esclapez (2023), esta perspectiva permite situar la práctica en un entramado amplio de factores interpersonales, culturales, sociales y estructurales, evitando reduccionismos y generando un análisis más fiel a la experiencia de quienes la atraviesan:

Formado [el contexto social] por factores estructurales – crisis económica o social –, comunitarios – valores y actitudes hacia el uso de las drogas en GBHSH, cultura sexual gay –, y otros factores grupales – el efecto de los pares en el consumo de drogas – e individuales – trastornos mentales o trastornos producidos por el consumo de drogas (p. 40).

Si bien resulta fundamental adoptar una mirada más ecológica y holística, Gallardo Esclapez advierte que incluso este marco puede no ser suficiente en sí mismo. Además, modelos como el del *estrés de la minoría* —que ponen el foco en las violencias estructurales, sistémicas, económicas y sociales sufridas por un individuo o grupo al pertenecer a una comunidad marginada— corren el riesgo de establecer un vínculo causal demasiado estrecho entre la condición de minoría y el acercamiento al chemsex⁷¹.

Un paradigma resulta interesante mostrar es el de la *reducción de daños y riesgos*, impulsado por entidades como Stop, Energy Control o Apoyo Positivo. Desde esta perspectiva, el eje de la intervención es el propio sujeto y, en conexión con las ideas de Canguilhem, su autopercepción: cómo entiende el impacto del chemsex en su vida y qué objetivos personales establece a partir de un proceso de escucha activa, formación,

⁷¹ Él nos dice: “Si solo tomamos la representación social de los sujetos sexualmente no-normativos como sufrientes de múltiples violencias, resulta comprensible pensar que la única motivación que tienen para el consumo recreativo de drogas, y el disfrute sexual, sea la evasión de situaciones estresantes” (p. 41).

sensibilización, Grupos de Apoyo Mutuo (GAM), psicoterapia individual y counselling inicial. Las experiencias de voluntarios de la ONG Stop muestran cómo esta aproximación sitúa en el centro a la persona, sus necesidades y motivaciones:

Toni: yo acudí a Stop no porque tenía un problema, sino porque fui invitado por mi pareja y compañero. Sí que te tengo que decir que, por ejemplo, desde cuando yo entré dentro de Stop y empecé a hacer terapia, empecé a darme cuenta de lo guay que es hacer terapia, de lo guay que es poder hablar y poder poner unos objetivos de consumo. Pero, al principio, cuando yo empecé a hacer terapia en Stop, el psicólogo me decía, “pero ¿qué quieres hacer? ¿Cuáles objetivos tienes?”, decía que yo lo que quería era controlar el consumo, es decir, que si me propusiera consumir un gramo pues que realmente fuera un gramo, que no fuera más. En ningún momento me proponía parar de consumir. Luego eso cambió. Pasé a decir, bueno, pues no quiero consumir. Es decir, que he tenido mi proceso evolutivo dentro de la terapia de Stop, a la que llegué casi como de casualidad.

David: A ver, yo me acerqué a Stop primero porque no sabía de ningún otro sitio que tratara el tema. Yo no veía nadie especializado en problemas de chemsex. Vi que ellos tenían un apartado exclusivamente hablando de chemsex y que ofrecían ayuda a gente que practicaba o practica el chemsex. Entonces me acerqué a ellos por eso y porque ofrecían una reducción del consumo y no una abstinencia total. Que luego yo fui cambiando y pasé de pensar que yo quería reducir el consumo a querer dejarlo del todo. Pero eso fue un proceso mío, al principio yo quería una reducción del consumo. Y, te hablo de mi caso, me di cuenta que yo no puedo reducir mi consumo porque considero que tengo un consumo problemático y muy adictivo. Entonces en mi caso no funciona la reducción del consumo, es todo o nada.

En el primer caso, el paradigma de la reducción de riesgos funcionó perfectamente, en el segundo la persona usuaria optó —previo análisis de sus propias necesidades— por dejar de consumir porque una reducción del consumo no habría sido eficaz. Se puede llegar a esta autoconsciencia poniendo la persona al centro, escuchando sus necesidades y no creando un clima de juicio e intolerancia⁷².

Se busca así superar la lógica del paradigma biomédico, que tiende a describir a la persona únicamente como alguien dañado por la vida, cuya adicción se explicaría desde el sufrimiento y el vacío existencial. Esto no significa que tales condiciones no existan ni que no puedan ser motor de consumo, pero sí que no son las únicas posibles. Como señalan

⁷² Siempre Gallardo Esclapez (2023) escribe: “Desde esta perspectiva se representa a los sujetos dotados de complejidad emocional. Capaces de ser reflexivos sobre sus prácticas y con capacidad de discernir qué aspectos resultan beneficiosos o perjudiciales. Es decir, no se parte desde un paternalismo epistemológico que construye a los sujetos chemsex como seres simples que quieren evadirse de situaciones estresantes, o que son unos adictos con carencias afectivas y un profundo ‘vacío existencial’” (p. 42).

Milhet *et al.* (2019), también existen *happy users*, personas que se acercan al chemsex movidas por el deseo de placer, de intensificar y prolongar las prácticas sexuales. No hay una única motivación: cada persona es distinta y vive el chemsex de manera singular. Se puede leer:

Moreover, the consequences linked to each act of chemsex, or even each moment during chemsex, are not the same from person-to-person or for the same individual. To understand chemsex and its associated harms, one must consider the substance(s) used, but also how they were used, the specific sexual context in which they were consumed, and the outlook, attitudes and mindset of the participants during use⁷³ (Milhet *et al.*, 2019: 12).

En este marco, cobra relevancia la metodología con enfoque queer, que busca escapar de los paradigmas medicalizantes y de las narrativas que marginan a ciertos sujetos al no reconocer la complejidad de sus experiencias. Se trata de una metodología que no pretende silenciar la dimensión sexual de quienes participan en la investigación —incluyendo al propio personal investigador—, sino de integrarla sin caer en relativismos que anulen la objetividad. Lo que hay que buscar es una “objetividad útil” pero no inocente, consciente del punto de vista y de la posicionalidad del sujeto-investigador⁷⁴. Es fundamental “reconocer nuestra perspectiva parcial y la contingencia de los significados sociales que tenemos naturalizados durante nuestras prácticas científicas” (Gallardo Esclapez, 2023: 53).

Aplicada al chemsex, esta metodología se puede ver en este fragmento del autor:

Esto, en el campo de estudio del chemsex, se traduce en estudiar a los usuarios en todos los ámbitos de la vida social, no estudiarlos únicamente en la clínica, o en espacios de sociabilidad entre GBHSH –saunas, clubes de sexo, *chills*–. Este seguimiento tiene que partir desde la

⁷³ “Además, las consecuencias vinculadas a cada acto de chemsex, o incluso a cada momento durante el chemsex, no son las mismas de una persona a otra ni para el mismo individuo. Para entender el chemsex y sus daños asociados, hay que tener en cuenta las sustancias utilizadas, pero también cómo se utilizaron, el contexto sexual específico en el que se consumieron y la perspectiva, actitudes y mentalidad de los participantes durante el consumo”.

⁷⁴ Gallardo Esclapez (2023) escribe: “En resumen, Connors (2010:123) comenta qué no hay que hacer en la investigación social cuando empleamos las metodologías *queer*. No se debe ejercer autoridad epistémica a la hora de definir el campo y sus límites desde una posición descarnada, sino desdibujar sus límites y dejarnos llevar por las experiencias de los sujetos. También hay que evitar el silenciamiento de la sexualidad propia y de los sujetos. Mostrarse como una persona con sexualidad, y hablar de ella tranquilamente con los sujetos, nos va a acercar más a ellos, porque nos estamos situando en el mismo nivel epistémico. Esto va a crear un ambiente de seguridad y confianza donde se va a establecer una comunicación sobre valores, códigos, opiniones, juicios y otras cuestiones que no se suelen comunicar en otros espacios de investigación formalizados –clínicas o cuestionarios–. Esta visibilización y normalización de la sexualidad es uno de los principales potenciales de las metodologías *queer*. A través de etnografías realizadas desde esta perspectiva vamos a conseguir una mejor comprensión del mundo simbólico que supone el chemsex. Los deseos de la persona investigadora cumplen un papel crucial a la hora de imaginar los objetivos y límites de la investigación —al desdibujar la línea entre la vida personal y profesional— las conexiones entre deseo, significado e intención van a resultar inseparables unas de otras (Connors, 2010:125)” (p. 54).

igualdad epistémica, sin pretensiones de contrastar una hipótesis general, y dejándonos llevar por los significados de los sujetos. Esto último quiere decir que muchas veces partimos de una fórmula general en la investigación social que limita el propio potencial teórico-metodológico del trabajo. No se trata de hacer una investigación hacia adentro – cerrar incógnitas– sino realizar una investigación hacia afuera, abriendo nuevos caminos y desmontando conceptos muy enraizados en la disciplina (Connors, 2010:114)” (p. 51).

Aplicada al chemsex, en definitiva, esta metodología permite evidenciar que la mirada biomédica, por sí sola, es limitada y limitante. El chemsex es un fenómeno intrínsecamente sexual, tanto por las prácticas como por las finalidades de conexión interpersonal que implica. Es también interseccional, ya que cada persona se acerca desde un punto de partida identitario diferente en términos de etnia, nivel educativo, situación socioeconómica, experiencia migratoria o identidad queer. Gallardo Esclapez invita, en este sentido, a no mirar el fenómeno exclusivamente con filtros *gay-céntricos*, pues cada vez más participan en él otras subjetividades como las personas trans y no binarias.

La perspectiva queer revela asimismo la dimensión simbólica y ritual del chemsex. Las comunidades marginadas han buscado históricamente espacios y prácticas compartidas que contribuyen a la construcción colectiva de sus subjetividades. El consumo de drogas, por ejemplo, ha estado estrechamente vinculado también a la comunidad queer y, como recuerda Florêncio (2021), constituye parte de esa trama histórica de resistencia, placer y construcción identitaria: “Subcultural formations, too, are produced and reproduced through the sharing of experiences, patterns of consumption, spaces, argot and rituals, as well as peer-to-peer— or consumer-to-consumer—engagement and learning”⁷⁵ (p. 12).

A través de las palabras de una persona entrevistada, se quiere introducir el último elemento útil para entender el amplio abanico del chemsex:

Toni: el chemsex es para mí planear un momento de diversión, de evasión, de divertirme con pareja, con dos, con tres, porque te apetece. Insisto en lo de planear e insisto en lo que te apetece. Y ya sé que ahora estoy como depurando mucho, pero el chemsex tiene que ser algo que te apetece hacer, que lo disfrutas. [...] Cuando tú me preguntas para mí qué es el chemsex, es porque yo he decidido un día, “mira, este fin de semana, estoy con mi chico y vamos a comprar un gramo de esto y un gramo de esto, y cuando nos montamos lo hacemos en casa. Y me lo paso bien y me evado, descargo adrenalina, me relajo”, y luego evidentemente hay una parte que hay que entender dentro del chemsex. Luego, después de la adicción, tienes tu bajón, tienes la patilla, y yo ya lo sé, hay que entenderlo como dentro del chemsex, está muy bien el momento

⁷⁵ “Las formaciones subculturales también se producen y reproducen a través del intercambio de experiencias, pautas de consumo, espacios, jerga y rituales, así como del compromiso y el aprendizaje entre iguales (o entre consumidores)”.

de adicción y evasión y tal pero luego viene el bajón, la parte en la que no tienes ganas de nada, te sientes mal, estás debajo, etc. Pero yo siempre digo, hay que entenderlo, que eso también es parte del chemsex. Es decir, está la parte guay y luego la parte menos guay, pero bueno, una cosa va ligada a la otra, tú lo pasas, lo entiendes, lo que te está pasando a tu cuerpo, te hidratas, comes, descansas, y luego sigues con las actividades normales. Eso para mí es el chemsex, el poder disfrutar del sexo, poder disfrutar de la compañía, y poder disfrutar de las sustancias que quieras consumir, que sabes que te van a potenciar, que te van a relajar, o bueno.

Si retomamos el estudio de Íncera, Gámez *et al.* (2022), observamos que un 72,5 % de las personas entrevistadas declaró acercarse al chemsex principalmente por la búsqueda de placer. Este es, de hecho, el último elemento que conviene introducir en este apartado. Mientras el paradigma biomédico, como ya vimos, se enfoca en la dimensión del sufrimiento, es necesario abrir también un espacio al paradigma del placer como motivación de acercamiento⁷⁶. Según Milhet *et al.* (2019), el placer y el goce sexual no son realidades objetivables, no se pueden medir ni encasillar en un esquema estadístico. Menos aún cuando se trata de un placer que surge de la conexión entre sexo y drogas, ya que en muchas ocasiones ni siquiera las propias personas usuarias logran explicar con claridad lo que sienten o darle forma a esa experiencia. En las treinta y tres entrevistas recogidas por los autores, la búsqueda de placer emerge como el eje central, aunque sus manifestaciones sean diversas, tanto como lo son las narrativas y las voces que se expresan en el estudio:

Part of what makes chemsex pleasurable is that it can facilitate access to the intense feelings of intimacy and connection with another individual. In that moment, a person can become a “special someone,” temporarily or more permanently. [...] When individuals engage in chemsex because they are looking for love and romance, the use of drugs seems to help create a sense of connection with others, be it physical or spiritual⁷⁷ (Milhet, *et al.*, 2019: 14).

El chemsex puede convertirse, en primera instancia, en un espacio de socialización donde las drogas facilitan vínculos románticos —aunque temporales— y abren la puerta a encuentros que de otra manera tal vez no hubieran ocurrido. También puede propiciar la formación de grupos y amistades, vinculando el placer no solo al acto sexual, sino también

⁷⁶ Milhet *et al.* (2019) escriben: “Instead, the joyful dimension of chemsex can carry a pivotal appeal for participants” (p. 12); “En cambio, la dimensión placentera del chemsex puede resultar muy atractiva para los participantes”.

⁷⁷ “Parte de lo que hace placentero el chemsex es que puede facilitar el acceso a los intensos sentimientos de intimidad y conexión con otro individuo. En ese momento, una persona puede convertirse en “alguien especial”, de forma temporal o más permanente. [...] Cuando los individuos practican chemsex porque buscan amor y romance, el uso de drogas parece ayudar a crear una sensación de conexión con los demás, ya sea física o espiritual”.

a momentos de comunidad, de códigos compartidos y de experiencias que refuerzan la pertenencia ⁷⁸. A la vez, el placer se amplifica: algunas sustancias invitan a la experimentación y al descubrimiento de prácticas y sensaciones que en un sexo *vanilla* nunca se habrían explorado.

Sin embargo, esta dimensión no está exenta de riesgos. La búsqueda de placer puede incluir derivas más oscuras, como el egoísmo sexual o la instrumentalización del otro, reduciéndolo a un objeto para la satisfacción personal, lo que en ciertos casos puede desembocar en dinámicas de deshumanización e incluso en situaciones de violencia, como se abordará más adelante⁷⁹.

Este apartado, desde la metodología con enfoque queer, ha querido ofrecer una panorámica lo más amplia posible, precisamente porque las experiencias, identidades y narrativas en torno al chemsex exceden con mucho el marco restrictivo que suele imponer el alarmismo social o la mirada medicalizante. Reconocer que alguien puede acercarse al chemsex simplemente por el placer que le produce contribuye a cuestionar y desestabilizar el filtro biomédico, que observa el fenómeno desde fuera. En cambio, lo queer se sitúa dentro, consciente de los límites de su propia mirada, pero dispuesto a aportar a la investigación la fluidez y la amplitud que el fenómeno y las personas implicadas merecen⁸⁰.

⁷⁸ Siempre les autores afirman: “Similarly, Jonas explained that an important dimension of what he enjoys through chemsex is the unique social experience of the “exchange.” Sometimes, it is exhilarating to participate in this social group as an observer, without necessarily engaging in sexual intercourse. Jonas appreciates simply “watching” a diverse group of people interacting outside their day-to-day lives and the “beauty” of seeing people of different social statuses, ages and ethnicities blending together” (p. 15); “Del mismo modo, Jonas explicó que una dimensión importante de lo que disfruta a través del chemsex es la experiencia social única del “intercambio”. A veces, resulta estimulante participar en este grupo social como observador, sin mantener necesariamente relaciones sexuales. Jonas aprecia simplemente “observar” a un grupo diverso de personas interactuando fuera de su vida cotidiana y la “belleza” de ver a personas de diferentes estatus sociales, edades y etnias mezclándose entre sí”.

⁷⁹ Poco después ellos sugieren: “Each of the pleasurable dimensions sought through chemsex can also have a “dark side,” ranging from sexual frustration to harmful and traumatic experiences. Invited to talk about his best and worst chemsex experiences, Etienne succinctly expresses the transition between the two when he said, “What’s crazy is that each time the best chemsex experience turns into the worst” (Etienne, 37). [...] Reflections surrounding selfish pleasure were especially ambiguous. While participants denounced the entirely selfish aspect of pursuing pleasure through an experience that no longer involved “human” interaction, they simultaneously contributed to it by being active participants” (pp. 15-16); “Cada una de las dimensiones placenteras que se buscan a través del chemsex también puede tener un “lado oscuro”, que va desde la frustración sexual hasta las experiencias dañinas y traumáticas. Invitado a hablar de sus mejores y peores experiencias de chemsex, Etienne expresa sucintamente la transición entre ambas cuando dijo: “Lo loco es que cada vez la mejor experiencia de chemsex se convierte en la peor” (Etienne, 37). [...] Las reflexiones en torno al placer egoísta fueron especialmente ambiguas. Mientras que los participantes denunciaban el aspecto totalmente egoísta de buscar el placer a través de una experiencia que ya no implicaba una interacción “humana”, al mismo tiempo contribuían a ello siendo participantes activos”.

⁸⁰ “This array of pleasures, specifically romantic love, socializing within a littoral space and disinhibition, is not experienced in equal parts by every chemsex participant. Some only experience one of these four dimensions of pleasure, while others feel varying combinations of the different dimensions. Nor is each chemsex experience necessarily static in its combination of dimensions. Instead, experiences tend to be fluid from moment to moment, and can also be ambiguous, leading to negative experiences of frustration and trauma” (Milhet *et al.*, 2019: 17); “Este conjunto de placeres, concretamente el amor romántico, la socialización dentro de un espacio litoral y la desinhibición, no es experimentado a partes iguales por todos los participantes

Puesto que se habla de sujetos concretos, las motivaciones, finalidades, formas de gestión, experiencias de control o descontrol y el propio placer vivido no solo varían entre individuos, sino que pueden transformarse en el curso de la trayectoria personal de una misma persona en el chemsex. En este sentido, un paradigma de reducción de riesgos articulado con una metodología sensible a lo queer parece ser el más fiel a la realidad de quienes participan en estas prácticas:

Este paradigma promete una conceptualización del chemsex mucho más fidedigna con los sujetos, al ser construida junto a ellos, reflejando sus discursos y significados sociales. Visibilizando el papel crucial que tiene la sexualidad de todos los participantes –persona investigadora y sujetos– en el transcurso y resultado final de la investigación. Creando un entorno íntimo donde los sujetos puedan sentirse cómodos expresando sus prácticas sexuales, y reconociéndose con plena autodeterminación para construir sus propias representaciones, que serán recogidas en la investigación académica. En vez de realizar una investigación con datos recogidos en espacios clínicos donde el sujeto está limitado en su posición epistémica inferior de paciente; o en encuestas donde la única capacidad de articulación discursiva y de producción de conocimiento de los sujetos se limita a unos ítems predispuestos por el saber experto (Gallardo Esclapez, 2023: 56).

Para resumir, en el capítulo cuatro nos hemos centrado en el contexto socioetnográfico que sustenta este trabajo de investigación, con especial atención a las violencias sexuales en el marco del chemsex. Aunque en la sección metodológica señalamos que la investigación se divide en dos partes —una primera dedicada a las violencias sexuales entre varones en contextos no vinculados al chemsex y una segunda centrada en las violencias sexuales en contextos de chemsex—, el trabajo de campo realizado en colaboración con la ONG Stop de Barcelona exigió un capítulo específico. Para comprender el abanico de violencias que pueden ocurrir en un contexto de chemsex, era imprescindible analizar primero qué es este fenómeno, cómo se ha enraizado en el tejido cultural de Barcelona y si presenta o no matices particulares en este entorno.

Al centrar la atención en esta ciudad, los testimonios y las entrevistas que se llevaron al cabo señalaron que la expansión de los chills y de las sesiones de chemsex estuvo favorecida por una serie de factores: la llegada de la metanfetamina (Tina), la

en el chemsex. Algunos sólo experimentan una de estas cuatro dimensiones del placer, mientras que otros sienten combinaciones variables de las distintas dimensiones. Cada experiencia de chemsex tampoco es necesariamente estática en su combinación de dimensiones. Por el contrario, las experiencias tienden a ser fluidas de un momento a otro, y también pueden ser ambiguas, dando lugar a experiencias negativas de frustración y trauma”.

aparición de clubes de sexo dirigidos a la comunidad GBHSH, el cierre de los After Hours —que trasladó los encuentros a casas privadas—, los flujos migratorios, el turismo sexualizado, la proliferación de aplicaciones de ligue y la introducción de estrategias biomédicas de prevención del VIH, como los tratamientos antirretrovirales, la PrEP, la PEP y, más recientemente, la Doxy-PEP y la Doxy-PrEP. Entre todos estos elementos, las aplicaciones como Grindr, Scruff o MachoBB no solo facilitaron la concertación de encuentros sexuales, sino también la compraventa de sustancias.

Hemos especificado que el chemsex no es el “simple” consumo de sustancias con objetivo de tener sexo, sino más bien es un fenómeno sociocultural con su vocabulario y gramática, se habla de sustancias específicas que aumentan el placer, desinhiben, permiten un aguante mayor, quitan el cansancio y hacen que la experiencia sexual sea más intensa, a veces salvajes. Se habló también de cuando el chemsex puede convertirse en un problema, los factores de vulnerabilidad y, en general, una deconstrucción de la mirada biomédica que filtra el fenómeno y las personas usuarias con las gafas paternalistas, medicalizantes y criminalizantes.

5. Violencia sexual entre varones: del consentimiento sexual a los mitos sobre violación hacia hombres

Los capítulos que siguen introducirán el tema de la violencia sexual entre varones, comenzando por este capítulo cinco que, a partir de la bibliografía de referencia y del material etnográfico obtenido, delinearé el fenómeno, su aparición histórica y social, así como las dificultades, narrativas y mitos que lo rodean en el momento de ser verbalizado. Dado que, a nivel social, mediático y comunitario, apenas se aborda la violencia sexual ejercida contra varones por parte de otros varones, surgen interrogantes fundamentales: ¿significa esta ausencia de discurso que dichos acontecimientos son infrecuentes, o existen motivos que explican su invisibilización?; ¿hay un prototipo social de “víctima masculina”?; ¿qué ocurre cuando un varón intenta relatar la violencia sufrida?; ¿puede producirse victimización secundaria?; y ¿qué peso tiene la construcción de la masculinidad en el reconocimiento, la verbalización y la denuncia de la propia victimización?

Si este capítulo busca responder a estas cuestiones desde una perspectiva general, el siguiente —en estrecha relación con el capítulo socioetnográfico dedicado al chemsex— analizará situaciones de violencia sexual entre varones específicamente en dicho contexto. A partir de la literatura especializada y de las historias de vida, se examinarán similitudes y diferencias entre ambos escenarios, con el fin de identificar si existen estigmas sociales y culturales diferenciados. El capítulo siete, por su parte, tendrá como objetivo señalar herramientas y estrategias para superar la victimización secundaria detectada.

Tal como se señaló en la introducción, los capítulos anteriores, pese a incluir ya fragmentos etnográficos, constituyen el marco teórico de la presente tesis doctoral. A partir de este capítulo, los datos etnográficos se articulan directamente con la hipótesis general de investigación. Conviene subrayar, en cualquier caso, que todos los capítulos han sido concebidos en diálogo constante: cada elemento teórico conversa de manera dinámica con los resultados etnográficos y con las historias de vida de las personas entrevistadas durante los trabajos de campo.

5.1. Historia de la violencia y violencia en la historia: las primeras investigaciones sobre violencia sexual entre varones

Este apartado inicia con una introducción histórico-cultural al fenómeno, poniendo el acento en las primeras fuentes generales y en el proceso de visibilización de los casos de violencia sexual entre varones. Ello permitirá aclarar cuáles fueron las primeras investigaciones y en qué contextos salieron a la luz estos acontecimientos, así como los obstáculos que se encontraron.

Abdullah-Khan (2008) señala que el concepto de *víctima*, aplicado a quienes sufren esta tipología de violencia, no resultaría del todo adecuado, y propone en su lugar el término superviviente (*survivor*). Explica que “The term ‘survivor’ indicates that the individual has survived the victimisation, and has overcome it and recovered”⁸¹ (p. 8), mientras que el concepto de víctima tiende a cristalizar a la persona en el acontecimiento, impidiéndole “superarlo”, en la medida en que ello sea posible. Además, cuando se habla de víctima, se presupone que la persona no sobrevivió al hecho violento o que, de alguna forma, su identidad queda fijada al acontecimiento sin poder construir un “después”. Si bien lo afirmado por la autora es válido —y en esta investigación se utilizará, siempre que sea posible, el término superviviente—, la literatura especializada sobre violencias sexuales emplea mayoritariamente el término víctima. En consecuencia, se ha decidido emplear víctima cuando el foco se centre en el hecho violento —puesto que efectivamente la persona fue víctima de un acontecimiento—, y superviviente cuando el énfasis recaiga en la persona y en su experiencia posterior a la violencia.

Siguiendo a Abdullah-Khan —quien se centra en el contexto anglosajón—, puede trazarse una trayectoria histórica de los estudios y luchas para el reconocimiento de los derechos de las víctimas y supervivientes. La historia de la victimología es relativamente reciente: no fue hasta la década de los setenta cuando comenzó a prestarse atención a la figura de la víctima en cuanto tal. A partir de entonces se desarrollaron diferentes enfoques: desde una *victimología positivista*, centrada únicamente en los hechos que generaban el crimen, sin tener en cuenta los procesos sociales de construcción de la víctima, hasta una *victimología radical*, que puso el foco en dichos procesos de victimización, como los que ejercen la policía, los medios de comunicación o el personal sanitario. Este segundo paradigma no atiende tanto a los hechos en sí mismos como a su impacto social,

⁸¹ “El término “superviviente” indica que la persona ha sobrevivido a la victimización, la ha superado y se ha recuperado”.

incorporando nociones de privilegio y poder: “Young (1986) suggests that radical victimology neglected the real victim of crime and he therefore proposed a victimology based on people’s experiences of crime”⁸² (p. 11). Finalmente, la *victimología crítica* intentó integrar ambos planos: la construcción social de la víctima y la experiencia concreta y vivencial de quien sufrió el acontecimiento traumático.

Los movimientos feministas de los años sesenta y setenta se sumaron a estas reivindicaciones, exigiendo un espacio social para las personas supervivientes de violencia. Surgen así movimientos y campañas por y para las víctimas. En el Reino Unido, se habló de un “renacimiento de las víctimas”, reclamando reconocimiento y escucha estatal: “As Shapland, Willmore and Duff (1985) argue, the philosophy of the victims’ movement has been based on the principles of the welfare state, with emphasis on the community’s responsibility to take much of the burden of hardship suffered by individual citizens”⁸³ (p. 13).

En esta primera fase histórica, las investigaciones se centraron en víctimas femeninas de violencia sexual. Para visibilizar las violencias sufridas por varones hubo que esperar hasta las décadas de los ochenta y noventa, enfrentándose a un conjunto de obstáculos estructurales y sistémicos que se abordarán a lo largo de este trabajo. Tras este recorrido, se abordarán los principales contextos en los que se ha investigado la violencia sexual entre varones. Javaid (2017b) así lo define:

as my own cultural definition, male sexual assault is a form of sexual violence, in that male sexual assault is an act of psychological, physical, and emotional violation in the form of a sexual act, which is inflicted on a male without his consent by another man. It can include manipulating or forcing a male to participate in any sexual act, such as the male offender intentionally touching the victim in a sexual way, apart from penetration of the mouth or anus (however slight) with the penis since this would be rape. These definitions of male rape and sexual assault form the conceptual basis for this paper, while also including a broad spectrum of other unwilling sexual acts in the critical discussions within this article, such as non-consensual object penetration⁸⁴ (p. 3).

⁸² “Young (1986) sugiere que la victimología radical descuidaba a la víctima real del delito, por lo que propuso una victimología basada en las experiencias de las personas con el delito”.

⁸³ “Como argumentan Shapland, Willmore y Duff (1985), la filosofía del movimiento de las víctimas se ha basado en los principios del estado del bienestar, haciendo hincapié en la responsabilidad de la comunidad de asumir gran parte de la carga de las dificultades sufridas por los ciudadanos individuales”.

⁸⁴ “según mi propia definición cultural, la agresión sexual masculina es una forma de violencia sexual, en el sentido de que la agresión sexual masculina es un acto de violación psicológica, física y emocional en forma de acto sexual, que otro hombre inflige a un varón sin su consentimiento. Puede incluir manipular u obligar a un varón a participar en cualquier acto sexual, como que el agresor masculino toque intencionadamente a la víctima de forma sexual, aparte de la penetración de la boca o el ano (por leve que sea) con el pene, ya que esto sería violación. Estas definiciones de violación masculina y agresión sexual constituyen la base conceptual de

Si bien los primeros espacios de visibilización fueron las cárceles, aquí se propone un abanico más amplio de contextos donde estos hechos pueden ocurrir: desde los casos extremos de los conflictos armados, pasando por los contextos institucionalizados, hasta llegar a los no institucionales —más generales— y, finalmente, al chemsex, que será objeto de análisis en el capítulo siguiente.

Se comienza, pues, con algunos documentos que atestiguan violaciones hacia varones en conflictos armados. El historiador R. M. Douglas (2021) identificó setenta y cinco casos denunciados de violación contra hombres perpetrados por el ejército estadounidense entre 1941 y 1945. Señala que, aunque existe abundante bibliografía sobre violaciones en guerra contra mujeres y menores, apenas se dispone de material sobre las sufridas por varones, lo cual no significa que no sucedieran. Si bien el ejército de EE. UU., siguiendo los *Articles of War*, condenaba con dureza las violaciones a mujeres, las agresiones entre hombres eran tipificadas como “sodomy”, “indecentcy” o “conduct to the prejudice of good order and military discipline”⁸⁵ (pp. 273-274) y el castigo era mucho más leve: “Sodomy, defined by Article 93 as anal or oral penetration, incurred a maximum sentence of five years imprisonment”⁸⁶ (p. 275). Del total de casos analizados por el autor, un 36% correspondía a violaciones cometidas por militares estadounidenses contra menores. Douglas describe también abusos cometidos dentro del propio ejército —militares de rango superior que, mediante alcohol, intimidación o violencia, forzaban a subordinados a prácticas sexuales, desde felaciones hasta penetraciones— y contra varones civiles en territorios ocupados. Destaca, por ejemplo, el caso de un general que, tras invitar a soldados a su despacho y ofrecerles alcohol, los obligó a sufrir penetración anal y a practicar felación; o el de dos soldados que, al irrumpir en una vivienda con siete varones civiles, expulsaron a los mayores y abusaron sexualmente de los más jóvenes.

El autor subraya la tendencia de muchas cortes marciales a ser indulgentes con los agresores, en parte para proteger el prestigio del ejército, en parte por el fuerte estigma que pesa sobre la violación masculina: el “deshonor” asociado a ser considerados homosexuales —tanto por los agresores como por los supervivientes—, la culpabilización, la suavización de las penas si la víctima presentaba una erección durante el acto, o la propia vergüenza de denunciar. A esto se suma que el primer manual de técnicas investigativas se imprimió

este artículo, aunque también incluyen un amplio espectro de otros actos sexuales no consentidos en los debates críticos de este artículo, como la penetración no consentida de objetos”.

⁸⁵ “sodomía”, “indecencia”, “conducta en perjuicio del buen orden y la disciplina militar”.

⁸⁶ “La sodomía, definida en el artículo 93 como penetración anal u oral, se castiga con una pena máxima de cinco años de prisión”

apenas en 1945, y aun así no contenía referencias significativas sobre violencia sexual hacia varones, lo que muestra la falta de herramientas adecuadas para abordar estos casos en plena Segunda Guerra Mundial.

En un artículo de 2022 sobre el conflicto armado en Colombia, Ángela María Escobar, coordinadora de la *Red de Mujeres Víctimas y Profesionales*, insistió en la necesidad de visibilizar también las violaciones contra varones. En esa línea se recogen los testimonios de Nelson Toscano, quien relató haber sido violado en dos ocasiones: a los nueve años, con la complicidad de su tío, y a los diecisiete. Su experiencia pone en evidencia lo primero que un hombre busca cuando atraviesa una situación así:

Mujeres víctimas me explicaban que una mujer lo primero que hace es separar su ser mujer del cuerpo. Hay una intención de salirse de ese cuerpo, de no reconocerlo, de no cuidarlo. Y eso repercute en su físico y en sus emociones. En cambio, el hombre quiere ante todo blindar esa parte de macho y trata de que no se sepa para que no se ponga en entredicho su masculinidad⁸⁷.

Esto convierte la violación de varones en un tabú, en algo de lo que no se habla, que rara vez se denuncia o que se denuncia muy poco. Proteger la propia masculinidad —o, mejor dicho, la imagen de masculinidad aprendida socialmente— se convierte en un obstáculo a superar para poder reconocerse como verdadera víctima. El artículo insiste en la idea de la “masculinidad herida” y en la necesidad u obligación de protegerla, pero quizá —y será un tema que abordaremos más adelante— es precisamente esa concepción de la masculinidad la que impide una adecuada visibilización y un apoyo social consecuente.

Otro artículo hace referencia a las violaciones de varones ocurridas en la guerra de Ucrania, donde se señala que:

Lo stupro degli uomini però, secondo Osorio, è considerato ancora un tabù anche nel mondo accademico e presso gli organismi che se ne devono occupare, tra cui la stessa Onu e i tribunali di guerra: c'è reticenza ad accettarlo, ma gli abusi sessuali su vittime maschili esistono e ignorarli vuol dire favorire la prosecuzione di queste brutalità, ammonisce Osorio, che per la prima volta si occupò del tema nella primavera '93, quando indagava sul conflitto nell'ex Jugoslavia⁸⁸.

⁸⁷ Vease: <https://elpais.com/planeta-futuro/2022-03-18/los-hombres-violados-en-la-guerra-de-colombia-rompen-el-silencio.html>

⁸⁸ “La violación de hombres, sin embargo, según Osorio, sigue siendo considerada tabú incluso en el mundo académico y por los organismos que tienen que ocuparse de ella, incluida la propia ONU y los tribunales de guerra: hay reticencias a aceptarlo, pero los abusos sexuales a víctimas masculinas existen e ignorarlos es favorecer la continuación de estas brutalidades, advierte Osorio, que abordó el tema por primera vez en la primavera de 1993, cuando investigaba el conflicto de la antigua Yugoslavia”; vease: <https://www.globalist.it/world/2022/03/24/ucraina-gli-stupri-di-guerra-sugli-uomini-sono-un-tabu-lesperto-spiega-il-perche/>

Si la violación es utilizada como arma en los conflictos armados, es necesario visibilizar a todas las personas que resultan víctimas de esta violencia. A esto se suman también las reflexiones de Scarce (1997) en relación con la guerra civil de la ex Yugoslavia en los noventa:

For example, evidence came to light in 1993 that the sexual abuse of men, including rape and castration, was widespread in the Yugoslav civil war. Boston Globe reporter Dusko Doder wrote of the sexual violence, committed by all sides in the war, but indicated that few of the male victims were willing to speak about their experiences⁸⁹ (p. 30).

Las violencias sexuales, presentes de forma reiterada en los conflictos bélicos, cumplen una función de humillación, deshumanización y aniquilación de las víctimas. Cuando las personas agredidas son varones, estas violencias se convierten en un símbolo de desvirilización, un acto de poder ejercido sobre la propia performatividad de género. En esta línea, se puede introducir el análisis de Kiss *et al.* (2020):

Acts of sexual violence against men and boys include anal and oral rape and other forms of victimisation, including gang rape, enforced sterilisation, mutilation, castration, blunt trauma to genitals, forced nudity, forced masturbation, forced rape perpetration, and forced witness to sexual violence against family members or peers. [...] Sexual violence in conflict can be used as a form of torture aiming to inflict psychological suffering, terrorise, humiliate, disempower and break down the identity of perceived enemies or political prisoners. [...] Male survivors of CRSV [Conflict Related Sexual Violence] often have specific misconceptions about male sexual violence, which can contribute to their anxiety and increase the barriers to reporting⁹⁰ (pp. 2-10).

Por supuesto, no debemos relegar la cuestión de las violaciones de varones, por parte de otros varones, únicamente al contexto de los conflictos armados. En sus estudios meta-analíticos, Abdullah-Khan y Michael Scarce —respectivamente en los contextos anglosajón

⁸⁹ “Por ejemplo, en 1993 salieron a la luz pruebas de que los abusos sexuales a hombres, incluidas la violación y la castración, estaban muy extendidos en la guerra civil yugoslava. El periodista del Boston Globe Dusko Doder escribió sobre la violencia sexual, cometida por todos los bandos de la guerra, pero indicó que pocas de las víctimas masculinas estaban dispuestas a hablar sobre sus experiencias”.

⁹⁰ “Los actos de violencia sexual contra hombres y niños incluyen la violación anal y oral y otras formas de victimización, como la violación en grupo, la esterilización forzada, la mutilación, la castración, los traumatismos en los genitales, la desnudez forzada, la masturbación forzada, la perpetración forzada de violaciones y el testimonio forzado de violencia sexual contra miembros de la familia o compañeros. [...] La violencia sexual en los conflictos puede utilizarse como una forma de tortura destinada a infligir sufrimiento psicológico, aterrorizar, humillar, restar poder y quebrar la identidad de los supuestos enemigos o presos políticos. [...] Los hombres supervivientes de la VSRG [violencia sexual relacionada con los conflictos] suelen tener ideas erróneas sobre la violencia sexual masculina, lo que puede contribuir a su ansiedad y aumentar los obstáculos para denunciarla”.

y estadounidense— llegan a la misma conclusión: existió y persiste una profunda invisibilización de las violaciones hacia hombres adultos, mientras que la atención académica y social se centró casi exclusivamente en mujeres y menores.

Esta invisibilización se sostiene en la “mitología” y narrativa del sentido común, directamente vinculadas a los ideales de la masculinidad: la creencia de que un hombre adulto es inviolable porque siempre tendría la fuerza y la capacidad de defenderse de un agresor; la idea de que, en las cárceles —primer escenario donde comenzó a visibilizarse esta violencia— las violaciones entre hombres pertenecen a una subcultura homosexual y nunca afectarían a un hombre heterosexual; o la convicción de que los agresores son necesariamente homosexuales y que su única motivación es de índole sexual, fruto de la frustración.

La propia Abdullah-Khan reconoce la gran reticencia de las víctimas y del personal carcelario a admitir la existencia de estas agresiones: “It has been suggested that lack of research (in all prison environments) is due to the reluctance of men to report being sexually violated (Rideau and Sinclair 1982), as well as the difficulties of conducting such research within conservative institutional establishments (King 1993)”⁹¹ (p. 16). En una sociedad androcéntrica, en la que el hombre ha sido socializado en un rol de poder, cualquier situación que lo despoje de ese poder adquiere un carácter des-virilizante y, por tanto, se tiende a invisibilizarla lo máximo posible.

En sus investigaciones sobre agresiones sexuales en prisión, Scarce (1997) añade más detalles: a pesar de la fuerte presencia de la violación masculina en las instituciones carcelarias, entendida como un instrumento de poder y de jerarquía, este fenómeno suele permanecer bajo silencio. Se sabe que ocurre, pero se investiga poco o nada. A partir de un estudio realizado por el psiquiatra Robert Dumond, Scarce pone en evidencia las complejas jerarquías que se tejen en estos contextos:

For example, the terms *jocker* and *pitcher* refer to men who penetrate other men either forcibly or coercively. *Punks* and *kids* are names for men who must submit and provide sexual service to the jockers. Common characteristics of those forced to be punks include men of racial or ethnic minority within their prison population, men of smaller build and physical stature, men who are less masculine in either appearance or behaviour, and men who are gay or perceived to be gay. Gay men are usually distinguished from punks and are referred to as *queens*⁹² (p. 38).

⁹¹ “Se ha sugerido que la falta de investigación (en todos los entornos penitenciarios) se debe a la reticencia de los hombres a denunciar haber sido violados sexualmente (Rideau y Sinclair 1982), así como a las dificultades de llevar a cabo dicha investigación dentro de establecimientos institucionales conservadores (King 1993)”.

⁹² “Por ejemplo, los términos *jocker* y *pitcher* se refieren a hombres que penetran a otros hombres por la fuerza o de forma coercitiva. *Punks* y *kids* son nombres para los hombres que deben someterse y prestar servicios

A este fragmento le añadimos también la lectura de Connell y Hooper ofrecida por Javaid (2015):

Arguably, feminizing or gendering victimization is mostly seen within labels that are derogatory (and express a low opinion of men)—for example, pussies, sissies, pansies, queer, or poof, and so on—launched at boys and men who have suffered victimization or, in other words, failing to achieve and maintain the expectations of hegemonic masculinity (Connell, 2005). [...] It is established that, in highly patriarchal societies and hypermasculine environments, such as prison, feminine status is assigned to the “passive” (receptive) partner in anal intercourse but not to the “active” (penetrating) one; the penetrator finds that his masculinity and heterosexual identity are reinforced, leaving the “passive” male to be feminized (Hooper, 2001)⁹³ (p. 275).

La aceptación de la existencia de estas relaciones —y su consiguiente estigmatización e invisibilización tanto por parte de los propios presos como de los guardias— dificulta, por ejemplo, la creación de redes adecuadas de apoyo sanitario y psicológico. Entre reclusos y personal penitenciario puede establecerse un tácito pacto de silencio. Dentro de esta misma subcultura carcelaria emergen también formas de “relaciones simbióticas” o de mutua ayuda: algunos punks/kids, pueden ofrecer su cuerpo a los jokers/pitchers a cambio de protección. La tecnología del género aparece aquí de manera contundente, entrelazándose con una dimensión interseccional. Así, en contextos carcelarios donde predomina una mayoría de varones blancos, otras etnias podrían ocupar roles subordinados y de sumisiones. A ello se suma el peso de las apariencias físicas y estéticas: aquellos que encarnan modelos culturalmente asociados con la virilidad se equiparan al poder, mientras que los varones considerados menos viriles se vinculan con la sumisión.

Otro espacio donde se observa la presencia de violaciones hacia varones —junto con una profunda estigmatización homofóbica— es el ámbito militar y las jerarquías que lo estructuran. Scarce afirma: “Similar to life in prison, rape between military men typically

sexuales a los jockers. Entre las características comunes de quienes son forzados a ser punks se incluyen los hombres de minorías raciales o étnicas dentro de la población reclusa, los hombres de compleción y estatura física más pequeñas, los hombres menos masculinos tanto en apariencia como en comportamiento, y los hombres homosexuales o percibidos como homosexuales. Los hombres homosexuales suelen distinguirse de los punks y se les denomina *queens*”.

⁹³ “Podría decirse que la victimización feminizadora o de género se ve sobre todo en las etiquetas despectivas (y que expresan una mala opinión de los hombres) -por ejemplo, maricones o mariquitas, etc.- lanzadas a niños y hombres que han sufrido victimización o, en otras palabras, que no han logrado alcanzar y mantener las expectativas de la masculinidad hegemónica (Connell, 2005). [...] Está establecido que, en sociedades altamente patriarcales y entornos hipermasculinos, como la cárcel, se asigna el estatus femenino a la pareja “pasiva” (receptiva) en el coito anal, pero no a la “activa” (penetradora); el penetrador encuentra que su masculinidad e identidad heterosexual se ven reforzadas, dejando que el varón “pasivo” sea feminizado (Hooper, 2001)”.

results from internal power struggles and the establishment of authority within a broader realm of male superiority”⁹⁴ (p. 47). La necesidad de demostrar fuerza y masculinidad dentro del grupo, la violencia como medio de validación y la homofobia estructural llevan a que, según el autor, la inclusión de hombres homosexuales en el ejército se perciba aún como un supuesto “riesgo” para los hombres heterosexuales, en virtud de la imaginada “irrefrenable pulsión sexual” atribuida a los primeros⁹⁵. Otros entornos identificados como de riesgo son el deporte —donde la agresividad, la dominación y la competitividad se encuentran muy presentes— y la vida universitaria en los *colleges* estadounidenses⁹⁶, entre otros. El autor escribe:

Although the preceding reports could be considered isolated incidents, there is no reason to believe that the prevalence of male athletes raping women would stop short of rape and sexual abuse within their own ranks. Athletic organizations, prisons, militaries, and college fraternities are similar in their hierarchies, competitions for power, and heightened masculinities⁹⁷ (p. 51).

Para cerrar el recorrido histórico trazado por Abdullah-Khan, resulta revelador observar cómo, en un principio, la violación se concebía como un acto de violencia *generizada* que implicaba exclusivamente la penetración forzada y sin consentimiento de un varón sobre una mujer. La investigadora reconoce:

The narrow legal definition of rape as a heterosexual crime committed by men against women has led commentators such as Edwards (1981) to argue that statute law considered that only men were capable of actively committing a sexual offence against women because of the unequal power roles in sexual relations. [...] However, s142 (2) of the Criminal Justice and Public Order Act 1994 (which came into force on 3 November 1994) substituted a new s1 of the Sexual Offences Act 1956, extending the offence of rape. This provided that ‘it is an offence for a man

⁹⁴ “Similarmente a la vida en prisión, la violación entre militares suele ser el resultado de luchas internas de poder y del establecimiento de la autoridad dentro de un ámbito más amplio de superioridad masculina”.

⁹⁵ “The few remaining armed forces in Europe and North America that continue to discriminate on the basis of sexual preference, chiefly Canada and Great Britain, have also invoked the spectre of the homosexual molester to instil similar apprehension in the face of proposed policy changes” (Scarce, 1997: 46); “Las pocas fuerzas armadas de Europa y Norteamérica que siguen discriminando por motivos de preferencia sexual, principalmente Canadá y Gran Bretaña, también han invocado el fantasma del homosexual maltratador para infundir un recelo similar ante los cambios de política propuestos”.

⁹⁶ Hay que acordarse que Michael Scarce habla de su realidad en los EE. UU. a la hora de escribir su libro *Male on Male Rape. The Hidden Toll of Stigma and Shame* (1997).

⁹⁷ “Aunque los informes precedentes podrían considerarse incidentes aislados, no hay razón para creer que la prevalencia de atletas masculinos que violan a mujeres se detenga en la violación y el abuso sexual dentro de sus propias filas. Las organizaciones deportivas, las prisiones, los ejércitos y las fraternidades universitarias son similares en sus jerarquías, competencias por el poder y masculinidades exacerbadas”.

to rape a woman or another man', thus providing awareness of male rape (Rumney and Taylor 1994)⁹⁸ (pp. 30-31)

No se contemplaba entonces la posibilidad de que un hombre pudiera ser víctima de una agresión sexual ni que ello pudiera considerarse un crimen distinto de la *buggery* (sodomía). Recién en 1994, en el ámbito anglosajón, se amplió legalmente la definición de violación (*rape*) para incluir también a los varones.

⁹⁸ “La estrecha definición legal de la violación como un delito heterosexual cometido por hombres contra mujeres ha llevado a comentaristas como Edwards (1981) a argumentar que la ley estatutaria consideraba que sólo los hombres eran capaces de cometer activamente un delito sexual contra las mujeres debido a la desigualdad de roles de poder en las relaciones sexuales. [...] Sin embargo, el artículo 142 (2) de la Ley de Justicia Penal y Orden Público de 1994 (que entró en vigor el 3 de noviembre de 1994) sustituyó un nuevo artículo 1 de la Ley de Delitos Sexuales de 1956, ampliando el delito de violación. En ella se establecía que ‘es delito que un hombre viole a una mujer o a otro hombre’, con lo que se daba a conocer la violación masculina (Rumney y Taylor 1994)”.

5.2. De una “cultura de la violación” a una “cultura del consentimiento”

Virginie Despentes, en *Teoría King Kong* (2018), relata una experiencia traumática vivida junto a una amiga en París. Una noche, mientras se desplazaban de la zona oeste hacia el este de la ciudad, un coche con tres jóvenes se detuvo y les ofreció llevarlas. Durante el trayecto, Despentes percibió un cambio en la situación y se dio cuenta de algo:

Nunca iguales, nuestros cuerpos de mujer. Nunca seguras, nunca como ellos. Somos el sexo del miedo, de la humillación, el sexo extranjero. Su virilidad, su famosa solidaridad masculina, se construye a partir de esa exclusión de nuestros cuerpos, se teje en esos momentos. Es un pacto que reposa sobre nuestra inferioridad. Sus risas de hombres, entre ellos, la risa de los más fuertes, de los más numerosos (p. 41).

Ambas llevaban el cabello teñido —una de verde y la otra de naranja—, minifaldas y una actitud segura, ajena a los cánones tradicionales de la “chica correcta” que permanece en casa bajo la tutela paterna. Esa manera de presentarse, interpretada por los agresores como una provocación, fue la justificación con la que nunca se consideraron violadores: en su lógica, la responsabilidad recaía en las jóvenes por “incitar” el deseo. Finalmente, fueron violadas.

El camino de autoconciencia y aceptación posterior, aunque marcado por la huella imborrable de lo vivido, fue acompañado por las teorías feministas, en particular por la lectura de Camille Paglia. Esta autora entiende la violación no como un hecho excepcional, externo o aislado de la experiencia femenina, sino como una posibilidad inscrita en la propia condición de ser mujer en sociedades patriarcales: un riesgo real que acompaña a quienes pertenecen a ese género:

Paglia nos permitía imaginarnos como guerrilleras, no tanto responsables personalmente de algo que nos habíamos buscado, sino víctimas ordinarias de algo que podíamos esperar cuando se es mujer y se quiere correr el riesgo de ir al exterior. Ella era la primera que había sacado la violación del horror absoluto, de un no dicho, de lo que no debe ocurrir nunca. Ella hacía de la violación una circunstancia política, algo que debíamos aprender a encajar. Paglia cambiaba todo: ya no se trataba de negar, ni de morir, se trataba de vivir con (p. 51).

Este marco teórico brindó a Despentes un impulso para romper el bucle de la culpabilización, reconocerse como víctima y comprender que el mundo estaba estructurado por y para los hombres, a fin de sostener identidades frágiles que necesitaban imponerse mediante la desvalorización y la violencia hacia las otredades.

En nuestras sociedades, la mujer que atraviesa una violación o una agresión sexual enfrenta, además del trauma, un proceso de culpabilización social: la ropa que llevaba, la ambigüedad de ciertos gestos o palabras, el hecho de haber aceptado subir a un coche, o cualquier acción que se interprete como provocación. Persiste así la idea de que los varones, incapaces de controlar sus impulsos, no serían responsables de sus actos.

Finalmente, Despenes aborda un aspecto silenciado: la existencia de fantasías eróticas de violación en algunas mujeres. Este tema, relegado al ámbito privado por temor a ser juzgado, influye también en la psicología de quienes han atravesado una experiencia de violencia sexual. Su reflexión invita a visibilizar la complejidad de la relación entre fantasía, deseo y violencia, y a comprender que hablar de ello puede aportar claves para entender tanto la experiencia subjetiva como los marcos sociales que la condicionan:

En el caso preciso de la violación, se presenta el problema del sentimiento de culpabilidad: puesto que he tenido a menudo esa fantasía, soy corresponsable de la agresión. Para empeorar las cosas, de ese tipo de fantasías no se habla. Sobre todo si te han violado. Somos probablemente numerosas las que nos hallamos en esta situación: haber pasado por una violación y haber tenido anteriormente fantasías de este tipo. Con todo, sobre el tema solo hay silencio, porque lo que no se puede decir puede destruir sin trabar (p. 62).

Silencio, culpabilidad, re-victimización, falta de escucha y de credibilidad nos permiten introducir otro tema central. La sociedad en la que vivimos, como sugiere Benedetta Lo Zito (2022), sigue alimentándose de una verdadera *cultura dello stupro* (cultura de la violación), entendida como “quell’insieme di comportamenti, pensieri e norme socialmente accettate che contribuiscono a plasmare una società in cui le violenze sessuali accadono e sono tollerate”⁹⁹ (p. 4). Los relatos y valores sociales que sostienen esta cultura se expresan en distintas narrativas: la desresponsabilización del varón, concebido como alguien dominado por su naturaleza instintiva, permanentemente deseante de sexo e incapaz de resistir la tentación; la idea de que la violencia sexual es algo lejano, que no ocurre a las personas que viven normalmente sus vidas y que los agresores son siempre marginales, locos o criminales; y, de manera especialmente dañina, la culpabilización de la víctima antes que del agresor. Así, se responsabiliza a la persona agredida por su vestimenta, por no haber reaccionado de determinada manera, por haber consumido alcohol y carecer de plena conciencia, o por no haber expresado un consentimiento explícito y verbal.

⁹⁹ “ese conjunto de comportamientos, pensamientos y normas socialmente aceptadas que contribuyen a dar forma a una sociedad en la que la violencia sexual ocurre y se tolera”.

La cultura de la violación también tiende a banalizar la violencia, normaliza la camaradería masculina que circula en vestuarios a través de imágenes sexualizadas de mujeres acompañadas de fantasías de violación¹⁰⁰, y resta importancia a prácticas como el *catcalling* (comentarios, silbidos o molestias verbales en el espacio público), el *groping* (tocamientos no consentidos en distintas partes del cuerpo) o el *stealth* (retirar o manipular el preservativo durante una relación sexual sin consentimiento). De este modo, la carga de protección recae en quienes ocupan posiciones menos privilegiadas frente a los varones cis-hetero. No resulta casual recordar que en Italia, hasta 1996, el *Codice Rocco* clasificaba los delitos sexuales como *Delitti contro la moralità pubblica e il buon costume* y *Delitti contro la morale familiare*. Solo con la ley 66 del 15 de febrero de 1996 estos delitos pasaron a reconocerse como crímenes contra la persona.

Esta cultura genera también la narrativa de la “buena” y de la “mala” víctima de una agresión sexual. La investigadora Eleonora Selvatico (2018) señala que, socialmente, una víctima debe ajustarse a ciertas expectativas para ser reconocida como tal:

L’itinerario della “buona vittima” per uscire definitivamente dalla violenza sessuale consiste in tappe distinte e cronologicamente lineari. Dopo aver attivato l’agentività per riconoscersi “vittima” denunciando la violenza, deve rinunciare (mostrandosi docile) per piegarsi ai dispositivi che l’aiutano a canalizzare le sue emozioni per restituire un’autogestione razionale. La donna che denuncia è già vittima e il momento del giudizio corrisponde, paradossalmente, alla fine dell’identità di vittima (Gatti 2017, 124). [...] Questo accedere ha due significati: attivo (avere un’entrata) e passivo (consentire all’intrusione, cessare la resistenza, essere conforme), spesso appiattiti sui ruoli ‘maschile’ e ‘femminile’ prodotti da una concezione di (etero)sexualità macchinica, fallocentrica, intrusiva e istintiva¹⁰¹ (pp. 69-70).

La víctima tiene una ventana en la que tiene que hacer el proceso de reconocimiento y superación del trauma, tiene que ser dócil y en el momento en que denuncia no tiene que

¹⁰⁰ Escribe Lo Zito: “Dalla goliardia in cui tutto è concesso i maschi etero cis imparano, sin da piccoli, a sentirsi al di sopra di ogni tipo di regola, senza doversi mai assumere alcuna responsabilità, senza colpe o doveri nei confronti di chi è meno privilegiato di loro” (p. 21); “Desde la jovialidad en la que todo está permitido, los varones cis heterosexuales aprenden, desde pequeños, a sentirse por encima de cualquier tipo de norma, sin tener que asumir nunca responsabilidad alguna, sin culpas ni deberes hacia quienes son menos privilegiados que ellos”.

¹⁰¹ “El itinerario de la “buena víctima” para escapar definitivamente de la violencia sexual consta de etapas distintas y cronológicamente lineales. Tras haber activado la capacidad de reconocerse como “víctima” al denunciar la violencia, debe renunciar a ella (mostrándose dócil) para someterse a los dispositivos que le ayudan a canalizar sus emociones y restaurar su autogestión racional. La mujer que denuncia ya es víctima y el momento del juicio corresponde, paradójicamente, al fin de la identidad de víctima (Gatti 2017, 124). [...] Este acceso tiene dos significados: activo (tener una entrada) y pasivo (permitir la intrusión, cesar la resistencia, ser obediente), a menudo aplanado en los roles ‘masculino’ y ‘femenino’ producidos por una concepción de la (hetero)sexualidad que es maquinica, falocéntrica, intrusiva e instintiva”.

manifestar pensamientos de venganza ni de rencor. Y todo esto lo antes posible. En Italia, por ejemplo, existe un plazo de un año para que la denuncia reciba el reconocimiento debido.

Un caso emblemático vinculado con el concepto de “buena víctima” es el ocurrido en Pamplona durante las fiestas de San Fermín, el 7 de julio de 2016. Un grupo de cinco hombres, la Manada, llevó a una joven de dieciocho años a un lugar apartado, donde la violaron repetidamente, la grabaron y la abandonaron inconsciente. Posteriores investigaciones señalaron la posibilidad de que hubiera sido drogada, pues no mostró resistencia aparente¹⁰². Entre el fuerte caso mediático que surgió y lo que pedía la Fiscal al principio¹⁰³ y lo que ocurrió después, o sea que en la sentencia del 26 abril 2018 los cinco de la Manada fueron condenados a nueve años de cárcel en lugar de veintidós y diez meses, hubo una intensa culpabilización de la chica: se repitió constantemente que la víctima nunca dijo que “No” en acompañar a los cinco chicos y, puesto que ellos no escucharon la *palabra mágica* significaba que consentía¹⁰⁴; la víctima, según las fuentes, los medios de comunicación y los abogados defensores de la Manada, era “Una ‘mala víctima’ de agresión sexual” porque después salió con las amigas y esperó meses antes de ir a terapia; otra cosa que empujó esa sentencia era la falta de “violencia e intimidación”, cosa que no permitió hablar de violación en sí, sino de abuso sexual:

El Código Penal define el delito por el que han sido condenados, abuso sexual, como actos que atenten contra la libertad sexual “sin violencia e intimidación” y sin que medie consentimiento. Por lo tanto, el tribunal entiende que no existió violencia e intimidación, tal y como se define el delito de agresión sexual en la ley. Los magistrados sí consideran que hubo prevalimiento, que se produce cuando el agresor se aprovecha de una concreta y especial situación de superioridad, confianza, prestigio o potestad con respecto a la víctima.

Se habla también aquí de la idea de “buena víctima” de la violencia sexual, lo que supone, de nuevo, culpabilizarla, re-victimizarla y, al mismo tiempo, de-responsabilizar a los violadores bajo el argumento de que “simplemente son hombres” y, por lo tanto, incapaces de controlarse cuando se les presenta la oportunidad. La víctima, en esta lógica,

¹⁰² Las informaciones de este terrible caso están presentes en una cronología del caso de La Manada en el siguiente enlace web: https://www.eldiario.es/sociedad/cronologia-manada_1_2152712.html.

¹⁰³ En el mismo enlace, correspondiente a mayo 2017, se dice: “La Fiscal pide 22 años y 10 meses de prisión para cada uno de los integrantes de la manada: 18 años de prisión por un delito continuado de agresión sexual, dos años y 10 meses por un delito contra la intimidad, y dos años por un delito de robo con intimidación”

¹⁰⁴ Siguiendo el enlace se lee: “Mirándonos pienso también en ellos. Al fin y al cabo, esta historia empieza con cinco hombres que quieren satisfacer sus ganas de sexo. Cinco hombres que están convencidos de que no han violado a ninguna mujer, de que lo que sucedió en aquel portal fueron relaciones consentidas. No dijo que no, argumentan las defensas. Ese no explícito es para ellos el límite que marca que una mujer quiera una relación sexual o no. Como ella no lo dijo, consintió”.

debe respetar un código de conducta, ajustarse a tiempos previamente establecidos y, una vez realizada la denuncia, asimilar lo ocurrido y superarlo. Las violencias sexuales, continúa Selvatico (2018), son despolitizadas, extraídas de la *res publica* y reducidas a un asunto privado:

L'invisibilità, la "lacuna", delle violenze sessuali può interrogarsi nel "silenzio vergognoso" delle donne, che fungerebbe da ostacolo alla dimostrazione della violenza. Il ruolo sociale di questo 'segreto di Pulcinella' è strettamente legato al tipo d'ascolto creato tra vittime e interlocutori, cioè la condizione di (im)possibilità che quest'esperienze siano ascoltate e/o credute¹⁰⁵ (p. 73).

La vergüenza, el sentimiento de culpa y la distancia que se genera entre la persona superviviente y el mundo social, alimentada por la cultura de la violación, construyen un muro difícil de atravesar si no se deconstruyen ciertos estereotipos. Un momento histórico fundamental en este sentido fue la irrupción del movimiento digital #MeToo, que alcanzó una enorme visibilidad y tuvo consecuencias sociales y culturales decisivas a partir de octubre de 2017, cuando la actriz Alyssa Milano denunció al productor Harvey Weinstein por abuso sexual. Sin embargo, el movimiento había nacido años antes, en 2006, de la mano de Tarana Burke, una mujer afrodescendiente. Afortunadamente, Milano mencionó a Burke, reivindicando así el origen de este derecho a la denuncia y a la visibilización de mujeres que, en distintos contextos, han tenido —y siguen teniendo— que enfrentarse tanto a las violencias sexuales como al silencio social que las oprime:

Il movimento Me Too ha contribuito a stimolare le persone a raccontare le proprie esperienze, e a far uscire allo scoperto una realtà a lungo tenuta nascosta, a sostenere la forza delle survivor che li hanno accusati, determinate a non voler più stare in silenzio¹⁰⁶ (Lo Zito, 2022: 44).

Con el tiempo, el movimiento se amplió a otras subjetividades históricamente silenciadas y oprimidas. En Francia, y luego en otros países, se habló de #MeTooGay, para denunciar los abusos sufridos por personas homosexuales y, en general, por integrantes de la comunidad LGBTQIA+¹⁰⁷. Posteriormente, surgió también el #MeTooIncesto, que invita

¹⁰⁵ "La invisibilidad, la "brecha", de la violencia sexual puede cuestionarse en el "silencio vergonzoso" de las mujeres, que obstaculizaría la manifestación de la violencia. El papel social de este "segreto a voces" está estrechamente vinculado al tipo de escucha que se crea entre víctimas e interlocutores, es decir, la condición de (im)posibilidad de que estas experiencias sean escuchadas y/o creídas".

¹⁰⁶ "El movimiento Me Too ha contribuido a animar a la gente a contar sus experiencias y a sacar a la luz una realidad que se había mantenido oculta durante mucho tiempo, a apoyar la fuerza de las supervivientes que las han acusado, decididas a no querer permanecer en silencio durante más tiempo".

¹⁰⁷ Caso emblemático que el periodista queer francés Anthony Vincent reportó en el 2018, es el de un chico gay de dieciocho años que sufrió una violencia sexual por parte del político del Partido Comunista Francés y

a denunciar los abusos sexuales cometidos en el ámbito familiar, especialmente contra menores.

Todo lo expuesto hasta aquí conduce a la necesidad señalada por Benedetta Lo Zito: pasar de una cultura de la violación a una cultura del consentimiento. Esto implica enseñar desde la escuela la importancia del respeto hacia los demás a través de una educación afectivo-sexual, laica e inclusiva. Pero es necesario aclarar también el concepto mismo de consentimiento, sus posibles matices y sus variaciones terminológicas.

En este sentido, resulta útil comparar las legislaciones española e italiana para observar la diferencia de enfoques en la definición y el grado de punitivismo. En España, hasta la aprobación de la Ley Orgánica 10/2022 del “Solo sí es sí”, la distinción conceptual entre violación y abuso sexual se basaba en la existencia o no de “violencia e intimidación”. Para que un hecho se considerara violación, debían concurrir dichas condiciones. El abuso sexual, en cambio, se definía como “el acceso al cuerpo de otro con fines sexuales sin su consentimiento, pero sin el empleo de violencia. Aunque sí puede darse en un escenario de inconsciencia (bajo los efectos de alcohol o drogas) o por algún familiar o alguna persona que infunda autoridad e impida que la persona pueda negarse” (art. 181, CP)¹⁰⁸. Dentro de este marco, la diferencia de penas dependía de si, durante la relación sexual sin consentimiento, había o no acceso carnal de carácter penetrativo¹⁰⁹.

En Italia, el enfoque es distinto. La clave no está tanto en la presencia o ausencia de “violencia e intimidación”, sino en la presencia o ausencia de penetración vaginal, anal y/u oral. Se habla de violación (*stupro*) cuando ocurre lo siguiente: “La definizione esatta di stupro differisce da paese a paese. Più in generale, lo stupro si riferisce a un atto sessuale

de su pareja. Así Pier Cesare Notaro en un artículo de *Il Grande Colibrì* transcribe la noticia y la traduce del francés: “Dopo più di due anni senza sapere come esprimere a parole quello che mi è successo, mi rendo conto che sono stato violentato da Maxime Cochard e dal suo compagno Victor Laby nell’ottobre 2018, quando avevo solo 18 anni ed ero particolarmente vulnerabile. Credo che abbiano approfittato della mia giovinezza, della mia ingenuità, del fatto che per problemi familiari non avevo un posto dove dormire, del loro ruolo nel PCF per avere rapporti sessuali non consensuali con me”. Enlace al artículo: https://www.treccani.it/magazine/atlante/societa/MeToo_evoluzione_rivoluzione.html; “Tras más de dos años sin saber cómo expresar con palabras lo que me ocurrió, me doy cuenta de que Maxime Cochard y su pareja, Victor Laby, me violaron en octubre de 2018, cuando solo tenía 18 años y era particularmente vulnerable. Creo que se aprovecharon de mi juventud, mi ingenuidad, de que por problemas familiares no tenía dónde dormir y de su papel en el PCF para tener relaciones sexuales sin consentimiento conmigo”.

¹⁰⁸ Véase también enlace web: <https://www.arag.es/blog/derecho-penal/cual-es-la-diferencia-entre-violacion-y-abuso-sexual/>

¹⁰⁹ Con respecto al abuso sexual se habla de condena de uno a tres años si no hubo penetración y de cuatro a diez “Si hay acceso vaginal, anal, bucal, etc. Cuando la víctima sea vulnerable (*por edad, enfermedad, discapacidad, etc.*) o el abuso se haga por parte de una persona con relación de superioridad (*ascendiente, descendiente, etc.*) las penas se situarán en la mitad superior de la pena citada”; con respecto a la violación se habla de uno a cinco años si no hay penetración (por supuesto se habla de penetración vaginal, anal u oral); de seis a doce si hay el acceso; de cinco a diez y de doce a quince “Cuando la violencia sea degradante, sea ejercida por más de 2 personas, la víctima sea vulnerable (*edad, enfermedad, discapacidad, etc.*) o lo haga una persona con relación de superioridad (*ascendiente, descendiente...*)”.

non consensuale completo in cui l'aggressore penetra la vagina, l'ano o la bocca della vittima con il pene, la mano, le dita o altri oggetti"¹¹⁰. A estas características se suma la falta de consentimiento de la víctima o la obtención del mismo mediante coacción o engaño; la inconsciencia o disminución de la conciencia de la persona debido al consumo de sustancias, al sueño o a golpes recibidos; y la incapacidad de comprender lo que está ocurriendo. El abuso sexual, en cambio, se define de otro modo:

Per abuso sessuale si intende ogni tipo di contatto sessuale non consensuale. Le vittime possono essere donne o uomini di ogni età. L'abuso sessuale da parte del partner o di una persona intima può includere l'uso di parole dispregiative, il rifiuto di utilizzare metodi contraccettivi, causare deliberatamente dolore fisico al partner durante i rapporti sessuali, contagiare deliberatamente il partner con malattie infettive o infezioni di tipo sessuale oppure utilizzare oggetti, giochi o altre cose che causano dolore o umiliazione senza il consenso del partner¹¹¹.

Mientras que la violencia sexual constituye un concepto paraguas más amplio que abarca toda actividad sexual ejercida sobre una persona que no consiente o que no puede reaccionar por diversas razones —como el consumo de alcohol o drogas—. Por supuesto, dentro de este marco la violencia sexual puede incluir la violación, en los casos en los que exista penetración, pero también el abuso hacia menores, la exposición no deseada de cuerpos desnudos, el acoso o molestia sexual¹¹², entre otras formas de agresión.

La cuestión del consentimiento aparece aquí como un eje central. Surge entonces la pregunta: ¿qué entendemos exactamente por consentimiento? y ¿es siempre posible hablar de un consentimiento afirmativo, es decir, explícito, verbal y sin ambigüedades? Una campaña relevante en este sentido fue la de *Amnesty International* que, en el caso específico de Italia, situó el consentimiento como elemento clave. Su lema, lanzado en 2021, fue “Il sesso senza consenso è stupro” y retomaba la Convención de Estambul de 2011 para la

¹¹⁰ Véase enlace web: <https://www.eduxo.it/2020/07/14/differenza-tra-stupro-molestia-abuso-e-violenza-sessuale/>; “La definición exacta de violación varía según el país. En términos generales, la violación se refiere a un acto sexual completamente no consentido en el que el agresor penetra la vagina, el ano o la boca de la víctima con el pene, la mano, los dedos u otros objetos”.

¹¹¹ “El abuso sexual es cualquier tipo de contacto sexual no consensuado. Las víctimas pueden ser mujeres u hombres de cualquier edad. El abuso sexual por parte de una pareja o de una pareja íntima puede incluir el uso de palabras despectivas, la negativa a usar métodos anticonceptivos, causar deliberadamente dolor físico a la pareja durante las relaciones sexuales, infectar deliberadamente a la pareja con enfermedades infecciosas o infecciones de transmisión sexual, o usar objetos, juguetes u otros objetos que causen dolor o humillación sin el consentimiento de la pareja”.

¹¹² Entendida, más específicamente como “ogni comportamento indesiderato a connotazione sessuale o qualsiasi altro tipo di discriminazione basata sul sesso che offenda la dignità degli uomini e delle donne nell'ambiente di studio e di lavoro, ivi inclusi atteggiamenti di tipo fisico, verbale o non verbale”; “cualquier conducta no deseada de naturaleza sexual o cualquier otro tipo de discriminación basada en el sexo que atente contra la dignidad de hombres y mujeres en el entorno de estudio y trabajo, incluidas las actitudes físicas, verbales o no verbales”

prevención y lucha contra la violencia de género —que incluye además aspectos vinculados a la violencia doméstica, la migración y el refugio—, exigiendo que en el artículo 609-bis del Código Penal italiano se introdujera de manera explícita la referencia al consentimiento al definir la violación (*stupro*)¹¹³. Otro aspecto fundamental que subraya esta perspectiva es que no deben aplicarse patrones rígidos de comportamiento para determinar la reacción de una persona ante una agresión sexual, ya que cada víctima responde de manera distinta. En definitiva, el consentimiento resulta esencial para establecer límites claros en cualquier práctica sexual y constituye la base de una educación social que permita reconocer y respetar la autonomía de cada persona:

Va inoltre sottolineato che il consenso è un accordo volontario per impegnarsi in una particolare attività sessuale, può essere revocato in qualsiasi momento e può essere concesso liberamente e sinceramente solo laddove il libero arbitrio di una delle parti consenzienti non sia sopraffatto da circostanze coercitive e quando la persona sia effettivamente in grado di esprimerlo¹¹⁴.

Se habla de voluntariedad, de libre albedrío, de la capacidad de revocar en cualquier momento, de acuerdo y de negociación. Esto nos permite introducir un término que surgió el 28 de septiembre de 2014, cuando el gobernador del estado de California, Jerry Brown, firmó “la iniciativa de Ley SB 967 para agregar la sección 67386 al Código de Educación, relativo a la seguridad de los estudiantes (California Legislative Information, 2014)” (Pérez, 2017: 115). Con ella, el Estado y las instituciones buscaron combatir las situaciones de abuso sexual hacia estudiantes, profesionales y académicos. En ese marco se introdujo un concepto clave, sobre el cual una investigadora latinoamericana construyó su análisis: el *consentimiento afirmativo*.

Este puede entenderse como la ausencia de ambigüedad dentro de la relación sexual y, sobre todo, como la comunicación directa y explícita de la voluntad de iniciar un acto sexual

¹¹³ “Il Codice penale italiano punisce come violenza sessuale, all’articolo 609-bis, la condotta di colui che ‘con violenza o minaccia o mediante abuso di autorità costringa taluno a compiere o subire atti sessuali’ e quella di colui che ‘induca un altro soggetto a compiere o subire atti sessuali abusando delle condizioni di inferiorità fisica o psichica della persona offesa al momento del fatto o traendo in inganno la persona offesa per essersi il colpevole sostituito ad altra persona’”; “El Código Penal italiano castiga como violencia sexual, en el artículo 609-bis, la conducta de quien ‘con violencia o amenaza o mediante abuso de autoridad obliga a alguien a realizar o sufrir actos sexuales’ y la de quien ‘induce a otro sujeto a realizar o sufrir actos sexuales abusando de las condiciones de inferioridad física o mental de la parte lesionada en el momento del acto o engañando a la parte lesionada haciendo que el culpable sustituya a otra persona’”.

¹¹⁴ “También debe destacarse que el consentimiento es un acuerdo voluntario para participar en una actividad sexual particular, puede revocarse en cualquier momento y puede otorgarse libre y sinceramente sólo cuando la libre voluntad de cualquiera de las partes que consiente no se ve abrumada por circunstancias coercitivas y cuando la persona es realmente capaz de expresarla”

con todos sus matices. En el contexto de EE. UU., nos recuerdan Muehlenhard *et al.* (2016: 3), este tipo de consentimiento se define como:

affirmative, conscious, and voluntary agreement to engage in sexual activity. It is the responsibility of each person involved in the sexual activity to ensure that he or she has the affirmative consent of the other or others to engage in the sexual activity. Lack of protest or resistance does not mean consent, nor does silence mean consent. Affirmative consent must be ongoing throughout a sexual activity and can be revoked at any time. The existence of a dating relationship between the persons involved, or the fact of past sexual relations between them, should never by itself be assumed to be an indicator of consent¹¹⁵. (California Senate Bill SB-967, 2014)

El hecho de que el consentimiento pueda revocarse en cualquier momento, que siempre exista la posibilidad de expresar lo que nos gusta y lo que no, y que medie una comunicación abierta y sincera, son los elementos que el derecho utiliza para distinguir entre un acto sexual saludable y cualquier forma de agresión o abuso. Otro punto fundamental lo constituyen los lemas “Yes means Yes” y “No means No”, que subrayan que en toda relación sexual el silencio o la falta de resistencia de una persona no deben interpretarse como consentimiento. Al contrario: hasta que no haya un “Sí” explícito, se debe asumir la ausencia de consentimiento¹¹⁶. De nuevo, esta perspectiva ayuda al derecho a establecer la diferencia entre los actos sexuales con consentimiento y los que carecen de él.

Siguiendo a Pérez (2017), se puede afirmar que, en el plano socio-legal, el consentimiento se opone siempre a la violación: cuando existe el primero, no puede haber la segunda, y viceversa. El consentimiento afirmativo se da en un marco de racionalidad, voluntariedad y conciencia de los propios actos. Sin embargo, ya en este punto se observan las dificultades de trasladar este principio a la práctica social. Según Halley (2016):

The norm itself sounds great. I myself would never want to have sex with an unconsenting person, and I don't want you do so either. I also don't ever want to have sex that I haven't

¹¹⁵ “afirmativo, consciente y voluntario para participar en la actividad sexual. Es responsabilidad de cada persona involucrada en la actividad sexual asegurarse de contar con el consentimiento afirmativo de la otra u otras personas para participar en ella. La falta de protesta o resistencia no implica consentimiento, ni el silencio implica consentimiento. El consentimiento afirmativo debe ser constante durante toda la actividad sexual y puede revocarse en cualquier momento. La existencia de una relación de pareja entre las personas involucradas, o el hecho de haber tenido relaciones sexuales previas entre ellas, nunca debe considerarse por sí sola un indicador de consentimiento”.

¹¹⁶ “Affirmative consent standards are sometimes referred to as “Yes Means Yes” standards because, under these standards, no does not mean yes; silence does not mean yes; only yes means yes” (Muehlenhard *et al.*, 2016: 9); “Los estándares de consentimiento afirmativo a veces se denominan estándares de “Sí significa sí” porque, según estos estándares, no no significa sí; silencio no significa sí; solo sí significa sí”

consented to, and I hope that never happens to you either. But using *legal procedure* to decide these cases is about far more than just the desirability of the norm. It's also about the desirability of putting the weight of the state and of punishment behind that norm. We have to want to put the norm *into legal proceedings in the real world*¹¹⁷ (p. 258).

El “mundo real” funciona con otros códigos. Pérez (2017) señala, en primer lugar, que el consentimiento nunca es *a-género*, sino que está atravesado por el desequilibrio social entre los géneros, donde a las mujeres se les asigna la responsabilidad de resistir o aceptar las intenciones masculinas —lo que, como advertía Benedetta Lo Zito, conduce nuevamente a desculpabilizar por completo al varón bajo la idea de que simplemente responde a instintos naturales y hormonales. Desde una mirada interseccional, se sostiene además que el consentimiento se encuentra condicionado no solo por el género, sino también por la etnicidad, la situación económica o la edad. En tanto hecho social —más que constructo teórico o legal— está profundamente marcado por estos factores, hasta el punto de que: “el cuerpo en sí, la diferencia anatómica entre los sexos aparece como justificación natural de la diferencia socialmente establecida frente al proceso de consentir” (Pérez, 2017: 119).

A través del marco del género, apunta Pérez, una lucha clave no es solo la del lema “Sí significa Sí”, sino también la conquista del “No significa No”, que surgió como exigencia tras el comentario del policía canadiense Michael Sanguinetti, quien en una escuela declaró que una mujer no debería salir a la calle vestida con ropa corta y provocativa para evitar molestias. Este episodio revela cómo el género actúa sobre los cuerpos: nuevamente lo masculino queda des-responsabilizado de sus deseos y de los actos que de ellos se derivan.

La batalla del “No significa No” incluye la reivindicación de que una mujer pueda decir “No” incluso si lleva ropa provocante o, simplemente, la vestimenta que desee, sin someterse a la narrativa que alimenta el supuesto e irrefrenable deseo masculino. Se trata, en definitiva, de una lucha por liberar los cuerpos femeninos del control constante y del binarismo que rodea al consentimiento. Ella escribe:

Es así que el consentimiento sexual parece ser un fenómeno excluyente para los hombres y propio de las mujeres. La masculinidad exige ostentar un deseo sexual incontenible, traducido en el número de parejas sexuales, el desarrollo de habilidades de conquista y convencimiento, así como tomar la iniciativa y aprovechar cualquier aparente oportunidad. Como consecuencia,

¹¹⁷ “La norma en sí suena genial. Yo nunca querría tener sexo con una persona sin consentimiento, y no quiero que tú lo hagas tampoco. Tampoco quiero tener sexo sin mi consentimiento, y espero que eso tampoco te pase nunca. Pero usar el *procedimiento legal* para decidir estos casos va mucho más allá de la simple conveniencia de la norma. También se trata de la conveniencia de poner el peso del Estado y del castigo detrás de esa norma. Tenemos que querer que la norma se aplique *en los procedimientos legales en el mundo real*”.

negarse a sostener relaciones sexuales se opone a su lugar como “acosadores naturales” de las mujeres (Pérez, 2017: 123).

Aparece aquí un mandato de género, una narrativa en torno a la virilidad que genera inevitablemente exclusión y que, siguiendo a Lo Zito (2022), contribuye a intensificar la cultura de la violación.

Junto con el marco del género, Pérez se detiene en dos puntos clave del consentimiento afirmativo previsto en la ley californiana: por un lado, que el consentimiento debe ser racional, voluntario y explícito; por otro, que la persona debe ser consciente de sus propios actos.

En cuanto a la racionalidad, voluntariedad y explicitación, la investigadora subraya que, en la práctica —especialmente en las relaciones de pareja, aunque no exclusivamente—, el consentimiento no se expresa en todo momento de manera perfecta, explícita, verbal y voluntaria. Intervienen muchos factores no verbales que generan una cierta nebulosa difícil de delimitar. La autora escribe:

Consentir no es el acto de decir sí a una persona frente a la propuesta verbalizada de sostener relaciones sexuales. Esta afirmación supone un enfoque racionalista al definir el fenómeno como producto de un proceso evaluativo, reflexivo y consciente, manifiesto a través de la verbalización o asentimiento explícito (Pérez, 2017: 120).

En esta línea, Shumlich y Fisher (2018) añaden que, alrededor del consentimiento o de la ausencia de él, existe un entramado de elementos verbales y no verbales que complejizan la experiencia personal mucho más de lo que esperan las normativas legales o los patrones sociales. La cultura y la socialización proporcionan un *guion* sobre palabras, gestos y primeros pasos, pero dicho guion está atravesado por los problemas del binarismo de género y resulta imposible de aplicar de manera uniforme, incluso dentro de la heterosexualidad. Y aunque a nivel legal el consentimiento verbal, directo y explícito se considera fundamental, en las relaciones reales rara vez se plantea de esa manera. En una lectura quizás binaria y generizada, pero reveladora, los autores escriben: ““He” may be reluctant to directly ask about consent for fear of provoking rejection and “she” may be reluctant to actively assent for fear of violating female gender and sexuality stereotypes”¹¹⁸ (Shumlich y Fisher, 2018: 256).

¹¹⁸ ““Él” puede ser reacio a preguntar directamente sobre el consentimiento por miedo a provocar rechazo y “ella” puede ser reacia a ausentarse activamente por miedo a violar los estereotipos de género y sexualidad femeninos”.

Entre los factores no verbales aparece un abanico amplio y complejo de elementos: los comportamientos no verbales que inician la relación sexual (acariciarse, besarse, desvestirse, tocarse, etc.); los comportamientos pasivos, es decir, cuando la persona no actúa para mostrar rechazo y se deja hacer; y la comunicación verbal indirecta, entendida como alusiones o mensajes velados, como decir lo que nos gusta que nos hagan o lo que disfrutamos hacer sexualmente, incluyendo fantasías¹¹⁹. En el estudio de Muehlenhard *et al.* (2016) sobre consentimiento en universidades de EE. UU. y Canadá se observa que, además de lo ya mencionado, existen factores que dificultan una comunicación abierta sobre el sexo y que, en consecuencia, aumentan el riesgo de agresiones sexuales. Se mencionan, por ejemplo, la vulnerabilidad de las novatas que viven su primera experiencia fuera de casa; el deseo de explorar una nueva libertad sin contar aún con un conocimiento suficiente sobre salud sexual; la fuerte presión de los pares, especialmente en fiestas privadas donde se consume mucho alcohol y, en ocasiones, drogas. En estos contextos, siguiendo el *hilo rojo* del marco de género, las agresiones sexuales también se pueden producir en virtud de expectativas diferenciadas: a las chicas se les exige ser amables y cariñosas, sobre todo en reuniones organizadas mayoritariamente por varones¹²⁰, mientras que a los chicos se les demanda un rendimiento sexual intenso y agresivo, bajo la premisa de que la masculinidad se mide por la cantidad de chicas con las que se acuestan. Todo ello genera, a menudo, presiones psicológicas significativas.

El segundo aspecto señalado es la conciencia de los propios actos, es decir, la transparencia hacia sí mismos para poder comunicarse eficazmente con los demás. También aquí es necesario distinguir entre el plano legal y teórico y el plano concreto de las relaciones interpersonales: el consentimiento no siempre puede deducirse de manera clara a partir de lo no verbal, y la propia persona no siempre tiene plena conciencia de sus actos o decisiones.

La investigadora diferencia entre el consentimiento para que un acto sexual se lleve a cabo y el deseo del acto en sí. No siempre ambos planos coinciden. Esto puede ocurrir, por ejemplo, en una relación de pareja donde se consiente sin desearlo para no entristecer a la otra persona, o en situaciones de desequilibrio de poder donde alguien accede a un acto sexual sin quererlo realmente:

¹¹⁹ Shumlich y Fisher, 2018: 250-256.

¹²⁰ “Women are expected to be “nice” to the men who host the parties; part of being “nice” may be tolerating some unwanted sexual contact, even when it makes women feel uncomfortable, because they believe that they owe it to the men” (Muehlenhard *et al.*, 2016: 4); “Se espera que las mujeres sean “amables” con los hombres que organizan las fiestas; parte de ser “amable” puede ser tolerar algún contacto sexual no deseado, incluso cuando las hace sentir incómodas, porque creen que se lo deben a los hombres”.

Nos referimos a dos niveles de análisis: las relaciones sexuales mediadas por un vínculo erótico-amoroso pueden ser consentidas o no, pero también deseadas o no. Aceptar sin el deseo de participar de una relación sexual, se ha investigado como *Consent to Unwanted Sex* (Pérez, 2017: 125).

Complacer a la pareja, ceder a presiones de pares o responder a expectativas de género pueden llevar a una persona a involucrarse en una relación sexual sin desearla. Todo ello muestra que no puede entenderse el consentimiento como sinónimo de voluntariedad absoluta y que las relaciones concretas son mucho más complejas de lo que la ley puede atestiguar. Del mismo modo, no es posible concebir el consentimiento en términos binarios, como opuesto directo a la violencia: puede existir abuso sexual sin que haya violencia física visible, tal y como la entiende la ley. Pérez (2017) escribe:

Así entendemos la exigencia de pruebas corporales (golpes, moretones, mordidas, heridas) para acreditar el delito. El énfasis normativo está puesto en el uso de la violencia para consumar el acto, no en la defensa de la autodeterminación sexual. Desplazar la atención de las relaciones de género a la violencia, corre el riesgo de hacer olvidar el poder, “¿qué pensar de la violación sin violencia? ¿A qué violencia debe verse expuesta la mujer (pues la mayoría de veces se trata de una mujer) para que pueda decir legítimamente que fue violada?” (Fassin, 2008:171)” (p. 129).

Es importante destacar un elemento en el análisis de Pérez: la lectura de la investigadora resulta bastante *heterocéntrica*. Hablar de consentimiento es fundamental, pero el enfoque debería ser, en la medida de lo posible, global e incluir todas las subjetividades. Es cierto que por razones de espacio suele centrarse la atención en casos específicos, pero al menos conviene tener presentes a los demás sujetos. Las relaciones sociales se rigen por códigos que varían según el contexto, las narrativas sociales, la cultura y la comunidad a la que se pertenece.

Cuando Pérez, al referirse al consentimiento dentro de la pareja, afirma: “Es un fenómeno variable, dinámico, cambiante. Sus variaciones responden tanto al tipo de práctica sexual como al grado de familiaridad con la pareja. El sexo anal es un caso paradigmático, porque requiere siempre permiso expreso” (2017, p. 120), el uso de la palabra “siempre” invisibiliza a parte de la comunidad —por ejemplo, a los hombres que tienen sexo con hombres, aunque no únicamente— que consideran el sexo anal una práctica habitual o, de toda forma, culturalmente integrada, y que por tanto no requiere en todo momento un permiso explícito.

Al contrario, esta afirmación abre la puerta a una reflexión sobre la sexualidad heterosexual: si el sexo anal requiere “siempre” consentimiento expreso porque se aparta de la “norma”, ¿se da por sentado que el sexo vaginal se encuentra “siempre” consentido? Con ello se observa cómo la cultura vehicula ciertos hábitos sexuales y una tecnología sexual que generan exclusiones, marginalizando prácticas y subjetividades que no se ajustan a la norma. Retomando el concepto de violencia en el contexto español, se observa que en la Ley Orgánica 10/2022 la protección legal, estatal y social se garantiza solo a determinados tipos de víctimas. Así se puede leer:

La finalidad de la presente ley orgánica es la adopción y puesta en práctica de políticas efectivas, globales y coordinadas entre las distintas administraciones públicas competentes, a nivel estatal y autonómico, que garanticen la sensibilización, prevención, detección y la sanción de las violencias sexuales, e incluyan todas las medidas de protección integral pertinentes que garanticen la respuesta integral especializada frente a todas las formas de violencia sexual, la atención integral inmediata y recuperación en todos los ámbitos en los que se desarrolla la vida de las mujeres, niñas, niños y adolescentes, en tanto víctimas principales de todas las formas de violencia sexual (LO 10/2022, p. 14).

Las “víctimas principales” de violencia sexual son mujeres y menores, y que el victimario se concibe, siguiendo lógicas patriarcales y hegemónicas, únicamente como masculino. Aunque es cierto que la mayoría de los casos registrados y denunciados afectan a los sujetos contemplados por la ley, esta no contempla que también un hombre pueda ser víctima de violencia sexual, ni reconoce la violencia intragénero o la que se produce en contextos LGBTQIA+. Se reproduce, de este modo, una narrativa general que asocia violencia y consentimiento a un binarismo sin salida y sin posibilidad de otras lecturas.

A lo largo de este capítulo se busca ofrecer una mirada más amplia sobre la violencia, indagando en las razones por las que no se habla —o se habla muy poco y de manera puntual— de violencia sexual entre varones, en los estereotipos y narrativas que la rodean, así como en las reacciones de voluntaries, fuerzas policiales y personal sanitario.

Para concluir este primer apartado, centrado en el consentimiento y la comunicación, conviene recordar que Benedetta Lo Zito (2022) subraya la importancia de pasar de una *cultura de la violación* a una *cultura del consentimiento*: una cultura, esta segunda, que fomente la comunicación, la negociación y la posibilidad de cambiar de idea durante una práctica sexual sin ser culpabilizade. Esto puede vincularse con el artículo de Pérez (2017) sobre el consentimiento afirmativo, un concepto eficaz a nivel legal, pero que no contempla

las fluctuaciones del deseo individual ni distingue con claridad entre acto consentido y acto deseado —pues no siempre quien otorga su consentimiento desea plenamente la práctica.

La lectura de Pérez resulta precisa al trasladar el concepto de consentimiento al plano real. Sin embargo, su enfoque binario y heterocéntrico limita la inclusión de una perspectiva situada e interseccional. Como se ha señalado, la exclusión de subjetividades no heteronormativas impide una mirada verdaderamente inclusiva. Y al hablar de consentimiento, o de su ausencia, las personas pueden encontrarse sin las palabras o los conceptos adecuados para denunciar la superación de sus límites. Para ilustrar esta complejidad se recurre a un ejemplo concreto que se desarrolla en el apartado siguiente. Así se expresa Nicola, un chico italiano entrevistado:

Nicola: In discoteca gay, la prima cosa che fanno gli uomini per provarci con te è toccarti, neanche ti guardano in faccia. Da dietro iniziano a baciarti il collo. È una violenza accettata dalla comunità. Ti ficco la lingua in bocca e casomai il “No” me lo dici dopo. [...] Ti toccano il pacco e se tu non la togli allora ci stai, altrimenti si passa al prossimo. Già questa, però, è una violenza. [...] La comunità gay è cresciuta nascosta, tramite le app in cui prima gli mandi la foto del cazzo e poi dici il tuo nome. Questa cosa si protrae e diventa perfettamente normale fare sesso con una persona senza sapere nemmeno il suo nome. Manca proprio tutta la parte di dialogo che nelle relazioni non solo amorose ma interpersonali in genere c’è. È un’abitudine alla facilità di accesso al corpo altrui. È facile avere un corpo omosessuale adesso se lo vogliamo, basta mandare un messaggio in dm o aprirsi Grindr.¹²¹

En las palabras de Nicola emerge un aspecto interesante: la manera en que la cultura gay resignifica el concepto de consentimiento. Esto se vincula con una forma distinta de relacionarse presente en la comunidad gay, bisexual y HSH. Como se profundizará en el próximo capítulo, la comunidad GBHSH¹²² nació en un contexto de no reconocimiento y de discriminación histórica. Las primeras formas de construir comunidad se dieron bajo el silencio, con encuentros puntuales y una sexualidad fugaz, rápida, sin ternura ni cariño. Burgio (2021) escribe:

¹²¹ “En una discoteca gay, lo primero que hacen los hombres para intentar ligar contigo es tocarte, sin siquiera mirarte a la cara. Por detrás empiezan a besarte el cuello. Es violencia aceptada por la comunidad. Te meto la lengua en la boca y, si acaso, luego me dices que no. [...] Te tocan el paquete y si no quitas la mano, no hay problema; si no, pasamos al siguiente. Pero esto ya es violencia. [...] La comunidad gay ha crecido escondida, a través de aplicaciones donde primero les envías una foto de tu polla y luego les dices tu nombre. Esto continúa y se vuelve perfectamente normal tener sexo con alguien sin siquiera saber su nombre. Falta todo el diálogo que suele estar presente en las relaciones, no solo románticas sino también interpersonales. Es un hábito de fácil acceso al cuerpo de otras personas. Ahora es fácil tener un cuerpo homosexual si lo queremos, simplemente envía un mensaje directo o abre Grindr”.

¹²² Podríamos extender la mirada a la comunidad queer en general, aunque el propósito de la presente investigación mira a enfocarse en esta comunidad específica.

In una società che non concede un pieno diritto di cittadinanza alla sessualità tra uomini, il sesso anonimo seriale, più che una dipendenza costituirebbe cioè una *citazione performativa*, relativa alla fame di riconoscimento simbolico più che a quella di sesso. Ogni orgasmo sarebbe un modo per rendere esistente, dal punto di vista simbolico, un desiderio socialmente negato¹²³ (p. 79).

Este trasfondo se refleja también en el consentimiento, que en muchas situaciones se manifiesta de manera tácita, a través de miradas y acercamientos. Nicola relata que, en las discotecas, muchas veces una persona comienza a tocar para mostrar interés y luego espera la reacción: si hay interés, la otra persona no aparta la mano; si no lo hay, la retira. El cuerpo constituye el primer lenguaje, un cuerpo que ocupa el espacio y que a menudo antecede a las palabras.

Si aplicamos aquí el *guion* heteronormativo, este tipo de interacción podría interpretarse como violenta, pero en la cultura GBHSH suele estar normalizada. Y, por supuesto, al mirarlo con gafas heterocéntricas no se reconocen los símbolos, las formas diversas de comunicar ni la cultura comunitaria. Dentro de la cultura GBHSH, un modo distinto de entender el consentimiento conlleva también un modo distinto de concebir la violencia sexual.

¹²³ “En una sociedad que no reconoce plenos derechos de ciudadanía a la sexualidad entre hombres, el sexo serial anónimo, más que una adicción, constituiría una *citación performativa*, relacionada con el anhelo de reconocimiento simbólico más que con el anhelo de sexo. Cada orgasmo sería una forma de hacer existente, desde un punto de vista simbólico, un deseo socialmente negado”.

5.3. Factores de vulnerabilidad, motivaciones y consecuencias de la violencia sexual intragénero entre varones

En el apartado anterior se habló del concepto de consentimiento, de su evolución histórica y de las campañas de sensibilización impulsadas por el movimiento #MeToo, la Convención de Estambul de 2011 y la apertura hacia más subjetividades en torno a este tema. Se profundizó en el concepto de consentimiento afirmativo (*affirmative consent*), entendido como un consentimiento que requiere diálogo, negociación y comunicación clara y transparente de la propia voluntad, en el que el inicio y la interrupción de una práctica sexual no se cuestionan. Se abordó también la noción de cultura de la violación y la necesidad — junto con los lemas “Yes means yes” y “No means no”— de avanzar hacia una cultura del consentimiento. Finalmente, se revisaron los marcos legales y teóricos disponibles en la actualidad.

El objetivo de esta investigación es escuchar y recoger las experiencias de varones que han sufrido violencia sexual por parte de otros varones. Las leyes actuales —como la Ley Orgánica española de 2022— no reconocen de manera explícita que un hombre pueda ser víctima de violencia sexual. Se habla únicamente de mujeres y menores, reforzando así un binarismo que representa siempre al varón como agresor y nunca como víctima. Este silencio sobre las víctimas masculinas se alimenta, en gran medida, de la narrativa de la masculinidad patriarcal que impregna la cultura y la sociedad. El propósito de esta tesis doctoral es analizar cómo dicha narrativa influye en la capacidad de los supervivientes masculinos a una violencia sexual para nombrar lo ocurrido, reconocerse como víctimas, ocupar espacios de visibilidad y denunciar.

Como se vio en el recorrido histórico y en los primeros estudios sobre violencia sexual entre varones —desarrollados en los años setenta y alimentados por los feminismos y centrados, en primera instancia, en contextos como conflictos armados, cárceles, jerarquías militares, deporte o escuelas—, ahora se busca un análisis más cotidiano, no institucionalizado, de estas violencias. Para ello, resulta necesario indagar en las motivaciones que pueden generarlas, en los factores de vulnerabilidad implicados y en las características tanto de las víctimas como de los agresores. Este análisis permitirá cuestionar los mitos, narrativas y obstáculos que enfrentan los varones víctimas de violencia sexual, especialmente en el contexto de la comunidad GBHSH, y cómo estos influyen en su posibilidad de reconocerse, denunciar y visibilizarse. A partir de ahí, se pasará de casos de violencia sexual entre varones —incluyendo experiencias en la comunidad GBHSH— a situaciones en el contexto del chemsex. Todo esto servirá, en el último capítulo, para

identificar similitudes y diferencias en las discriminaciones sufridas por las personas supervivientes.

Para comenzar, retomamos el análisis legal y forense de Paniagua Izquierdo *et al.* (2022): “Aquellos elementos cuya presencia aumente la probabilidad de ocurrencia de agresiones sexuales fueron categorizados en dos niveles: 1) factores de relación (familiar, grupo entre iguales y pareja) y 2) factores individuales (salud sexual, problemas específicos y factores cognitivos)” (p. 2014). Esta clasificación nos permite enmarcar de manera general las motivaciones y, más adelante, profundizar en los factores de vulnerabilidad vinculados específicamente a la comunidad GBHSH.

Entre los factores relacionales destacan aquellos relacionados con el entorno familiar. Aunque en muchos casos hacen referencia a experiencias de violencia infantil, más adelante se verá —en relación con la violencia sexual en contextos de chemsex— cómo estas experiencias pueden tener correlaciones, o incluso provocar posibles retraumatizaciones, cuando existió una violencia previa en la infancia. La literatura señala que las primeras relaciones afectivas, establecidas tras el nacimiento, marcan profundamente el desarrollo. Una ruptura o trauma en esta etapa puede facilitar la aparición posterior de problemas como toxico dependencia, la asunción del rol de agresor para negar o exorcizar la posición de víctima, dificultades en la salud mental u otras consecuencias¹²⁴. Aunque estos efectos deben ser siempre contextualizados en la biografía individual —y queremos, por esta razón, mantener cautela en la determinación de las relaciones causales en virtud de elementos como la historia personal, una multifactorialidad, el elemento educativo o la presencia o menos de entornos sociales saludables, entre otros—, lo cierto es que sufrir una violencia sexual en la infancia por parte de alguien cercano al núcleo familiar deja huellas profundas. Así lo expresa Alessandro, un chico gay entrevistado:

Alessandro: avevo più o meno intorno ai 6 anni, [...] io ero molto legato a questo zio, era uno zio robusto, gentile e affettuoso. E capitavano dei momenti dove io e lui eravamo da soli, inizialmente sai, ti fa vedere, ti abbraccia, poi dopo si tira giù i pantaloni, poi dopo ti dice “bacia qua, bacia là”, e poi dopo c'è il sesso. Io ero rimasto allibito all'età che avevo di vedere un uomo eiaculare, perché vado a casa, mi ricordo come se fosse ieri, parlo a mia mamma, eravamo in bagno, io e mia sorella, e dico a mia mamma che allo zio usciva del latte dal pisellino, e il problema è stato che mia mamma mi ha detto di non dire niente a mio padre. [...]

¹²⁴ Escriben Paniagua Izquierdo *et al.*, (2022): “Integra la calidad de la interacción, los conflictos, estilos parentales y de funcionamiento, cuyo sistema ha sido valorado como una base para el aprendizaje social de conductas y cogniciones influyentes en la comisión delictiva. La calidad de la relación paternofamiliar se identificó como un predictor consistente de la violencia sexual en muestras de delincuentes sexuales adultos, donde se observó una tendencia a tener padres menos receptivos, un menor uso del razonamiento para resolver conflictos y una menor seguridad percibida en la infancia (Tharp et al., 2012)” (p. 2015).

quando ti trovi in una situazione di un abuso sessuale, anche soprattutto da adulto, per un momento ti congeli, cioè non so come spiegarti, la gente ti dice di dargli uno schiaffo, un calcio, di scappare, urlare. È molto facile parlare dall'esterno, anche io lo direi. Dall'interno invece ti congeli¹²⁵.

En su relato aparece la ruptura de la confianza hacia personas del propio entorno doméstico y el silencio obligado por parte de su madre, que evitó denunciar para no romper las relaciones familiares. Esto genera una fractura, una falta de escucha y de reconocimiento, así como traumas que pueden permanecer irresueltos en la vida adulta.

En segundo lugar, dentro de los factores de relación, se encuentran los vínculos entre pares. En el caso de hombres hetero-cis, estos vínculos pueden reforzar valores de masculinidad con derivas patriarcales¹²⁶ llegando a situaciones como el caso ya mencionado de la manada. En las relaciones entre varones GBHSH, en cambio, puede observarse la presencia también de valores diferentes y, a veces, una reproducción de la cultura de la violación vinculada a la hipersexualización del varón GBHSH. Este aspecto se analizará con mayor detalle en el capítulo sobre deseo, erótica y riesgos en sesiones de chemsex.

En cuanto a las relaciones de pareja, el artículo de Pérez (2017) ya mostraba la diferencia entre prácticas consentidas y deseadas —donde el consentimiento y la negociación son claros— y prácticas consentidas, pero no deseadas. Esta distinción marca la brecha entre la teoría del consentimiento afirmativo y la realidad vivida. Es relativamente común que una persona dé su consentimiento a una práctica sexual sin un deseo real de llevarla a cabo. En las relaciones de pareja, esto puede suceder por miedo a lastimar a la pareja, por presión emocional o, en situaciones más graves, por la existencia de violencia física, verbal o psicológica. Paniagua Izquierdo *et al.* (2022) señalan: “Se ha observado que los actos de violencia sexual pueden ser precipitados tras episodios de conflicto o abuso físico o emocional en parejas (Herrero, 2012; Tharp et al., 2012)” (p. 2016). A este respecto, resulta ilustrativa la experiencia de Francesco, un joven italiano entrevistado, quien no sufrió

¹²⁵ “Tenía unos 6 años, [...] Era muy cercano a este tío; era un tío fuerte, amable y cariñoso. Y había momentos en los que él y yo estábamos solos: al principio, ya sabes, te lo muestra, te abraza, luego, después de bajarse los pantalones, después de decir "bésame aquí, bésame allá", y después, hay sexo. Me impactó la edad a la que vi a un hombre eyacular, porque llegué a casa y lo recuerdo como si fuera ayer. Hablé con mi mamá, estábamos en el baño, mi hermana y yo, y le dije a mi mamá que mi tío estaba perdiendo leche por el pene, y el problema fue que mi mamá me dijo que no se lo contara a mi papá. [...] Cuando te encuentras en una situación de abuso sexual, sobre todo de adulto, por un momento te paralizas, es decir, no sé cómo explicártelo, la gente te dice que le des una bofetada, una patada, que salgas corriendo, que grites. Es muy fácil hablar desde fuera, yo también diría eso. Sin embargo, desde dentro, te paralizas”.

¹²⁶ “La presencia de actitudes, creencias y conductas que apoyan la agresión sexual supuso un factor de riesgo influenciado por la presión grupal y la transmisión de valores. En este contexto, las agresiones sexuales fueron promovidas (directa o indirectamente) dada la ausencia de un rechazo explícito, la presencia de sesgos cognitivos (justificación, minimización, negación o normalización) o la dotación al agresor de características reforzantes basadas en la hipermasculinidad” (Paniagua Izquierdo *et al.*, 2022: 2015).

personalmente violencia en una relación, pero pudo testimoniar la vivencia de su amigo Davide, que se la relató en confianza:

Francesco: era caduto dalla scala ma perché lo ha spinto il suo fidanzato. Lui [Davide] andava in palestra per non prenderle da questo Marco [il fidanzato], e si scopre che Marco lo menava, spesso e volentieri, che questo Marco che ha dei disagi enormi con la sua famiglia, prende a pugni suo padre, insulta sua madre, li minaccia, ha anche rischiato al carcere, ha avuto dei problemi anche legati alla giustizia, era uno stalker. Questo Davide aveva provato più volte a cercare di lasciarlo, questo gli minacciava di uccidere sua madre, questo si faceva aprire la porta di casa di Davide, che viveva con altri studenti, telefonando i coinquilini dicendo, “ah ciao mi fai salire, Davide non mi risponde al telefono”, una volta è salito e gli ha distrutto casa. I vicini che chiamavano la polizia, questo che urlava, scene incredibili, questo che puntualmente gli prende il telefono, gli cancella o gli blocca i contatti, quelli che lui crede non debba avere nel suo telefono. [...] Questo Davide mi raccontava che in più occasioni lo ha preso di pugni, in più occasioni è andato in pronto soccorso con costole rotte, sempre dicendo che era caduto, che era scivolato, parliamo di 3-4 volte nel giro di un anno e mezzo ¹²⁷.

En relación con los factores individuales que pueden ayudar a explicar por qué una persona puede cometer una violencia sexual, Paniagua Izquierdo *et al.* señalan elementos que permiten delinear un perfil del victimario. Entre ellos se encontrarían factores vinculados con la conducta e historia sexual de la persona¹²⁸ —por ejemplo, un acercamiento temprano a la sexualidad, experiencias no sanas e impersonales del sexo, una vivencia instrumental de la otra persona o el consumo compulsivo de pornografía violenta¹²⁹, entre otras.

¹²⁷ “Se había caído de la escalera, pero su novio lo empujó. [Davide] iba al gimnasio para evitar que Marco [el novio] lo golpeará, y resulta que Marco lo golpeaba, a menudo y con gusto. Este Marco, que tiene enormes problemas familiares, golpea a su padre, insulta a su madre, los amenaza, incluso se arriesgó a la cárcel y tenía problemas con la ley, era un acosador. Este Davide había intentado dejarlo varias veces, amenazó con matar a su madre, le abrió la puerta de la casa a Davide, que vivía con otros estudiantes, llamó a sus compañeros de piso y les dijo: ‘Ah, hola, déjenme subir, Davide no contesta’. Una vez subió y destruyó su casa. Los vecinos que llamaron a la policía, este que gritó, escenas increíbles, este que puntualmente le quita el teléfono, borra o bloquea sus contactos, aquellos que cree que no debería tener en su teléfono. [...] Este Davide me contó que en varias ocasiones le dio puñetazos, en varias ocasiones fue a urgencias con las costillas rotas, siempre diciendo que se había caído, que se había resbalado, estamos hablando de 3-4 veces en el espacio de un año y medio”.

¹²⁸ “La vida sexual de los agresores ha sido descrita como marcadamente impersonal, donde el sexo es algo dominante en sus vidas; sin embargo, existen frecuentes sentimientos de insatisfacción y frustración (Herrero, 2018)” (Paniagua Izquierdo *et al.*, 2022: 2017).

¹²⁹ Se quiere remarcar la generalización especialmente sobre este punto dado que, según el estudio de Herrero Mejías (2018) – y justamente mencionado por Paniagua Izquierdo *et al.* – parece no existir una necesaria conexión entre consumo de la pornografía y predisposición a la violencia sexual. Remarca Paniagua Izquierdo *et al.* que, de toda manera, una visión de material pornográfico violento podría igualmente crear una narrativa y una imagen del sexo tal vez no sana si la persona no consigue distinguir entre material de entretenimiento y vida real. Regresa la importancia de una visión integral y multifactorial.

Otros factores individuales incluyen experiencias traumáticas que interrumpieron el desarrollo psicobiográfico¹³⁰, el consumo de alcohol y sustancias, o procesos psicológicos disfuncionales que pueden afectar la autoestima, la empatía y la capacidad de vínculo emocional y afectivo¹³¹. Quieren concluir los autores del artículo:

Según Herrero (2018), en la práctica forense con agresores sexuales no emergen factores únicos que expliquen la conducta delictiva, por lo que la agresión sexual se entiende como el resultado de la acumulación de un conjunto de vulnerabilidades. Es decir, un único factor no puede explicar su aparición, sino la confluencia multifactorial. [...] A la hora de realizar las consideraciones técnico-periciales (discusión forense), debe considerarse en su totalidad la convergencia de la información descriptiva (como ya se ha señalado dada la naturaleza multifactorial de esta conducta criminal) y profundizar sobre el análisis psicobiográfico (anamnesis), el análisis descriptivo-funcional idiográfico de la conducta sexual, la exploración psicopatológica forense y los resultados de las evaluaciones psicométricas y pruebas psicológicas realizadas, además de la información ofrecida por los informantes (Paniagua Izquierdo *et al.*, 2022: 223-224).

Como se ve, el análisis pericial en caso de violencia sexual necesita de una mirada integral y holística que tenga en cuenta una multifactorialidad de elementos cuales los relacionales e individuales. Podemos dar un paso más en la lectura de los autores y observar que, aunque el análisis forense y legal propuesto es útil, no toma en consideración las motivaciones socioculturales que atraviesan a las personas y los contextos en los que viven. Factores estructurales e interseccionales resultan especialmente relevantes al analizar violencias dentro del colectivo LGBTQIA+, y en el caso específico de esta investigación, del grupo GBHSH. Esto nos lleva a nuevas preguntas: ¿los factores ya mencionados se aplican también a la violencia intragénero entre varones?, ¿existen otros elementos que podrían explicar la violencia sexual hacia hombres?, ¿cuáles son los factores de vulnerabilidad y las consecuencias para los varones supervivientes?

Algunas consideraciones estadísticas ayudan a situar estas cuestiones. Según Scarce (1997), en EE. UU. y Reino Unido entre un 5 % y un 10 % de las denuncias de violencia sexual reportadas en un año corresponden a víctimas varones, aunque el propio autor

¹³⁰ “La vivencia de eventos potencialmente traumáticos durante el desarrollo psicobiográfico podría favorecer la realización de actos autolíticos. En relación con lo expuesto, los agresores mostraron estilos de vida descompensados en diferentes aspectos, sobre todo en la franja temporal previa a la agresión (Herrero, 2018)” (Paniagua Izquierdo *et al.*, 2022: 2017).

¹³¹ En la misma página declaran: “Ante un apego inseguro el individuo podría desarrollar una visión negativa sobre sí mismo y los demás, baja autoestima y autoconfianza y poca empatía. En esta línea, es común que los agresores expresen una visión escéptica de las relaciones donde perciban a los demás como poco fiables e interesados, por lo que una baja implicación interpersonal y niveles bajos de intimidad podrían actuar como precipitadores de la agresión sexual (Herrero, 2018)”.

reconoce que este porcentaje no reflejaría la magnitud real del fenómeno, pues no incluye los casos no denunciados. A estos datos se suman los recopilados por Javaid (2017b, 2018b), que muestran que los hombres con mayor riesgo de sufrir violencia sexual serían jóvenes de entre 17 y 30 años. Esto se vincula con la mayor frecuencia de salidas nocturnas, la exposición a situaciones de vulnerabilidad y el consumo de alcohol y drogas. En el segundo estudio mencionado, Javaid añade: “Statistically speaking, according to recent figures from the Crime Survey for England and Wales in 2013, approximately 75,000 men are victims of sexual assault or attempted sexual assault a year, while 9,000 men are victims of rape or attempted rape each year (Ministry of Justice, 2014)”¹³² (2018b: p. 4). Conviene recordar que estas cifras representan solo la parte más visible del iceberg, dado que muchas situaciones permanecen en silencio.

Este marco permite introducir una reflexión más específica sobre la violencia sexual hacia varones. Históricamente se estableció una sinonimia entre *male rape* (violación masculina) y *homosexual rape* (violación homosexual), bajo la idea de que solo un hombre homosexual, frustrado por no poder vivir plenamente su identidad, podía ejercer violencia sobre otro hombre. Se interpretaba entonces la violencia sexual intragénero como un acto meramente fisiológico, una descarga de un deseo no cumplido y, en última instancia, como consecuencia de la violencia estructural que un hombre homosexual sufría cotidianamente.

El metaanálisis de Abdullah-Khan (2008) muestra cómo este tipo de estudios, originados en EE. UU. y de matriz positivista, explicaban la violación como efecto de un impulso biológico irrefrenable: “Rape, then, is seen as an ‘outlet’ for sexual gratification caused by a powerful, biological drive which is not in the control of the individual. This explanation has dominated the limited research on rape within prisons”¹³³ (p. 40). Sin embargo, se ha demostrado con el tiempo que esta explicación esencialista no se corresponde con la realidad. Retomando los datos de Scarce (1997), estadísticamente la práctica más presente durante una violencia sexual hacia un varón es la penetración anal, seguida de la penetración oral y de prácticas que involucran el pene de la víctima, como masturbaciones o sexo oral. En la misma línea, Abdullah-Khan, refiriéndose a los feminismos de los años sesenta y setenta, escribe:

¹³² “Estadísticamente hablando, según cifras recientes de la Encuesta sobre Delincuencia de Inglaterra y Gales de 2013, aproximadamente 75.000 hombres son víctimas de agresión sexual o intento de agresión sexual al año, mientras que 9.000 hombres son víctimas de violación o intento de violación cada año (Ministerio de Justicia, 2014)”.

¹³³ “La violación, entonces, se considera una vía de escape para la gratificación sexual, causada por un poderoso impulso biológico que escapa al control del individuo. Esta explicación ha dominado la escasa investigación sobre la violación en prisiones”.

However, despite such beliefs, this perspective lacks empirical support. In fact, research by Amir (1971) has demonstrated that contrary to uncontrollable urges, the majority of rapes are premeditated and not the result of sudden, impelling forces. He found this to be true for 71 per cent of the rape cases analysed, therefore challenging traditional (mainly psychiatric and later psychological) explanations of rape being the consequence of ‘uncontrollable urges’ in men¹³⁴ (2008: 42).

Parece que, más que una reacción impulsiva, exista una cierta premeditación: no habría una relación causal necesaria entre un impulso sexual ingobernable y la violencia sexual intragénero. Además, según las estadísticas¹³⁵, el porcentaje de hombres heterosexuales que ejercen violencia sexual contra varones gay, presuntos gay u otros hombres heterosexuales parece ser mayor que el de casos en que un hombre gay agrede a un varón heterosexual. Surge entonces la pregunta: ¿cuáles son las motivaciones que pueden estar en juego cuando se habla de violencia sexual intragénero hacia varones?

Como ya se señaló en el epígrafe sobre los primeros estudios en este ámbito —centrados en contextos de conflictos armados o instituciones—, la violencia sexual no puede entenderse simplemente como un acto de incontinencia sexual o un deseo explosivo incontrolable. Los feminismos han mostrado que la violación es, ante todo, un acto de poder inscrito en el patriarcado. Conceptos como dominación, sumisión, poder y violencia sexual están estrechamente entrelazados, de modo que una posible causa estructural y sociocultural, no mencionada por Paniagua Izquierdo *et al.* (2018), resultaría, por ejemplo, la homofobia y las múltiples formas de discriminación y crímenes de odio que esta genera. En este sentido, Javid (2017b), retomando las teorías de los feminismos radicales, afirma lo siguiente:

Thus, the reason why men rape other men, and women, is not to release sexual frustration, but to hurt, destroy, humiliate, and degrade. It appears, from a radical feminist perspective, rape is a means with which men carry out to prove their masculinity, strength, and manhood. This theme of power and control is clearly important and prevalent in the radical feminist literature, and so it will be further explored in the empirical section of this paper to help understand and explain male rape¹³⁶ (p. 8).

¹³⁴ “Sin embargo, a pesar de tales creencias, esta perspectiva carece de apoyo empírico. De hecho, la investigación de Amir (1971) ha demostrado que, contrariamente a los impulsos incontrolables, la mayoría de las violaciones son premeditadas y no el resultado de fuerzas repentinas e impelentes. Encontró que esto era cierto en el 71% de los casos de violación analizados, por lo que cuestiona las explicaciones tradicionales (principalmente psiquiátricas y más tarde psicológicas) de que la violación es consecuencia de ‘impulsos incontrolables’ en los hombres”.

¹³⁵ Se quiere aquí recordar la escasez de los estudios sobre violencia sexual hacia hombres por parte de otros hombres y, como ya hemos visto con Paniagua Izquierdo *et al.*, la multifactorialidad.

¹³⁶ “Por lo tanto, la razón por la que los hombres violan a otros hombres, y mujeres, no es para liberar la frustración sexual, sino para herir, destruir, humillar y degradar. Parece que, desde una perspectiva feminista radical, la violación es un medio que utilizan los hombres para demostrar su masculinidad, su fuerza y su

El pene, como él argumenta, se convierte en un ‘arma simbólica’ de dominación, de control. En el mismo artículo, añade que incluso en casos de violencia en pareja intragénero entre varones puede existir una matriz de control y dominación¹³⁷, algo que también se observó en la experiencia relatada por Francesco¹³⁸. Tal como ocurrió en los conflictos armados, una motivación frecuente de estas violencias sería la necesidad de demostrar superioridad masculina¹³⁹. En el caso de violaciones hacia hombres, esta necesidad se podría traducir en *feminizarlos* u *homosexualizarlos*, despojarlos del privilegio y arrebatarles el “pene simbólico”. Todo ello se conectaría directamente con la narrativa hegemónica de lo masculino: lo anal estaría culturalmente vinculado al sexo gay, percibido como no normativo, inferior y desafiante de los cánones viriles de una sexualidad penetrativa, activa y heterosexual. Desde esta perspectiva, la violencia puede adquirir también un cariz de “corrección”. Un hombre heterosexual podría penetrar, sin consentimiento, a un varón gay o presuntamente gay con el fin de “restablecer” la norma, en una especie de violación punitiva.

Scarce (1997) lo describe así: “Gay men, or even men who are simply perceived to be gay, are commonly viewed by society as traitors to masculinity. They may be raped as a form of punishment for relinquishing their traditional manhood, with a rapist mentality of “You want to act like a woman? Then I’ll show you what it means to be one””¹⁴⁰ (p. 77). Este desafío a la heteronorma alimentaría, en este sentido, los crímenes de odio, donde la violencia se puede convier en la vía extrema para reforzar la fractura normativa.

En la misma línea, añade Javaid (2017b): “Those men, particularly gay men, including gay male rape victims or are presumed to be gay, who deviate from the gender norms and

hombria. Este tema del poder y el control es claramente importante y prevalente en la literatura feminista radical, por lo que se explorará más a fondo en la sección empírica de este documento para ayudar a comprender y explicar la violación masculina”.

¹³⁷ “In gay relationships, through emotional, physical, and psychological coercion, the partner/attacker forces his gay partner/victim to engage in unwanted sexual acts, such as oral or anal sex, as a way in which to gain power and control over him (Javaid, 2017)” (Javaid, 2017b: 3); “En las relaciones homosexuales, a través de la coacción emocional, física y psicológica, la pareja/agresor obliga a su pareja gay/víctima a participar en actos sexuales no deseados, como el sexo oral o anal, como una forma de obtener poder y control sobre él (Javaid, 2017)”.

¹³⁸ Nuevamente, no hay que olvidar una mirada multifactorial.

¹³⁹ “Same-sex rape between heterosexual men is also largely an exertion of power and control through feminizing the other by forcing a man into the sexually submissive, receptive role of female” (Scarce, 1997: 78); “La violación entre hombres heterosexuales es también en gran medida un ejercicio de poder y control a través de la feminización del otro, obligando al hombre a adoptar el papel sexualmente sumiso y receptivo de la mujer”.

¹⁴⁰ “Los hombres homosexuales, o incluso los hombres que simplemente son percibidos como homosexuales, son comúnmente vistos por la sociedad como traidores de la masculinidad. Pueden ser violados como forma de castigo por renunciar a su masculinidad tradicional, con la mentalidad violadora de ‘¿Quieres actuar como una mujer? Entonces te enseñaré lo que significa serlo’”.

compulsory heterosexuality may be deemed as an anomaly. Further, they may be conceptualised as inferior, deviant or abnormal”¹⁴¹ (pp. 8-9). Conectando estas consideraciones con una motivación relacional de la presión de los pares, se observa cómo la violación puede operar como un mecanismo para reforzar la cohesión grupal, los valores y las creencias compartidas, incluso en los crímenes de odio.

Finalmente, otra condición de vulnerabilidad de los hombres supervivientes, y a la vez una motivación que puede llevar al victimario a ejercer violencia, se puede vincular con la violencia económica y estructural atravesada por elementos interseccionales. Un ejemplo llamativo lo documentó la asociación italiana G.A.G.A., cuya labor principal es brindar un espacio de escucha a personas trans y migrantes, además de ofrecer apoyo legal, documental y psicoterapéutico¹⁴².

Se habló de violencia sexual interseccional porque esta asociación, trabajando con personas LGBTQIA+ migrantes que llegan a Italia huyendo de situaciones desesperadas en sus países de origen, detectó casos de agresiones sexuales sufridas por ellos a manos de otras ONG o asociaciones que, en teoría, tenían el deber de acogerles. Sobre ello, cuenta el presidente de la asociación:

Mirko G.A.G.A.: alcune persone migranti che abbiamo seguito hanno subito una violenza, subdola, una volta arrivati in Italia, nel senso che le persone che lavoravano magari nei centri

¹⁴¹ “Aquellos hombres, en particular los homosexuales, incluidos los hombres homosexuales víctimas de violación o presuntamente homosexuales, que se desvían de las normas de género y de la heterosexualidad obligatoria pueden ser considerados como una anomalía. Además, pueden ser considerados inferiores, desviados o anormales”.

¹⁴² Así el presidente de la asociación habló del centro de escucha: “il progetto di G.A.G.A. è l’acronimo di Gruppo Ascolto Giovani Arcobaleno. Abbiamo fondato l’associazione avvalendoci del supporto di, all’inizio, due psicologi, uno psicoterapeuta, una sessuologa e uno specializzato sui temi del bullismo e specializzato sull’età giovanile, e l’altra sessuologa che si poteva occupare di tutte le tematiche di genere. Grazie al loro supporto abbiamo promosso, e poi ripetuto con cadenza almeno biennale, dei corsi di formazione rivolti a persone volontarie che volessero collaborare con noi e siamo partiti con una squadra di 20 persone nel 2016. Abbiamo strutturato l’associazione come uno sportello d’ascolto per fornire accoglienza, supporto ed accompagnamento a persone, a giovani principalmente perché il nostro approccio è un approccio peer to peer, quindi noi da giovani ci mettevamo a disposizione di altre persone giovani e nel nostro percorso abbiamo cercato di allargare insomma la nostra rete di volontari e volontarie coinvolgendo anche genitori, per esempio che potessero incontrare altri genitori e così via insomma. Tutto questo in un’ottica di accompagnamento della persona in alcuni momenti di difficoltà che potrebbe incontrare nella vita inerenti all’orientamento sessuale e all’identità di genere”; “El proyecto G.A.G.A. es el acrónimo de Gruppo Ascolto Giovani Arcobaleno. Fundamos la asociación con el apoyo inicial de dos psicólogos: un psicoterapeuta, un sexólogo (uno especializado en acoso escolar y en jóvenes), y otro sexólogo especializado en todas las cuestiones de género. Gracias a su apoyo, promovimos, y luego repetimos al menos cada dos años, cursos de formación dirigidos a voluntarios que deseaban colaborar con nosotros. En 2016, comenzamos con un equipo de 20 personas. Estructuramos la asociación como un centro de escucha para brindar acogida, apoyo y acompañamiento a personas, especialmente a jóvenes, ya que nuestro enfoque es de igual a igual. Como jóvenes, nos pusimos a disposición de otros jóvenes y, en nuestro camino, intentamos ampliar nuestra red de voluntarios, incluyendo, por ejemplo, a padres, para que pudieran conocer a otros padres, etc. Todo esto con el fin de acompañar a la persona en los momentos difíciles que pueda encontrar en la vida relacionados con la orientación sexual y la identidad de género”.

di accoglienza o che facevano volontariati in sportelli come possono essere quelli di G.A.G.A., facevano prostituire i ragazzi gay – fanno ancora prostituire i ragazzi gay – i soldi che si fanno vanno ai ragazzi, nel senso che loro non si tengono niente. Quindi non è un ricatto economico ma è proprio una cosa del tipo: “c'è questa persona che vorrebbe fare del sesso con te, ti conviene andarci”, quindi è un approfittarsi della situazione di precarietà economica delle persone e quindi questo sicuramente sono più persone italiane che una volta che arriva il migrante che ha bisogno di soldi, che ha bisogno di aiuto, lo sfruttano dal punto di vista sessuale. Questo è successo più volte anche, e sappiamo di centri in Italia che sono come G.A.G.A., quindi che si occupano di migranti LGBT+, in cui queste pratiche sono molto diffuse e viene perpetrata violenza nei confronti degli utenti che arrivano ai servizi e c'è la cosa sta arrivando anche in tribunale, però sì insomma se ne sta parlando¹⁴³.

Repitiendo las consideraciones finales de Paniagua Izquierdo *et al.* (2022), hemos añadido motivaciones culturales y estructurales que amplían el marco explicativo de las violencias sexuales hacia varones ejercidas por otros varones. Hablar de homofobia y de la violencia vinculada al mandato de género no constituye una motivación secundaria, sino todo lo contrario. La masculinidad hegemónica, junto con la crítica hacia masculinidades, corporalidades y sexualidades consideradas no normativas o disidentes, puede ser un motor de actos discriminatorios y violentos. En muchos casos, y contrariamente a lo que sostenía cierta visión positivista sobre la violación intragénero, estos actos son perpetrados por quienes pretenden reivindicar la norma: los propios varones heterosexuales. Esto no significa que los varones homosexuales nunca puedan cometer violencia sexual, como se ha visto en casos de violencia en pareja intragénero. Sin embargo, una mirada holística permite hacer más justicia al considerar las motivaciones y causas de las violencias sufridas.

Para concluir este apartado, y antes de abordar la “mitología” que rodea la violencia sexual entre varones en contextos no institucionalizados y no vinculados al chemsex, es necesario detenerse en las consecuencias, los traumas y los efectos en los varones víctimas de agresión sexual.

¹⁴³ “Algunos migrantes que seguimos sufrieron violencia insidiosa al llegar a Italia. Personas que trabajaban en centros de acogida o que se ofrecieron como voluntarios en servicios de asistencia como los de G.A.G.A. obligaban a chicos gays a prostituirse – y aún siguen obligándolos –, y el dinero que ganan va a parar a ellos, de modo que no se quedan con nada. Así que no se trata de chantaje económico, sino de algo como: “Si alguien quiere tener sexo contigo, deberías ir allí”. Se trata de aprovecharse de la precaria situación económica de las personas. Por lo tanto, sin duda, son más los italianos que, una vez que llega un migrante que necesita dinero o ayuda, lo explotan sexualmente. Esto ha pasado varias veces también, y sabemos de centros en Italia que son como G.A.G.A., que tratan con migrantes LGTBI+, donde estas prácticas están muy extendidas y se ejerce violencia contra los usuarios que acuden a los servicios y el asunto también está llegando a los tribunales, pero sí, en definitiva, se está hablando de ello”.

Michael Scarce (1997) y Abdullah-Khan (2008) recuerdan que los primeros estudios sobre los efectos de la violencia sexual aparecieron en 1974¹⁴⁴. Clasificada dentro de los trastornos de estrés postraumático, la experiencia incluía distintas fases: una fase aguda, marcada por traumas físicos y dolores corporales, tensiones musculares o problemas gástricos, entre otros; y una fase crónica, a más largo plazo, caracterizada por pesadillas nocturnas, depresión, traumofobia, miedo a salir de casa y a relacionarse con otras personas, ansiedad, dificultades en mantener relaciones sexuales, y más. Abdullah-Khan escribe:

These criteria are (1) the stressor is of significant magnitude as to evoke distinguishable symptoms in almost everyone (rape is the stressor in these circumstances); (2) re-experiencing the trauma perhaps through intrusive recollection of the event, dreams and nightmares; (3) a numbing of responsiveness to, or reduced involvement with, the environment (experiences of 'shock', 'feeling numb') and (4) two of the following symptoms not present before the rape: exaggerated startle response or hyperalertness, disturbance in sleep pattern, guilt about surviving or behaviour during the rape, impairment of memory and/or power of concentration, avoidance of activities that arouse recollection and increased symptoms in response to events that symbolise or resemble the event¹⁴⁵ (p. 37).

No obstante, la mayoría de estos estudios se centraron en víctimas femeninas, mientras que las investigaciones sobre varones supervivientes son escasas. Una primera aproximación la ofrece el propio Scarce:

There is no single, typical, emotional response that every man will exhibit after he has been assaulted. Some may appear calm and rational, others may exhibit anger, depression, or hysteria. Still others may socially withdraw and appear nonresponsive. All of these behaviours should be deemed normal, as each individual will react to crisis situations in ways that are related to his own identity, culture, and background. Several of the following reactions overlap and intersect, such as anger and self-blame, for example¹⁴⁶ (p. 19).

¹⁴⁴ "Rape trauma syndrome, a form of posttraumatic stress disorder, was first described in 1974 as a condition affecting female survivors of sexual assault" (Scarce, 1997: 20); "El síndrome de trauma por violación, una forma de trastorno de estrés postraumático, se describió por primera vez en 1974 como un trastorno que afectaba a las mujeres supervivientes de agresiones sexuales".

¹⁴⁵ "Estos criterios son (1) el factor estresante es de una magnitud significativa como para evocar síntomas distinguibles en casi todo el mundo (la violación es el factor estresante en estas circunstancias); (2) reexperimentación del trauma quizás a través del recuerdo intrusivo del evento, sueños y pesadillas; (3) adormecimiento de la capacidad de respuesta o reducción de la implicación con el entorno (experiencias de 'shock', 'sensación de adormecimiento') y (4) dos de los siguientes síntomas que no estaban presentes antes de la violación: respuesta exagerada de sobresalto o hipervigilancia, alteración del patrón de sueño, sentimiento de culpa por haber sobrevivido o por el comportamiento durante la violación, deterioro de la memoria y/o del poder de concentración, evitación de actividades que despierten recuerdos y aumento de los síntomas en respuesta a acontecimientos que simbolizen o se parezcan al suceso".

¹⁴⁶ "No existe una respuesta emocional única y típica que todos los hombres muestren después de haber sido agredidos. Algunos pueden parecer tranquilos y racionales, otros pueden mostrar ira, depresión o histeria. Otros

Por supuesto, no existe una única reacción, sino múltiples respuestas, en función de cada persona. Según la literatura disponible, los varones víctimas de violencia sexual pueden experimentar humillación, culpa, rabia y hostilidad; algunos llegan a cuestionar su propia sexualidad, otros recurren a la negación de lo ocurrido: “Denial becomes an especially easy and effective tool for avoiding the emotional pain and traumatic memory of sexual violation”¹⁴⁷ (Scarce, 1997: 24). En ciertos casos —y esto puede ampliarse también a las mujeres víctimas— se observa tendencia al suicidio o un aumento del riesgo de dependencia de alcohol o drogas.

Lo que debe subrayarse, en relación con la socialización masculina y las narrativas de la masculinidad, es que la violencia sexual hacia un varón supone un doble golpe, especialmente cuando el agredido es heterosexual, pero no únicamente: por un lado, el daño psicofísico; por otro, el daño identitario. Javaid (2015) lo explica así: “They [the men] also may refuse to accept the label “victim,” it has been argued, because they perceive this label as being in direct conflict with masculinity (Owen, 1995). This argument implies that men think that they cannot be victims of male rape in the community setting”¹⁴⁸ (p. 277). El imaginario social admite con gran dificultad la posibilidad de que un varón sea víctima de violencia sexual. Culturalmente, la violación —como mostró la reconstrucción histórica de Abdullah-Khan— se concibió durante mucho tiempo como un crimen genérico, donde el binomio víctima-agresor estaba muy claramente marcado. La Ley Orgánica española de 2022 refuerza, en cierta medida, esta idea al centrar la noción de víctima en mujeres y menores, mientras que el agresor sigue asociado a lo masculino. Este marco reproduce la percepción de que la violación hacia un varón es un hecho raro, casi fuera del abanico de posibilidades. Los propios varones interiorizan estos cánones, lo que explica las dificultades que encuentran para reconocerse como víctimas de agresión sexual. La “crisis identitaria” surge justamente en el momento en que un hombre víctima debe enfrentarse a este relato social.

Así lo resume una psicóloga de un centro antiviolencia italiano, quien afirma:

pueden retraerse socialmente y parecer indiferentes. Todos estos comportamientos deben considerarse normales, ya que cada individuo reaccionará a las situaciones de crisis de formas relacionadas con su propia identidad, cultura y antecedentes. Varias de las siguientes reacciones se solapan y se entrecruzan, como la ira y la autoculpabilización, por ejemplo”.

¹⁴⁷ “La negación se convierte en una herramienta especialmente fácil y eficaz para evitar el dolor emocional y el recuerdo traumático de la violación sexual”.

¹⁴⁸ “También es posible que [los hombres] se nieguen a aceptar la etiqueta de ‘víctima’, se ha argumentado, porque perciben que esta etiqueta está en conflicto directo con la masculinidad (Owen, 1995). Este argumento implica que los hombres piensan que no pueden ser víctimas de violación masculina en el entorno comunitario”.

Psicóloga Verona: Noi accettiamo anche altre soggettività e più che una questione di percezione si può parlare proprio di quello che ho visto io personalmente. In alcune situazioni è proprio necessario un percorso psicologico, rispetto invece magari ad altre donne che passano per il Centro ma che non hanno bisogno di un sostegno. Nel caso degli uomini, invece, la maggior parte delle volte in un percorso di sostegno psicologico. [...] già in partenza partiamo da una difficoltà di un non riconoscimento della violenza e non solo a livello personale ma anche esterno. Tutto è da collegarsi anche agli stereotipi¹⁴⁹.

En otra investigación, Javaid (2018a) traza una diferencia entre hombres heterosexuales y hombres LGBTQIA+ víctimas de violencia sexual. En el caso de los primeros, aparece con frecuencia el cuestionamiento de la propia sexualidad: la experiencia de una penetración anal sin consentimiento puede convertirse en un factor que los lleva a interrogarse sobre su identidad masculina. Para un hombre homosexual o una persona perteneciente a la comunidad LGBTQIA+ que aún no ha salido del armario, la violencia puede añadir una dificultad suplementaria: visibilizarse públicamente como gay o LGBTQIA+ después de haber sufrido una agresión se podría convertir en un proceso complejo y doloroso¹⁵⁰. En la experiencia de Alessandro —superviviente de violencia sexual infantil— se observa con

¹⁴⁹ “También aceptamos otras subjetividades y, más que una cuestión de percepción, podemos hablar de lo que he visto personalmente. En algunas situaciones, un acompañamiento psicológico es realmente necesario, a diferencia de otras mujeres que pasan por el Centro pero no necesitan apoyo. En el caso de los hombres, sin embargo, la mayoría de las veces se trata de un acompañamiento psicológico. [...] Ya al principio, partimos de la dificultad de no reconocer la violencia, no solo a nivel personal, sino también externo. Todo está relacionado con los estereotipos”.

¹⁵⁰ Alessandro dice: “mia sorella mi ha sempre chiesto se questa cosa che è successa sia stata scatenante della mia sessualità. E no, io di questo ne sono certo. Io sarei stato Alessandro omosessuale anche se queste cose non fossero successe nella mia vita. Sarei stato comunque un Alessandro omosessuale, cioè nel senso questa cosa non è stata un upgrade del mio essere omosessuale, non mi ha deviato. Non ho studiato, ma conosco me stesso, almeno parlo per me stesso, io non sono diventato gay a causa della violenza. Da quando ero bambino, i miei atteggiamenti erano omosessuali, il mio modo di essere era omosessuale, il mondo maschile l’ho sempre guardato e l’ho guardato anche dopo l’abuso, con altri occhi però, perché questa cosa a livello interpersonale ha influenzato, anche come tu percepisci il tuo corpo, la repulsione del corpo, no, la repulsione del mio corpo. Non riuscivo ad andare a letto con un uomo, perché andare a letto con un uomo mi riportava a questo abuso. Ho avuto un periodo di blocco”; “Mi hermana siempre me preguntaba si lo que me pasó fue el detonante de mi sexualidad. Y no, estoy seguro. Habría sido homosexual incluso si estas cosas no hubieran ocurrido en mi vida. Habría sido homosexual de todas formas, es decir, en el sentido de que esto no fue una mejora de mi homosexualidad, no me desvió. No estudié, pero me conozco, al menos hablo por mí misma: no me volví gay por la violencia. Desde niña, mis actitudes eran homosexuales, mi forma de ser era homosexual. Siempre he mirado el mundo masculino, e incluso después del abuso, lo miro con otros ojos, porque esto, a nivel interpersonal, influyó incluso en cómo percibes tu cuerpo, en la repulsión del cuerpo, no, en la repulsión de mi cuerpo. No podía acostarme con un hombre, porque acostarme con un hombre me devolvía a este abuso. Tuve un periodo de bloqueo”. También Michael Scarce (1997) lo afirma: “For men who are just beginning the process of “coming-out” as gay or bisexual, rape can be a devastating setback in the development of their sexual identities. Several of the men I interviewed spoke about the disruption of rape as a pivotal moment that influenced their future relationships with both women and men” (p. 72); “Para los hombres que están comenzando a revelar su homosexualidad o bisexualidad, la violación puede ser un revés devastador en el desarrollo de su identidad sexual. Varios de los hombres que entrevisté hablaron de la interrupción de la violación como un momento crucial que influyó en sus futuras relaciones, tanto con mujeres como con hombres”.

claridad esta carga emocional: sentimientos de culpa, de suciedad, la dificultad de entrar en contacto con sus sobrinos o de realizar actividades con ellos por el temor a parecerse al tío que lo abusó sexualmente, y una negación de su propia sexualidad:

Alessandro: questa cosa mi porta, ad oggi, ad avere dei problemi di interazione con i miei nipoti.

Ti faccio un esempio di una cosa successa a Pasqua. Quando i miei nipoti erano più piccoli li tenevo in braccio ma toglievo lo sguardo dal loro corpo perché mi sentivo impuro. A Pasqua Noah, che ha quattro anni, doveva andare in bando e mi hanno detto “zio mi accompagni?”, io l’ho accompagnato ma l’ho aspettato fuori affinché tutti vedessero che ero fuori perché mi blocca questa cosa, mi sento impuro. [...] La cosa che mi lascia perplesso è che io di questa cosa non ne ho parlato non solo con la mia famiglia, ma anche in ospedale quando ho avuto dei problemi urologici di prostata, perché proprio nel periodo di sviluppo della mia sessualità mi ha portato ad avere dei problemi urologici in quanto ho vissuto la sessualità a zero sia con me stesso che verso il prossimo. La vivo come fosse un atto impuro per cui non facevo niente.¹⁵¹

¹⁵¹ “Esto me lleva, hasta el día de hoy, a tener problemas para interactuar con mis sobrinos. Les daré un ejemplo de algo que me pasó en Pascua. Cuando mis sobrinos eran pequeños, los tenía en brazos, pero apartaba la vista de sus cuerpos porque me sentía impura. En Pascua, Noé, que tiene cuatro años, tuvo que ir al colegio y me dijeron: “Tío, ¿puedes venir conmigo?”. Fui con él, pero esperé afuera para que todos vieran que estaba afuera porque esto me bloqueaba, me sentía impuro. [...] Lo que me deja perplejo es que no hablé de esto, ni solo con mi familia, sino también en el hospital cuando tuve problemas urológicos con la próstata, porque fue precisamente en el período de desarrollo de mi sexualidad que esto me llevó a tener problemas urológicos, ya que vivía la sexualidad en cero, tanto conmigo mismo como con los demás. Lo vivía como si fuera un acto impuro por el que no hacía nada”.

5.4. Mitos y narrativas sobre violencia sexual intragénero entre varones

Este apartado busca aclarar y ampliar algunos puntos del anterior. Se señaló que el trauma de una violencia sexual entre varones puede tener múltiples matices. Las primeras investigaciones, impulsadas por los feminismos de los sesenta y setenta, comenzaron a considerar también a las víctimas masculinas en contextos de conflictos armados y, más tarde, en ámbitos institucionales como cárceles, jerarquías militares, deporte profesional y escuelas.

En el apartado previo se destacó que los factores individuales, relacionales y culturales no explican la violencia solo como resultado de un deseo fisiológico o de una homosexualidad reprimida, sino como expresión de poder. Dominación, sumisión y control se convierten en ejes centrales de interpretación: el pene se transforma en un arma simbólica, y el varón violado es humillado, feminizado y homosexualizado. Este trauma identitario — además del psicofísico— supone una fractura con el ideal masculino transmitido social y culturalmente, con lo que se enseña sobre cómo “debe” actuar, pensar y desear un varón.

Como se mostró en el capítulo tercero, la masculinidad se “naturaliza” desde los primeros momentos de vida mediante valores y actitudes presentados como innatos. Una verdadera *microfísica del poder* y una *tecnología del género* que refuerzan una visión patriarcal, binaria y contraria a toda masculinidad disidente o queer. Esta construcción se sostiene en atributos como fuerza, acción, poder y una sexualidad activa, penetrativa e hipersexualizada.

En este contexto podemos preguntarnos: ¿qué lugar ocupa la violencia sexual?, ¿en qué medida la violencia sexual hacia un varón desafía la masculinidad hegemónica? y, ¿cuáles son las narrativas e imaginarios socioculturales que rodean la violencia sexual entre varones y cuáles son sus consecuencias? A lo largo de este epígrafe se revisarán cuatro mitos principales. El primero sostiene que, como en los medios de comunicación no se habla de violencia sexual hacia hombres, se trataría de un acontecimiento que ocurre muy poco o casi nunca. Unido a esto, aparece el segundo mito: al no tratarse en los medios, se entiende que no es un hecho relevante ni importante. El tercero afirma que un varón siempre es capaz de defender su cuerpo y su dignidad y, por lo tanto, si algo así le ocurre significa que, en cierta medida, lo deseaba. Finalmente, el cuarto mito sostiene que los hombres con mayor riesgo de sufrir violencia sexual son los homosexuales y, en general, quienes pertenecen a la comunidad LGBTQIA+.

Para introducir estas cuestiones se parte de los testimonios de tres chicos entrevistados: un chico gay italiano y dos chicos gays españoles, quienes compartieron experiencias directas de violencia sexual:

Nicola: La prima violenza che ho subito è stata durante uno spettacolo teatrale. Immagina una stanza buia con delle sedie, era uno spettacolo di arte contemporanea in cui noi avevamo delle cuffie e c'erano delle persone che, attraverso le cuffie, ci dicevano di fare delle cose tipo camminare, stringere la mano alla persona di fronte, darle un abbraccio. Il tutto sempre senza vedere nulla. L'idea era quella di creare uno spazio sicuro in cui non ci fossero i pregiudizi sociali. La voce alle cuffie ad un certo punto diceva che potevi essere libero/a di toglierti i vestiti. Io mi sono spogliato completamente e la cosa è andata avanti tranquillamente fino a che non mi sono trovato un uomo davanti che ha iniziato a toccarmi. La cosa che mi ha bloccato di più è stata sentirmi afferrare il collo con una mano mentre con l'altra scendeva lungo il mio corpo. Lui era davanti a me ed era l'unica persona rimasta vestita del gruppo e, poi lo abbiamo scoperto, lui partecipava a tutti gli spettacoli perché sapeva che alla fine si sarebbe proposta sempre la stessa attività. Avevo ventiquattro anni e mi sono frizzato completamente¹⁵².

Dani: fuimos [un amigo y yo] a un bar en la calle Joaquín Costa, un bar que era medio bar y medio after. Bueno, estoy allí tomándome la cerveza y ya no recuerdo nada. De repente lo siguiente que recuerdo es que me despierto a las seis y media, siete de la tarde en una habitación en la que había un perrito. Hablábamos que yo me estaba tomando esa cerveza a las seis de la mañana, y la siguiente cosa que recuerdo es que eran las siete de la tarde, es decir, trece horas después. [...] viene un hombre, un señor, creo que bastante más mayor que yo y le digo, “ostras, ¿qué hago aquí?” Y me dice, el hombre, “pues, ¿tú qué crees?” digo, “hombre, es que no me acuerdo de nada”, contesta el hombre, “normal, con lo ciego que ibas, ¿cómo te ibas a acordar? Ibas drogadísimo”, y yo le digo, “pues, si ayer no bebí, ni me drogué”, y él, como muy a la defensiva, “sí, sí, claro, claro”, digo, “de verdad que no”, “ya, ya, claro, pues, bien ciego que ibas, algo te meterías”, yo notaba que estaba como un poco a la defensiva, entonces, mientras estaba hablando con él iba teniendo como flashes y me acordé que habíamos estado, pues, teniendo sexo sin precaución, ¿no? Había estado yo, claro, a lo mejor hicimos más cosas, pero yo recuerdo de estar follándomelo yo a él, yo de activo, sin condón ni nada.

¹⁵² “La primera violencia que sufrí fue durante una función de teatro. Imagínense una sala oscura con sillas, era un espectáculo de arte contemporáneo donde teníamos auriculares y había gente que, a través de ellos, nos decía que hiciéramos cosas como caminar, estrechar la mano de la persona que teníamos delante, darle un abrazo. Todo esto sin ver nada. La idea era crear un espacio seguro donde no hubiera prejuicios sociales. La voz en los auriculares, en cierto momento, dijo que eras libre de quitarte la ropa. Me quité la ropa por completo y la cosa siguió tranquilamente hasta que encontré a un hombre delante de mí que empezó a tocarme. Lo que más me detuvo fue agarrarme el cuello con una mano mientras con la otra me recorría el cuerpo. Estaba delante de mí y era el único que quedaba vestido en el grupo y, luego nos enteramos, participaba en todas las funciones porque sabía que al final siempre se propondría la misma actividad. Tenía veinticuatro años y me quedé completamente en shock”.

Javi: Yo lo conocí [el agresor] creo en abril y en verano hicimos lo que ya habíamos hecho muchas veces. Me fui a su casa, pasamos el día allí, comimos y tal, y para mí sin problemas. Me fui a su casa y lo típico, compramos algo en el chino, me subí a su casa después de que él me fue a recogerme a Atocha. Empezamos a comer y yo me acuerdo que me fui al baño y vuelvo. Tenía mi vaso, mi comida y después de un rato a mí me empieza a dar un mareo y a encontrar mal. Él me dijo de tumbarme en la cama y allí me quedo. Lo siguiente que recuerdo es: las manos atadas a la cama con un tío detrás, y dos tíos a los lados. Fíjate que estaba tan drogado que solamente subía un poco la mirada y me volvía a quedar inconsciente.

Estos testimonios se enlazan con los dos primeros mitos sobre la violencia sexual intragénero entre varones. A pesar de sus diferencias, todos los mitos que alimentan las narrativas en torno a estos hechos están estrechamente interconectados.

Javaid (2017c) propuso un cuestionario a un grupo de estudiantes de sociología y psicología de una escuela británica, preguntándoles su opinión acerca de la violencia sexual hacia varones. El autor escribe: “In the findings, there was a strong, recurring myth that “male rape does not really happen” or that “male rape is not a serious issue as female rape”¹⁵³ (p. 7). Según los y las estudiantes, dado que en los medios de comunicación no se habla — o se habla muy poco— de violencia sexual entre varones, se concluye que no son hechos relevantes para la opinión pública y que, evidentemente, no ocurren con la misma frecuencia que las violencias hacia las mujeres. Esto genera un círculo vicioso: la falta de información impide que socialmente se construya una cultura sobre el tema y se mantiene y refuerza el binarismo mencionado anteriormente, según el cual “solo a las mujeres les pasa”. De este modo, los varones mismos crecen en la convicción de que son inmunes a esta violencia.

De estas consideraciones surge la reflexión de Francesco, el chico italiano entrevistado que relató la experiencia de su amigo Davide:

Francesco: Se pensiamo a violenza pensiamo sempre al marito patriarcale che pesta la moglie, il marito geloso della moglie che riceve le attenzioni di un altro, che si imbelletta per andare al lavoro, cosa che non dovrebbe fare, perché deve compiacere solo il suo uomo. Non mi ero mai posto al problema che ci potesse essere una violenza in cui un uomo maltratta un altro uomo. [...] nel caso di Davide io ho l'impressione che il problema di partenza fosse che lui per primo non si rendeva conto di cosa gli stava succedendo. Quindi reiterava questo topos della moglie scivolata dalle scale di casa inconsapevolmente, senza rendersi conto che faceva riferimento a

¹⁵³ “En los resultados se constató la existencia de un fuerte mito recurrente según el cual “la violación masculina no ocurre realmente” o que “la violación masculina no es un problema tan grave como la femenina””.

un modello che ricalcava esattamente la situazione della violenza domestica ma, secondo me, non aveva chiaro all'inizio¹⁵⁴.

Por un lado, desde la perspectiva del oyente —en este caso Francesco—, escuchar que otro chico sufrió violencia por parte de su pareja supuso una fractura cultural. Él había nacido y crecido, como la mayoría, en un contexto donde la violencia se concibe como unidireccional: en el imaginario común, la mujer sufre violencia a manos del varón. Nunca se había cuestionado la posibilidad de que un hombre pudiera experimentar lo mismo. Por otro lado, en lo que respecta a Davide, tampoco él fue capaz de comprender del todo lo que estaba ocurriendo. No logró identificar que lo que se reproducía en su propia piel eran patrones de violencia culturalmente asociados a sujetos femeninos.

Si pensamos, por ejemplo, en el concepto de “víctima”, vemos cómo persisten grandes dificultades culturales para imaginar a un varón en esa posición. Javaid (2015) escribe:

For Rock (2002), a “victim” is an identity, a social artifact dependent, at the outset, on an alleged transgressor and transgression and then, indirectly or directly, on a variety of witnesses, prosecutors, police, jurors, defence counsel, the mass media, and others who may not always handle the individual case but who will, nonetheless, shape the larger interpretative environment wherein it is lodged. Rock further adds that the word “victim” tends to convey stigmatized meanings of loss, weakness, and pain¹⁵⁵ (p. 273).

Javaid (2015) subraya que el concepto de víctima es relacional e intersubjetivo. Aunque la víctima sea una persona individual, es el contexto —con sus categorías lingüísticas e interpretativas, además de la perspectiva legal— el que determina si alguien es o no considerado como tal. En el imaginario común, la víctima de un hecho es una figura asociada a la debilidad, al dolor y al sufrimiento, y vinculada a la necesidad de cuidado, apoyo y afecto. Los varones, sin embargo, crecen en una cultura patriarcal que los asocia a la victoria,

¹⁵⁴ “Si pensamos en violencia, siempre pensamos en el marido patriarcal que golpea a su esposa, el marido celoso de su esposa que recibe la atención de otro, que se maquilla para ir a trabajar, algo que no debería hacer, porque solo tiene que complacer a su hombre. Nunca había considerado el problema de que pudiera haber violencia cuando un hombre maltrata a otro. [...] En el caso de Davide, tengo la impresión de que el problema inicial fue que él mismo no se daba cuenta de lo que le estaba sucediendo. Así que repitió este lugar común de su esposa resbalándose por las escaleras de casa inconscientemente, sin darse cuenta de que se refería a un modelo que reflejaba exactamente la situación de violencia doméstica, pero, en mi opinión, no fue claro al principio”.

¹⁵⁵ “Para Rock (2002), una “víctima” es una identidad, un artefacto social que depende, al principio, de un presunto transgresor y de la transgresión y, después, indirecta o directamente, de una serie de testigos, fiscales, policías, jurados, abogados defensores, medios de comunicación y otras personas que no siempre se ocupan del caso individual pero que, no obstante, conformarán el entorno interpretativo más amplio en el que se aloja. Rock añade además que la palabra “víctima” tiende a transmitir significados estigmatizados de pérdida, debilidad y dolor”.

la fuerza y la valentía. Por ello, se produce un salto lógico y, muchas veces, una falta de comprensión de la propia situación de víctima: no existe un vocabulario previo que les brinde un margen de posibilidad para reconocerse como tales. Identificarse como víctima implica encarnar valores que históricamente se les han negado, ya que la performatividad de su género les exigía fuerza, resistencia y dominio. En palabras de Javaid (2015): “Consequently, this may disallow men from becoming victims of rape, and so, these men may struggle to validate or define their experience as rape because “male rape victim,” arguably, has negative connotations of weakness, subordination, subjugation, and powerlessness. These are clearly words used to describe female victims of rape (Lees, 1997)”¹⁵⁶ (p. 284). Esta fractura no solo aparece a nivel comunitario —donde la violencia entre varones ni siquiera se contempla, salvo en excepciones que se abordarán más adelante—, sino también en los propios varones víctimas, que carecen de referencias culturales y lingüísticas para situar lo que les ocurrió dentro del marco conceptual de la violencia sexual. Muchos hombres llegan a no denunciar precisamente por esta razón: hacerlo supondría desvelar una debilidad, una carencia de hombría. Abdullah-Khan lo expresa así: “At present, our culture is such that men are not permitted to be victims of rape and, therefore, they do not expect that anyone will make them submit sexually. This element of shock and surprise adds to the trauma when men are raped”¹⁵⁷ (p. 26). El resultado es un estado de sorpresa, shock e incompreensión frente a lo sucedido.

De aquí se enlaza con el tercer mito sobre la violación hacia varones, que los representa como inviolables bajo la idea de que “*a ‘man’ cannot be forced to engage in anything against his will*”¹⁵⁸ (Abdullah-Khan, 2008: 17). A esto se suma el testimonio de la psicóloga del centro antiviolencia de Verona:

Psicóloga Verona: Sicuramente uno tra quelli più importanti [mitos] è che non può esistere, l’uomo viene sempre associato alla forza fisica e, quindi, con una difficoltà reale o presunta di subire una violencia del genere. Mentre una donna viene vista come più debole fisicamente e meno capace di rispondere. In merito al maschile, quindi, lo stereotipo è proprio che è difficile concepirlo come una violencia del genere. Siamo seguendo attualmente un ragazzo che ha subito una violencia sessuale in palestra e lui diceva: “eh ma come faccio a farlo capire. Quando

¹⁵⁶ “En consecuencia, esto puede impedir que los hombres se conviertan en víctimas de violación, y así, estos hombres pueden luchar para validar o definir su experiencia como violación porque ‘víctima masculina de violación’, podría decirse, tiene connotaciones negativas de debilidad, subordinación, subyugación e impotencia. Estas palabras se utilizan claramente para describir a las mujeres víctimas de violación (Lees, 1997)”.

¹⁵⁷ “En la actualidad, nuestra cultura es tal que a los hombres no se les permite ser víctimas de una violación y, por tanto, no esperan que nadie les haga someterse sexualmente. Este elemento de conmoción y sorpresa aumenta el trauma cuando los hombres son violados”.

¹⁵⁸ “no se puede obligar a un ‘hombre’ a hacer nada en contra de su voluntad”.

per esempio l'ho detto ad una mia amica lei ha sottolineato il fatto che potevo dargli uno spintone e finiva lì”¹⁵⁹.

Según lo ya discutido en el capítulo tres sobre la construcción de la masculinidad, el cuerpo masculino se alimenta de una imagen patriarcal del varón agresivo, fuerte, valiente y siempre capaz de defender lo que “posee”, incluida su dignidad, su virilidad y su corporeidad. La erótica masculina se centra en el falo, considerado el único órgano socialmente legitimado para gozar. El placer del hombre se concibe como algo sencillo y puntual, y en el cuarto mito aparecerá asociado al “terror anal”, es decir, a una visión homosexualizante del ano y de toda práctica vinculada a esa parte del cuerpo. El “varón verdadero” es aquel que resiste, el que lucha y protege su masculinidad.

De este modo, conectado con los mitos anteriores, el concepto de víctima queda reservado a mujeres o subjetividades consideradas secundarias, pues encarna narrativas de pasividad, debilidad y sumisión. La sociedad espera de los varones que siempre sean capaces de defenderse y que nunca —salvo que su conciencia o voluntad estén alteradas por alcohol, drogas entre otras— puedan ser víctimas de violencia sexual por parte de otro hombre. Javaid (2017a) escribe:

The way in which the police dealt with this particular male rape case can discourage future victims from coming out of the shadows and into the light. Men’s silence, which we may be led to believe, can be a product of men’s hesitation to believe that they have been stripped of their masculinity, emasculated, and suffered a crime that is seen to only affect the female population. Whereas gay men are suffering in such a way because of their rape, they are also degraded as “faggots” and “queer” while being subjected to dehumanizing and degrading epithets usually invoked against women, such as “whore,” “bitch,” and “cunt”¹⁶⁰ (p. 282).

Los cuerpos masculinos, por tanto, se representan como socialmente inviolables en tanto que impenetrables. El silencio no es solo el de los supervivientes, sino un silencio social,

¹⁵⁹ “Sin duda, uno de los mitos más importantes es que no puede existir. Al hombre siempre se le asocia con la fuerza física y, por lo tanto, con una dificultad real o supuesta para sufrir dicha violencia. Mientras que a la mujer se la considera físicamente más débil y menos capaz de responder. En cuanto al hombre, por lo tanto, el estereotipo es precisamente que es difícil concebirlo como tal violencia. Actualmente, estamos siguiendo a un chico que sufrió violencia sexual en el gimnasio y decía: “Pero ¿cómo puedo hacérselo entender? Por ejemplo, cuando se lo conté a una amiga, ella recalcó que podía empujarlo y punto””.

¹⁶⁰ “La forma en que la policía trató este caso concreto de violación masculina puede disuadir a futuras víctimas de salir de las sombras y salir a la luz. El silencio de los hombres, que se nos puede hacer creer, puede ser producto de la vacilación de los hombres a la hora de creer que han sido despojados de su masculinidad, castrados y víctimas de un delito que se considera que sólo afecta a la población femenina. Mientras que los hombres homosexuales sufren de tal manera a causa de su violación, también son degradados como ‘maricones’ y ‘queer’, al tiempo que son objeto de epítetos deshumanizadores y degradantes que suelen invocarse contra las mujeres, como ‘puta’, ‘zorra’ y ‘prostituta’”.

porque la violación entre varones no debería tener lugar. Y, sin embargo, cuando ocurre, constituye un desafío directo a la masculinidad hegemónica y abre una grieta en el monolito patriarcal. Rumney (2009) añade:

The problem with the expectation of resistance is that it fails to show an understanding of the way in which male victims react to rape. Some men verbally and physically resist their attackers. But there is also a consistent finding within the literature that ‘men are either too afraid to resist or fight back, or [freeze] with fear’ and that ‘contrary to widely held beliefs that “real men fight back”, men often do not or cannot fight back’¹⁶¹ (p. 243).

En este escenario se añade, además, un fuerte proceso de culpabilización hacia aquellos varones que no resistieron a la agresión. En casos en los que el cuerpo reacciona con un efecto *freeze* debido al miedo o al estupor paralizante, la víctima termina siendo culpabilizada por “no haber actuado como un hombre”. Otra estrategia social consiste en justificar la violencia sufrida aludiendo a amenazas, consumo de alcohol o uso de drogas, de modo que el varón pueda quedar liberado del estigma de haber sido “débil”.

Finalmente, se llega al cuarto mito sobre la violencia sexual entre varones, resumido en las palabras de Javaid: “For instance, the police do not take male rape seriously because they often conceptualize it solely as a homosexual issue”¹⁶² (Javaid, 2017a: 4). Bajo esta mirada, la violencia sexual entre hombres se vincula con promiscuidad, deseos homosexuales y una vida considerada más intensa y “viciosa”. Según este imaginario, solo puede ocurrirle a varones homosexuales o, en general, a quienes pertenecen a la comunidad LGBTQIA+. Para ilustrar este punto se introduce el testimonio de un chico italiano entrevistado, con el que se abre el mito:

Federico: ho l'impressione che, se un uomo etero subisse una violenza diciamo e andasse nei giornali questa cosa avrebbe un peso diverso a se invece ci andasse un ragazzo gay. Se è questo secondo a subire una violenza ho l'impressione che ci sarebbe nella narrazione delle due storie molto più interesse a un puntare il dito verso la persona, in questo caso, gay che ha subito violenza perché ho paura che sarebbe trattata un po' con la stessa, tra virgolette, mancanza di sensibilità con cui vengono trattate poi le violenze sessuali subite per esempio dalle donne in cui molto spesso vengono incolpate o comunque viene data loro una buona percentuale di

¹⁶¹ “El problema con la expectativa de resistencia es que no muestra una comprensión de la forma en que las víctimas masculinas reaccionan ante la violación. Algunos hombres se resisten verbal y físicamente a sus agresores. Pero también hay una conclusión consistente en la literatura de que ‘los hombres tienen demasiado miedo para resistirse o defenderse, o [se paralizan] de miedo’ y que ‘contrariamente a la creencia generalizada de que “los hombres de verdad se defienden”, los hombres a menudo no se defienden o no pueden hacerlo”.

¹⁶² “Por ejemplo, la policía no se toma en serio la violación masculina porque a menudo la concibe únicamente como un problema homosexual”.

colpa: facendo notare quanto avesse bevuto o come si fosse vestita, eccetera. Ho anche l'impressione che con una persona gay o comunque una persona lgbt+, o non etero, verrebbe sottolineata la narrazione del “se l'è andata a cercare”, mentre invece credo che se si trattasse di una persona etero a quel punto si sottolineerebbe di più il fatto che ad aver commesso quella violenza su di lui non fosse etero. A quel punto verrebbe sottolineato il fatto che una persona lgbt+ ha esercitato questa violenza su questa persona etero innocente¹⁶³.

De la misma manera que en el epígrafe anterior se introdujo la homofobia como un motor estructural capaz de impulsar actos de violencia, aquí reaparece con toda su intensidad, especialmente en torno a la centralidad de descubrir y juzgar la sexualidad del varón que sufrió una agresión. Federico menciona un aspecto clave: la opinión pública tiende a percibir de manera distinta a un hombre heterosexual víctima de violencia y a un hombre homosexual —o perteneciente a la comunidad LGBTQIA+. Abdullah-Khan (2008) y Scarce (1997) destacan que, históricamente, las primeras investigaciones sobre las motivaciones de la violencia sexual entre varones se concentraron en un factor de carácter fisiológico, centrado en un supuesto deseo (homo)sexual frustrado. Bajo esta mirada positivista inicial, se asumía que los principales perpetradores eran varones homosexuales, lo cual contribuyó a reforzar una narrativa homofóbica y discriminatoria que colocaba únicamente a los hombres LGBTQIA+ como víctimas plausibles de violencia sexual.

La orientación sexual de una víctima masculina parece convertirse, entonces, en un elemento central a la hora de interpretar y evaluar estos acontecimientos. En este sentido, los estudiantes encuestados en la investigación de Javaid (2017c) afirmaban que “Gay male rape victims, then, are constructed as the “other” who embody stigmatised notions of deviancy and abnormality so they are seen as deserving of rape”¹⁶⁴ (p. 8). Bajo este marco, la narrativa social de la promiscuidad asociada a los varones homosexuales resta importancia a lo ocurrido y genera discriminación y silencios, incluso dentro de las propias víctimas. El mismo autor continúa subrayando que:

¹⁶³ “Tengo la impresión de que si un hombre heterosexual sufriera violencia, y esto saliera en los periódicos, tendría un peso diferente que si un chico gay saliera en los periódicos. Si es esta última persona la que sufre la violencia, tengo la impresión de que la narrativa de ambas historias estaría mucho más centrada en señalar, en este caso, la persona gay que sufrió la violencia, porque quizá temo que se le trate con la misma, por así decirlo, falta de sensibilidad con la que se trata la violencia sexual sufrida por las mujeres, por ejemplo, donde muy a menudo se culpa, o en cualquier caso, se le atribuye un buen porcentaje de la culpa. O tal vez se resalta el hecho de que había bebido, cuánto bebió o cómo se vestió, etc. Y tengo la impresión de que con una persona gay, o en cualquier caso, una persona LGBTQIA+, o no heterosexual, se enfatizaría la narrativa de “se lo buscó”, mientras que, en cambio, creo que si se tratara de una persona heterosexual, se enfatizaría más el hecho de que quien cometió esa violencia contra ella no era heterosexual. En ese momento, se destacaría que una persona LGBTQIA+ había ejercido esta violencia contra esta persona heterosexual inocente”.

¹⁶⁴ “Así pues, los hombres homosexuales víctimas de violación son construidos como ‘otros’ que encarnan nociones estigmatizadas de desviación y anormalidad, por lo que son vistos como merecedores de violación”.

Because homophobia is so powerful and influential – in that it can humiliate male rape victims, silencing them, and can shape attitudes and views against gay men of police officers and practitioners in voluntary agencies – male rape victims who are gay or who are presumed to be gay may be denied a victim status, which in turn may facilitate disbelieving attitudes and insensitive and unsympathetic responses. [...] The implications that heteronormativity creates for men as victims of rape, either gay or presumed to be gay, are that they are marginalized, subordinated, unnatural and inferior while drawing in homophobia and secondary victimization. Their homosexuality, or presumed homosexuality, becomes pathologized, abnormal and deviant; in turn, male rape victims are ‘othered’¹⁶⁵ (pp. 14-15).

Este sentimiento de “otredad” puede presentarse de distintas formas: en los hombres heterosexuales, a través del cuestionamiento de su identidad masculina al haber sido forzados por otro hombre y al sentirse desafiados frente a la heteronorma, experimentando la idea de ser “menos hombres” por no haber podido impedirlo; y en los varones LGBTQIA+, a través del miedo a ser asociados con la narrativa de la promiscuidad, lo cual conduce muchas veces al silencio, a la falta de reconocimiento y a la imposibilidad de verbalizar lo ocurrido.

Javaid (2018a) señala que la teoría queer, junto con una lectura feminista de la violencia sexual entre varones, ofrece claves para comprender cómo homofobia, poder, género y sexualidad se entrecruzan en múltiples niveles. Estas dinámicas influyen tanto en la percepción de las personas supervivientes —que encuentran dificultades para autodefinirse como víctimas por la ausencia de un vocabulario conceptual compartido a nivel social— como en la respuesta de las instituciones y de quienes escuchan sus denuncias. Al conceptualizar la violación entre hombres como un hecho exclusivamente homosexual y al sostener la narrativa de la inviolabilidad masculina, no se favorece un verdadero clima de escucha y reconocimiento, cuestión que se retomará en el capítulo siete de esta investigación.

Por último, estas narrativas se ven reforzadas también por ciertas tendencias en el interior de la misma comunidad gay, donde la sexualidad se concibe como algo “siempre bueno”, casi como un elemento identitario y central en los cuerpos masculinos LGBTQIA+, hasta el punto de que:

¹⁶⁵ “Debido a que la homofobia es tan poderosa e influyente -en el sentido de que puede humillar a las víctimas masculinas de violación, silenciándolas, y puede moldear las actitudes y opiniones contra los hombres gays de los agentes de policía y de los profesionales de los organismos de voluntariado- a las víctimas masculinas de violación que son gays o que se presume que son gays se les puede negar la condición de víctimas, lo que a su vez puede facilitar actitudes incrédulas y respuestas insensibles y poco comprensivas. [...] Las implicaciones que la heteronormatividad crea para los hombres como víctimas de violación, ya sean homosexuales o presuntamente homosexuales, son que son marginados, subordinados, antinaturales e inferiores, a la vez que atraen la homofobia y la victimización secundaria. Su homosexualidad, o presunta homosexualidad, se convierte en algo patológico, anormal y desviado”.

Nicola: Una parte [de estereotipos] la fa anche il fatto di essere un uomo gay, nel senso che c'è una base di stereotipo che ha a che fare con la promiscuità omosessuale. Per cui il sesso va sempre bene e se lo rifiuti sei uno sfigato. Magari la persona che ha fatto violenza su di te era pure un bell'uomo quindi non si capisce perché verrebbe vista come violenza e non come qualcosa di consensuale. Tra questo ci sono anche tutti gli stereotipi che riguardano il femminile, "lo hai voluto tu", "i tuoi occhi hanno parlato"; "hai dato dei segnali". In più, c'è proprio una mancanza di formazione su questo argomento. Se un uomo si infila a letto di una donna ubriaca e la tocca mentre lei dorme, nessuno ha il dubbio che questa sia una violenza. Mentre quando si tratta di due ragazzi si pensa "vabbè ma tanto è sesso". Quindi forse ci sono degli stereotipi di base anche sulla sessualità maschile e femminile e che l'essere consensuali in un rapporto uomo-donna sia più richiesto, normato e visibilizzato¹⁶⁶.

La comunidad gay ha sido culturalmente representada bajo un estereotipo de promiscuidad e hipersexualización. Como señala Nicola, el sexo debe de ser considerado siempre algo positivo y placentero; en este marco, negarse a participar en una experiencia sexual puede interpretarse—incluso dentro de la misma comunidad que ha interiorizado esta narrativa— como una señal de debilidad, de ser un “perdedor”:

Federico: qui si apre un'altra parentesi legata alla sessualità stessa delle persone lgbt, in particolar modo mi rifaccio ma non solo alla lettera G e a questa iper-sessualizzazione a livello di narrazione con la quale vengono dipinti. Io, per esempio, ho subito una molestia in un contesto di gruppo in cui c'erano anche amicizie mie. Me ne stavo tranquillo a bere con loro ed è arrivato un ragazzo che ha iniziato a toccarmi, farmi complimenti e ad un certo punto si è anche tirato giù i pantaloni e mi ha preso la mano e messa sul suo cazzo. I miei amici erano lì e non hanno fatto nulla anzi, al posto di dire "oddio che cosa ti è capitato, mi dispiace un sacco" o fare qualcosa, è come se fomentassero quest'idea del "beh ma non ti è piaciuto scusami?", "quanto ce l'aveva grosso?", "beh ma perché non ci sei stato? Che figa di legno che sei". Vieni mal visto perché non hai potremmo dire alimentato questa specie di sessualità no come se fossimo tutti iper-sessualizzati iper-vogliosi in qualsiasi contesto.¹⁶⁷

¹⁶⁶ "Parte [de los estereotipos] también es el hecho de ser gay, en el sentido de que existe una base estereotipada relacionada con la promiscuidad homosexual. Así que el sexo siempre es bueno, y si lo rechazas, eres un perdedor. Quizás la persona que te violó también era un hombre atractivo, así que no está claro por qué se consideraría violencia y no algo consensuado. Entre estos se encuentran todos los estereotipos que se refieren a lo femenino: "lo deseabas", "tus ojos hablaban"; "diste señales". Además, existe una verdadera falta de educación sobre este tema. Si un hombre se mete en la cama de una mujer borracha y la toca mientras duerme, nadie duda de que se trata de violencia. Mientras que cuando se trata de dos chicos, piensas: "bueno, es sexo de todas formas". Así que quizás también existan estereotipos básicos sobre la sexualidad masculina y femenina, y que el consentimiento en una relación entre hombres y mujeres sea más necesario, regulado y visible"

¹⁶⁷ "Aquí se abre otro paréntesis relacionado con la sexualidad de las propias personas LGBT. En particular, pero no solo, me refiero a la letra G y a esta narrativa de hipersexualización con la que se las representa. Por ejemplo, sufrí abusos en un contexto grupal donde también había amigos. Estaba bebiendo con ellos y un chico se acercó y empezó a tocarme, a halagarme, y en cierto momento incluso se bajó los pantalones, me tomó la

Este tipo de construcciones puede favorecer, en muchos casos, una cierta normalización de la violencia, en la que los propios cuerpos GBTQIA+ llegan a encarnar el estereotipo social del deseo inagotable y de la disponibilidad permanente. De este modo, si alguien se rehúsa a “aprovechar” una oportunidad sexual, se activa la sospecha de que algo en esa persona “no funciona” correctamente¹⁶⁸. Esta dinámica contribuye a lo que Rumney (2009) define como una “*jerarquía del sufrimiento*”, en la que ciertas víctimas de violencia sexual son percibidas como más “dignas” de compasión que otras:

In attitude surveys it has been found that students attribute more blame to heterosexual female and gay male victims of rape than to lesbian and heterosexual male victims. [...] What is the reasoning behind the assertion that rape of gay men is less traumatic than of heterosexual men? Anderson and Doherty argue that ‘victims constructed as “heterosexual” are likely to be judged to have genuinely suffered, principally on the grounds that they are assumed to have experienced a sexual act that is foreign to them’¹⁶⁹ (p. 241).

La discriminación se refuerza especialmente en torno a las prácticas sexuales asociadas con la violencia. Como señalaron Scarce (1997) y Preciado (2009), la penetración anal — frecuentemente documentada como la práctica más recurrente en casos de violencia sexual hacia varones— se carga culturalmente de un fuerte valor simbólico de dominación y de negación de la identidad de la víctima. Desde esta perspectiva, el sexo anal no afecta de la

mano y se la puso en la polla. Mis amigos estaban allí y no hicieron nada. De hecho, en lugar de decir “Dios mío, ¿qué te pasó? Lo siento mucho” o hacer algo, es como si fomentaran la idea de “bueno, pero ¿no te gustó?”, “¿De qué tamaño era?”, “¿Por qué no te soltaste un poco más?”. Estás mal visto porque no has, podríamos decir, alimentado este tipo de sexualidad; no, como si todos fuéramos hipersexualizados y con muchísimas ganas en cualquier contexto”

¹⁶⁸ Scarce (1997) llega a mencionar una condición de normalización de la violencia sexual entre varones en caso de hombres lgbtqia+ que apenas empiezan a familiarizar con las normas y con el mundo y la sexualidad: “Some sexually inexperienced men may perceive rape to be the norm of same-sex relations and drive them deep into the closet even if they were already “out,” either fearing or denying their desire for men. Others may normalize rape and sexual brutality as if it is an inherent part of gay culture and come to expect violent interactions with other men. The internalization of this violence can also have drastic effects, leaving gay and bisexual men feeling as if they somehow deserved to be raped as a punishment for their same-sex attraction” (p. 73); “Algunos hombres sexualmente inexpertos pueden percibir la violación como la norma de las relaciones entre personas del mismo sexo y llevarlos a lo más profundo del armario, incluso si ya estaban ‘fuera del armario’, temiendo o negando su deseo por los hombres. Otros pueden normalizar la violación y la brutalidad sexual como si fuera una parte inherente de la cultura gay y llegar a esperar interacciones violentas con otros hombres. La interiorización de esta violencia también puede tener efectos drásticos, haciendo que los hombres homosexuales y bisexuales sientan que, de alguna manera, merecen ser violados como castigo por su atracción hacia el mismo sexo”

¹⁶⁹ “En las encuestas de actitud se ha descubierto que los estudiantes atribuyen más culpa a las mujeres heterosexuales y a los hombres homosexuales víctimas de violación que a las lesbianas y a los hombres heterosexuales víctimas. [...] ¿Cuál es el razonamiento que subyace a la afirmación de que la violación de hombres homosexuales es menos traumática que la de hombres heterosexuales? Anderson y Doherty sostienen que ‘es probable que se considere que las víctimas consideradas “heterosexuales” han sufrido de verdad, principalmente porque se supone que han experimentado un acto sexual que les es ajeno”’.

misma manera a todas las personas sobrevivientes: su impacto refuerza la mencionada jerarquía del sufrimiento, situando a unas víctimas como más merecedoras de reconocimiento que otras¹⁷⁰. Scarce (1997) afirma que, en el caso de los hombres homosexuales o de quienes forman parte de la comunidad LGBTQIA+, la violencia sexual que implica penetración anal suele trivializarse bajo la presunción de que, por ser homosexuales, “tiene que gustarles”. En cambio, cuando la víctima es heterosexual, aparece una sensibilidad distinta, marcada por la sorpresa de que algo así pueda suceder; sin embargo, en estos casos entra en juego otro mito que vimos, el de la inviolabilidad de los cuerpos masculinos, que reproduce nuevas formas de discriminación. Para ilustrar esta tensión, Scarce recoge las palabras de un joven indio entrevistado, de nombre T. J., quien relataba su experiencia de violencia sexual y las percepciones contradictorias que esta generó en torno a su identidad y su sufrimiento:

I think some people think anal rape of gay men is less of a violation. Especially less of a violation for people who have had anal sex. It's a kind of blame that since you've opened yourself up to violation, you somehow deserve it. It's that whole dynamic that if women wear something sexy and get raped, it's less of a violation because they chose to open themselves up to it¹⁷¹ (1997, pp. 63-64).

Con este epígrafe se concluye la reflexión sobre los mitos y las narrativas en torno a la violencia sexual entre varones. El mandato de género, la homofobia y las expectativas culturales acerca de cómo “debe” actuar un hombre desempeñan un papel decisivo a la hora de enfrentar una experiencia que contradice frontalmente esos imaginarios. Un varón violado desafía la imagen del hombre inviolable —figura que, en la narrativa sociocultural dominante, suele ocupar el lugar del agresor y no de la víctima—, lo que genera una grieta difícil de atravesar incluso para los propios sobrevivientes, quienes encuentran obstáculos para reconocerse y definirse como víctimas de una agresión sexual.

¹⁷⁰ Entrevistando a T. J., un chico indiano mudado en EE. UU., Scarce escribe con las palabras del chico: “Men also rape women anally in an effort to make the experience of forced penetration as physically painful as possible, and the anal assault may signify a special form of symbolic domination over women that exceeds vaginal rape. Even though heterosexual people engage in anal sex, the act is still very much associated with homosexuality, especially in Western cultures” (Scarce, 1997: 63); “Los hombres también violan analmente a las mujeres para que la experiencia de la penetración forzada sea lo más dolorosa posible, y la agresión anal puede significar una forma especial de dominación simbólica sobre la mujer que supera la violación vaginal. Aunque las personas heterosexuales practican el sexo anal, este acto sigue estando muy asociado a la homosexualidad, especialmente en las culturas occidentales”.

¹⁷¹ “Creo que algunas personas piensan que la violación anal de hombres homosexuales es menos violación. Especialmente menos violación para las personas que han tenido sexo anal. Es una especie de culpa de que, como te has abierto a la violación, de alguna manera te lo mereces. Es toda esa dinámica de que si las mujeres llevan algo sexy y son violadas, es menos violación porque eligieron abrirse a ello”.

La homofobia opera en distintas direcciones, creando un clima de discriminación tanto para los varones heterosexuales, en quienes la violación se interpreta como un acto de sumisión, de des-virilización y de homosexualización, como para los varones LGBTQIA+, que enfrentan una violencia de carácter estructural y sistémico. En estos últimos casos, la violencia sexual suele ser percibida desde un prisma reduccionista que la asocia únicamente a lo homosexual, de modo que se activa una narrativa culpabilizadora en la que la promiscuidad atribuida a los hombres gays se convierte en un factor de estigmatización. Todo esto refuerza lo que se ha denominado una jerarquía del sufrimiento, que establece distinciones entre víctimas consideradas “más dignas” y otras a las que se les reconoce menos legitimidad en su dolor.

El capítulo que sigue se centra en escenarios aún más específicos: los casos de violencia sexual en contextos de chemsex. Este análisis permitirá, en el capítulo siete, avanzar hacia una comparación entre los estigmas y obstáculos que atraviesan las denuncias de estas violencias, identificando diferencias y similitudes entre experiencias y narrativas.

6. Violencia sexual entre varones en contexto chemsex: construcción del deseo masculino, consentimiento y factores de vulnerabilidad

Las preguntas que guían este nuevo tramo de análisis son claras: ¿los mitos ya evidenciados en torno a la violencia sexual entre varones pueden aplicarse también a las situaciones de violencia que se pueden producir en el contexto del chemsex?, ¿existen otros mitos y narrativas que se suman a los ya mencionados?, y, finalmente, ¿qué estrategias podrían implementarse para reducir la discriminación y la injusticia epistémica que enfrentan los supervivientes de violencia sexual en estos escenarios?

Hasta este punto, se ha intentado trazar una visión panorámica en torno a los conceptos de masculinidad, erótica, consentimiento y violencia, con el propósito de establecer una base teórica y analítica sólida desde la cual abordar los casos concretos de violencia sexual entre varones. Este capítulo se inserta en continuidad con la hipótesis de investigación y mantiene un diálogo directo con el capítulo socio-etnográfico, el cual se nutre del trabajo de campo realizado en la ciudad de Barcelona en colaboración con la ONG Stop.

A partir de estas consideraciones, se avanza ahora hacia un análisis que toma como punto de partida los hallazgos socio-etnográficos para explorar con mayor detalle las motivaciones, dinámicas y factores de riesgo que pueden favorecer la aparición de situaciones de violencia sexual entre varones en el marco de las sesiones de chemsex. Comprender los episodios de violencia que pueden desarrollarse en estos espacios requiere, antes que nada, examinar los aspectos socioculturales que configuran el chemsex como fenómeno complejo. Por esta razón, antes de abordar directamente la cuestión de la violencia sexual, se analizará cómo se construyen el deseo y la erótica dentro de los chills, con el objetivo de determinar si estas prácticas reproducen de manera fiel los modelos de deseabilidad y corporalidad dominantes en la comunidad GBHSH o si, por el contrario, abren márgenes para la diferencia, la disidencia o la experimentación.

Siguiendo una estructura paralela a la presentada en el capítulo cinco, se problematizará también el concepto de consentimiento y las formas de negociar los límites, incluyendo una aproximación desde el marco jurídico. Posteriormente, se profundizará en el análisis de los casos de violencia sexual ocurridos durante las sesiones de chemsex, categorizando los diferentes tipos de violencia, explorando sus causas y recogiendo las experiencias individuales de quienes han atravesado estas situaciones de manera directa o indirecta.

6.1. Masculinidad y construcción del deseo en contexto chemsex

En el último apartado del capítulo cuatro se había presentado el chemsex desde una perspectiva teórica, mostrando cómo las narrativas biomédicas y mediáticas tienden a interpretarlo bajo una óptica patologizante, en la que los usuarios aparecen retratados como personas adictas y psicológicamente vulnerables o traumatizadas. Deconstruyendo esa mirada, se propuso situar el concepto de placer en el centro, destacando que para muchas personas el chemsex representaría la posibilidad de intensificar o expandir la vivencia erótica, utilizando las sustancias como mediaciones liberadoras que facilitan la exploración del deseo y la sexualidad. Desde una metodología con sensibilidad queer, el objetivo ha sido enfocar el fenómeno en toda su complejidad, sin negar los riesgos para la salud pública que un consumo problemático puede conllevar, pero reconociendo también la diversidad de motivaciones y trayectorias personales. Hay quienes no logran controlar su consumo, mientras que otros lo gestionan sin mayores consecuencias; hay quienes se acercan simplemente para experimentar y disfrutar, y quienes lo hacen buscando pertenencia en un contexto social en el que carecen de apoyo familiar o comunitario. Cada persona, como se ha reiterado, constituye un mundo en sí mismo, y es precisamente por ello que resulta fundamental, en el diseño de estrategias de intervención, incorporar los matices identitarios, personales y socioculturales¹⁷².

La mirada queer, al poner el placer en el centro y al cuestionar la imagen estereotipada de la persona usuaria de sustancias dentro de la comunidad GBHSH, busca ofrecer una visión más integral del sujeto. Si a este enfoque se añade una intervención centrada en la persona, desde la reducción de riesgos y el *counselling*, es posible habilitar un espacio de escucha activa y libre de juicios.

En este nuevo apartado, se abordará específicamente el deseo y las masculinidades en los *guarri-chills*, examinando hasta qué punto la narrativa cultural sobre lo que “debe” ser un hombre incide en la construcción del deseo dentro del chemsex. Se analizará si existen masculinidades privilegiadas o, por el contrario, discriminadas, y cómo la hegemonía masculina se reproduce también en estas prácticas. Asimismo, se ofrecerá una panorámica de las dinámicas eróticas más frecuentes en un chill. A nivel terminológico, y antes de entrar de lleno en este análisis, resulta pertinente aclarar dos expresiones que circulan en el argot

¹⁷² Gabriel Martín, en su último libro *Grindrburgo (y otros barrios)* así se expresa: “Hay drogas terribles y drogas que no lo son. Hay personas que sufren consecuencias por tomarlas y personas que no sufren consecuencias destacables. Hay consumidores esporádicos y consumidores incapaces de dejar de tomarlas. No podemos meterlo todo en el mismo cajón” (2024, p. 315).

comunitario, recogidas por Raúl Sorialo: “chill” y “guarri-chill”, términos empleados para referirse a distintos tipos de sesiones de chemsex:

Raúl: Es verdad que hay matices y diferencias entre “chill” y “guarri-chill”. Cuando no hay sexo y simplemente estás con amigos consumiendo sustancias en casa, escuchando música o lo que sea se le llama un “chill”. Cuando hay sexo es un “guarri-chill”. A veces el “chill” acaba en “guarri-chill” pero hay que decir que también la palabra “chill” la utilizan las personas fuera de la comunidad gay para entender el hecho de tomar unas sustancias, etc. Hay personas que utilizan diferentes palabras y también, de una ciudad a otra, el lenguaje puede cambiar.

En el argot de la comunidad GBHSH, como señala el sociólogo, se establece una distinción entre dos términos fundamentales. Un chill se entiende como una situación de consumo de sustancias que no necesariamente está vinculada al ejercicio de la sexualidad; puede tratarse simplemente de una reunión en una casa privada entre amigos que consumen y comparten drogas. Diferente es hablar de un guarri-chill, donde el consumo está orientado explícitamente a generar un contexto erotizado y sexual. No obstante, un chill puede transformarse progresivamente en un guarri-chill¹⁷³, dependiendo de cómo se desarrollen las dinámicas y de las intenciones de quienes participan.

Siguiendo las palabras de dos entrevistados en esta investigación, vemos cómo un guarri-chill se organiza:

Antonio: Pues lo que hay que hacer es conectarse a las apps de contactos, empezar a hablar con uno y normalmente, o es ya con alguien que conoces de antes y contactas con él, ¿no? Y le invita a tu casa. Yo al menos, si lo hago, es un poco así, ¿no? Con uno y luego con esa persona, si estás a gusto con él o lo que sea y os apetece a otro y luego a lo mejor a otro. Y se va construyendo poco a poco.

Leonardo: A ver, inicialmente el chill ¿cómo se construye?, son dos que quieren drogarse y quieren follar, en esa medida que los dos quieren follar y quieren drogarse, entonces comenzamos, por ejemplo, con el amigo mío, comenzamos a drogarnos y por las aplicaciones empezamos a buscar, va llegando gente, obviamente uno ve la foto de la otra persona y si lo ve físicamente atractivo, pues obviamente lo trae, porque no va a traer tampoco a cualquiera. El chico llega y puede que también venga un poco colocado de donde venga, no sabemos.

Cuando un guarri-chill se organiza en casas privadas, suele comenzar con un grupo reducido de personas, generalmente conocidas y de confianza, aunque no siempre es así. En

¹⁷³ A pesar de la diferencia terminológica y simbólica, se verá como en ciertas ocasiones las mismas personas entrevistadas utilizarán el término “chill” para referirse, en las palabras de Raúl Soriano, a “guarri-chill”.

ocasiones, los participantes se invitan previamente entre ellos o se contactan a través de aplicaciones de ligue, y el encuentro se va ampliando conforme entran y salen personas. En los primeros apartados del capítulo cuatro se destacó que una de las razones que explican la difusión del chemsex ha sido precisamente la aparición de estas aplicaciones. Fernández-Dávila (2016) observa que, aunque Grindr se utiliza, no es la aplicación más común debido a sus restricciones y a la censura de perfiles que incluyen referencias explícitas al consumo de drogas o a prácticas como el *barebacking* —sexo sin precaución—. En cambio, aplicaciones como Scruff, MachoBB o Recon permiten mayor libertad para explicitar los deseos y establecer conexiones a partir de afinidades sexuales. Se comprobó también que no es necesaria la presencia de muchas personas para que una sesión tenga lugar: puede ocurrir en trío, en pareja, o incluso en solitario, con prácticas de consumo vinculadas al visionado de pornografía o a interacciones virtuales a través de Zoom u otros canales.

Aplicaciones de ligue, sustancias específicas, turismo sexual, espacios construidos para hombres GBHSH, pornografía especializada y medicamentos como PrEP y PEP conforman un entramado que alimenta una erótica específica y favorece la construcción de identidades y procesos de subjetivación en el chemsex. Estos elementos generan un sistema de códigos compartidos, un vocabulario que —como se presentó al inicio del capítulo cuatro— circula en las propias aplicaciones y evoluciona con el tiempo y el espacio, hasta el punto de que basta cambiar de ciudad o estado para encontrar variaciones en las palabras, los emojis o, en general, en el argot comunitario. Dentro de esta red de significados, la narrativa de la masculinidad se entrelaza con la construcción del deseo y con lo erótico, vehiculando dinámicas de atracción y exclusión.

Empezando por un fragmento de un chico entrevistado, se puede ver cómo se puede entender una relación potencialmente sana con las drogas y con las demás personas en un contexto chemsex:

Leonardo: A ver yo digo que eso es como una pirámide en la cual la base es el sexo sobrio, que uno la disfruta, la vive, la goza y siente su placer, no va a tener tanto aguante, sino que va a ser un sexo que no va a durar tres, cuatro, cinco horas sino que va a durar media hora-45 minutos porque es lo normal de un sexo sobrio, de uno ir comenzar y ya correrse. Entonces la base de la pirámide es el sexo sobrio, ya después viene la segunda etapa de la pirámide que digámoslo así son como los complementos cómo la marihuana que abre los sentidos y ayuda la excitación, el Popper. Entonces son cositas que van subiendo un poco más el tiempo porque obviamente cuando uno está en medio de su traba —como se dice en Colombia— goza más, siente más, entonces va a haber mucho más tiempo y lo va a pasar bien. Y ya la última fase de la pirámide es como el plus de los pluses, que es ya digamos las drogas como tal, la Tina, el GHB, todas estas droguitas que ayudan a tener un coloción bárbaro y una experiencia inolvidable y lo

disfrutas de una forma maravillosa ¿Qué pasa ahí? obviamente ya van a llegar muchas más sensaciones, mucho más placer, lujuria, deseos, ganas y va a disfrutar uno mucho más. En todas se disfruta porque el sexo uno lo disfruta en toda sus facetas de la pirámide, pero siempre va a haber un grado más de satisfacción de acuerdo a lo que uno emplee o no emplee, entonces todo va llegando, eso pienso yo que es así, disfruto todas las facetas del sexo, sin colocarme con marihuana, disfruto todo. Obviamente hay veces que uno está con un chico y dice que rico, yo sentir esto que sentí en este momento aquí sin drogarme, pero sentirlo con este mismo chico, colocado, debe ser maravilloso, entonces uno ya voltea la pirámide y ya comienza por el revés, entonces así se va yendo.

La “pirámide del placer”, presentada por Leonardo, resulta especialmente significativa para comprender la relación entre deseo, erótica y drogas. Según su planteamiento, a medida que aumenta la potencia de las sustancias y su impacto en el cerebro, crece también el libido y la desinhibición. Los efectos varían según la sustancia, pero en general permiten un sexo más duradero, intenso, en ocasiones casi mecánico o despersonalizado, pero también marcado por la sensualidad y la liberación de los filtros conscientes.

En este sentido, las sustancias no se reducen a un mero medio para alcanzar placer, sino que forman parte integral del mismo. Las drogas, los modos de consumo, las expectativas generadas y hasta los instrumentos utilizados en la ingesta se convierten en componentes del ritual erótico del chemsex, posibilitando prácticas que difícilmente se darían en un contexto de sexualidad *vanilla*. Entre estas prácticas destaca el *barebacking*, el “follar a pelo”, que en los entornos de chemsex adquiere una centralidad particular, aunque hoy también se observa en contextos fuera de estos encuentros gracias a la existencia de la PrEP y la PEP. Como recuerda Javaid (2018b), retomando las palabras de otro autor: “Bareback sex is often synonymous with HIV/AIDS, evoking a history of stigma and disease, and locating homosexuality in the dark 1980s, an era of increased prejudice and fear (Weeks, 2016)”¹⁷⁴ (p. 9). Dentro de estas prácticas se encuentra también el *bug chasing*, consistente en la erotización del VIH, en la que una persona sin el virus mantiene relaciones sexuales sin preservativo con alguien seropositivo con el objetivo de contraerlo, resignificando potencialmente el estigma de los años ochenta como objeto de deseo y de marginalidad erotizada.

Existen, además, prácticas vinculadas directamente a la erotización del consumo. El *booty bumping*, por ejemplo, implica la introducción de drogas por vía rectal mediante una jeringuilla sin aguja y diluyendo la sustancia en agua; en otros casos, la sustancia se coloca

¹⁷⁴ “El sexo sin condón suele ser sinónimo de VIH/SIDA, lo que evoca una historia de estigma y enfermedad, y ubica la homosexualidad en la oscura década de 1980, una era de creciente prejuicio y miedo (Weeks, 2016)”.

en la punta del pene, de modo que se absorbe por las mucosas durante la penetración. Durante las sesiones, la presencia de pornografía específica es habitual, en la que el “cerdeo y guarreo”¹⁷⁵ aparece como central, así como dinámicas orientadas al *fisting* o al BDSM. Otra práctica muy erotizada es, sin duda, el *slamming*, es decir, la inyección de la sustancia.

Tal como se recogió en la guía sobre *slamming* analizada en el capítulo cuatro, existen distintas modalidades: la inyección intravenosa, cuyos efectos son inmediatos al introducir la sustancia directamente en el torrente sanguíneo; la inyección intramuscular, cuyos efectos aparecen entre diez y treinta minutos; y la inyección subcutánea, en la grasa bajo la piel. El placer no deriva solo del efecto farmacológico, sino también de la preparación de los elementos: la jeringuilla, el torniquete, la cazoleta para diluir, o el *flush* —la sangre que aparece al retirar la aguja— forman parte de un ritual erótico fuertemente cargado de significados de riesgo y control. Race *et al.* (2021) señalan que muchas personas no saben autoinyectarse y necesitan la asistencia de alguien considerado competente, lo que introduce relaciones de poder y placer en la práctica: “Injecting others was also seen as entailing specific responsibilities, from administering the drug correctly (hitting the vein), to ensuring the prevention of disease transmission (using sterile equipment, recapping needles), to making sure others are ok after the hit”¹⁷⁶ (p. 8). En esta convergencia entre *slamming*, penetración y dominación el hecho de ser *blasted*, es decir, inyectado por otra persona, intensifica el vínculo erótico y de riesgo. La erotización del *slamming* presenta variantes como el *blind slam* (pincharse con los ojos cerrados), el *blood slam* (compartir jeringuilla y sangre), o el *dry slam* (inyectarse sin solución diluyente, mezclando sangre con la sustancia para luego reinyectarla).

Finalmente, al analizar el deseo, las prácticas y la erotización en el chemsex, no puede dejarse de lado la narrativa de la masculinidad. Los modelos estereotipados de virilidad influyen también en los *chills*, generando jerarquías entre cuerpos deseados y cuerpos rechazados, reproduciendo patrones patriarcales de deseabilidad y reforzando la hegemonía masculina en un espacio que, al menos en apariencia, se presenta como liberador:

Los códigos binarios occidentales de feminidad-masculinidad también atraviesan las relaciones entre GBHSH. En las prácticas sexuales entre hombres existen roles masculinos –activos– y femeninos –pasivos–. La cultura sexual gay hegemónica reproduce estos códigos al construir el rol de activo vinculado a la masculinidad hegemónica –agresivo, rudo y penetrador–, y el de

¹⁷⁵ Véase Fernández-Dávila 2016

¹⁷⁶ “Inyectar a otros también se consideraba una actividad que implicaba responsabilidades específicas, desde administrar la droga correctamente (dar en la vena), hasta asegurar la prevención de la transmisión de enfermedades (usar equipo estéril, volver a tapar las agujas), y asegurarse de que los demás estuvieran bien después de la inyección”.

pasivo vinculado a la feminidad hegemónica —delicado, frágil y penetrable—. Durante las prácticas chemsex todos estos bio-códigos se ponen en circulación, constituidos y reforzados por las propias tecnologías que incorporan los usuarios, que orientan el deseo y placer bajo un modelo sexual coitocéntrico: consumo de viagra para provocar y mantener la erección del pene durante varias horas; popper como vasodilatador que favorece la dilatación anal; ketamina para disminuir la sensación de dolor y poder llevar a cabo otras prácticas más agresivas; GHB/GBL o anfetaminas para mantener la libido sexual y seguir siendo productivos en el sexo para conseguir el beneficio del placer o la deseabilidad (Gallardo Esclapez, 2023: 47-48).

El autor propone una mirada sugerente sobre cómo el binarismo de género y los roles patriarcales —activo/pasivo, masculino/femenino—, presentes de manera transversal en la cultura gay y reproducidos en la pornografía, en los códigos de las aplicaciones o en los entornos de ocio nocturno, influyen también en los guarri-chills. En estos espacios, el modelo de masculinidad que tiende a ser más valorado y buscado es el del *macho alfa*: dominante, fuerte, musculado, con un pene grande, siempre erecto y sexualmente activo.

Surge, entonces, la pregunta sobre si este ideal varonil es efectivamente el patrón deseado al que se aspira, o si en el contexto del chemsex se abre la posibilidad de cuestionar, e incluso dinamitar, esta narrativa. Aunque culturalmente solemos pensar la masculinidad como un monolito, en realidad siempre es plural. Como recuerda Javaid (2018b), la masculinidad hegemónica es un concepto relacional: solo puede existir en contraste con otras subjetividades que son construidas como diferentes e inferiores¹⁷⁷. Los elementos más llamativos de este ideal viril, vinculados al riesgo, la valentía, la ausencia de miedo y la dominación, aparecen encarnados en la erotización de prácticas como el slamming¹⁷⁸ o el barebacking¹⁷⁹, que, cuando no se realizan con las precauciones adecuadas, pueden implicar

¹⁷⁷ A través de las palabras de Messerschmidt, Javaid escribe: “Hegemonic masculinity is a form of masculinity that legitimates and reinforces unequal relations between men and women, between masculinity and femininity, and amongst masculinities (Messerschmidt, 2016)” (2018b, p. 8); “La masculinidad hegemónica es una forma de masculinidad que legitima y refuerza las relaciones desiguales entre hombres y mujeres, entre masculinidad y feminidad, y entre masculinidades (Messerschmidt, 2016)”. A parte de la masculinidad hegemónica, introduce otros dos conceptos, o sea masculinidad subordinada para referirse a aquellas masculinidades que no cumplen con el mandato masculino, heterosexual y masculinidad marginalizada, refiriéndose a aquellas masculinidades que por otras motivaciones como la étnica, capacitista y cultural, no cumplen con los códigos patriarcales, dominantes, blancos y burgueses.

¹⁷⁸ “This shows that men are willing to momentarily give up control to the ‘slammers’ who inject them, in order for power and control to be equipped by the ‘slammers’. Power is negotiated here, but it is contested at the same time given that the men who are being slammed are controlling the ‘slammers’ in a way that governs their body to direct them to forcefully inject drugs into them. Arguably, both men in this instance are engaging in hegemonic masculine practices”; (Javaid, 2018b: 18); “Esto demuestra que los hombres están dispuestos a ceder momentáneamente el control a quienes los inyectan, para que estos ocupen el poder y el control. El poder se negocia aquí, pero también se disputa, dado que quienes son sometidos a la inyección controlan a quienes los inyectan, controlando su cuerpo para que les inyecten drogas a la fuerza. Podría decirse que, en este caso, ambos hombres participan en prácticas masculinas hegemónicas”.

¹⁷⁹ “The risk of HIV transmission in chemsex contexts is great. It is important for this argument not to be read in a way that is either victim blaming or culturally deterministic: the embodiment of HIV allows men, in

un alto nivel de peligro a nivel de salud. Estas dinámicas, sin embargo, no se comprenden únicamente como conductas individuales, sino que forman parte de un circuito simbólico atravesado por la lógica dominación-sumisión. Javaid (2018b) escribe:

Men's attraction to the forbidden fruit of barebacking is associated with the desire to enact hegemonic masculinity. A desire for power among gay and bisexual men in chemsex settings links to the negotiation of condom use and anal sex in relation to power dynamics and objectification, in that the penetrator symbolizes masculinity allowing him to objectify and oppress others with whom he penetrates. When the penetrator inserts his sperm into the penetrated, the sperm acts as a metaphorical and symbolical reminder that the penetrator is in control, exerting power and dominancy over the penetrated for he becomes the oppressed and the submissive. There is not an emotional connection here given that unemotionality and insensitivity are key components to embody hegemonic masculinity, but rather sheer objectification¹⁸⁰ (p. 17).

A lo largo de las entrevistas realizadas se buscó explorar cómo los participantes, en tanto usuarios de chemsex, perciben la narrativa varonil dentro de las sesiones, y cómo experimentan sus propias masculinidades en relación con las expectativas y estereotipos predominantes en los chills. Las respuestas mostraron una diversidad de experiencias y posiciones que no permiten trazar una única lectura, sino más bien identificar núcleos de contenido diferenciados.

El primer ejemplo corresponde a la experiencia de un exusuario de chemsex, que describió cómo la ingesta de sustancias le generaba determinadas sensaciones vinculadas a

chemsex contexts, to form hegemonic masculinity. For example, through drug taking and casual sex, men are demonstrating not only to themselves, but also to other men that they have power and control over their HIV infection while spreading it and are in control of the virus whilst at the same time doing drugs and sexual promiscuity. In other words, men not being afraid to pass on/contract HIV is a demonstration of hegemonic masculinity for it demonstrates bravery, courage, invulnerability and hedonism"; (Javaid, 2018b: 15); "El riesgo de transmisión del VIH en contextos de chemsex es alto. Es importante que este argumento no se interprete como una forma de culpabilización de la víctima ni de determinismo cultural: la personificación del VIH permite a los hombres, en contextos de chemsex, construir una masculinidad hegemónica. Por ejemplo, mediante el consumo de drogas y las relaciones sexuales casuales, los hombres se demuestran no solo a sí mismos, sino también a otros hombres, que tienen poder y control sobre su infección por VIH mientras la propagan, y que controlan el virus al mismo tiempo que consumen drogas y practican la promiscuidad sexual. En otras palabras, que los hombres no teman transmitir/contrar el VIH es una demostración de masculinidad hegemónica, ya que demuestra coraje, valentía, invulnerabilidad y hedonismo".

¹⁸⁰ "La atracción masculina por el fruto prohibido del sexo sin protección se asocia con el deseo de representar la masculinidad hegemónica. El deseo de poder entre hombres gays y bisexuales en entornos de chemsex se vincula con la negociación del uso del condón y el sexo anal en relación con las dinámicas de poder y la cosificación, ya que el penetrador simboliza la masculinidad, lo que le permite cosificar y oprimir a quienes penetra. Cuando el penetrador inserta su esperma en la persona penetrada, este actúa como un recordatorio metafórico y simbólico de que el penetrador tiene el control, ejerciendo poder y dominio sobre la persona penetrada, ya que se convierte en la oprimida y la sumisa. No existe una conexión emocional, dado que la falta de emociones y la insensibilidad son componentes clave para encarnar la masculinidad hegemónica, sino más bien una cosificación pura".

su masculinidad y a la validación social, llegando después a otro fragmento que se centra en la autoestima y en la percepción de sí mismo:

John: ¿Como me siento cuando hago chemsex? Masculino, fuerte, me veo sexy, me veo potente.

Cuando usamos chemsex, los gays estamos muy pendientes del sexo. Nos validamos mucho dentro del sexo y es algo que no conocía antes. Podía tener varios encuentros y la gente te ve guapo, todo esto. Bueno, es que la droga hace salir tu lado más animal, yo creo, más básico, entonces estás quitando un poco todo, yo hablo mucho con las manos, yo río, entonces durante el chill se trata más del sexo, del lado más wild, guarro, salvaje y sí, te hace sentir más masculino no sé. Te sientes súper sexual y cómo tienes varios encuentros con varias personas entonces estás más validado porque siempre las mujeres que tienen varios hombres se ven como putas, pero los hombres que tienen varios hombres se ven como validado.

Miguel: Creo que hay más cosas, como por ejemplo el tema de la autoestima, es decir, a todos nos gusta sentirnos guapos, a todos nos gusta sentirnos deseados, a todos nos gusta follarnos a un tío buenorro, me explico, es decir, cada uno ya tiene sus propios conceptos de buenorro, pero claro, es decir, sentirte deseado, sentir que te desean, sentirte guapo, atractivo, te sientes que follas bien, que la gente quiere follar contigo. Eso te hace sentir muy bien y las drogas ayudan a sentirte bien y más en este entorno, entonces yo creo que la raíz básicamente es una cuestión entre dos cosas: autoestima, sentirte conectado con otra gente, sentirte que eres parte de algo, por un lado, y sentirte que eres guapo, atractivo y que gustas, por otro.

En sus testimonios se observa cómo la fuerza, la agresividad y la hipersexualidad se intensificaban durante las sesiones. John, en este caso, relató que al consumir drogas y mantener relaciones sexuales con otros hombres se sentía más salvaje y masculino, entendiendo la masculinidad como un conjunto de rasgos asociados a las expectativas sociales dominantes. Al mismo tiempo, las sustancias anulaban cualquier gesto o amaneramiento culturalmente asociado a lo femenino en los hombres gays, lo cual le permitía eludir el estigma y reforzar su autopercepción de virilidad. También mencionó la validación obtenida a través del entorno, medida en gran parte por la cantidad de parejas sexuales con las que lograba interactuar.

De manera complementaria, Miguel introdujo un aspecto distinto: la autoestima. Para él, el valor de las experiencias estaba fuertemente conectado con el hecho de sentirse deseado por otros, de ser buscado sexualmente y, en última instancia, de gustar. Estas dinámicas de validación social, atravesadas por el consumo y por la intensidad de los encuentros, ponían en juego la relación entre masculinidad, deseo y reconocimiento comunitario.

No obstante, esta imagen hegemónica de lo varonil también generó discriminación entre algunos participantes. La centralidad del cuerpo musculado, el ideal del hombre sexualmente

activo y dominante, reproducen con fuerza el modelo heteropatriarcal y excluyen corporalidades y subjetividades que no encajan en dicho esquema¹⁸¹. Entre los motivos de discriminación más señalados aparecieron la falta de musculatura o de un cuerpo normativo, la plumofobia y el edadismo. A continuación, los fragmentos correspondientes:

P6: Yo, por ejemplo, cuando empecé con el chemsex estaba muy delgado, y lo vivía mal, en el sentido de que me daba como reparo. Entonces, sí que es verdad que experimenté como todo un bucle de fijación hacia cuerpos como súper hipermasculinos. Evidentemente, no siempre accedía a ese tipo de cuerpos, pero era como, lo más típico de la hipermasculinidad que os podéis imaginar, era lo que tiraba yo. Y yo me acuerdo que empecé a ir al gimnasio, iba cinco veces a la semana y el viernes por la noche me estaba colocando hasta el domingo por la noche. Digo, “¿cómo cojones aguantaba?” Y realmente la motivación para mí era el chemsex, modificar mi cuerpo para ser más deseable, para poder estar en estos entornos sin sentirme mal. Además, cuando se empezó a complicar la cosa, cada vez me costaba más ir al gimnasio o hacer cualquier tarea que requiriera un mínimo esfuerzo porque, evidentemente, estaba destrozado, pero a la vez era como que me presionaba para hacerlo porque era más importante para mí el chemsex. Y bueno, mi vida se pasaba y también me valoraba yo en función de cuántos chills había estado, cuánta gente había follado, lo que me habían dicho, lo que me habían dejado de decir.

P1: A ver mi experiencia, ya no solo en el mundo del chemsex, sino en el mundo de las aplicaciones en general, se repite un poco. Por lo menos, en mi experiencia, se repite un poco el tema de la plumofobia, de la falta del respeto hacia los cuerpos no normativos también, porque tenemos una imagen en la mente del típico chico que hace chill. O yo, por lo menos, la tengo en mi mente, del típico musculado, súper guapo, no sé qué, no sé por qué es así, pero es así, o por lo menos la experiencia que a mí se me ha dado. Creo que hay gente a la que le libera y le hace abrir la mente y bla, bla, bla, pero también creo que hay muchas personas, en mi experiencia, como que aumentan un poco los prejuicios que tienen y lo llevan a puntos que creo que no se debería.

P3: Yo sí he sentido presión por el rollo de los cuerpos en los chill. Y sí, a lo mejor me he sentido mal en algún chill porque sentía que no cumplía con los estándares porque a lo mejor me gustaba solo uno y tampoco quería estar solamente con ese y no quería hacerles el feo a los demás, ese tipo de dinámicas que sí que he visto en los chills. Creo que hay mucho de autoestigma también, ¿sabes? Por edad por ejemplo. Yo hubo un momento en el que me planteé de, claro, “¿cuántos años tienes?” y todo era como 30, 31 y yo 41. Y ya empezaba a ser

¹⁸¹ “For men, bodily agency is important in order to obtain power and group membership, especially in chemsex contexts, offering men a way to circulate patterns of hegemonic masculinity”; (Javaid, 2018b: 16-17); “Para los hombres, la agencia corporal es importante para obtener poder y pertenencia a un grupo, especialmente en contextos de chemsex, ofreciendo a los hombres una forma de circular patrones de masculinidad hegemónica”

consciente del tiempo. Pero que a lo mejor luego a ellos les molaba, ¿sabes? Pero a mí me rayaba. Entonces sí que he sentido esa presión tanto por el físico como por la edad.

De este modo, en los relatos emergieron miedos recurrentes: no responder a los cánones de la masculinidad dominante por ser demasiado delgados, poco viriles en el sentido más estereotipado, o simplemente por ser mayores. El rechazo, en este contexto, se configuraba como una forma extrema de violencia simbólica y social, y podía experimentarse de manera especialmente dolorosa dentro del chemsex, precisamente porque en estos espacios se reproducen, con particular intensidad, los mismos estereotipos que estructuran el mundo varonil y, en particular, el universo GBHSH:

P3: Yo quería decir una cosa más, que me resulta curioso también cómo muchas veces el primer contacto lo haces como atrás de una app, y luego cuando llegas al chill siempre me ha resultado como muy incómodo cuando el tipo abre la puerta y es como, “no, no, no, mejor que no”. Es una situación súper violenta. El enfrentarte ahí a la presencia, a mí no me ha pasado mucho, pero alguna vez me ha pasado ahí y sí que me afectaba, o sea, sentir ese rechazo es jodido y lo he presenciado también y me incomoda bastante, me incomoda bastante porque incluso alguna vez recuerdo alguna conversación de decir, “¿pero estás seguro de que quieres que vaya?”, “Sí, sí, tío”, no sé qué, “vente tal” y luego llegar a la puerta y es como “no, mira, mejor que te vayas”.

Entre las personas participantes en las entrevistas también surgió una mirada diferente. No todos perciben las sesiones como contextos estrictamente binarios y patriarcales en los que se reproducen sin excepción las dinámicas y los códigos de la heteronormatividad, ni consideran que las corporalidades no normativas estén siempre excluidas de esos espacios. Por el contrario, algunos destacaron una mayor libertad, propiciada tanto por el consumo de sustancias y la desinhibición como por la posibilidad de compartir deseos y prácticas que, en otras circunstancias, difícilmente habrían tenido lugar:

Gerard: Yo creo que sí que reproduce los mismos patrones, pero abre nuevas posibilidades, en el sentido de que en una discoteca tú mirarás al cuerpo estereotipado o al chico que tú siempre has considerado que es el más guapo de todos y que tiene el mejor cuerpazo. En un contexto de chemsex, con la desinhibición de las sustancias, tú bien mirarás a esa persona y te encantará y todo el rollo, pero mirarás al gordo de al lado, gordo sin ningún tipo de connotación, simplemente es gordo. Mirarás al gordo y pensarás, “me encantaría que me reventara ese pavo y que me diera con la barriga en la cara”, y eso puede que sea algo que lo he pensado alguna vez, pero que nunca me he atrevido a materializarlo y ahora bajo el efecto de sustancias, me atrevo a pensarlo, a decirlo, a proponerlo y hacerlo, por tanto, con el tema de las adicciones

cuando hablamos de que no te vuelves estrictamente adicto a la metanfetamina o no te vuelves estrictamente adicto a la mefedrona, hay un punto de adicción en todo esto también, porque al final estas sustancias lo que están haciendo es abrir una puerta a todo este tipo de situaciones que te gustan, que te pueden gustar, pero que normalmente, por los condicionantes sociales que tengas, no te atreves a tirar adelante. O que te meen encima, o que te metan un puño, todas estas cuestiones.

Xavi: Por mi experiencia en los chills te diría, desde mi punto de vista, que no veía estereotipos sobre la imagen y la actitud masculino (quedaba en segundo plano la pluma), yo me he encontrado de todo. Lo que sí creo que hay un estereotipo bastante claro que es que la gente se agrupa por tipo/estilo de consumo, ejemplo: grupo solo de slam, grupos de Zoom (dentro de Zoom hay miles de temáticas de salas), etc... También suele ser un estereotipo que se mira el comportamiento según rol, ejemplo: un pasivo quiere estar solo con muchos activos, y un activo quiere a un versátil para él hacer de versátil también (depende lo que tomes pasiviza a la gente), Y también por gustos sexuales, ejemplo: BDSM, cerdeo, xandaleros, jockstraps, sauneros, cruisingeros, es más de comportamientos sexuales que de masculinidad.

P4: Yo con el tema de la masculinidad en el chemsex no estoy del todo de acuerdo, más que nada porque creo que el concepto de masculinidad está relacionado con el colectivo más que con el fenómeno de chemsex. Lo digo porque personalmente he estado en muchos chills a lo largo de los años de mi vida y hay muchos tipos de chills, hay muchos tipos de personas, hay muchos tipos de actitudes. No todos los chills están formados por gente súper masculina y súper guapa, hay chills de todos los tipos. Pero sí que siento, y estoy súper de acuerdo, que nuestro colectivo es súper superficial. Para empezar, tenemos las redes sociales o aplicaciones como Grindr, que lo primero que vemos es la foto, nada más, es la colección de fotos, más que la colección de fotopollas y la colección de fotoculos, más que a lo mejor otras cosas.

Según estas experiencias, el chemsex puede abrir un margen para vivir el placer de manera distinta, facilitando prácticas que algunas personas no realizarían en un contexto sobrio:

David: En eso [en el sexo] siempre he sido bastante convencional, lo que pasa que a mí me costaba mucho ser pasivo y con el chemsex pues lo podía ser. No tenía problemas. Como que me desinhibe en el sexo un poco, ¿no? Pero en cuanto a las demás prácticas sexuales, la verdad es que yo he sido bastante convencional. Lo único que sí que es verdad que estando sobrio prácticamente no he podido ser pasivo y con el chemsex sí.

En este sentido, las sesiones se convirtieron en ocasiones en un espacio para explorar el propio placer, resignificar el cuerpo y redescubrir la sexualidad más allá de la convencionalidad del sexo *vanilla*.

Es importante subrayar que estos testimonios no buscan minimizar la existencia de situaciones de discriminación ni la reproducción de cánones masculinos que otros participantes señalaron. Más bien, buscan mostrar la diversidad de vivencias, dando cabida también a aquellas experiencias vinculadas al descubrimiento de nuevas formas de placer y de corporalidad que, en un sexo sobrio, quizá no se experimentarían.

Con todo, se observó que en algunas ocasiones persisten elementos de una masculinidad disociada de la dimensión afectiva y personal. Junto a las violencias derivadas del rechazo o la discriminación señaladas por algunos participantes, la psicóloga de Stop destacó que, en el marco de la terapia, varias personas expresaron la necesidad de transformar los espacios de chemsex en ámbitos de conexión afectiva, donde además de lo erótico pueda existir escucha, diálogo y un sentido de comunidad compartida:

Joaca: respecto al chemsex hay una búsqueda como de un tipo de masculinidad puesta en lo sexual. O sea, un hombre que es potente, que es fuerte, que es salvaje. Pero también está esa posibilidad de no serlo en el chemsex porque muchos también relatan que lo que les gusta es que después se quedan conversando y se cuentan sus historias, ayudan y se escuchan y ese espacio de escucha les gusta. Entonces, claro que sí, yo creo como que en este mandato social de que el hombre es de una cierta forma y que además es una forma muy rígida de ser. Como que no hay posibilidad de movimiento en esa forma. Entonces pienso en el chemsex sin duda como a una búsqueda de la potencia, de la intensidad y que muy desde este modelo patriarcal de qué debería ser. O que, en este caso, por ejemplo, lo sensible no tiene lugar para el hombre.

La voluntad de poder hablar abiertamente con otros hombres en un contexto sexualizado remite a la necesidad y al deseo de conectar, algo que lamentablemente suele estar poco presente no solo en la cultura de las sesiones de chemsex y entre los hombres GBHSH, sino también, de manera más amplia, en la cultura masculina en general:

Gerard: Yo creo que el tema de las masculinidades es lo más jodido en el contexto chemsex, o sea masculinidades mezcladas con la alteración de conciencia, ¿no?, porque al final muchas veces cuando estás bajo sobre todo estimulantes, es como que te metes muy para adentro muchas veces y estás muy obsesionado en tu placer y no en el entorno. Es como que te puedes pasar tres cuartos de hora y ni te planteas ni dónde estás y es como tu objetivo en la vida en ese momento es hacer lo que estás haciendo, ¿no? Y claro, eso también descarta mucho el escuchar, el percibir qué es lo que quiere la otra persona, cómo... qué está pasando realmente en tu entorno, ¿no? Incluso si a tu lado está hablando alguien, tú puede que no te estés ni enterando.

En este apartado se ha puesto el foco en el deseo, el placer, las prácticas y la masculinidad. Se partió de la pregunta sobre cómo se construye y organiza una sesión¹⁸², para después describir las prácticas que en ella pueden darse y la erotización que rodea tanto a las sustancias como a su preparación. El ritual erótico del chemsex abarca no solo los encuentros sexuales en sí mismos, sino también la manipulación de materiales como cazoletas, torniquetes y jeringuillas en el caso del slamming, o pipas, juguetes sexuales y otros objetos que acompañan la experiencia. Todo ello forma parte de un entramado que busca potenciar y extender el placer.

Asimismo, se exploró la presencia del ideal varonil en las sesiones a través de los testimonios recogidos. Este ideal, asociado a una masculinidad filo-heterosexual, aparece como un modelo que privilegia un sexo duro, agresivo y violento, encarnado en cuerpos musculados, activos e incansables. La pornografía desempeña un papel clave en la consolidación de este imaginario, lo cual contribuye a reforzar dinámicas de discriminación hacia aquellos cuerpos y subjetividades que se apartan de este mandato.

Sin embargo, no todas las experiencias se inscriben en esta lógica. En algunos casos, los relatos de los participantes ponen en evidencia el potencial liberador del chemsex: la posibilidad de explorar otras sexualidades, de experimentar con prácticas diferentes o de conectar con personas que, en otro contexto, no entrarían en su horizonte erótico. Cabe preguntarse, no obstante, si este poder liberador es realmente una apertura al encuentro con el otro o si responde, más bien, a un placer de carácter egocéntrico, que tiende a objetivar a los demás bajo la influencia de las sustancias, o bien a un deseo personal reprimido que solo se permite aflorar fuera de los márgenes del sexo *vanilla*.

En este sentido, resulta especialmente llamativo un testimonio:

Antonio: Lo que pasa es que, y ahí sí que entra una cosa que es el tema de la masculinidad, del físico, etc., que hay mucha gente que cree que físicamente está muy por debajo de las posibilidades de otras personas que están en el chill y ese es el momento, como todo el mundo está bajo el efecto de las sustancias, en que tienen la oportunidad de follarse a estos tíos que están tan buenos y solo por eso les da igual si les cuidan, si no les cuidan, si les tratan como un objeto, si les tratan mal, les da igual, porque al final su objetivo es follarse a este tío que está tan bueno. Y ahí, yo creo que, hay un tema de autoestima, de auto creerse, de valorarse a uno mismo.

¹⁸² Sobre esto hay que recordar que las entrevistas y el grupo focal se centraron primeramente en el contexto de la ciudad de Barcelona y, además, los fragmentos seleccionados constituyen solamente un pequeño porcentaje de la variedad de personas que participan a sesiones. Hay que reconocer, entonces, la limitación y no considerar todo como un factor general presente en todas las situaciones.

Algunas personas utilizan el filtro de las sustancias para acceder a encuentros con hombres percibidos como “superiores” o inalcanzables en un contexto sobrio. No obstante, ese acceso también puede implicar sufrir procesos de mera objetivación erotizante.

A partir de aquí, el análisis se orientará hacia otros aspectos fundamentales de los contextos chemsex, en particular la comunicación, el consentimiento y las formas de violencia que pueden tener lugar en un chill.

6.2. Comunicación, consentimiento y narraciones sobre la violencia en el chemsex

El párrafo anterior proporcionó una visión general sobre los aspectos eróticos en el contexto de los guarri-chills, abarcando sus múltiples facetas. Se planteó, en relación con la sección dedicada a la deconstrucción del paradigma biomédico y patologizante, que el tema del placer y su búsqueda se presenta como un eje central para muchas personas que participan en el chemsex. Este placer se describe como más intenso, duradero en el tiempo y capaz de facilitar la conexión en situaciones donde existen dificultades para lograrla, o, simplemente, como un medio para liberar bloqueos personales, entre otros. Tal como se ha reiterado en diversas ocasiones, el chemsex es un fenómeno complejo, en el cual los individuos que participan en estas sesiones son multifacéticos, cada uno con motivaciones distintas, que van desde desafíos en la gestión de sus experiencias hasta situaciones de vulnerabilidad significativa o, por el contrario, una adecuada y satisfactoria administración del sexo tanto en el contexto de consumo de sustancias como en la sobriedad.

La búsqueda del placer se inserta también en las dinámicas del deseo, el cual, con frecuencia, no está únicamente vinculado a determinadas prácticas sexuales, sino a una concepción específica de la imagen corporal y a una narrativa o expectativa sobre los cuerpos. Mientras algunos entrevistados señalaron no haber experimentado discriminación debido a la masculinidad que encarnaban, ya que existen sesiones dirigidas a todas las personas y es suficiente con trasladarse a otro espacio si no se sienten cómodos en un chill; otros, por el contrario, vivieron experiencias de discriminación relacionadas con la masculinidad que proyectaban, con sus cuerpos, su edad, entre otros, y enfrentaron cierto rechazo al intentar integrarse en un contexto de chill, tanto que en el grupo focal se llegó a decir: “yo tengo un miedo tremendo al rechazo que incluso rechazo a todos antes que me rechacen o sea que prefiero quedarme en casa encerrado haciéndome mis pajas con las películas porno puestas” (P5).

En este sentido, los chills pueden reflejar las narrativas del deseo que predominan en la comunidad GBHSH, en las cuales la masculinidad idealizada se asocia con características como el cuerpo musculoso, la agresividad, la dominación, la infatigabilidad, la sexualidad activa y penetradora, perpetuando y manteniendo la hegemonía masculina que, en palabras de Javaid (2018b), excluye a las masculinidades socialmente consideradas subordinadas y marginadas.

Este apartado tiene como objetivo profundizar en la experiencia vivida dentro de las sesiones de chemsex añadiendo algo más. En las entrevistas se indagó también sobre la

existencia de dinámicas de comunicación y negociación en los chills. Además se indagó si, en términos generales, es posible hablar de consentimiento en estos contextos, así como de la medida en que se da este consentimiento. Todo esto sirve como introducción al análisis de las violencias que pueden ocurrir en los contextos de chemsex.

Ya hemos explorado las características de la violencia intragénero entre hombres en situaciones no relacionadas con el chemsex, la historicidad de los estudios sobre la violencia sexual entre varones y las dificultades para abordar este tema, dado que, según la narrativa dominante de la masculinidad, se presume que los hombres siempre sean capaces de defender su dignidad y su corporeidad. Hemos señalado los mitos en torno a la violencia sexual dirigida a otros hombres, y ahora la cuestión que nos planteamos es: ¿cuáles son las diferencias que pueden surgir entre los contextos no relacionados con el chemsex y los contextos de chemsex? ¿cuáles son los factores de vulnerabilidad que pueden contribuir a la violencia en el contexto chemsex y qué tipos de violencia podrían manifestarse en estos entornos?

En primer lugar, es necesario retomar el tema de la comunicación y del consentimiento. Como se abordó en el capítulo quinto, la noción de consentimiento afirmativo, es decir, un consentimiento claro, racional y expresado abiertamente por una persona plenamente consciente de sus estados emocionales, deseos y voluntad —y que permanece firme antes, durante y después de un acto sexual— posee validez tanto teórica como legal. No obstante, en la práctica, dadas las fluctuaciones emocionales que atraviesan las personas a lo largo de sus vivencias, este concepto debe ser adaptado al contexto. Con esto, no se pretende minimizar el significado del consentimiento afirmativo, sino más bien subrayar la necesidad de un enfoque más realista que permita su efectividad en la práctica. La psicóloga de Stop, al referirse a la posibilidad de que exista consentimiento y comunicación durante una sesión, se expresa de la siguiente manera:

Joaca: el consentimiento es flexible, o sea, debería tener capacidad de movimiento. Porque ¿qué pasa? Que dicen, “bueno, yo decidí ir a ese chill y antes de estar ahí yo sabía a lo que iba”. Entonces, después el relato es que me tengo que abarcar lo que ocurrió porque yo sabía a lo que iba. Hay una rigidez en ese consentimiento, o sea, el consentimiento es complejo, es oscuro, es sombrío. Entonces, con esa posibilidad, pienso yo, como cuando hay posibilidad de movimiento, puede ser que yo decida ir, incluso con el concepto de “voy a lo que sea”, pero llego ahí y me doy cuenta de que es un territorio en que yo no quiero estar, o que es una situación que no me gusta. Si hubiera una posibilidad de movimiento, diría, “bueno, es que puedo irme si quiero o puedo incluso decir, no estoy cómodo”. Pero es como, pienso yo, que no hubiera una posibilidad. Porque ahí ese decir, “no estoy cómodo”, es como, “estoy abriendo algo frágil”. Parece que tengo que hablar más. Aquí ya también hablábamos de eso, como el sí

y el no. Pero hay “no sé”, hay “quizás”, pero cuando yo digo el “quizás”, abre una posibilidad de diálogo para que la otra persona me diga, “a ver, pero ¿por qué quizás? ¿Qué no te hace sentir tan seguro? ¿Qué es lo que tú quieres?”, y ahí empiezo a hablar de mí, cuando empiezo a decir, “por qué no estoy tan seguro”. Pero entre el sí y el no, no hay posibilidad de diálogo. Como que no hay una apertura a dialogar. Y creo que ahí hay una rigidez del concepto, como que me tengo que abarcar todo. Y ahí aparece esa masculinidad hegemónica. Como que, “bueno, yo me metí en este problema” y aparece el mecanismo de decir, “bueno, no, esto no fue una agresión, porque yo me lo busqué, como yo quise estar ahí”. ¿Verdad? ¿Tú quisiste estar ahí? Tú quisiste estar ahí bajo este escenario, pero este escenario cambió. Es como que recién estuviéramos en ese momento de asumir que esto ocurre o que tenemos que hacernos cargo de reflexionar respecto al consentimiento. ¿Y cuál es la perspectiva que tenemos sobre el consentimiento? Entonces el consentimiento, si yo digo que es ambiguo, en el contexto chemsex es como: ¿Como podemos aplicar el mismo patrón de consentimiento que vale en situaciones, digamos, más tradicionales?

En este apartado se hace referencia a varios aspectos que resultan claves a la hora de abordar el tema del consentimiento en el contexto de chemsex. En directa conexión con estas palabras, en el capítulo cinco se realizó una crítica al texto de Pérez (2017), cuestionando la lectura que la autora ofrece del concepto de consentimiento afirmativo, ya que, según se señala, su propuesta no parece ser inclusiva. Las subjetividades que la autora considera en su crítica al concepto corresponden a sujetos heterosexuales insertos en el tejido normativo, lo cual plantea interrogantes sobre si el contexto puede influir en la interpretación de los matices del concepto de consentimiento. Además, se planteó siempre en el capítulo cinco la necesidad de reflexionar sobre cómo garantizar el respeto a los cuerpos cuando la situación no se ajusta a las normas establecidas y opera bajo lógicas y códigos lingüísticos distintos. En consonancia con lo señalado por Fernández-Dávila (2021), es fundamental ser cautos al hablar de consentimiento, dependiendo de los contextos y de la comunidad en los que nos situemos y enfrentamos. Si bien existen guías como “yes means yes” y “no means no”, es necesario comprender los códigos de la cultura sexual GBHSH para poder hablar de límites, comunicación y consentimiento en el marco de la práctica. El autor escribe:

La cultura sexual gay está compuesta por diversas sub-culturas sexuales y el ChemSex es una de ellas. Una cultura sexual tiene elementos que la definen: códigos o símbolos, normas, valores, actitudes, conductas y lenguaje. La subcultura del ChemSex posee sus propios códigos, normas, lenguaje, etc. (Fernández-Dávila, 2018; Souleymanov, 2018). Sin conocer y entender la cultura sexual gay, se puede caer en el error de extrapolar o aplicar entendimientos (de la cultura dominante o hegemónica, heterosexual) que no se corresponden con los entendimientos de la población gay. Y en el caso de los hombres que practican ChemSex se pueden llegar a hacer

descripciones inapropiadas o juicios de valor sobre sus conductas, prácticas sexuales, etc. (p. 125).

El informe *Fuck Violence* escrito por Cabezas, Espín y Menéndez (2021) —que consta de una sección cuantitativa con 455 participantes y de diez grupos focales, cada uno compuesto por diez participantes, en su sección cualitativa— reveló que, en relación con el tema del consentimiento durante las sesiones de chemsex, las situaciones de violencia pueden ocurrir incluso cuando se ha pactado y negociado previamente entre los participantes. En ciertos casos, se observó que el porcentaje de incidencias de violencia fue mayor en aquellos contextos donde existió un acuerdo previo. Estos hallazgos resultan particularmente reveladores al considerar la cuestión de la comunicación y del consentimiento en el contexto del chemsex dentro de un paradigma compartido y normativo. El mismo informe sostiene que “resulta indispensable desentrañar el conjunto de construcciones simbólicas, imaginarios sociales y percepciones que circulan en el ámbito de las prácticas de chemsex para comprender cómo se gestiona el consentimiento y cómo se desarrollan las violencias” (p. 38).

La sexualidad, como se expuso en el apartado anterior, es un fenómeno complejo en el que convergen dimensiones biológicas, sociológicas y culturales. En el caso de la sexualidad GBHSH, y de manera particular en el microcosmos del chemsex, se configuran códigos específicos que hunden sus raíces en una historia cultural específica. En este marco no puede obviarse, en ciertas situaciones, la reproducción de roles de género patriarcales, a pesar de tratarse de una sexualidad situada fuera del privilegio heterocéntrico. Los relatos y prácticas en torno al chemsex revelan, por ejemplo, la presencia de patrones como el machismo, la plumofobia, el edadismo, el capacitismo, el rechazo hacia cuerpos no considerados suficientemente viriles y la promoción de una sexualidad agresiva, activa e intensa. Estos elementos aparecerían como deseables tanto en la sexualidad GBHSH en general como en el chemsex en particular. Sin embargo, y sin ánimo de generalizar, también emergen dinámicas distintas favorecidas por la desinhibición que provocan las sustancias: experiencias que abren la posibilidad de explorar placeres alternativos y de relacionarse sexualmente con personas con las que, en condiciones convencionales, tal vez no se hubiera interactuado.

En este contexto, el consentimiento debe entenderse de manera situada, a la luz de esta historia cultural, de sus prácticas y narrativas. La influencia de las drogas, que desbloquean y que pueden alterar la capacidad de decisión, pone de manifiesto que el consentimiento afirmativo no siempre tiene cabida en los guarri-chills. Así lo expresaron algunos de los

entrevistados, quienes fueron consultados acerca de la posibilidad de establecer una comunicación clara en estos espacios:

Xavi: Dentro del Chemsex es un poco complicado establecer límites, y es que en muchas ocasiones no hay confianza con las personas del chill, o llegas a un chill ya comenzado y ya tienen sus reglas y sus códigos que no llegas a entender, haciéndotelo pasar mal a veces. Es complicado porque cada uno lleva su punto de colocón y ponerse todos al mismo punto y en la misma sintonía es complicado. Pero se pueden establecer límites antes de quedar en persona, sea por whatsapp, grindr, machobb, etc. Dejando claro que vas a tomar, que toman ellos, si hay slam o no, cuanto llevan de fiesta, etc. Creo que al final los límites te los tienes que poner tú mismo para ti mismo, porque en contexto chemsex no sabes nunca lo que puede pasar ni cómo puede reaccionar la gente. [...] Cumplir con lo pactado de los límites conforme pasa la noche es complicado también ya que te pones muy high, te sueltas demasiado y, como te lo follarías todo, pierdes la noción del peligro y de la responsabilidad y dices que por un día no va a pasar nada. Entonces te saltas alguna regla más o límite.

P1: yo siempre que he ido [a una sesión] me ha gustado hablar las cosas antes tanto lo que me gustaba como lo que no, sí que es verdad que había momentos en los que a lo mejor estaba en una situación que en mi mente funcionaba y después en la realidad no y sí que he tenido que parar y decir “no voy a seguir por este camino”, pero generalmente es algo que siempre he hablado previamente pero sí que es verdad que me he encontrado con algunas personas que tenían mucha falta de comunicación pero no creo que fuera por el contexto del chemsex. Creo que es porque en el mundo de las aplicaciones y en el mundo del colectivo gay existe mucha falta de comunicación en distintos niveles. No diría que es algo concreto del chemsex, diría que es algo que influye en el colectivo que no nos han enseñado a relacionarnos entre nosotros si no es para follarnos entre nosotros creo que está todo muy sexualizado.

Surge entonces la pregunta: ¿qué códigos y características dificultan hablar de consentimiento en términos normativos dentro de una sesión? ¿Es posible hablar de consentimiento en estas condiciones? Según Fernández-Dávila (2021), la investigación sobre violencia sexual en contextos de chemsex aún es incipiente, y debido a la trayectoria histórica y cultural de la comunidad, no siempre los participantes perciben las relaciones sexuales sin consentimiento como un acto de violencia. El autor propone una explicación en varios niveles.

En primer lugar, señala que la sociabilidad entre hombres GBHSH no funcionaría de la misma manera que en las relaciones heterosexuales. En muchos casos, el contacto físico directo sería el primer recurso para establecer una conexión. El cuerpo ocuparía un lugar central en esta cultura, como se observa en las discotecas o en otros espacios de interacción, donde el acercamiento corporal puede sustituir la mediación verbal. Que ese contacto sea

interpretado como deseado o indeseado dependerá de la persona que lo recibe. Un entrevistado italiano, vinculado a las prácticas kinky¹⁸³ y el BDSM relata lo siguiente:

Mirco: Diciamo che, secondo me, il mondo omosessuale kinky in generale tende ad abbassare l'asticella del consenso. Per cui, se in un mondo straight toccare una donna, o semplicemente sfiorarla, è un gesto inopportuno, tra noi è un po' la base per mostrare l'interesse. E per toccare intendo anche semplicemente sfiorare o appoggiare una mano sul sedere per poi toglierla immediatamente per vedere se l'altro te la sposta, ti dice di no, se ti ignora, se ricambia e cose di questo tipo¹⁸⁴.

En estos ámbitos, pero también en el mundo GBHSH en general, el cuerpo se convierte en el medio principal para manifestar interés. Esta “cultura del cuerpo y del tacto” puede llevar a que ciertos gestos sean percibidos como normales, mientras que en un contexto heterosexual serían considerados violentos¹⁸⁵, como ocurre, por ejemplo, con el hecho de tocar los glúteos de otra persona o directamente el paquete.

En segundo lugar, Fernández-Dávila subraya que no todas las culturas sexuales entienden el consentimiento de la misma forma, ni siempre se lo concibe de manera clara, explícita y racional. La comunidad GBHSH, como recuerda también Langarita (2015) en su estudio sobre el cruising, construyó históricamente sus formas de sociabilidad en condiciones de represión política y social. En ese contexto, los encuentros se producían en la clandestinidad, en el anonimato y, sobre todo, en silencio. Los rituales eróticos estaban mediados por el cuerpo, las miradas y los tocamientos más que por las palabras. Esta centralidad del cuerpo se mantiene también en la actualidad: en las aplicaciones de ligue, las imágenes suelen tener más peso que las descripciones verbales, que en ocasiones se reducen a símbolos, emojis o frases muy breves.

Langarita distingue entre símbolos corporales sustanciales —aquellos que no son modificables, como la fisonomía del cuerpo, la edad o la etnia— y símbolos corporales

¹⁸³ Con kinky entendemos un término paraguas que incluye todas las sexualidades consideradas no convencionales, o sea no vainilla. No es lo mismo que el BDSM en cuanto el kinky corresponde a las prácticas sexuales no convencionales mientras que el BDSM resultaría más como una forma de relación interpersonal donde aparecen elementos como poder, dominación o sumisión, entre otros. El kinky puede incluir por supuesto prácticas BDSM, fetish, etc. véase: <https://lampoonmagazine.com/article/2023/09/29/sessualita-kinky-vanilla-bdsm-pratiche-significato/>

¹⁸⁴ “Digamos que, en mi opinión, el mundo homosexual kinky en general tiende a bajar el nivel del consentimiento. Así que, si en un mundo heterosexual tocar a una mujer, o simplemente rozarla, es un gesto inapropiado, entre nosotros es, en cierto modo, una base para mostrar interés. Y con tocar también me refiero a simplemente rozar o poner una mano en el trasero y luego retirarla inmediatamente para ver si la otra persona la mueve, dice que no, te ignora o te corresponde”.

¹⁸⁵ Puesto que cada persona es un mundo, las palabras aquí expresadas no pretenden abarcar la totalidad de las personas GBHSH y puede que a muchas personas le resulte desagradable o a una persona que no siente que la otra persona le guste y esta segunda le toca el culo a la primera puede que la primera se enoje y que le moleste.

instrumentales y modificables, como la forma de caminar, el mantenimiento de la mirada o el acto de mostrar los genitales como señal de disponibilidad¹⁸⁶. En nuestra lectura, también en el chemsex los dos tipos de símbolos aparecerían: por un lado, debido al primer medio para entrar en contacto, es decir las aplicaciones de ligue, las fotografías más o menos explícitas funcionarían como símbolos sustanciales; por otro, emojis, abreviaciones o bios en las aplicaciones o, directamente dentro de las sesiones, gestos, miradas, acercamientos y tal vez el compartir prácticas de consumo cumplirían un papel instrumental en la comunicación.

Además, tanto en estas aplicaciones como en las interacciones presenciales, podría aparecer, en ciertos casos, la fantasía de la violencia. Algunos perfiles podrían incluir referencias explícitas al lenguaje de la agresión sexual o a prácticas asociadas con la violación. En este sentido, un fragmento de entrevista resulta especialmente revelador, pues muestra cómo los límites entre fantasía, juego erótico y violencia real pueden difuminarse en el marco de estas dinámicas:

Gerard: creo que hay como una especie de romantización de la violencia. Nos han educado y nos hemos socializado normalizando la violencia y también nos han un poco educado a desearla de alguna manera. Y ya no diré solo con el porno, pero en la cultura gay en general. Yo no sé cuántas veces he estado tomando cervezas con amigos y ha salido el tema de “me voy para casa”, “cuídate que no te violen”, “¡ojalá!”. Cuestiones de este tipo que al final, cuando se traslada al chemsex, que es una situación en la que hay sustancias que evidentemente te alteran la percepción, pero también alteran los límites del dolor, alteran lo que podría ser el consentimiento o lo que puedes estar dispuesto a hacer o no dispuesto a hacer en algún momento, pues claro, todo esto se magnifica de alguna manera.

La narrativa y la cultura de la violación, presentes también en los contextos GBHSH, pueden contribuir a una disminución de la capacidad de alerta frente a actos de violencia. A ello se suma que, en muchas sesiones, se visiona pornografía HSH que reproduce imágenes de dominación y, en algunos casos, de violencia explícita¹⁸⁷.

¹⁸⁶ Langarita, 2015: 135-136.

¹⁸⁷ Antonio: “el tema de la normalización [de la violencia] para mí es preocupante y de hecho vi un webinar que no era sobre el chemsex, sino sobre el tema de la pornografía en el mundo heterosexual, y del machismo que hay, etcétera, y la verdad es que no estaba muy de acuerdo con la chica a medida que iba avanzando ese webinar. Ella era muy incisiva en el porno, como que el porno es la culpa de todo y yo no estoy de acuerdo con eso tampoco, pero creo que sí que es verdad que el porno genera situaciones en las cuales existe violencia sexual, pero te lo presentan de una manera que parece que no la haya. Eso tanto en el mundo heterosexual como homosexual lo imitamos, pero si lo hemos visto, no te digo que lo tengas que representar en la vida real pero a veces puede ser que sea una fantasía que ni siquiera se te había pasado por la cabeza y en ese momento no digo que en el porno te salgan todas esas fantasías, eso es lo que no me ha gustado, que es lo que decía esa chica, pero creo que sí que puede ser que te dan unas ideas que están relacionadas con la violencia sexual y el consentimiento y que parece que no, como por ejemplo, esto es muy común, que alguien que esté durmiendo

Para concluir la investigación de Fernández-Dávila (2021), se lee lo siguiente:

Cuando se aborda un tema que a nivel social es delicado, sensible o controversial, el cuidado en el uso del lenguaje es importante porque el lenguaje crea realidades. No es lo mismo decir que en los contextos de ChemSex ocurre “violencia sexual” que decir ocurren “actos sexuales sin consentimiento”. En el imaginario colectivo, la primera categoría connota actos sexuales que implican uso de la fuerza física, sometimiento, dominación, hacer daño, infligir dolor o sufrimiento, etc. En cambio, la segunda categoría alude a lo que denota. Por eso se hace importante que conozcamos en su contexto y entendamos acertadamente la práctica del ChemSex porque si no terminaremos haciendo descripciones equivocadas, utilizando un lenguaje que cargará de significados negativos al término ChemSex (el cual tiene diversas definiciones, por lo tanto se desaconseja su uso a nivel poblacional) con el riesgo de estigmatizar a aquellos que lo practican (p. 133)

En este punto resulta pertinente la propuesta del autor, quien sugiere distinguir entre actos de violencia sexual y actos sexuales sin consentimiento. Mientras que en el primer caso puede tratarse de prácticas erotizadas y consensuadas —como ocurre en dinámicas BDSM o en aquellas en las que se pactan previamente palabras de seguridad para no sobrepasar los límites—, en el segundo hablamos de situaciones en las que no se respeta la capacidad decisional de la persona involucrada. Solo estos últimos, señala el autor, deben considerarse injustos y criminales, puesto que suponen la negación del consentimiento.

La propuesta del autor es relevante porque cuestiona la visión rígida del consentimiento y abre la posibilidad de comprender cómo, en contextos específicos como el chemsex, los códigos, símbolos y narrativas no hegemónicas construyen formas alternativas de entender los acercamientos sexuales. A estas diferencias contextuales y de práctica habría que reformular o, por lo menos, recodificar y resignificar lo que, en los contextos más tradicionales, se entiende por consentimiento. Aun así, debe tenerse en cuenta que las sustancias modifican la conciencia y, con ello, afectan a ambas partes de la relación: tanto a quien inicialmente había consentido solo a participar en algunas prácticas y pierde claridad sobre esos límites, como a quien, bajo los efectos, puede transgredir lo que en un principio había pactado. De aquí la necesidad de pensar el consentimiento en términos más amplios, comparando las diferencias y similitudes entre la cultura heteronormada y la cultura GBHSH —que incluye el chemsex— sin que ello suponga culpabilizar esta última¹⁸⁸, sino más bien

y otra persona, en las películas porno, se lo empieza a follar y el tío se despierta y está encantado, y eso es violencia sexual y probablemente en la vida real esa persona si se despierta y eso lo está haciendo, no creo que le haga mucha gracia. Entonces es verdad que el porno te fantasea en situaciones que a lo mejor no deberían”.

¹⁸⁸ Fernández-Dávila afirma lo siguiente: “En España, el ChemSex todavía sigue siendo mal entendido porque se han aceptado concepciones importadas (p.e. definición, drogas que se consumen, espacios, etc.) que no

reconocer la urgencia de adaptar un concepto generalizante, como el de consentimiento afirmativo, a la diversidad de situaciones y subjetividades.

En este sentido, resulta revelador que, según un informe de Cabezas, Espín y Menéndez, un 24% de los participantes reconoció no pactar ni negociar límites antes de un *chill*. Este dato plantea interrogantes: ¿se trata de la influencia de una masculinidad hegemónica que asocia la comunicación con una pérdida de virilidad y genera vergüenza en quienes participan?, ¿o refleja, más ampliamente, una ausencia de cultura comunicativa entre hombres? La lectura de Fernández-Dávila, aunque esclarecedora, también presenta limitaciones, ya que no siempre contempla los desequilibrios de poder que atraviesan estos espacios. Existen situaciones de consentimiento forzado vinculadas a la vulnerabilidad de algunos participantes: consumo problemático de sustancias, precariedad económica, falta de documentación o recursos, ejercicio del trabajo sexual o, en el caso de los más jóvenes, la dependencia de que otros costeen las drogas, lo que puede traducirse en la exigencia de algo a cambio.

De cualquier forma, Fernández-Dávila (2021) subraya:

Sin embargo, cualquier hombre que piense y sienta que ha sido vulnerado en su integridad física y sexual en un contexto de ChemSex está en todo su derecho de denunciar esta acción y de recibir todo el apoyo, ayuda y recursos que necesite. Lo que nos falta es conocer y entender por qué y cómo ocurren estos casos. Por lo tanto, antes de hablar de “violencia sexual” y plantear intervenciones dirigidas a abordarla desde posiciones ajenas o entendimientos externos a los de la población implicada, se deben promover y realizar foros de discusión abiertos, donde sean los propios hombres que practican ChemSex y toda la comunidad gay, los primeros en pronunciarse y sean ellos también los que planteen las soluciones de cambio a los problemas derivados de un fenómeno psico-sociocultural que no puede ser entendido, ni abordado, sin tener en cuenta esos aspectos (p. 134).

El consentimiento no debe concebirse como algo fijo ni estático. La persona tiene el derecho de gestionarlo de manera flexible: puede decir que sí al inicio y cambiar de opinión más tarde, o al contrario. Como señaló también la psicóloga de Stop, la complejidad de la psicología humana obliga a reconocer que no siempre un acto consentido es necesariamente un acto deseado. Muchas veces el consentimiento se otorga por razones externas —como las

corresponden con lo que la población de GBHSH local piensa, siente y hace cuando practica ChemSex. [...] Afirmar contundentemente la ocurrencia de “violencia sexual” en el contexto de ChemSex es aportar y acentuar aspectos negativos en la construcción social de esta práctica. Esto es peligroso porque puede producir reflexiones también negativas sobre el ChemSex, incluso entre los propios hombres que lo practican. Contrariamente, no se suelen nombrar los aspectos positivos que obtienen la mayoría de hombres que desde hace mucho tiempo practican ChemSex y que no tienen un consumo problemático” (2021, p. 132).

vulnerabilidades mencionadas— sin que exista un deseo real de llevar a cabo esa práctica sexual¹⁸⁹. En este punto, Cabezas, Espín y Menéndez (2021: 39) recuperan la propuesta de Olis (2019) sobre el *consentimiento entusiasta*, que no se limita a la aceptación verbal de una práctica, sino que exige que esta sea vivida de manera satisfactoria y que contribuya a mejorar la situación de la persona que ha dado su consentimiento.

¹⁸⁹ Cabezas, Espín y Menéndez (2021) reconocen: “Otra posibilidad es considerar el viejo refrán “quien calla, otorga”, siempre hay consentimiento hasta que se manifieste lo contrario. En este sentido, detectamos diferentes obstáculos que hay que sortear porque las personas somos seres complejos, nos atraviesan realidades multidimensionales, disponemos de recursos personales variados y ocupamos espacios desiguales dentro de la estructura social en general y del espacio de chemsex en particular” (p. 39).

6.3. Violencia en contexto chemsex: factores de vulnerabilidad, tipos de violencias y homonormatividad

Para abordar la violencia en los contextos chemsex de una manera ética y justa hacia los relatos de vida de las personas entrevistadas, se propone una panorámica de las distintas formas de violencia que pueden aparecer en un guarri-chill, así como de las condiciones de vulnerabilidad o de los acontecimientos que pueden favorecer su aparición. Posteriormente, se analizará la conexión entre masculinidad hegemónica, poder y violencia. Con este fin, se revisan las definiciones disponibles y el marco legal y de bioderecho, con el propósito de contar con un vocabulario lo más preciso posible. Todo ello se entrelaza con las vivencias directas o indirectas de los participantes, en un enfoque que no pretende estudiar la violencia únicamente desde lo teórico hacia lo práctico, sino en un continuo diálogo entre lo contextual y lo académico. En este sentido, sin las voces de quienes vivieron situaciones violentas, de quienes acompañaron a las personas supervivientes o de quienes presenciaron hechos violentos —negando o favoreciendo la ayuda—, este apartado carecería de sentido. Se señala lo siguiente:

Se han de considerar las situaciones de violencia no como hechos intrínsecos a todas las sesiones de *chemsex*, sino como hechos puntuales que se manifiestan de diversas formas, que pueden ser ocasionados debido a otras variables que no son principalmente las sustancias, sino otros aspectos como la salud emocional, la homofobia interiorizada, la vivencia de la sexualidad, la desigualdad en las relaciones eróticas y afectivas, el lugar dónde se realizan las sesiones, la falta de información y recursos sobre sexualidad (Cabezas, Espín y Menéndez, 2021: 49).

De igual manera que se optó por analizar el fenómeno del chemsex desplazándose del paradigma culpabilizante de la biomedicina —que retrata a las personas usuarias como sujetos con un vacío existencial, vulnerables y necesariamente adictos— hacia una perspectiva de reducción de riesgos centrada en la persona y en sus motivaciones específicas para acercarse al chemsex, también resulta necesario evitar pensar que en toda sesión prevalecen el descontrol, la falta de comunicación o la transgresión de límites que derivan en violencia.

La violencia, con su amplio abanico de manifestaciones, puede ocurrir en cualquier contexto y afectar a cualquier persona, tanto dentro como fuera del chemsex. Para comprenderla en estos espacios, se requiere una mirada interseccional y multifactorial.

No todas las personas que participan en sesiones de chemsex llegan con un consumo problemático vinculado a vulnerabilidades previas; no en todos los encuentros aparecen

situaciones de violencia; y no todas las personas con consumo problemático experimentan necesariamente violencia en estos escenarios. Sin embargo, sí existe una combinación de factores que puede aumentar el riesgo de que estas se produzcan. El informe *Fuck Violence*, de Cabezas, Espín y Menéndez (2021), retoma ideas ya señaladas al introducir el fenómeno del chemsex: la necesidad de situarlo dentro de la comunidad GBHSH —y cada vez más, de personas no binarias y trans—, su carácter cambiante según contextos culturales, accesos a los espacios, disponibilidad de sustancias, motivaciones y trayectorias de consumo.

A ello se suma que esta comunidad, históricamente, ha estado expuesta a violencias sistémicas de orden social y cultural, incluyendo las dificultades de acceso a instituciones, la violencia simbólica que impide a las subjetividades no privilegiadas pensarse fuera de categorías naturalizadas de poder —y que a menudo conduce a reproducir patrones de dominación y a esencializarlos¹⁹⁰—, además de la experiencia de estrés de minorías por pertenecer al colectivo LGBTQIA+. Todo esto convive con violencias específicas asociadas al consumo de drogas en contextos sexualizados, lo que en el plano mediático suele representar a los usuarios como sujetos adictos, promiscuos y descontrolados. Estas narrativas dificultan incluso dentro de la comunidad hablar abiertamente sobre la violencia sufrida en los chills, alimentando un conjunto de invisibilizaciones que se reproduce también en los microcosmos del chemsex¹⁹¹.

Conviene entonces detenerse en las distintas tipologías de violencia que pueden darse en este contexto. Si bien el foco de este trabajo está en la violencia sexual, no se puede obviar la existencia de otras formas de estas. Siguiendo la diferenciación de Fernández-Dávila (2021), se distingue entre violencia consentida —como la que aparece en prácticas BDSM, en las que se pacta previamente el uso de una palabra de seguridad— y violencia no consentida, donde se ejerce fuerza o coacción sin que medie un acuerdo consciente.

¹⁹⁰ Bourdieu escribe (2000 [1998]): “La violencia simbólica se instituye a través de la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador (por consiguiente, a la dominación) cuando no dispone, para imaginarla o para imaginarse a sí mismo o, mejor dicho, para imaginar la relación que tiene con él, de otro instrumento de conocimiento que aquel que comparte con el dominador y que, al no ser más que la forma asimilada de la relación de dominación, hacen que esa relación parezca natural; o, en otras palabras, cuando los esquemas que pone en práctica para percibirse y apreciarse, o para percibir y apreciar a los dominadores (alto/bajo, masculino/femenino, blanco/negro, etc.), son el producto de la asimilación de las clasificaciones, de ese modo naturalizadas, de las que su ser social es el producto” (pp. 28-29).

¹⁹¹ “Teniendo en cuenta el sistema cisheteropatriarcal dominante en el que se encuentra inmersa nuestra sociedad, se considera que en muchas ocasiones las personas que practican *chemsex* experimentan una realidad excluida de la “norma”, quedándose al margen en gran parte de los procesos de participación social hegemónicos y normados, como puede ser la familia, los grupos de iguales, la relación con el sistema de salud, con los servicios sociales, etc. Este hecho dificulta enmarcar las violencias en este contexto por las propias características del mismo, por ejemplo, que se dé entre personas del mismo género, que estas personas no tengan una relación de pareja o el tipo de prácticas sexuales que se llevan a cabo, entre otras” (Cabezas, Espín y Menéndez, 2021: 6).

Dentro del abanico, se identifica también la violencia económica, que surge en situaciones de desequilibrio de recursos. No siempre, en el chemsex, existe igualdad en las condiciones materiales: algunos participantes llegan por trabajo sexual, otros por procesos migratorios, por la búsqueda de conexión comunitaria, o por irregularidades documentales. La violencia económica aparece asimismo en jóvenes con irregularidad laboral o en personas en situación de consumo problemático extremo que han perdido estabilidad financiera. En tales casos, depender de otro para obtener las sustancias puede generar dinámicas de privilegio y sumisión, donde la persona que provee las drogas podría esperarse algo a cambio incluso si el otro no lo desea.

Otras formas de violencia ya señaladas en el apartado sobre deseo y erótica incluyen la discriminación y el rechazo hacia quienes no cumplen ciertos cánones de deseabilidad. Aquí se encuentran expresiones de edadismo, gordofobia, plumofobia, capacitismo, estigmatización hacia ciertas prácticas —como el slamming— y el rechazo verbal, insultos o exclusiones en las mismas aplicaciones de ligue¹⁹². Cabe señalar también violencias relacionadas con robos o agresiones físicas:

David: Y yo no sé si esa es una forma de agresión o no, pero yo lo he vivido: el ir a un chill y que me hayan robado datos del teléfono. Y lo he oído bastantes veces esto. He tenido algunas personas que hayan entrado dentro de mi teléfono, que hayan visto fotos que no son mías y eso a través de enchufes inteligentes. Y personas que me han dicho “¡no cargues el teléfono aquí!” y era un enchufe inteligente donde se descargaba toda la información. [...] si te han grabado, por ejemplo, pues te amenazan con enviar tus grabaciones a todos tus contactos. Por equis dinero, por ejemplo. Y eso ha pasado a varias personas que conozco. Y eso es un tipo de agresión.

P6: una vez que estaba en un chill de 8 [personas] o algo así, hubo una persona que dobló. Se la llevaron al baño y el anfitrión de la casa le llegó a pegar para que se callara en medio del doblaje y claro lo único que recuerdo nítidamente es cuando yo y otra persona fuimos al baño a preguntar y nos dijo que le había pegado por los vecinos y todo el rollo. Me acuerdo que nos quedamos yo y esta otra persona que habíamos acudido con él en el baño y es como que no entramos en conflicto con el anfitrión pero ahora pienso “hostia en ese momento debería haber confrontado de alguna manera”, pero en ese momento nos quedamos nosotros con la persona e intentamos que no grite sin pegarle evidentemente e hicimos que se marcharan.

¹⁹² Estas formas de violencias tienen una raíz más amplia que incluyen el tema de la masculinidad hegemónica en la comunidad GBHSH que por esta razón pueden excluir también otras identidades de género u orientaciones sexuales. Hay que destacar que por supuesto no en todas las situaciones del chemsex esto ocurre, pero nos pareció importante mencionarlo.

Otra forma de violencia que puede darse es la omisión de ayuda: el hecho de no intervenir cuando una persona sufre una sobredosis de GHB, dejarla inconsciente en el suelo y normalizar que estas situaciones pueden ocurrir durante una sesión:

David: Bueno, lo que sí que he visto en algún chill es que por ejemplo alguna persona haya doblado y que esa persona se dejara tirado en una habitación o en el salón, que no se ocupasen de esa persona mientras que los demás seguían con la fiesta, ¿no? Y yo también he seguido con la fiesta viendo la otra persona que estaba en el suelo inconsciente. Pero nunca agrediéndola, solo dejándolas aisladas. Sin estar pendiente de a ver qué le pasa.

El abanico de violencias es muy amplio, pero en este punto se quiere centrar la atención en las violencias sexuales. Para ello se sigue el informe de Cabezas, Espín y Menéndez (2021), que presenta las distintas tipologías de violencias de naturaleza sexual que pueden producirse en contextos GBHSH¹⁹³, aclarando que se trata de violencia intragénero, es decir, la que ocurre entre hombres que tienen sexo con hombres. Se define como “un tipo de violencia (...) que se produce entre cónyuges, parejas, amantes, ex parejas del mismo sexo, con independencia de la duración de dicha relación, donde uno de los miembros de la pareja proporciona malos tratos (físicos, psicológicos, sexuales, etc.) a otro” (Gómez García *et al.*, 2011:7). Se trata de una violencia específica que afecta a una comunidad específica.

Aquí aparece nuevamente la dificultad de aplicar términos contruidos culturalmente para explicar una realidad general a contextos concretos y con características propias. El término paraguas de “violencia sexual” se desglosa, según Cabezas, Espín y Menéndez (2021) y siguiendo el Código Penal español, en distintas categorías. Con la introducción de la Ley Orgánica 10/2022, de 6 de septiembre —la llamada ley del “Solo sí es sí”—, se entiende por violencia sexual aquella que se manifiesta “con actos agresivos que mediante el uso de la fuerza física, psíquica o moral reducen a una persona a condiciones de inferioridad para imponer una conducta sexual en contra de su voluntad” (Cabezas, Espín y Menéndez, 2021: 17).

En segundo lugar, se habla de agresión sexual, donde están presentes la violencia y la intimidación, aunque no implique necesariamente el acceso sexual al cuerpo mediante penetración con pene u otros objetos en boca, vulva o ano. Algunos ejemplos de agresión sexual serían los tocamientos íntimos o la obligación a desnudarse.

¹⁹³ Por supuesto, dado el porcentaje siempre más alto de personas trans y no binarias habría que ampliar el abanico debido a subjetividades no gay o bisex pero de momento nos centramos en la comunidad GBHSH.

En tercer lugar, se contempla la violación, categoría en la que confluyen tanto la intimidación como el acceso sexual al cuerpo de la víctima. Otro tipo es el acoso sexual, definido como “cualquier comportamiento, verbal o físico, de naturaleza sexual o con connotaciones sexuales, que tenga el propósito o produzca el efecto de atentar contra la dignidad de una persona, en particular cuando se crea un entorno intimidatorio, degradante u ofensivo” (Cabezas, Espín y Menéndez, 2021: 17)¹⁹⁴. Finalmente, se encuentran los casos de abuso sexual que, en la misma página, se pueden considerar como actos “que se cometan anulando la voluntad de la víctima mediante el uso de fármacos, drogas o cualquier otra sustancia natural o química idónea a tal efecto”.

Como ya se explicó en apartados anteriores, el marco jurídico español diferencia entre violación —que implica acceso al cuerpo sin consentimiento a través de amenazas o intimidación— y abuso sexual, donde no existe violencia ni intimidación, pero sí una “anulación” de la voluntad de la víctima, que puede deberse al uso de fármacos, drogas u otras circunstancias (Art. 180.2, CP).

Para analizar cómo se ajusta la legislación penal a la violencia sexual en los contextos chemsex, resulta útil la aportación de Paniagua Izquierdo *et al.* (2022a; 2022b). Antes de la Ley Orgánica de 2022, las violencias sexuales¹⁹⁵ cometidas contra personas en estado de inconsciencia se consideraban abusos sexuales, dado que faltaban los elementos de intimidación y violencia en el acceso al cuerpo. Con la nueva normativa, y dado que los pilares de la ley son el consentimiento y el libre desarrollo de la vida sexual de la persona, el acceso al cuerpo de una víctima sin consentimiento bajo el efecto de drogas se entiende como agresión sexual:

Ahora bien, actualmente (tras la reforma de la LO 10/2022), sería aplicable el Art. 178.2 del CP a los casos de delitos sexuales facilitados por drogas, cuyo tenor literal es el siguiente: *“A los efectos del apartado anterior, se consideran en todo caso agresión sexual los actos de contenido sexual que se realicen empleando violencia, intimidación o abuso de una situación de superioridad o de vulnerabilidad de la víctima, así como los que se ejecuten sobre personas que se hallen privadas de sentido o de cuya situación mental se abusare y los que se realicen cuando*

¹⁹⁴ Esto según la Directiva 2006/54/CE del Parlamento Europeo y se puede entender con acosos sufridos por aplicaciones móviles, amenazas de varias formas que tengan que ver con la publicación de material sexual personal y privado.

¹⁹⁵ Que, en términos generales, así viene definida: “La LO 10/2022 considera, en su preámbulo, las violencias sexuales como “los actos de naturaleza sexual no consentidos o que condicionan el libre desarrollo de la vida sexual en cualquier ámbito público o privado, lo que incluye la agresión sexual, el acoso sexual y la explotación de la prostitución ajena, así como todos los demás delitos previstos en el Título VIII del Libro II de la Ley Orgánica 10/1995, de 23 de noviembre, del Código Penal, orientados específicamente a proteger a personas menores de edad” (Paniagua Izquierdo *et al.*, 2022b: 212).

la víctima tenga anulada por cualquier causa su voluntad (Paniagua Izquierdo *et al.*, 2022b: 212)¹⁹⁶.

Ahora bien, si atendemos únicamente a la Ley Orgánica —como ya se señaló en el capítulo quinto—, se observa la parcialidad de la norma a la hora de definir a las víctimas. La ley reproduce un binarismo de género al establecer una polaridad entre lo masculino y lo femenino, y la tutela penal de las víctimas de violencia sexual contempla únicamente a mujeres y a menores. En consecuencia, aunque la sanción penal se agrave en los casos en los que haya consumo de sustancias, ya no considerados abusos, la ley no contempla la especificidad de la violencia intragénero entre hombres GBHSH en contextos chemsex.

Paniagua Izquierdo *et al.* subrayan la necesidad de una aproximación interdisciplinar para afrontar, desde una perspectiva legal y forense, las violencias sexuales que ocurren en las sesiones de chemsex:

En este contexto [el del chemsex], según las Naciones Unidas contra la Droga y el Crimen, las agresiones sexuales facilitadas por drogas (DFSA) son un subconjunto de delitos en los que se somete a la persona a actos sexuales mientras está incapacitada o inconsciente debido a la intoxicación y no puede resistirse o dar su consentimiento. Las sustancias pueden ser administradas de forma encubierta por el agresor o este puede aprovecharse de una víctima tras la ingesta voluntaria, también mediante un patrón mixto. Existen referencias de DFSA en ChemSex, no obstante, las denuncias no suelen presentarse (Fernández-Alonso *et al.*, 2019) probablemente en relación con el estigma inherente (Paniagua Izquierdo *et al.*, 2022a: 176).

¹⁹⁶ Se reproducen aquí los Artículos 178 y 179 del CP:

Art. 178: 1. Será castigado con la pena de prisión de uno a cuatro años, como responsable de agresión sexual, el que realice cualquier acto que atente contra la libertad sexual de otra persona sin su consentimiento. Sólo si entenderá que hay consentimiento cuando se haya manifestado libremente mediante actos que, en atención a las circunstancias del caso, expresen de manera clara la voluntad de la persona.

2. Se consideran en todo caso agresión sexual los actos de contenido sexual que se realicen empleando violencia, intimidación o abuso de una situación de superioridad o de vulnerabilidad de la víctima, así como los que se ejecuten sobre personas que se hallen privadas de sentido o de cuya situación mental se abusare y los que se realicen cuando la víctima tenga anulada por cualquier causa su voluntad.

3. Si la agresión se hubiera cometido empleando violencia o intimidación o sobre una víctima que tenga anulada por cualquier causa su voluntad, su responsable será castigado con la pena de uno a cinco años de prisión.

4. El órgano sentenciador, razonándolo en la sentencia, y siempre que no medie violencia o intimidación o que la víctima tuviera anulada por cualquier causa su voluntad o no concurren las circunstancias del artículo 180, podrá imponer la pena de prisión en su mitad inferior o multa de dieciocho a veinticuatro meses, en atención a la menor entidad del hecho y a las circunstancias personales del culpable.

Art. 179: 1. Cuando la agresión sexual consista en acceso carnal por vía vaginal, anal o bucal, o introducción de miembros corporales u objetos por alguna de las dos primeras vías, el responsable será castigado como reo de violación con la pena de prisión de cuatro a doce años.

2. Si la agresión a la que se refiere el apartado anterior se cometiere empleando violencia o intimidación o cuando la víctima tuviera anulada por cualquier causa su voluntad, se impondrá la pena de prisión de seis a doce años.

El contexto chemsex implica la participación voluntaria de las personas, en ocasiones con consentimiento previo pero no necesariamente¹⁹⁷, en situaciones sexualizadas que incluyen el suministro de sustancias. Sin embargo, incluso en estos casos puede producirse una sobredosis. Ya se ha señalado cómo, en particular, el consumo de GHB/GBL en dosis superiores a la tolerancia personal puede derivar en lo que, en el argot comunitario, se denomina un *chungo*. Este término hace referencia a un abanico de posibles efectos, entre ellos la pérdida de consciencia durante varias horas, dependiendo de la cantidad consumida:

Gerard: hay mucha gente que habla de las relaciones con el blackout del GHB, cuando una persona está del todo inconsciente. Sí que es verdad que el GHB afecta de manera diferente a las personas, hay personas que directamente se duermen, si se pasan con el GHB y ya está, o sea, se duermen y después se despiertan y hay otras que tienen lo que se llama el *doblar*. Entonces cuando pasa esto [el chungo], empiezan a repetir mucho las palabras de, “ay, qué bueno, ay, qué rico, ay, cómo me gusta esto, y cómo me gusta esto”, una cosa así, y después ya empiezan con los movimientos más exagerados hasta que llega algo que parecería una convulsión. Entonces en todo este proceso, hay gente que se da cuenta antes y hay gente que se da cuenta después. Y además estas personas a veces, muchas veces, cuando están en esta situación están en su cabeza, están en modo chill. Entonces claro, te buscan e intentan meter cosas así, y eso evidentemente es un estado alterado de conciencia. Pero están como buscando también tener sexo cuando evidentemente en ese momento no pueden, porque te la intentan meter y se caen. Pero hay como una especie de franja entre lo que sería el quedarse dormido y el, no digo sobriedad, pero el no estar doblando, todo este episodio del doblar, que hay gente que dice, bueno, pues está consciente, y si está consciente se puede acceder sexualmente a esta persona, ¿no? Y creo que esta es una de las cuestiones donde nos falta mucha información, ¿no?¹⁹⁸

En el plano terminológico, las agresiones sexuales vinculadas al suministro de sustancias pueden clasificarse en tres tipos. Por un lado, se encuentran las agresiones oportunistas, que se producen cuando la violencia ocurre tras quedar la persona inconsciente sin que haya existido una intención previa de agredirla, y normalmente porque la sustancia fue consumida voluntariamente; en estos casos se habla de *vulnerabilidad química*¹⁹⁹. Por

¹⁹⁷ Se quiere acordar en este caso que en el informe *Fuck violence* el 24% de las personas participantes afirmaron no pactar nada antes de acceder a los chills (Cabezas, Espín y Menéndez, 2021: 17).

¹⁹⁸ “La sobredosis no letal de GHB (o análogos) genera un estado comatoso durante 2-4 horas, con un inicio de efectos a los 5-25 minutos y fin tras 4-6 horas debido a su corta semivida. Es detectable de 3 a 10 horas e indetectable tras 12 horas. Es soluble en etanol y agua, incoloro e inodoro con sabor salado. En DFSA el GHB fue más prevalente que el flunitrazepam” (Paniagua Izquierdo *et al.*, 2022a: 177).

¹⁹⁹ “La SQ [Suministración Química] se define como la administración de sustancias psicoactivas (fármacos o drogas) a una persona sin su conocimiento, con finalidad delictiva o criminal como robo, sometimiento o agresiones sexuales. Cuando el agresor aprovecha para su beneficio la ingesta voluntaria de alguna sustancia

otro lado, se encuentran las agresiones predatorias, en las que sí existe una intención previa de dejar a la víctima inconsciente, ya sea introduciendo la sustancia en una bebida o incrementando de forma inadvertida para la persona la cantidad que ingiere; aquí se introduce el término *suministración química*²⁰⁰, que alude precisamente a la administración de sustancias con el fin de provocar la inconsciencia de la víctima. Finalmente, existe la modalidad mixta, que combina elementos de los dos tipos anteriores.

A partir de esta base terminológica surgen algunas preguntas clave: ¿existen situaciones de vulnerabilidad que pueden dar lugar a violencia sexual en los contextos chemsex?, ¿qué peso tienen la heteronorma y la reproducción de la narrativa de la masculinidad hegemónica en este proceso?, ¿hasta qué punto las condiciones contextuales —relacionadas con las prácticas, el entorno ambiental o el tipo de sustancias utilizadas— contribuyen a la aparición de situaciones violentas?

Si tomamos como primer punto de referencia el perfil de las víctimas de violencia sexual en el contexto del chemsex, tal como lo describe la literatura científica, se observa que:

En relación a las variables que se asocian y auto-atribuyen a los episodios de violencia (tabla 4), en la que se podía escoger más de una opción, hay porcentajes mayoritarios y similares entre quienes relacionan la violencia con el hecho de *tener sesiones con personas desconocidas* (43,4%) y quienes lo relacionan con *la cantidad de drogas consumidas* (42,5%). El siguiente motivo más escogido, en un 38%, está relacionado con *el tipo de drogas que se consumen*, seguido por un 33,7% que ha indicado como factor relevante la existencia de *relaciones desiguales entre las personas*. Finalmente, el *lugar dónde se realiza la sesión* es indicado por el 17,5% como una opción, y en menor frecuencia, el *tener sesiones con personas conocidas* (6,1%). Finalmente, un 7,5% de las personas encuestadas ha indicado *otras razones* que no se contemplaban en las categorías de respuesta, como la falta de empatía y de cuidado por parte de quién ejerce la violencia hacia el resto de personas, una percepción de la violencia como estímulo sexual sin ser consensuado, la presencia de personas que asisten a sesiones para aprovecharse de otras que no están conscientes para decidir (Cabezas, Espín y Menéndez, 2021: 21)

Si añadimos a lo anterior las consideraciones de Paniagua Izquierdo *et al.* (2022a), se observa que, a nivel estadístico, la franja de edad con mayor riesgo de sufrir violencia en el contexto del chemsex corresponde a la juventud, con una media de 33 años. La violencia puede, además, adquirir un carácter interseccional y tener un impacto más profundo en

incapacitante por parte de la víctima, se habla de vulnerabilidad química o SQ oportunista” (Fernández Alonso *et al.*, 2019: 289).

²⁰⁰ “La sumisión química consiste en la anulación de la voluntad de una persona, o la modificación de su comportamiento, mediante la administración subrepticia de una sustancia psicoactiva con el fin de cometer un delito” (Rial *et al.*, 2023)

personas de diferentes nacionalidades o, como ya se ha señalado, en aquellas con escasos recursos, en situación de trabajo sexual, con irregularidades documentales o con otras desigualdades socioeconómicas. Se puede leer:

Las víctimas de DFSA [Drug Facilitated Sexual Assault] en ChemSex fueron más jóvenes ($X = 33$ [25, 46]) y con más tendencia al uso sexualizado reciente de metanfetamina y mefedrona (no significativo para GHB); también mostraron más uso inyectado de drogas y menos sexo sobrio con respecto a usuarios de ChemSex sin DFSA. Tras el proceso de victimización y estigmatización algunas personas guardaron silencio por temor a reacciones homofóbicas o a las consecuencias de la legislación vigente sobre drogas. Esto es especialmente relevante en grupos vulnerables, como trabajadores sexuales, que ante sobredosis no pudieron comunicar los límites de su consentimiento. Las minorías étnicas fueron más vulnerables dada la percepción de ausencia de control. A nivel oportunista, la prevalencia de sobredosis no letal de GHB en ChemSex es del 8,8–10%. Los HSH con prácticas de ChemSex presentaron de media más eventos traumáticos. Se ha descrito un proceso de revictimización en ChemSex, donde factores traumáticos primarios precipitan un uso sexualizado de drogas como estrategia de afrontamiento (Paniagua Izquierdo *et al.*, 2022a: 177).

En cuanto a los factores de tipo personal y relacional, resulta esclarecedor comenzar con los fragmentos aportados por les psicólogues de la ONG Stop:

Joaca: Yo siempre pongo una mirada en lo social, en lo contextual, y hay como relatos —siento yo— que van apareciendo mayoritariamente: situaciones de violencia durante la infancia, de bullying, de maltrato, de violencia dentro de la familia, en contextos sociales. Creo que hay historias donde se presenta mucha violencia... Yo no sé si eso realmente tiene una relación directa con el chemsex, o más bien con el hecho de que, pensando en las personas que yo atiendo, son personas que tienen una relación problemática con el chemsex. Entonces, no sé si esto se pueda abarcar como un todo, pero sí hay historias de violencia en la infancia, de abusos sexuales, de maltrato. Ante lo incómodo, yo tiendo a evadir, a negar, a hacer como si no ocurriera. Y otros factores tienen que ver con la propia historia de los usuarios que atendemos, que mayoritariamente son hombres cis, homosexuales. Entonces, toda esta carga de la homofobia se transforma, se enquistaba en los cuerpos, y se convierte en homofobia interiorizada. Por eso hay mucho maltrato a sí mismos, son bien cañeros consigo mismos, muy exigentes. Pero en mi cuerpo, al final, queda una huella, y ahí la sustancia ocupa esa función de auxiliar: te desinhibe, te desbloquea ese bloqueo.

Pablo: Bueno, el haber sufrido violencias, por un lado, está el que esas violencias muchas veces suceden en vínculos muy importantes con los padres, con los cuidadores. Claro, eso ya juega a nivel de construcción de apego. Ya condiciona de alguna manera y hace que el vínculo sea mucho más inseguro, que haya muchas más dificultades para vincularse de una manera más

sana, desde el amor, desde la compasión. Y, claro, si hay dificultad para acceder a la compasión, es mucho más fácil que se dé la agresividad, que se dé violencia en el vínculo. [...] Cuando hemos habitado el polo de víctima, muchas veces la forma que se encuentra de salir de la posición de víctima es irse al otro pueblo, porque esa es la única alternativa a ser víctima, que es agresor.

Aunque no es posible establecer necesariamente una relación directa entre traumas vividos en la infancia y la violencia en contextos de chemsex —de hecho, los mismos psicólogos subrayaron en las entrevistas que no siempre existe tal correlación—, sí se reconoce que estas experiencias pueden formar parte de la mochila vital que una persona carga consigo al momento de construir vínculos interpersonales. Si a ello se suman los efectos desinhibidores de las drogas, las dinámicas de una sexualidad sin filtros, las prácticas prolongadas que pueden durar horas o incluso días, la ausencia de pausas, de hidratación o de alimentación adecuada, no resulta difícil comprender que puedan darse situaciones de sobrepasar los límites.

De acuerdo con las investigaciones recopiladas por Paniagua Izquierdo *et al.* (2022b), elementos como el estrés de la minoría, la existencia de eventos traumáticos previos o una salud mental deteriorada pueden incrementar la vulnerabilidad de las personas, generando desequilibrios de poder que, en el contexto de las sesiones, derivan eventualmente en situaciones de violencia. Otro factor que, sin caer en generalizaciones, puede estar asociado a este riesgo es la homofobia interiorizada. Casos de angustia y frustración respecto al propio cuerpo, la sexualidad o las relaciones con otras personas pueden alimentar una vivencia poco saludable de la sexualidad, un acercamiento problemático al chemsex y, en ciertos casos, la aparición de experiencias violentas:

Para muchos usuarios, practicar ChemSex puede convertirse en un medio para manejar la angustia, mantener la estabilidad emocional, controlar la vergüenza sexual, o aliviar el sentimiento de soledad (Weatherburn, 2017; Jin Tan et al., 2021). Estos datos indican que, para muchos usuarios, el ChemSex representa una forma de afrontamiento sexual de los problemas. [...] Entendiendo estas motivaciones como búsquedas de elementos ausentes, y yendo más allá del componente hedonista; encontramos que el perfil de un usuario de ChemSex presenta dificultades en las relaciones sociales, en la empatía y en la generación de espacios de intimidad entre iguales. Una vez más, evaluar en profundidad qué motivaciones han dirigido el acercamiento al contexto de ChemSex en el peritado resulta imprescindible (Paniagua Izquierdo *et al.*, 2022b: 228-229).

En este punto entra en juego el concepto de *homonormatividad*. Siguiendo el razonamiento de Javaid (2018c), la conexión entre chemsex y violencia puede entenderse a través de las nociones de poder, heteronormatividad y masculinidad hegemónica. La homonormatividad hace referencia a la reproducción, dentro de las relaciones intragénero, de los mismos patrones de hegemonía heterocéntrica. Así, aquello que caracteriza a la masculinidad patriarcal —el poder, el privilegio, la agresividad y la violencia hacia las sexualidades social y culturalmente secundarias— puede reproducirse también en comunidades no normativas, como la GBHSH²⁰¹. Teniendo en cuenta los códigos y la construcción del deseo en esta comunidad, así como las tipologías de violencia y discriminación relatadas por los participantes en entrevistas y grupos focales, no resulta imposible pensar en situaciones de violencia y dominación potenciadas por el efecto desinhibidor de las sustancias. Como escribe Javaid (2018c):

The option of raping a man is always available to form patterns of hegemonic masculinity if no other option is accessible. In chemsex environments, if the offender felt he could not embody hegemonic masculinity through drug taking, risk taking, barebacking, etc., then the rape guarantees his embodiment of hegemonic masculinity. This is because forcefully pinning down the victim ensures that the offender is powerful, enabling him to maintain an advantageous position of dominance over his male victim who is subordinate to hegemonic configurations of practice. Consequently, most perpetrators of male rape go unpunished, as many victims feel stigmatized post rape, so much so that they remain silent about their victimisation²⁰² (p. 6).

Subjetividades discriminadas y marginadas en el contexto social podrían, como relataba Pablo, intentar ocupar el polo opuesto cuando se encuentran en situaciones sexuales desinhibidas por el consumo de sustancias y frente a una persona que, en ese momento, desempeña un rol pasivo. En la misma línea se expresó otro de los entrevistados, cuyo testimonio reflejó esta dinámica:

²⁰¹ “En la homonormatividad, se inducen las mismas lógicas y dinámicas de poder generadoras de violencia y los roles de género de la cisheteronormatividad, afectando a las comunidades diversas y disidentes, generando situaciones no tan visibles, no tan abordadas desde el sistema jurídico y por los medios de comunicación y, sin embargo, siendo tan voraz y agresivo como el sistema dominante” (Cabezas, Espín y Menéndez, 2021: 22).

²⁰² “La opción de violar a un hombre siempre está disponible para formar patrones de masculinidad hegemónica si no hay otra opción disponible. En entornos de chemsex, si el agresor sentía que no podía encarnar la masculinidad hegemónica mediante el consumo de drogas, la toma de riesgos, el sexo sin protección, etc., la violación garantiza su encarnación de la masculinidad hegemónica. Esto se debe a que sujetar con fuerza a la víctima garantiza el poder del agresor, lo que le permite mantener una posición ventajosa de dominio sobre su víctima masculina, quien está subordinada a las configuraciones hegemónicas de la práctica. En consecuencia, la mayoría de los perpetradores de violación masculina quedan impunes, ya que muchas víctimas se sienten estigmatizadas después de la violación, hasta el punto de guardar silencio sobre su victimización”

David: Me ha pasado las últimas veces que cuando por ejemplo he hecho de pasivo, algunas personas cuando me han penetrado me hicieron daño y no quería seguir ni que la otra persona siguiera. Y yo le dije que parara y la otra persona no paraba. Y me cogía con fuerza, ¿no? Entonces eso sí que lo he vivido un poco como una agresión. Y eso me ha pasado la última vez que he consumido y que he estado con chemsex.

La homonormatividad, como ya se ha visto, remite a la reproducción de la hegemonía y del poder, al falocentrismo y a la supremacía del pene como arma simbólica dentro de un frenesí penetrador en el que los límites tienden a difuminarse. Esta lógica se manifiesta también en las discriminaciones dirigidas a corporalidades que no se ajustan al ideal de masculinidad viril considerado deseable en la cultura GBHSH, reproduciendo en ocasiones plumofobia, gordofobia, edadismo, capacitismo o serofobia. Con respecto a este último aspecto, resulta pertinente la siguiente lectura:

Un elemento que ha aparecido consistentemente en los estudios sobre *chemsex* es la presencia de la serofobia interiorizada entre quienes practican chemsex que, a su vez, viven con el VIH. Hibbert et al. (2018) revelaron que la probabilidad de que un hombre gay sea sexualmente rechazado por tener VIH es considerable y el peso de este estigma afecta a la forma en que algunos de estos hombres afrontan su sexualidad (Cabezas, Espín y Menéndez, 2021: 27).

No obstante, tal como se desprende de testimonios anteriores, es importante subrayar que los contextos chemsex son múltiples y diversos, y que en muchas sesiones es posible encontrar corporalidades variadas que reflejan la amplitud de deseos y prácticas que los participantes buscan explorar. Sin embargo, la homonormatividad vuelve a hacerse presente en otros elementos recogidos en los fragmentos analizados:

P6: yo creo que a la hora de reconocer las violencias sexuales como tal es una cuestión de personalidad por el hecho que tenemos que ser invencibles o tenemos que sobrellevarlo todo, no nos preocupamos somos machos, podemos con todo y entonces nos da vergüenza. Entiendo que cada persona puede tener problemas de expresión, pero la gestión también creo que va un poco marcada por cómo es cada persona a la hora de reconocer momentos de debilidad o situaciones de decir “no he podido gestionar ciertas cosas”. En nuestra cabeza de no haber sabido poner unos límites vale, “esto no me gusta y quiero pararlo pero puede que no le haya tenido que decir hasta ahora a nadie que pare simplemente cómo se hace esto o cómo se hace esto sin que se lo tome mal o cómo hago esto sin romperlo todo porque me lo estaba pasando bien y ahora hay un momento puntual en que no me está gustando esto, cómo freno esto sin frenarlo todo mejor que me vaya a casa, como se lo digo”, hay toda una parte de modulación de la comunicación que no nos han enseñado en ningún momento y creo que el no saber modularlo también nos hace pasar cosas.

Andrés: lo que recuerdo es que estaba en Madrid, entonces, probé esto, me ofrecieron Mefe en su momento e incluso me dicen, “¿a ti te va el slam?” Y yo desde la ignorancia, pensando que era el columpio este, y también porque no me quería sentir cateto de pueblo, dije, “sí, a mí me va”. Desde el no sentirte menos. ¿Cuál es esta razón? Y luego me dicen, “esta es la tuya”. Y yo dije que pues yo nunca me pinchaba. Me dicen, “¿pero no has dicho que sí?” Yo, “bueno, sí, pero siempre me lo hacen”. ¿Sabes cómo? Desde no querer ser, demostrar esto tú que no sabes y que eres súper novato.

Entre estos elementos se encuentra la idea de valentía asociada a la banalización, a la necesidad de no sentirse “novatos”, de demostrar estar a la altura y de evitar la vergüenza que podría suscitar expresar incomodidad o desagrado al inicio de una práctica. Estas dinámicas, en determinadas circunstancias, pueden conducir a la superación de los propios límites y a situaciones de violencia.

Otra posible motivación —y sin pretender ofrecer una lectura reduccionista ni generalizadora, sino más bien abrir el abanico de posibilidades ante un fenómeno tan delicado como la violencia sexual en el contexto del chemsex, donde las causas suelen surgir de la interacción multifactorial y contextual— es la que expuso otra de las personas entrevistadas:

Toni: No lo sé, es complicado. Hay una parte de morbo yo creo, o sea, ¿por qué alguien suministra a escondidas suficiente GHB para que esa persona doble y luego la viole y la grabe?, ¿por qué alguien hace eso? Pues, supongo que es por morbo, por placer. Es decir, porque probablemente tener sexo con esa persona lúcida y tener sexo normal, entre comillas, no le está dando placer. Entonces, es como la búsqueda de un paso más, ¿no? Es decir, yo creo que las violencias, en ese sentido, se producen cuando a la persona el sexo normal, con comillas, no le produce satisfacción. Entonces, no sé, es como que a mí follar con un tío así colocado y tal, ya no me da placer. Entonces, ¿qué hago? Lo duermo, lo violo y lo grabo. Entonces, es como buscar un paso más, ¿no?

Aquí, entonces, no se trataría de una violencia sexual que ocurre sin premeditación, sino, al contrario, de situaciones en las que existe una intencionalidad previa. En este punto reaparece la idea de una sexualidad HSH agresiva, vinculada en ocasiones a la influencia de pornografía violenta que promueve determinados patrones y que puede llevar a algunos a pensar que el “sexo duro mole” en cualquier circunstancia. A ello se suma, como ya se ha señalado, la existencia de una cultura de la violación entre varones GBHSH que se refleja en

bromas o chistes entre amigos sobre fantasías de violación, o en la falta de empatía en las relaciones interpersonales, derivada de factores individuales diversos²⁰³.

Otro factor de riesgo puede estar relacionado con el consumo problemático. No detenerse, continuar de manera constante y prolongada con las sesiones por diferentes motivos —como se ha explicado en el capítulo cuatro— podría aumentar el peligro de sufrir violencia sexual, ya sea en forma de acoso, agresión o violación. El informe de Cabezas, Espín y Menéndez (2021) subraya que el riesgo es significativamente mayor en quienes presentan un consumo problemático que en aquellos que no lo tienen²⁰⁴, debido a que se incrementaría la probabilidad de policonsumo y, con ello, de “doblar”. Cuanto más largas y frecuentes son las sesiones, mayor resultaría el riesgo. Además, el consumo problemático puede derivar en situaciones de dependencia o violencia económica, dado que otras personas presentes en el chill podrían ofrecer sustancias en condiciones de desigualdad y exigir a cambio actos sexuales no deseados. A ello se suman factores como la frecuencia excesiva, la falta de pausas para alimentarse, hidratarse, descansar o ventilar espacios cerrados. Un sexólogo entrevistado recalcó precisamente estos riesgos:

Javier Sexólogo: El cerebro tiene una función cuando dormimos, cuando aparecen las células glías que empiezan a barrer y a limpiar, hacer la limpieza de lo que en el día no se puede hacer. Para eso son las 8 horas de sueño. Entonces cuando esa limpieza no se ha hecho y siguen estando los pensamientos y siguen estando la dopamina, llega un momento que el cerebro colapsa. Por eso están las alucinaciones. Todo esto es un indicador del cerebro para decir “vete a dormir. Vete a descansar”, porque no se ha recogido la basura. Y yo creo que [también] ahí es cuando se generan situaciones de violencia. Desde la falta de descanso. Pienso que cuando uno tiene hambre, está más irritable. Yo creo que desde ahí se producen las situaciones de violencia que se pueden escuchar.

El lugar donde se practica el chemsex puede constituir también un factor a considerar. Las sesiones pueden celebrarse en domicilios propios o ajenos, en clubes de sexo, saunas, zonas de cruising y otros espacios. Según los participantes del informe de Cabezas, Espín y Menéndez (2021), mientras que las casas ajenas conllevan cierto riesgo —por ser espacios con reglas y dinámicas que limitan la autonomía de quienes acuden—, los lugares vinculados

²⁰³ O como la des-humanización de la otra persona que conlleva la asunción de sustancias y las posibles consecuencias de violencia o de no respecto hacia los pactos y la negociación (Milhet *et al.*, 2019: 16).

²⁰⁴ “Entre aquellos que afirman tener un consumo problemático, un 61,4% ha sufrido acoso: esto son 18 puntos porcentuales más respecto la media del total de la muestra (43,5%). En el caso de haber sufrido violación la prevalencia aumenta hasta la mitad (50,9%) entre los que tienen este tipo de consumo, lo que representa el doble respecto al porcentaje para el total de la muestra (25,7%). También en el caso de la violencia sexual las prevalencias son mayores a la media para las personas con consumos problemáticos” (p. 35).

al cruising fueron percibidos como los de mayor peligro, debido a su apertura, a la ausencia de control y al consumo de sustancias en entornos expuestos. Así se puede leer en el informe:

Un poco más de la mitad (el 54,5%), entre quienes han indicado que llevan a cabo las sesiones en el *exterior*, ha sufrido acoso en una o más ocasiones, y un 10,4% además señala que esto le ha pasado a menudo. Esto supone un incremento de 10 puntos porcentuales respecto a la media del total de la muestra (43,5%), y de casi el triple en el caso de haberlo recibido a menudo (3,6% de media). Un incremento similar se observa en la violencia sexual, un 33,5% de media en una o más ocasiones, frente el 46,8% para quienes lo practican en el espacio público, e incluso mayor para el caso de haber sido violado en una o más ocasiones. En este caso, un 40,3% de quienes han escogido como lugar de práctica del *chemsex* el *exterior* indican que han sido violados en una o más ocasiones (pp. 43-44).

También las saunas pueden constituir lugares de riesgo:

Xavi: Mi primera vez en la sauna iba con un amigo “sano” y no había intención de tomar nada; estaba en una etapa de vida sin chems. Entonces entramos y pedimos algo para beber. Nos pedimos un cubata y ya está. Subimos a una cabina mi amigo y yo y se nos acerca un chico alto, fuerte y guapo. Yo ya estaba un poco mareado, pero no le di importancia. Conversamos un poco con el chico y rápido empezó la acción; mi amigo se fue a por un cubata más, y es lo último que recuerdo. Me quedé dormido, inconsciente, y ahí se acabó mi primera noche de sauna. Alguien puso G en mi cubata sin yo saberlo, Entramos a las 22h y a las 24h ya dormía. Yo no me enteraba de nada, me desperté a las 7 de la mañana. Y entonces me contó mi amigo que cuando el subía de coger otra bebida, vio que el chico empezaba a penetrarme estando yo dormido, entonces tuvo que pararlo y decirle que se fuera.

P6: en una sauna me dieron el GHB y dormí y después me desperté con una persona encima directamente follándome y no la lie ni nada por el estilo pero me acuerdo de despertarme y de esa persona de 30 a 50 que me había despertado irse en ese momento.

En el caso de las saunas, las altas temperaturas pueden acelerar los efectos de sustancias depresoras y aumentar el riesgo de “doblar”, por lo que resulta fundamental realizar pausas y tomar aire.

Otro elemento de riesgo señalado por los entrevistados es el encuentro con personas desconocidas:

Es posible indicar, por otra parte, que entre las personas que suelen hacer las sesiones con *desconocidos* la prevalencia de haber recibido a menudo alguna de las violencias es mayor que para el resto de compañías (5,7% para el acoso o agresión sexual, 3,4% en el caso de agresión y

1,1% en el caso de violación). En el caso de haber recibido violencia sexual o haber sido violado, las frecuencias más elevadas las encontramos en la práctica con *personas desconocidas* (37,5% y 30,1%), seguido por la práctica con *personas que se van conociendo* en las propias sesiones (Cabezas, Espín y Menéndez, 2021: 47-48).

En general, según Cabezas, Espín y Menéndez (2021), la probabilidad de sufrir violencia sexual aumenta cuando no existe un conocimiento previo entre los participantes:

Alberto: Ese tío me pincha algo que yo no sé si mi cuerpo siquiera va a poder lidiar con ello entonces no dejaba de escuchar voces y entonces ha sido un momento de confusión. Me desperté y de hecho el tío se quedó impresionado porque no esperaba que me hubiese despertado, dejó de follarme, le dije: “no ves que estoy en un ataque de ansiedad?”, no recuerdo que me hace, pero bueno, hizo como si quisiera que me callase y entonces obviamente me vuelvo a dormir. Al despertarme lo único que siento es que mi cuerpo está paralizado, no pude moverlo y estaba con ansiedad brutal porque encima no dejaba de escuchar voces y empezaba a sentir todos los efectos paranoicos de las drogas que nunca en mi vida me habían afectado, entonces esa violación ha sido un disparador.

A pesar de ello, en ocasiones también se observan dinámicas de cuidado mutuo dentro de las sesiones. Al inicio del apartado se hizo referencia a la omisión de ayuda como una forma de violencia; sin embargo, los testimonios recogidos muestran también lo contrario: actitudes de protección y asistencia entre los participantes:

Gerard: yo he visto situaciones, ¿no?, en las que una persona se estaba quedando dormida o estaba empezando a doblar y que una persona iba a tener sexo —bueno a acceder al cuerpo de esta persona— y el grupo en sí le ha dicho “eh, párate, porque esta persona ahora mismo no es consciente”.

Leonardo: si yo estoy con un tío y este tío se dobla, yo creo que lo más sano de mi parte y lo mejor que puedo hacer es ayudarlo para que él se recupere, no abusar de él mientras está doblado porque así como le pasa a él me puede pasar a mí y yo no quiero que de mí abusen si yo me voy a doblar y yo al otro día o a las dos tres horas despertarme y sentirme violado.

En cualquier caso, estas consideraciones no deben interpretarse de manera reduccionista. La violencia sexual, como se ha intentado mostrar, es un concepto paraguas que incluye distintas formas: acoso, agresión, abuso y violación. En los contextos chemsex, al igual que en otros, pueden presentarse múltiples violencias, no solo sexuales, sino también sistémicas, económicas, discriminatorias y relacionadas con la reproducción de patrones de

masculinidad hegemónica. Lo fundamental, al analizar factores de riesgo y motivaciones, es atender al contexto específico en el que la violencia ocurre: un entorno que implica el uso de sustancias con fines sexuales y en el que estas forman parte del ritual erótico.

Además, se trata de un fenómeno que afecta principalmente a hombres GBHSH — aunque cada vez más participan también personas trans y no binarias—, lo que obliga a enmarcar el análisis en los códigos, símbolos y elementos históricos y culturales propios de una comunidad no normativa. Conceptos como consentimiento, motivaciones o vulnerabilidad requieren ser pensados desde esa perspectiva para evitar generalizaciones ciegas.

A lo largo de este apartado se han señalado algunos factores de vulnerabilidad que pueden favorecer situaciones de violencia sexual. Sin embargo, debe enfatizarse que se trata de un fenómeno marcado por la multifactorialidad contextual: no existe una relación directa, necesaria o suficiente entre dichos factores y la aparición de actos violentos. Estas situaciones pueden darse en cualquier momento y a cualquier persona, o bien no ocurrir en absoluto. Sensibilizar en torno a ello resulta esencial para contribuir a la construcción de una cultura más abierta, informada y consciente:

En conclusión, la complejidad del patrón de consumo en contexto de ChemSex requiere una respuesta multidisciplinar para su correcto abordaje integral. El estudio de la conducta criminal y victimológica en este contexto es escaso en España, por lo que debe ser uno de los objetivos a contemplar para luchar por los derechos y proporcionar una atención que mejore la calidad de vida de las personas con problemas derivados de su práctica, inclusive el estigma y la discriminación (Paniagua Izquierdo *et al.*, 2022b: 232).

7. Victimización secundaria y obstáculos en la denuncia en caso de hombres víctimas de violencia sexual por parte de otros hombres

En los capítulos anteriores se abordaron algunos ejes fundamentales, entre otros la construcción sociocultural de la masculinidad, marcada por un ideal falocéntrico y predatorio que ha estigmatizado históricamente las prácticas sexuales anales como signo de feminización u homosexualización (Preciado, 2008). Además, se analizó el fenómeno del chemsex en Barcelona, el cual, lejos de ser un fenómeno uniforme, responde a dinámicas contextuales ligadas a la disponibilidad de drogas, las motivaciones individuales y los códigos culturales de la comunidad GBHSH.

En continuidad el análisis se centró en la violencia sexual intragénero entre varones. Los primeros estudios, surgidos en los años ochenta, mostraron cómo estas violencias no se pueden explicar por un deseo sexual descontrolado, sino por dinámicas de poder, control y feminización punitiva del agredido. A este fenómeno contribuyen narrativas culturales que invisibilizan a los hombres como posibles víctimas y refuerzan el silencio y la impunidad.

Finalmente, se profundizó en la violencia sexual en el contexto del chemsex, poniendo en el centro el consentimiento, los factores de vulnerabilidad y la influencia de la homonormatividad y la masculinidad hegemónica en la configuración de prácticas y deseos.

Este capítulo final tiene como propósito explorar si existe una correlación entre las representaciones y narrativas de la masculinidad y las dificultades, obstáculos y discriminaciones que enfrentan los varones a la hora de visibilizar y denunciar haber sufrido una agresión sexual por parte de otro hombre. Asimismo, se analizan las posibles diferencias y similitudes entre estos obstáculos según el contexto en que se haya producido la violencia, ya sea vinculada o no al chemsex.

Esta reflexión permitirá abrir un debate sobre las formas de injusticias epistémica que atraviesan a los hombres víctimas de violencia sexual entre varones, así como sobre las medidas necesarias para promover una mayor sensibilización social, un entorno menos culpabilizante y el reconocimiento de estas realidades.

7.1. Similitudes y diferencias de estigmas en caso de violencia sexual en contexto no vinculados al chemsex y en sesiones de chemsex

Este apartado tiene como propósito dar continuidad a los ejes de análisis expuestos en los capítulos anteriores, en particular aquellos que profundizan en la temática de la violencia. En el capítulo cinco se presentaron los principales estudios que, desde la década de los años ochenta, comenzaron a visibilizar la violencia sexual entre hombres. Tal y como se argumentó, estas investigaciones surgieron de manera incipiente, enfocadas inicialmente en contextos institucionales —como el ámbito militar, penitenciario o deportivo—, para posteriormente extenderse al análisis de situaciones de violencia sexual en entornos cotidianos. Se enfatizó que cualquier varón puede ser víctima de este tipo de violencia, a pesar de los discursos y mitos que persisten en el imaginario social, los cuales asocian estas experiencias exclusivamente a hombres pertenecientes a la comunidad LGBTQIA+, y más concretamente, a aquellos varones que se identifican o son percibidos como portadores de una masculinidad subordinada o marginalizada, en contraposición a los modelos hegemónicos.

Asimismo, se introdujo la noción del daño identitario que puede experimentar un varón víctima de violencia sexual, más allá de las consecuencias psicofísicas. Desde una perspectiva crítica, se problematizó cómo la narrativa binaria y patriarcal posiciona a la masculinidad en el extremo opuesto de la figura de la víctima. Este posicionamiento contribuye a que muchos varones carezcan de los recursos simbólicos, discursivos y conceptuales necesarios para reconocer o nombrar las situaciones de violencia sufridas. Lo masculino sigue asociado socialmente a atributos como la fortaleza, la valentía, la agresividad y, en última instancia, el rol de perpetrador, dificultando el reconocimiento de los hombres como potenciales víctimas, salvo en situaciones donde medien amenazas explícitas o la administración de sustancias o alcohol que reduzcan sus capacidades de defensa.

En esta construcción cultural influyen de manera determinante los mitos vinculados a la supuesta impenetrabilidad e inviolabilidad del cuerpo masculino, así como la representación de la sexualidad masculina como necesariamente activa, falocéntrica e incesante. Estos mitos, asociados al orgullo viril, al control del propio cuerpo y a la preservación de la dignidad masculina, convierten la experiencia de una agresión sexual entre varones en un estigma, una fuente de vergüenza y un factor generador de culpa. Escribe Javaid (2017c): “Metaphorically and symbolically, then, male rape victims are constructed as “dirt”, as the

“diseased”, and the “abnormal” because their experience of rape runs counter to notions of compulsory and “normal” heterosexuality”²⁰⁵ (pp. 11-12). Hay un desafío cuando se habla de violencia sexual entre varones, una grieta en la idea de masculinidad monolítica.

Estas mismas dinámicas y representaciones pueden observarse también en los casos de violencia sexual ocurridos en el marco de sesiones de chemsex. Como se analizó en el capítulo anterior, se introdujeron los debates sobre la construcción del deseo, la comunicación y el consentimiento en estos contextos, identificando una coexistencia de discursos y prácticas que, aunque pueden parecer contradictorios, coexisten de manera compleja.

Por un lado, ciertas dinámicas dentro de los guarri-chills reproducen los ideales de masculinidad hegemónica presentes en amplios sectores de la comunidad GBHSH. Desde esta perspectiva “homonormativa”, se privilegia un ideal corporal y conductual asociado a una masculinidad filo-heterosexual, encarnada en varones musculados, sexualmente activos, incansables, con penes de grandes dimensiones y en constante erección, lo que genera situaciones de discriminación hacia los cuerpos que no se ajustan a estos estándares.

Por otro lado, se identificaron también experiencias donde la desinhibición generada por el uso de sustancias facilita un espectro más amplio de posibilidades eróticas, permitiendo a cuerpos diversos explorar y experimentar su sexualidad fuera de los márgenes tradicionales. Sin embargo, se advirtió que, en este contexto, pueden concurrir factores interseccionales de vulnerabilidad —como el policonsumo de sustancias, situaciones de precariedad económica, procesos migratorios, la práctica del trabajo sexual o simplemente los riesgos asociados a la prolongación del tiempo de consumo— que incrementan la probabilidad de que se produzcan situaciones de violencia sexual, incluyendo sobredosis o episodios de pérdida de conciencia. En todas estas situaciones, se constató que las dinámicas de poder y dominación desempeñan un papel central en la configuración de las violencias.

En este epígrafe se pretende analizar de qué manera los mitos y creencias en torno a la violencia sexual entre varones contribuyen a la creación de un clima de culpabilización, falta de empatía y escasa disposición a la escucha de las víctimas. Este análisis no se limita a los efectos que estas violencias tienen sobre los varones que las sufren, sino que se extiende a examinar el impacto que dichas representaciones sociales tienen en los actores clave que desempeñan un rol fundamental en la atención, el acompañamiento y la respuesta institucional: como voluntariado, cuerpos policiales o profesionales sanitarios.

²⁰⁵ “Metafórica y simbólicamente, entonces, las víctimas masculinas de violación son construidas como “sucias”, como “enfermas” y “anormales” porque su experiencia de violación contradice las nociones de heterosexualidad obligatoria y “normal”.

El objetivo es explorar si existen diferencias o similitudes en las actitudes, reacciones y prácticas de atención en casos de violencia sexual entre hombres en contextos generalizados y en situaciones específicamente vinculadas al chemsex.

Para iniciar este análisis, se partirá del examen de las reacciones y percepciones de los actores sociales que brindan atención a hombres que han sido víctimas de violencia sexual, partiendo de los testimonios recogidos durante el trabajo de campo:

Javi: Me desperté en el hospital con un tubo metido en la boca porque no podía respirar por mí mismo con manos y pies atados a la cama porque me intentaba quitar el tubo. Cuando yo me desperté y me levanto me quitaron el tubo y me dije: “Pero ¿dónde coño estoy?”. Viene una enfermera y es una de las cosas que más me jodieron diciéndome: “¡que menuda fiesta ayer, eh!”. Y claro yo no entendía nada. Yo realmente no sabía lo que había pasado porque de verdad no me había enterado. ¿Sabes cuando me enteré? Me metieron una sonda por el pene y me analizaron la orina y di positivo en todas las drogas del mundo. Entonces claro, de allí me enteré. [...] Cuando me dieron el parte médico, yo fui a la policía y lo conté. “Ya, pero ¿cómo sé que esto es verdad?”, me contestó el policía. Te juro que me quedé blanco cuando recibí esta respuesta. Digo: “Bueno, porque se lo estoy contando”, y él: “bueno, pero ¿y eso cómo lo demuestras?”. Al final conseguí poner la denuncia después de varios tentativos en varias centrales. Intenté a la de Vallecas, la de Delicias, Leganitos y una más que no me acuerdo. Y en todas, a parte la última, recibí esta reacción. El hecho que el parte médico no indicaba nada.

Dani: me dieron las pastillas y me acuerdo que la doctora me las dio y me dijo, “bueno, que sepas que el importe de este tratamiento que te estamos dando es de mil y pico euros”, que no sé qué, encima como culpabilizándome, ¿sabes? [...] Y cuando acabo el tratamiento, el último día, pues con la doctora caí: en ningún momento dije que me habían drogado ni nada, simplemente llegué ahí, me hacía el tratamiento y al final, el último día, me dijo, “bueno, espero que hayas aprendido la lección y que a partir de ahora vayas con más cuidado”, entonces cuando le dije, mira, lo siento pero no, te equivocas, o sea, no es que yo haya ido con cuidado o no, que al margen de eso tampoco creo que tengas que tener que ir con moralismos, pero que sepas que pasó esto.

Dos situaciones que introducen un tema que Javaid (2018a) expresa: la segunda victimización (*secondary victimization*) que él describe así:

Secondary victimization refers to service providers' attitudes and conducts that are insensitive, re-traumatizing and 'victim blaming', which traumatize victims of sexual violence who are being

served by such service providers (for example, the police, the voluntary sector, the health care system and the courts)²⁰⁶ (p. 5).

En los testimonios de Javi y Dani se evidencia una actitud institucional de culpabilización y de falta de credibilidad hacia los relatos de ambos supervivientes. En el caso de Javi, hallado en el hospital en estado de inconsciencia debido al consumo de sustancias, y en el caso de Dani, quien solicitó asistencia farmacológica tras haber experimentado una práctica sexual no consentida y sin medidas de protección, los profesionales sanitarios adoptaron una actitud punitiva y juiciosa. Del mismo modo, se observa la ausencia de credibilidad y la deslegitimación del testimonio de Javi por parte de los agentes de policía.

Este tipo de respuesta institucional constituye un fenómeno conocido como revictimización o victimización secundaria, que implica una re-traumatización de la víctima, la invalidación de su relato y la generación de un sentimiento de culpa, todo lo cual refuerza lo que Benedetta Lo Zito (2022) describe en su análisis sobre la cultura de la violación. Lo paradójico y preocupante de esta situación radica en que estos comportamientos provienen justamente de quienes, en teoría, deberían brindar contención, apoyo y asistencia a las personas afectadas.

Ante este panorama, surgen interrogantes fundamentales: ¿cuáles son las causas estructurales y simbólicas que originan esta victimización secundaria?, ¿qué particularidades adquiere este fenómeno cuando la víctima es un varón que ha sufrido violencia sexual ejercida por otro varón?, y ¿existen diferencias cuando la agresión sexual ocurre en un contexto de chemsex?

Los mitos socioculturales en torno a la violencia sexual entre varones generan una disonancia profunda entre las expectativas impuestas sobre la masculinidad y la posibilidad de que un hombre sea víctima de agresión sexual. Esta incongruencia no solo afecta a los propios varones sobrevivientes, quienes muchas veces encuentran dificultades para reconocerse como víctimas, sino que también impacta en las actitudes y prácticas de las personas e instituciones encargadas de prestar asistencia.

El mandato de género y las representaciones hegemónicas de la masculinidad se reproducen de manera transversal en toda la sociedad, como lo señala Javaid (2015): “The police, courts, and voluntary services do not take the issue of male rape seriously, as they

²⁰⁶ “La victimización secundaria se refiere a las actitudes y conductas de los proveedores de servicios que son insensibles, retraumatizantes y que “culpan a la víctima”, lo que traumatiza a las víctimas de violencia sexual que están siendo atendidas por dichos proveedores de servicios (por ejemplo, la policía, el sector voluntario, el sistema de atención de la salud y los tribunales)”.

exercise secondary victimization to male victims of rape, eventually ending in their case being dropped out of the criminal justice system, adding to their emotional effects of rape”²⁰⁷ (p. 283). Este fenómeno se ve reforzado por el mito que minimiza o directamente niega la existencia de la violencia sexual hacia los varones, fenómeno que se ve acentuado por la escasa o nula representación mediática de estos casos. Como consecuencia, no solo se observa entre los varones víctimas una tendencia generalizada a no denunciar los hechos, sino que además, las estructuras institucionales de acogida y acompañamiento no se han desarrollado adecuadamente para atender a hombres víctimas de violencia sexual²⁰⁸. Todo ello contribuye a la falta de una cultura colectiva que acepte y reconozca que estas agresiones pueden ocurrirle a cualquier persona, independientemente de su edad, género, identidad u orientación sexual, nivel educativo o situación laboral.

En este sentido, resulta particularmente ilustrativo el testimonio brindado por la psicóloga italiana entrevistada:

Psicóloga Verona: L’iter che seguiamo è lo stesso per tutte le vittime di violenza: contatto telefonico, il fissare un appuntamento presso il nostro Centro o anche solo un appuntamento telefonico in caso di impossibilità a venire. Si fa, poi, un primo colloquio dove si valuta nel dettaglio la situazione di provenienza, le risorse a disposizione della persona e qual è la progettualità della vittima di violenza. In sintesi, da che risorse partiamo e cosa la persona pensa di fare tenendo sempre in primaria posizione le sue volontà. A seconda di tutte queste premesse si valuta il da farsi in fase di consulenza e colloquio: assistenza legale, sostegno psicologico, sostegno sociale e tutto ciò che può essere necessario alla persona. Quando viene un uomo a chiedere aiuto e dimostra la necessità di aver bisogno di un’accoglienza, fosse anche emergenziale, questo non ci è possibile fornirlo perché non abbiamo le strutture adatte. [...] nel caso in essere, un uomo è più facile che abbia un amico che gli offre un divano o comunque delle risorse personali. Mentre invece per una donna non è immediato che sia in possesso di tutto ciò, difficilmente trova un divano su cui stare²⁰⁹.

²⁰⁷ “La policía, los tribunales y los servicios voluntarios no toman en serio el problema de la violación masculina, ya que ejercen una victimización secundaria sobre las víctimas masculinas de violación, lo que finalmente termina con el desistimiento de sus casos en el sistema de justicia penal, lo que aumenta los efectos emocionales de la violación”

²⁰⁸ Abdullah-Kahn (2008) escribe: “At present, our culture is such that men are not permitted to be victims of rape and, therefore, they do not expect that anyone will make them submit sexually. This element of shock and surprise adds to the trauma when men are raped” (p. 26); “Actualmente, nuestra cultura prohíbe que los hombres sean víctimas de violación y, por lo tanto, no esperan que nadie los someta sexualmente. Este elemento de conmoción y sorpresa agrava el trauma cuando los hombres son secuestrados”.

²⁰⁹ “El proceso que seguimos es el mismo para todas las víctimas de violencia: contacto telefónico, cita en nuestro Centro o, incluso, una simple cita telefónica si no se puede acudir. Posteriormente, realizamos una entrevista inicial donde evaluamos en detalle la situación de origen, los recursos disponibles y los planes de la víctima. En resumen, con qué recursos partimos y qué planea hacer la persona, priorizando siempre sus deseos. En función de estas premisas, evaluamos qué hacer durante la fase de consulta y entrevista: asistencia jurídica, apoyo psicológico, apoyo social y todo lo necesario. Cuando un hombre solicita ayuda y manifiesta la necesidad de ser recibido, incluso por emergencia, no podemos proporcionársela porque no disponemos de las

Aunque de manera posiblemente involuntaria, la psicóloga entrevistada reprodujo estereotipos de género en su discurso. Si bien afirmó que el centro en el que trabaja puede atender —y de hecho ya lo ha hecho— a hombres víctimas de violencia, señaló que, en caso de que dichos varones necesitaran un espacio seguro donde permanecer, ya que evidentemente no podrían regresar a su hogar, la institución no contaría con la posibilidad de derivarlos a recursos específicos, como sí ocurre en el caso de las mujeres víctimas de violencia. La psicóloga reiteró esta afirmación, sosteniendo que para un varón sería más sencillo solicitar alojamiento a un amigo, sin considerar que, en ese escenario, el hombre víctima de violencia probablemente debería justificar ante ese mismo amigo la razón de su solicitud de hospitalidad. Dicha justificación implicaría, a su vez, revelar la experiencia de violencia sufrida, algo que tal vez la persona no desee compartir.

Este tipo de discursos evidencia una falta de empatía y la reproducción de narrativas patriarcales, según las cuales el hombre, al enfrentarse a un problema, debe ser capaz de resolverlo por sí mismo y, si el problema le afecta, es su exclusiva responsabilidad solucionarlo mediante sus propios recursos.

En estrecha relación con el mito de la impenetrabilidad e inviolabilidad masculina, otro elemento que contribuye a intensificar los sentimientos de culpabilidad y el estigma, tanto a nivel individual como comunitario, es la posibilidad de que la víctima masculina de una agresión sexual experimente una erección o incluso eyacule durante el acto de violencia. Tal como señala Scarce (1997), este fenómeno requiere una reflexión crítica:

States of intense pain, anxiety, panic, or fear may cause a spontaneous erection and ejaculation in some men. Many rape survivors who ejaculate during their assault may later question whether or not the rape was actually nonconsensual, as ejaculation is commonly associated with orgasm and sexual pleasure. A clear example of equating rape with sex, this may lead heterosexual victims to question their sexual orientation, wondering why they ejaculated in response to “sexual” contact with another man²¹⁰ (pp. 59-60).

instalaciones adecuadas. [...] en este caso, es más probable que un hombre cuente con un amigo que le ofrezca un sofá o, en cualquier caso, recursos personales. Mientras que una mujer, si bien no está claro de inmediato si dispone de todo esto, difícilmente encuentra un sofá donde quedarse”

²¹⁰ “Estados de dolor intenso, ansiedad, pánico o miedo pueden provocar una erección y eyaculación espontáneas en algunos hombres. Muchos sobrevivientes de violación que eyaculan durante la agresión pueden cuestionar posteriormente si la violación fue no consensuada, ya que la eyaculación se asocia comúnmente con el orgasmo y el placer sexual. Un claro ejemplo de equiparar la violación con el sexo, esto puede llevar a las víctimas heterosexuales a cuestionar su orientación sexual, preguntándose por qué eyacularon en respuesta al contacto ‘sexual’ con otro hombre”

Como se puede ver, es posible que en situaciones de fuerte estrés, pánico y ansiedad, pueda ocurrir una erección fisiológica y espontánea, hasta una eyaculación. Esto abre a otros mitos sociales que cada persona puede interiorizar a pesar de su verificabilidad: si, durante una violencia sexual, la víctima manifiesta una respuesta fisiológica —que puede ser para la mujer una humedad en zonas vaginales y para un hombre erección y eyaculación— significa que en cierta medida a la víctima esta violencia le gustó. Si esto le pasa a un varón heterosexual se puede llegar a un cuestionamiento de su orientación sexual tanto de obstaculizar el proceso de denuncia y en el caso de un varón homosexual o perteneciente a la comunidad LGBTQIA+ puede llegar a auto-culpabilizarse y, al igual que en el caso del varón heterosexual, no denunciar. Abdullah-Kahn (2008) añade:

As Bancroft (1980) argues, while sexual responses are influenced by the brain, they are mediated through the spinal cord and can function independently, as seen among spinal cord-injured patients. A sexual response determined by spinal cord discharge without control is therefore possible when one is ‘paralysed with fear’²¹¹ (p. 27).

En este contexto, resulta fundamental avanzar en un proceso de deconstrucción de los conceptos de placer y excitación sexual. Como se analizó en el capítulo tres, muchos hombres carecen de una educación sexual integral y adecuada sobre su propio cuerpo y su sexualidad. Socialmente, predomina la idea de que la única parte del cuerpo masculino que merece estimulación sexual es el pene. Este falocentrismo se acompaña de un aprendizaje cultural que asocia automáticamente la erección con la excitación placentera y la eyaculación con el orgasmo, y, por tanto, con el placer.

Sin embargo, existen circunstancias en las que la erección y la eyaculación deben ser disociadas de la noción de placer y orgasmo. Tal como se ha demostrado, existen reacciones fisiológicas que no necesariamente responden a la voluntad consciente de la persona ni a procesos cerebrales vinculados al deseo sexual. La literatura científica, por ejemplo, evidencia que es posible experimentar una erección e incluso eyacular durante un episodio de abuso o agresión sexual.

Ante la ausencia de una educación sexual holística y basada en el conocimiento del propio cuerpo y sus respuestas fisiológicas, persiste la tendencia a asociar de manera automática estas respuestas corporales con la excitación sexual. Ello refuerza sentimientos

²¹¹ “Como argumenta Bancroft (1980), si bien las respuestas sexuales están influenciadas por el cerebro, están mediadas por la médula espinal y pueden funcionar de forma independiente, como se observa en pacientes con lesión medular. Por lo tanto, una respuesta sexual determinada por la descarga medular sin control es posible cuando uno está ‘paralizado por el miedo’”.

de vergüenza, culpa y, en algunos casos, provoca una crisis de identidad vinculada a la orientación sexual, especialmente en aquellos varones heterosexuales que han sido víctimas de violencia sexual. La investigadora sigue:

A major strategy used by some offenders in the assault of males is to get the victim to ejaculate. This effort may serve several purposes. In misidentifying ejaculation with orgasm, the victim may be bewildered by his physiological response to the offence and thus discouraged from reporting the assault for fear his sexuality may become suspect. Such a reaction may serve to impeach his credibility in trial testimony and discredit his allegation of non-consent. To the offender, such a reaction may symbolise his ultimate and complete sexual control over his victim's body and confirm his fantasy that the victim really wanted and enjoyed the rape²¹² (Abdullah-Khan, 2008: 27).

El agresor, siendo consciente de estas respuestas fisiológicas involuntarias, puede incluso instrumentalizarlas para inducir la eyaculación de la víctima, con el objetivo de intensificar el sentimiento de vergüenza y, de este modo, generar desconfianza o inseguridad en la persona afectada a la hora de relatar lo ocurrido. Este fenómeno se ve agravado cuando los profesionales o personas encargadas de asistir a los supervivientes de violencia sexual refuerzan el mito según el cual una respuesta fisiológica, como la erección o la eyaculación, implicaría necesariamente disfrute o consentimiento por parte de la víctima. En los casos de hombres víctimas de violencia sexual, esta dinámica puede ir acompañada de manifestaciones de homofobia, discriminación, invalidación del testimonio y, en consecuencia, de una segunda victimización²¹³.

En este contexto, llegamos al análisis de un cuarto mito, relacionado directamente con las respuestas de quienes deben acudir y brindar apoyo a las víctimas. Tal como se ha

²¹² “Una estrategia utilizada por algunos agresores en la agresión a hombres es inducir a la víctima a eyacular. Este esfuerzo puede tener varios propósitos. Al confundir la eyaculación con el orgasmo, la víctima puede sentirse desconcertada por su respuesta fisiológica al delito y, por lo tanto, disuadida de denunciar la agresión por temor a que su sexualidad se vuelva sospechosa. Esta reacción puede servir para cuestionar su credibilidad en el juicio y desacreditar su alegación de no consentimiento. Para el agresor, esta reacción puede simbolizar su control sexual absoluto sobre el cuerpo de su víctima y confirmar su fantasía de que esta realmente deseaba y disfrutaba de la violación”.

²¹³ Scarce, con las palabras de Groth (1979: 124), escribe: “Such efforts may serve several purposes. In misidentifying ejaculation with orgasm, the victim may be bewildered by his psychological response to the offense and thus discouraged from reporting the assault lest his sexuality become suspect. Such reaction may serve to impeach his credibility in trial testimony and discredit his allegation of nonconsent. In the psychology of the offender, such reaction may symbolize his ultimate and complete control over his victim's body and confirm the fantasy that the victim really wanted and enjoyed the rape” (1997: 60); “Estos esfuerzos pueden tener varios propósitos. Al confundir la eyaculación con el orgasmo, la víctima puede sentirse desconcertada por su respuesta psicológica al delito y, por lo tanto, disuadida de denunciar la agresión por temor a que su sexualidad se vuelva sospechosa. Esta reacción puede servir para cuestionar su credibilidad en el testimonio del juicio y desacreditar su alegación de falta de consentimiento. En la psicología del agresor, esta reacción puede simbolizar su control absoluto sobre el cuerpo de su víctima y confirmar la fantasía de que la víctima realmente deseaba y disfrutaba de la violación”.

evidenciado, la orientación y la vivencia sexual de la persona agredida, especialmente cuando se trata de varones, parece convertirse en un eje central a la hora de interpretar y valorar el relato de la víctima. En este sentido, Rumney (2009) presenta una serie de preguntas que le fueron formuladas a un joven entrevistado por el propio autor:

Do you have any friends who are gay? ... Why didn't you just run? He wouldn't have shot at you, it's hard to hit a moving target. I would have just started running. Why didn't you run? ... After being degraded and humiliated in so many different ways, I had reached the lowest point ever, I was convinced I was a terrible person. I didn't even feel recognized as a human being²¹⁴ (p. 239).

Dichos interrogantes estarían estrechamente vinculados a la orientación sexual de la persona, así como a la búsqueda de explicaciones respecto al por qué la víctima no gritó, no huyó o no se defendió físicamente del agresor. Como se mencionó anteriormente, estos tipos de cuestionamientos se relacionan con la denominada jerarquía del dolor y, en consecuencia, con la jerarquía del apoyo. Tal y como se ha documentado, en el caso de víctimas homosexuales o presuntamente homosexuales, existiría una mayor tendencia a minimizar los hechos, a restarles importancia y a mostrar una falta de empatía. Ya hemos constatado esta realidad en los primeros testimonios de Javi y Dani, donde emergieron prejuicios relacionados con el consumo de sustancias —sin profundizar en si dicho consumo fue o no consentido—, así como estereotipos socioculturales vinculados a la supuesta promiscuidad de las personas homosexuales y, en general, de la comunidad LGBTQIA+. Todo ello podría alimentar actitudes homofóbicas y discriminatorias que conducirían a que muchas personas decidan guardar silencio y prefieran no compartir su experiencia con nadie²¹⁵.

También en el caso de Nicola, la víctima italiana entrevistada, a la hora de contar a su padre de la violencia sufrida en teatro así la describe:

Nicola: Nella volta prima, quella dello spettacolo, c'era la voglia di parlarne ma non sapevo come dire la cosa. L'ho raccontato a mio padre, piangendo, e la risposta sua è stata "Eri in uno spettacolo teatrale in cui eri nudo, cosa ti aspettavi?". Beh, non questo ovviamente! Purtroppo,

²¹⁴ “¿Tienes amigos gays? ¿Por qué no saliste corriendo? Él no te habría disparado, es difícil acertar a un blanco en movimiento. Yo simplemente habría empezado a correr. ¿Por qué no saliste corriendo? Después de ser degradado y humillado de tantas maneras, había llegado al punto más bajo de mi vida; estaba convencido de que era una persona terrible. Ni siquiera me sentía reconocido como ser humano”.

²¹⁵ Javaid (2017a) escribe: “This suggests that gay male rape victims may very well suffer in silence, dealing with their victimization alone without any help or support, which in turn may intensify their loneliness, invisibility, and, above all, suffering” (p. 287); “Esto sugiere que las víctimas homosexuales de violación pueden muy bien sufrir en silencio, lidiando con su victimización solos sin ninguna ayuda o apoyo, lo que a su vez puede intensificar su soledad, invisibilidad y, sobre todo, sufrimiento”.

molte volte non si ha nemmeno una sfera a cui rivolgersi. Il mio ragazzo mi ha fortunatamente capito, anche perché gli era successa la stessa cosa. In mio padre non ho, però, trovato qualcuno che mi sapesse ascoltare fino in fondo. E nemmeno tra i miei amici ho avuto conferme del fatto che anche loro pensassero che ho subito una violenza²¹⁶.

La cultura de la violación, los mitos en torno a la violencia sexual entre varones, la homofobia social y las expectativas de género tradicionales, lejos de propiciar una escucha activa y una sensibilidad adecuada hacia los varones que han sido víctimas de violencia, contribuyen a su invisibilización, como se ha expuesto previamente. Estas dinámicas pueden incluso dificultar que las propias personas afectadas encuentren un vocabulario apropiado para definirse como víctimas y para afrontar lo sucedido. La utilización del término “víctima” implica una serie de connotaciones vinculadas a la sumisión, la debilidad y el miedo, atributos que, de acuerdo con las construcciones sociales tradicionales, no deberían formar parte de la identidad masculina. La minimización y banalización de la violencia, particularmente cuando se trata de hombres pertenecientes a la comunidad LGBTQIA+, está estrechamente relacionada con los prejuicios sobre la presunta promiscuidad que se atribuye a las relaciones dentro del colectivo. Además, se suma un componente de estigmatización respecto a la práctica de la sexualidad anal, que representa una transgresión de la “norma” masculina hegemónica. En este escenario, la violencia sexual puede ser interpretada, erróneamente, como algo buscado o, incluso, como algo deseado en cierta medida²¹⁷. En las palabras de un agente voluntario entrevistado por Javaid (2018a) es algo que queda claro:

I definitely think that there is a lot of homophobia, not just in the police, but in people general, there is a lot of homophobia even though it may be hidden in the same way as racism, even though it is hidden what people say to people's faces and what they say behind their backs ... in a homosexual situation, it'll be, 'Oh well, you were asking for it. That's what they [gay men] do.

²¹⁶ “La primera vez, la del espectáculo, quise hablar de ello, pero no supe cómo. Se lo conté a mi padre, llorando, y su respuesta fue: “Estabas en una obra de teatro desnudo, ¿qué esperabas?”. Bueno, ¡no tan obvio! Por desgracia, muchas veces ni siquiera tienes un entorno al que recurrir. Mi novio, por suerte, me entendió, también porque le había pasado lo mismo. Sin embargo, en mi padre no encontré a nadie que supiera escucharme hasta el final. Y ni siquiera entre mis amigos tuve confirmación de que ellos también creían que me habían violado”

²¹⁷ Siempre Javaid (2017a) quiere destacar: “I recognize that not all gay men are promiscuous, not only promiscuous gay men are raped, and that there is a wider social context surrounding gay male sexual cultures (e.g., chemsex parties, Grindr, anonymous sexual encounters, coerced involvement in sex work) that is partly associated with the stigmatized nature of male same-sex relations” (p. 288); “Reconozco que no todos los hombres homosexuales son promiscuos, no solo los hombres homosexuales promiscuos son violados, y que existe un contexto social más amplio en torno a las culturas sexuales masculinas homosexuales (por ejemplo, fiestas de chemsex, Grindr, encuentros sexuales anónimos, participación forzada en el trabajo sexual) que está parcialmente asociado con la naturaleza estigmatizada de las relaciones entre hombres del mismo sexo”.

That's what they're like. It's no good letting it happen, and then coming to us saying that you didn't want it'. (Voluntary Agency Caseworker 3, Male)²¹⁸ (p. 13).

Si a todo lo anteriormente expuesto le sumamos la falta de recursos y de estructuras especializadas capaces de acoger a varones víctimas de violencia, se constata que la discriminación estructural alimenta una narrativa de imposibilidad, al tiempo que refuerza la ruptura completa con la imagen social tradicional del varón. A partir de este punto, surge una serie de interrogantes fundamentales: ¿qué ocurre en los casos de violencia sexual entre varones en contextos de chemsex?, ¿se reproducen los mismos mitos y obstáculos que en otros contextos, o existen particularidades que los diferencian? Estas cuestiones dan paso a la segunda parte del presente epígrafe.

Aparece, como primera consideración, la clara referencia a la promiscuidad gay en el contexto chemsex. Empezamos con unos fragmentos:

David: yo creo que las personas que no practican chemsex piensan que cuando tú ya estás en un cierto nivel de drogas y que entras en este tipo de práctica de chemsex, pues que todo es válido, yo pienso. Que la gente de fuera piensa que en el chemsex todo vale. O sea, que tú ya eres consciente de que te entras en un infierno o en un inframundo. Entonces yo creo que la gente de fuera piensa que eso ya va implícito, que tiene que ser así, que es tu culpa si te pasa cualquier cosa, que es así y no habrías hecho chemsex si no quisieras esas consecuencias.

Javier Sexólogo: hay también una demonización del entorno con respecto a la sustancia. Y luego si hablamos de hombres gay, pues son viciosos, hay un estigma asociado de los maricones que se drogan y pasan todo el día follando. Se encierran 48 horas en un piso follando entre todos.

Para iniciar este análisis, resulta pertinente retomar algunos elementos ya expuestos. En el capítulo cuatro se abordó el modo en que la perspectiva biomédica, en articulación con las narrativas dominantes en los medios de comunicación —un claro ejemplo es el pánico moral desatado en la prensa del Reino Unido cuando se comenzó a hablar públicamente del chemsex— contribuyen a construir una imagen sesgada de este fenómeno. Según estas narrativas, quienes participan en sesiones de chemsex serían personas con problemas personales graves, individuos adictos, con actitudes promiscuas, que dedicarían sus días al consumo de sustancias y a prácticas sexuales colectivas descontroladas. Desde esta mirada,

²¹⁸ “Definitivamente creo que hay mucha homofobia, no solo en la policía, sino en la gente en general. Hay mucha homofobia, aunque esté oculta, igual que el racismo, aunque esté oculta por lo que dicen a la cara y por lo que dicen a sus espaldas... en una situación homosexual, la respuesta será: “Bueno, te lo buscaste. Eso es lo que hacen [los hombres gays]. Así son. No sirve de nada dejar que pase y luego venir a decirnos que no lo querías”. (Trabajador social de una agencia voluntaria, hombre, 3)”.

como plantea David, en el chemsex “todo sería válido”, no existirían normas ni códigos, y la violencia sería entendida como un elemento inherente a las propias prácticas. Si bien es cierto que el chemsex puede aumentar ciertos riesgos, debido a las prácticas sexuales intensas y al posible descontrol asociado al consumo de sustancias, es necesario matizar esta percepción estigmatizante. Como ya se ha indicado, cuanto mayor es la duración de una sesión y más prolongado el consumo de sustancias sin pausas, mayores son los riesgos de todo tipo, incluyendo la pérdida de la noción espacial y temporal. Sin embargo, el estigma que recae sobre los hombres que tienen sexo con otros hombres —estrechamente ligado a narrativas sociales homofóbicas— se ve agravado en estos contextos por la asociación con el consumo de sustancias para potenciar la duración e intensidad de las prácticas sexuales. Esta mirada social, lejos de ser comprensiva, tiende a ser criminalizante y profundamente juzgante. En este sentido, Cabezas, Espín y Menéndez (2021) subrayan: “Para la persona, supone volver a salir del armario debido a la estigmatización que conlleva el consumo de drogas y las situaciones de violencia intragénero ya que son invisibilizadas y existe la percepción de ser situaciones sórdidas poco comunes, que suceden únicamente a personas desestructuradas y en situaciones de vulnerabilidad” (p. 49). Se plantea así la noción de una “doble salida del armario”, que se manifiesta, por ejemplo, en la vergüenza que sienten algunas personas al revelar su participación en dinámicas de chemsex, como muestran diversos testimonios recogidos en esta investigación:

Toni: Yo recuerdo que, al principio, llegaba al hospital de urgencia y me decían, “bueno, ¿qué le pasa?”, y yo no me atrevía a decir que había consumido, me daba vergüenza. Y yo decía, “no, es que me duele aquí la barriga, tengo una infección”, no sé qué. Como yo veía que no me encontraban nada, pues al final rompí ese miedo. Iba pasando tiempo, iba de sesiones y tal, y yo me atreví un día, ya iba directamente a un hospital de urgencia y dije, “no, es que he consumido metanfetamina y ahora tengo una infección y tengo unos microbios en la barriga y yo me los noto”. Y yo me acordé una vez que expliqué esto tal cual, y lo único que me hicieron fue: vino el doctor, se lo expliqué y tal, y al rato vino a la enfermera y me dice, “te voy a dar una pastilla” y digo, “¿qué es?”, “Transilium para que te calmes”. O sea, ni me hicieron analíticas, ni me hicieron ninguna prueba de nada, lo único que me dijeron es que yo estaba paranoico y que me habrían dado una pastilla para que me relajase y claro, sin intentar, no sé, ponerse preguntas sobre lo que había alrededor.

P6: a mí lo que me pasa es que por el tema del consumo me entra mucha culpabilidad entonces a partir de un momento que estoy consumiendo es como si yo me considerara una persona de una categoría inferior a los demás, como que no tuviera los mismos derechos o sea que, pase lo que pase, eso sería mi culpa por haber consumido. Esto es un poco lo que me ha pasado.

La “doble salida del armario”, como personas pertenecientes a la comunidad GBHSH y como personas que consuman sustancias en un contexto sexualizado, crea un doble estigma a nivel social. La sensación de inferioridad, de banalización del propio testimonio hasta la falta de empatía y de escucha activa pueden crear marginalidad y soledad.

Otro estigma nos lo proporciona Raúl Soriano que reconoce:

Raúl: Hay problemas también culturales que se generan, cuestiones de consentimiento que están fuera de la lógica de la ley. Discursos que dicen que si entras en una casa ya has consentido o personas que piensas que, si te invitan para consumir, tienen el derecho al sexo.

Cabe señalar que el mito preexistente sobre la supuesta promiscuidad de los hombres homosexuales —y, por extensión, de las personas LGBTQIA+— se ve amplificado en el contexto del chemsex. Predomina la creencia de que, al ingresar voluntariamente en un espacio privado para participar en una sesión, la persona asume todos los riesgos inherentes, incluidos los posibles episodios de violencia sexual bajo los efectos de las sustancias. La narrativa social tiende a culpabilizar la decisión de consumir sustancias como medio para facilitar o intensificar las relaciones sexuales. En este entramado, cuando se produce una situación de violencia sexual, convergen múltiples factores que intensifican el estigma: el hecho de que la víctima es un varón; que pertenece a la comunidad GBHSH, percibida socialmente como inherentemente promiscua; que el contexto implicaba el consumo de sustancias psicoactivas con consentimiento previo, ya que la persona acudió voluntariamente a la sesión con la intención de consumir y mantener relaciones sexuales. A estos elementos se suman otros posibles ejes de vulnerabilidad que ya se mencionaron, como la situación de irregularidad administrativa, el ejercicio del trabajo sexual, la positividad al VIH, entre otros. Esta intersección de factores contribuye a agravar el estigma, a minimizar la gravedad de la violencia sufrida y a generar barreras adicionales para el reconocimiento y la denuncia de estos hechos. Así Cabezas, Espín y Menéndez (2021) escriben:

Los testimonios recogidos dejan constancia de la dificultad de reconocer la violencia en contextos de *chemsex*, debido en cierta parte a la naturalización de la misma, a los procesos de invisibilización de la violencia en el colectivo LGTBI+ y también a los efectos del consumo de determinadas sustancias combinada con la duración de las sesiones. Se ha visto que, por un lado, las propias personas que practican *chemsex* expresan ciertas emociones de vergüenza, responsabilidad y culpa al declarar la violencia sufrida en este contexto, como si fuera “merecida” por el simple hecho de participar en estos entornos, como consecuencia de la estigmatización propia y externa relacionada con el consumo, las prácticas sexuales y el contexto de *chemsex* en general (p. 48).

Todo esto no crea un clima favorable para que una persona asuma, reconozca y quiera verbalizar y denunciar la violencia sufrida. Si estos son los obstáculos debidos a las narrativas socioculturales sobre violencia sexual entre varones en contexto chemsex, así responden los usuarios víctimas de violencia:

Xavi: Lo típico que te dicen es: te lo has buscado por drogarte tanto, o ¿cómo te has podido dejar hacer eso?, o si no sabes estar en un chill, no vayas... La gente opina y critica y eso hace que no se verbalice y menos aún denunciarlo porque como no te acuerdas de nada. Yo en mi caso de la sauna, ¿qué iba a denunciar? Me empezó a follar, pero yo no lo sé porque estaba ya dormido, ¿cómo lo confirmo en comisaria? También por vergüenza y por no querer hacer sufrir a la familia. En conclusión, la falta de conciencia del momento que no te acuerdas de nada y por el qué dirán, cuesta verbalizar y más aún denunciar.

P4: A ver, yo creo que sobre todo es un tema de vergüenza. Yo otra vez lo vuelvo a sacar fuera del contexto del chemsex y dentro: cuando una mujer es violada por un grupo de hombres, el principal motivo por el cual a veces no lo cuenta es porque le da vergüenza, pues con un chico que se ha violado por un grupo de otros chicos yo creo que es todavía más vergüenza y dentro del chemsex porque ya no es solo una violación sino es que eres un hombre y un hombre tiene que ser fuerte y puede con todo. Y es la vergüenza de decir, es que lo han hecho dentro del contexto del tabú de las drogas también, hay un conjunto de factores que no favorecen el poderlo contar o ser sincero o no sé por qué es algo.

P2: en el chemsex se juntan dos factores: el consumo de sustancias que está todo relacionado con el tema de la prohibición, de la culpabilidad, de cómo la sociedad ve el consumo de drogas y luego también el tema del sexo y, sobre todo, el sexo entre personas homosexuales o bisexuales o digamos no normativas. Esas dos cosas en conjunto tienen la problemática que a veces es difícil llevarla a un punto de empoderamiento en el que tú puedas decir esto no me gusta o esto no lo quiero.

Alberto: Ten en cuenta que yo lo admití [al chico] en mi casa y que nunca llegué a ir al hospital el día siguiente [de la violencia] o ese mismo día. No tenía ni puta idea de qué se hace en ese caso. Lo único que podía jugar a mi favor [con la denuncia] son las comas, tienes que brindar el hecho de que él me bloquease según se puede ver en mi casa obviamente todos los videos sigan parecidos y que mis compañeros de piso entonces podrían especificar que lo vieron entrar y salir y ya está. Puede decir que yo me drogué y que entré en paranoia y que todo lo estoy inventando y eso es exactamente lícito y yo no puedo demostrar que esa versión no sea de verdad entonces, con qué voy a montar un juicio si no tengo prueba. Y además lo hablé con una amiga abogada y me lo preguntó si estaba preparado para hacer esto, para responder a muchas preguntas y que habrían sacado los abusos míos, además el tema es que no se puede construir un caso sin ni siquiera haber tenido un informe médico y es que la putada es no haber

ido a un hospital por lo menos para haber dicho que había pasado eso y esto, pero bueno sí que lo he pensado.

Los testimonios analizados reflejan con claridad la complejidad que implica el proceso de denuncia en situaciones de violencia sexual, particularmente cuando los hechos ocurren bajo los efectos de sustancias psicoactivas en un contexto que, al menos en su inicio, fue consensuado. Tal como señala Alberto, la persona que decide denunciar — independientemente de que se trate de un varón víctima de violencia sexual en un contexto de chemsex o de cualquier otra persona— debe enfrentarse a la difícil tarea de demostrar que la violencia sufrida no fue consentida, ni siquiera imaginada, al inicio de la interacción sexual. Esta dificultad se ve acentuada en los contextos de chemsex, debido a los estigmas sociales que rodean tanto el consumo voluntario de drogas como las prácticas sexuales asociadas. Adicionalmente, el hecho de tener que revivir y verbalizar los episodios de violencia representa, en sí mismo, una barrera emocional considerable que muchas personas no logran superar con facilidad:

Pablo: Bueno, pues yo creo que el tabú de sentirse juzgado. A ver, la policía no siempre ayuda, por la verdad, aunque tendría que estar para eso. Se puede haber mucho miedo a exponerse, a sentirse vulnerable y que esa vulnerabilidad no se respeta, no se la reconozca. Luego además, lo que supone de meterse en temas judiciales, en testificar, etcétera, que puede ser muy retraumatizante para la persona. Se puede volver al tema legal. Luego en cuanto a hablarlo, puede haber miedo a verse en el papel de víctima. No quiero ver mi papel de víctima porque, claro, narrarse, contarse desde ese lugar implica asumirse una serie de características, una serie de historias asociadas, de fantasías, de mitos entre comillas, asociadas al papel de víctima, que no tiene por qué. Pero por eso está bien hablarlo, para poder desmitificar esas cosas, para poder quitar etiquetas y ver todo lo que ocultamos detrás de la etiqueta de víctima, y poder ver que, “oye, me han agredido y no significa ni que sea débil, ni que no tenga poder, ni que sea femenino, ni que me vaya a volver a pasar”. Un montón de significados pueden estar ahí, como diría, latentes, asociados inconscientemente a eso. Ahí puede haber esa barrera de no sentirse comprendidos, escuchados, miedo a no ser ayudado.

En estas palabras del psicólogo de ONG Stop aparecen varias consideraciones con respecto a los miedos que puede vivir una persona que sufrió una violencia sexual. A parte la re-traumatización consiguiente al tener que revivir al trauma contándolo a alguien como profesionales de la salud, policía o jueces, hay la necesidad y, a veces, la obligación a asumir toda la narrativa social de la víctima. Ya hemos visto, especialmente en el caso de hombres que han sufrido violencia sexual, como esto puede resultar difícil en cuando consiste en una

grieta de la masculinidad hegemónica y patriarcal con la cual han crecido²¹⁹, en interiorizar todas las características culturalmente consideradas opuestas a lo ideal varonil y, en el caso del chemsex, enfrentarse con los juicios sobre sexualidad HSH y consumo de sustancias.

Otro tema es dónde se pueden acoger a los usuarios de chemsex que quieren controlar su consumo:

Luca: Bueno, estigma, por ejemplo, del chemsex, porque hay mucha gente que todavía no conoce mucho el tema. Entonces, uno que da a la urgencia con taquicardia o con un brote psicótico que no se sabe qué hacer, lo tratan más como drogadicto, ¿no? O sea, ha habido un momento donde ha habido un consumo muy fuerte y se trata por esto. Y ahí hay mucho estigma. En los hospitales, muchísimos. Hay algún estigma o, digamos, violencia institucional.

Como reconoce Luca, puesto que todavía a nivel social no se conoce suficientemente el fenómeno del chemsex, ni se sabe dónde derivar a las personas usuarias faltando las estructuras, muchas veces la solución resultaría destinar a las personas usuarias en los centros de adicción no teniendo en cuenta la diversidad, ni la interseccionalidad, de las personas y de las necesidades. Reconoce, por esto, Fernández-Dávila (2016):

Los hombres que practican ChemSex y que tienen preocupaciones sobre su consumo, no suelen acudir a la red de atención de drogodependencias, precisamente porque éstos no responden al perfil clásico del consumidor de cocaína u opiáceos. Ellos pueden no buscar ayuda profesional por temor a ser juzgados (estigma), vergüenza o por dudas sobre el conocimiento experto relacionado con el ChemSex de los profesionales que atienden en esos centros (p. 59).

Actualmente, se observa la existencia de redes de apoyo e información más consolidadas, lo que representa un avance significativo. Un ejemplo de ello es la comisión ChemSex Support, cuya colaboración fue clave en el desarrollo de la presente investigación. Esta iniciativa ofrece apoyo desde un enfoque no paternalista ni juzgante, promovido por personas con un conocimiento profundo del fenómeno también desde su propia experiencia. Sin embargo, sigue existiendo un porcentaje elevado de personas que desconocen la existencia de estos recursos o que, al buscar ayuda, se encuentran con profesionales que no ofrecen la atención adecuada. El estudio de Gaudette *et al.* (2022) recoge, en este sentido, el testimonio particularmente revelador de un usuario de chemsex, que ilustra estas

²¹⁹ Aunque esto no quiera decir que para una mujer víctima de violencia resulte más sencillo ocupar ese papel de víctima. Este trabajo de investigación no tiene en propósito de quitar importancia a los casos de violencia sexual hacia las mujeres, solamente añadir al abanico de violencias posibles también las que pueden ocurrir entre varones y, especialmente, ver si existen diferencias y similitudes entre violencias entre varones en contextos no vinculados al chemsex y en contextos chemsex.

problemáticas: “I went to see a gay sexologist, and he told me: “crystal meth is the monster, the devil.” I was so terrified of seeing my sexologist, because I was blaming myself so much. — Benjamin, 40 years old, identifies as cisgender and gay”²²⁰ (p. 61). El fenómeno del chemsex junta en sí múltiples factores, es decir la posible dependencia de una(s) sustancia(s) pero también el elemento sexual entre GBHSH. La participación a círculos de ayuda para gestionar las adicciones no crea necesariamente las condiciones para empatizar con esta realidad peculiar²²¹.

Y si a esto le añadimos la violencia sexual que puede ocurrir en estos contextos, vemos que las personas se sienten muy desprotegidas por una multifactorialidad de razones:

Raúl: Ni siquiera tenemos protocolos ni centros para atención a las víctimas y no se conoce su dimensión, pero cuando aparece sí que hemos detectado que los servicios específicos para las violencias sexuales no atienden a hombres porque están orientados a mujeres y no está presente el mismo tipo de recursos como atención psicológica o centro de asesoramiento. Por último, dentro de la comunidad lgtb+ tampoco es un tema de que se haya hablado mucho en el caso español. En España no tenemos ninguna entidad específica. Si que es verdad que hay entidades que han empezado a tocar el tema en España. Solo desde hace dos años he visto mensajes en redes sociales de Apoyo positivo, Imagina más, pero no ha sido algo que tradicionalmente se haya trabajado mucho. Es decir que tampoco la comunidad, que sería la primera en detectarlo no ha generado campañas, debates o mensajes de salud entorno a eso como por ejemplo pasó en Holanda, Australia o Reino Unido.

Se exponen a continuación dos fragmentos que evidencian un tema que ya se mencionó en el capítulo seis sobre la construcción del deseo y las situaciones de violencia sexual en contexto chemsex:

P6: yo creo que hay una parte que tiene un impacto en la violencia en el contexto gay, o sea la romantización de la violación. Y no porque ahora estoy pillando más conciencia intento hacerlo aunque forme parte de mi imaginario pero sé que está mal pero a la vez es algo que ha formado parte de mi vida en cuanto gay lo de la romantización de la violencia, y cuántas veces hemos utilizado términos de violación en plan de “ojalá me violen” o “qué ganas de violarme”, esto

²²⁰ “Fui a ver a un sexólogo gay y me dijo: “La metanfetamina es el monstruo, el demonio”. Tenía mucho miedo de ver a mi sexólogo, porque me culpaba demasiado. — Benjamin, de 40 años, se identifica como cisgénero y gay”.

²²¹ Siempre Gaudette *et al.* (2022) escriben: “The fear of being stigmatized or judged by professionals, or the other users of a resource, also constitutes a considerable barrier to service accessibility. Participants anticipate stigmatization with regard to their methamphetamine use and the associated sexual practices, and, more generally, their sexual orientation” (p. 60); “El miedo a ser estigmatizado o juzgado por profesionales u otros usuarios de un recurso también constituye una barrera considerable para el acceso a los servicios. Los participantes anticipan la estigmatización con respecto a su consumo de metanfetamina y las prácticas sexuales asociadas, y, en general, a su orientación sexual”.

se utiliza mogollón y bueno ¿qué implicaciones tiene esto a la hora de gestionar las violencias que sufrimos nosotros mismos y a la hora también de identificar violencias hacia otras personas? y no solo identificarlas sino, cuando sabemos que existen, ponerlas en su lugar porque a veces las identificamos y las podemos pasar por alto y les podemos dar importancia o las podemos relativizar por el simple hecho de que nos hemos estado romantizando durante años. [...] vemos por ejemplo o justificamos o le damos cierto morbo al hecho de que la otra persona se sobrepase porque “es que no lo puede evitar, porque es que le estoy molando tanto que me está haciendo daño porque es que no puede evitarlo” y hasta esos paradigmas llega toda esta cuestión también.

David: Yo no puedo hablar en primera persona de esto, pero cuando hemos recibido agresiones o por ejemplo me ha pasado lo del teléfono o me han pasado ciertas cosas, pues no lo denuncio o no se denuncia o al final lo acabas normalizando, porque por ejemplo yo cuando me he sentido un poco abusado en el sentido de que yo he estado como pasivo y me estaban haciendo daño y he pedido que parara a la persona y no ha parado, pues al final esto con sexo sobrio podría llegar a ser visto como un abuso. Pero claro, estando colocado quizás se puede normalizar y decir que eso forma parte del chemsex.

En este contexto, se evidencia cómo la normalización y la romantización de la violencia, los deseos explícitos de violar o ser violado, así como la excitación derivada de la pérdida de control y la práctica de un sexo agresivo, pueden configurar narrativas frecuentes en ciertos espacios. Tal como se ha explorado previamente, el contexto chemsex y el uso de sustancias no hacen sino amplificar dinámicas que ya existen dentro de la comunidad GBHSH en relación con los cuerpos y las prácticas consideradas deseables o no. En los guarri-chills, los cuerpos valorados socialmente responderían a un ideal de virilidad, musculatura, apariencia “heteronormativa”, fortaleza física y atributos sexuales marcados, como la posesión de un pene grande y en estado constante de erección. Las actitudes esperadas en estos espacios tenderían a vincularse con un tipo de sexo duro, penetrativo y agresivo. Si bien no es posible generalizar, la investigación de Fernández-Dávila (2021) ha mostrado que las nociones de consentimiento y comunicación en los chill —y, en general, entre hombres GBHSH— difieren en algunos aspectos de los contextos heterosexuales. Espacios como discotecas, clubes de sexo, saunas, cuartos oscuros o prácticas como el *cruising* se caracterizan por el predominio del lenguaje corporal, el contacto físico y el juego de miradas, mientras que la negociación verbal explícita suele tener un peso menor. Esto no significa que la violencia esté ausente en los contextos chemsex, como ya se ha demostrado, sino que resulta inadecuado aplicar de forma automática los mismos marcos de interpretación que rigen en las relaciones heterosexuales a los encuentros entre GBHSH. En este sentido, no resulta difícil comprender cómo el silencio, la dificultad para verbalizar y la

normalización de situaciones de violencia sexual se ven exacerbados también en los contextos chemsex.

El propósito de este epígrafe ha sido precisamente evidenciar las similitudes y diferencias entre los obstáculos que enfrentan los hombres al denunciar violencia sexual en contextos no vinculados al chemsex y aquellos que ocurren durante sesiones de chemsex. En este último caso, los obstáculos se presentan como una extensión de los primeros, ya que los mitos y estigmas que afectan a las víctimas de violencia sexual entre varones en general también se aplican en el ámbito del chemsex. Sin embargo, existe un matiz diferencial relevante que se relaciona con la interseccionalidad entre la supuesta promiscuidad atribuida a los hombres GBHSH y el conjunto de estigmas que rodean el consumo de drogas y las adicciones. En los casos de violencia sexual en contextos chemsex, las víctimas deben atravesar lo que se ha denominado una “doble salida del armario”: primero, como hombres que han sufrido violencia sexual a manos de otros hombres – afrontando los mitos ya expuestos – y, en segundo lugar, como personas que han participado voluntariamente en sesiones donde la práctica sexual y el consumo de sustancias están estrechamente vinculados. Esta voluntariedad en el uso de drogas suele derivar en una narrativa social que responsabiliza a la víctima, insinuando que en cierta medida “buscó” o se expuso a la situación de violencia. Los testimonios recogidos en esta investigación evidencian que muchas personas usuarias de chemsex se perciben a sí mismas como menos dignas de recibir ayuda, culpables o avergonzadas de haber experimentado violencia en un contexto en el que participaron de manera voluntaria. Este fenómeno constituye, sin duda, la principal diferencia entre los casos de violencia sexual en contextos chemsex y aquellos que ocurren fuera de dicho entorno. No obstante, la matriz homofóbica, el mito de la inviolabilidad masculina y el estigma que supone la fractura de la imagen patriarcal del hombre siempre capaz de defenderse a sí mismo permanecen inalterados. Estos factores, junto con la escasa atención social —incluso dentro de algunas organizaciones LGBTQIA+— perpetúan una cultura que carece de empatía y sensibilidad hacia las víctimas masculinas de violencia sexual. Si a estos elementos se añade el estigma asociado al consumo de drogas y a los espacios sexualizados donde se utilizan sustancias, la discriminación y la victimización secundaria se ven aún más agravadas.

A partir de este punto, se da paso al segundo apartado del presente capítulo. Con una introducción más literaria y cinematográfica y siguiendo con el análisis de los conceptos de *injusticia testimonial* e *injusticia hermenéutica*, propuestos por la filósofa Miranda Fricker, se busca ofrecer una lectura ética y crítica de estos acontecimientos. La marginación y el silencio que persisten en torno a estos hechos de violencia sexual pueden considerarse, en

cierto modo, como fenómenos “queer”, es decir, realidades que se perciben como ajenas o que se borran deliberadamente del tejido social. La perspectiva metodológica con enfoque queer se posiciona precisamente como una herramienta que permite visibilizar estas situaciones, proponer estrategias que garanticen espacios de escucha y acompañamiento para las víctimas, así como ofrecer recursos para informar y sensibilizar en torno a la violencia sexual en estos contextos. A partir del análisis de material documental, entrevistas y guías elaboradas por entidades especializadas, el próximo epígrafe pretende responder a interrogantes clave como: ¿qué acciones se pueden implementar, tanto a nivel micro como macro, para eliminar la discriminación y la victimización secundaria en los casos de hombres víctimas de violencia sexual, tanto en contextos chemsex como no chemsex?, ¿cuáles son las buenas prácticas para la reducción de riesgos y daños que pueden contribuir a prevenir o minimizar la ocurrencia de estas situaciones?

7.2. Violencia epistémica y estrategias para contrastar los malos tratos y la segunda victimización

Ella [Clara, la hermana] nunca podrá entender que yo siento mi historia como lo más cercano y a la vez como lo más alejado y ajeno a lo que yo soy, que me aferro a ella con todas mis fuerzas, apretándola contra mi pecho con miedo a que me la arrebaten, y que al mismo tiempo sólo me produce repugnancia, la más profunda repugnancia, cuando alguien se me acerca para decirme que esa historia me pertenece, pues basta que me la recuerden para que quiera arrojarla a la basura y alejarme de ella (p. 149).²²²

En su novela *Historia de la violencia* (2018), Édouard Louis narra la experiencia de violencia que él mismo sufrió. El protagonista de la obra es el propio autor, y los hechos relatados corresponden a un episodio real de su vida. Se trata, por tanto, de una obra literaria que encierra una verdad difícil de asumir.

El protagonista, que lleva el mismo nombre que el autor, durante la noche de Navidad se encuentra solo por las calles de París. En ese contexto, conoce a un joven cabileño llamado Reda, quien manifiesta interés en él y expresa su deseo de pasar la noche juntos. Aunque Reda insiste, lo hace sin mostrar agresividad. Finalmente, Édouard lo invita a su casa, donde poco después nota la desaparición de su teléfono móvil. Al pedirle a Reda que se lo devuelva —con total calma y sin formular acusaciones directas—, la situación se transforma de manera abrupta.

Reda pierde el control: en este punto pueden interpretarse múltiples factores que alimentan su reacción —el resentimiento de ser un norteafricano en una ciudad europea, los estigmas sociales vinculados a “personas como él” o una homosexualidad no plenamente asumida ni aceptada— y desata una espiral de violencia. Utiliza una bufanda para sujetarlo por el cuello, lo amenaza con una pistola apuntándole a la cabeza y lo somete a una violación. La violencia no concluye con el acto en sí, sino que persiste en la memoria del protagonista, reapareciendo de forma constante en el momento de relatar lo sucedido a su hermana, a la policía, al personal médico, e incluso en las conversaciones con los amigos de toda una vida, quienes lo instan a denunciar y rememorar los hechos vividos. El autor escribe:

Por qué se les impone a los perdedores de la Historia que sean testigos de ella, como si ser un perdedor no bastara, por qué los derrotados deben además cargar con el testimonio de su

²²² Cursivo del autor.

pérdida, por qué tienen que repetir lo perdido hasta el agotamiento y a pesar de éste, yo no soy el guardián de nadie, eso no es justo (p. 153)²²³

Esta experiencia, transformada en novela, aunque ficcionalizada, no por ello resulta menos intensa, y puede ponerse en diálogo con otro testimonio que contribuye a comprender, una vez más, la vivencia de quienes han sobrevivido a una situación de violencia. En este caso, se trata del relato de Susan Brison (2021 [2002]), filósofa que en 1990 fue víctima de una agresión sexual y de una experiencia cercana a la muerte, que solo no culminó de forma fatal debido a una serie de circunstancias fortuitas ocurridas en Francia.

Brison ofrece un análisis filosófico de lo que le sucedió, centrándose especialmente en la experiencia de una persona que sobrevive a una agresión y que debe continuar su vida conviviendo con el trauma. La autora describe el intento de mantener el control a través del silencio, es decir, la dificultad de relatar lo ocurrido, pues narrarlo implica revivir el suceso y enfrentarse a la imposibilidad de disociar su nueva interioridad —emergida tras la agresión— de la pesadilla que le tocó experimentar.²²⁴ Brison escribe: “Senza questa convinzione, sostengo, non si può *essere sé stessi* nemmeno con sé stessi, poiché il sé esiste essenzialmente in relazione ad altri”²²⁵ (p. 79). Esta afirmación remite a los planteamientos de Lo Zito (2022) y Selvatico (2018), quienes abordan la noción de cultura de la violación, visible en los mecanismos de culpabilización de la víctima y en la consecuente desresponsabilización del agresor. Asimismo, dicha cultura se manifiesta en las expectativas sociales sobre cómo debe comportarse la “buena víctima”, los pasos que se deben seguir para “superar” la experiencia o el tiempo socialmente considerado adecuado para “olvidar y seguir adelante”.

En este contexto, cabe recordar la distinción conceptual propuesta por Abdullah-Khan (2008) entre los términos *víctima* y *superviviente*. Sin embargo, resulta pertinente cuestionarse si esta diferenciación es suficiente o si es necesario introducir una nueva categoría. En efecto, el concepto de *superviviente* continúa en cierta medida anclado al acontecimiento traumático, pues la identidad de la persona sigue definida por haber sobrevivido a la violencia, manteniéndose un hilo simbólico que la conecta permanentemente con el hecho violento.

²²³ Cursivo del autor

²²⁴ “Una delle narrazioni più difficili da ascoltare è il racconto di un trauma. Ha un suo impatto su chi ascolta e non sempre è terapeutica per il narratore” (Brison, 2021[2002]: 176); “Una de las narrativas más difíciles de escuchar es la historia de un trauma. Impacta al oyente y no siempre resulta terapéutica para el narrador”.

²²⁵ “Sin esta creencia, sostengo, uno no puede ser uno mismo ni siquiera consigo mismo, ya que el yo existe esencialmente en relación con los demás”.

Por ello, se podría postular la necesidad de un tercer término: pasar de *superviviente* a *viviente*. Este concepto aludiría al proceso, largo, complejo y tal vez inacabable, mediante el cual la persona logra ir más allá de la mera condición de haber sobrevivido, construyendo una nueva identidad posterior al trauma, dotada de herramientas y recursos que le permitan no ser únicamente definida por la violencia sufrida.

Brisson, por su parte, reconoce que: “Nel caso dello stupro, il convergere di più tabù – il dover parlare apertamente di trauma, violenza, sesso – genera un blocco della comunicazione, inibendo il potenziale sostegno”²²⁶ (p. 40). La existencia de estos tabúes, que contribuyen a la perpetuación de la violencia sexual, nos remite nuevamente a las dinámicas y discursos que hemos intentado problematizar y dismantelar a lo largo del presente trabajo de investigación. Hablando de tabúes sobre violencia sexual entre varones, Scarce (1997) afirma:

These individual media representations of same-sex sexual violence are both a product of what our society thinks about male rape and a kind of social script that recipients of these messages come to believe as fact. That is to say, the media influence the masses and the masses influence the media²²⁷ (p. 100)

En el caso de las violencias intragénero entre varones, existe lo que podríamos denominar una “anatomía social” que condiciona su reconocimiento como fenómeno posible. Tal como se ha evidenciado a lo largo de esta investigación, cuando estos episodios ocurren, se observa de inmediato la corporeidad de los hombres que han sido víctimas de violación. Se analiza si son percibidos como “afeminados”, si son homosexuales o presuntamente homosexuales, su complexión física – su altura, si son delgados o musculosos²²⁸ –; en definitiva, se mide y se evalúa su masculinidad, su orientación sexual y las circunstancias concretas en las que se produjo la agresión.

Este escrutinio responde a la necesidad social de justificar una violencia que, según los imaginarios dominantes, no debería afectar a los cuerpos masculinos, entendidos tradicionalmente como símbolos de poder, invulnerabilidad y agencia. La masculinidad, en

²²⁶ “En el caso de la violación, la convergencia de múltiples tabúes –tener que hablar abiertamente sobre el trauma, la violencia, el sexo– genera un bloqueo comunicativo que inhibe un posible apoyo”.

²²⁷ “Estas representaciones mediáticas individuales de la violencia sexual entre personas del mismo sexo son producto de lo que nuestra sociedad piensa sobre la violación masculina y de una especie de guion social que los receptores de estos mensajes llegan a creer como un hecho. Es decir, los medios influyen en las masas y las masas influyen en los medios”.

²²⁸ “The reporter may be attempting to dispel the myth that physically strong and masculine men cannot be raped by describing the male victim’s stature (taller than 6 feet and more than 200 pounds) or background (a former school boxer)” (Scarce, 1997: 105)

este contexto, funciona como un supuesto escudo que, de ser percibido como “insuficiente” o “quebrantado”, legitima, de manera implícita o explícita, la violencia sufrida.

En dos obras cinematográficas analizadas por Scarce, se abordan precisamente algunos de los elementos que ya hemos explorado a lo largo de esta investigación, permitiendo profundizar en las representaciones culturales y sociales que rodean la violencia sexual entre varones y sus mecanismos de invisibilización:

The primitive nature of the act implies not only an animalistic sexual drive that substitutes men as sexual objects in the absence of women (as is commonly believed to be the case in prisons), but also characterizes a form of bestiality. In the case of *Deliverance*, Bobby is violated as both a foreigner and an animal, a civilized man who has strayed so far from nature that he has lost his manhood and the masculine ability to maintain sexual control over his own body. [...] Marsellus's demand that Butch not tell anyone of the rape parallels the pact made by the men at the end of *Deliverance* in which they pledge never to share the gruesome details of their journey. These agreements represent a silently shared understanding that male rape must be kept hidden to protect the male survivor's reputation and manhood at all cost. Although many male survivors choose never to reveal their rape experience in an effort to protect themselves from stigmatization, this silence easily becomes a prescription imposed on all men who have been raped. A general lack of men reporting rape then translates into an expectation that men should not speak about their victimization or seek support as a result of having been assaulted²²⁹ (pp. 117-123).

En *Deliverance* (1972) observamos a un grupo de cuatro hombres que, al adentrarse en un bosque, se encuentra con otros dos sujetos que amenazan y ejercen violencia sobre uno de ellos, Bobby. Como reconoce Scarce, existe una lectura bestializante y animalizante de los agresores, proyectando la violencia sexual entre hombres como resultado de una vida aislada, violenta y marginal. Esta violencia se interpreta como un impulso sexual irrefrenable y animal, asociado a la falta de cuerpos femeninos sobre los que descargar el deseo o a una

²²⁹ “La naturaleza primitiva del acto implica no solo un impulso sexual animal que sustituye a los hombres como objetos sexuales en ausencia de las mujeres (como se cree comúnmente en las prisiones), sino que también caracteriza una forma de bestialidad. En el caso de *Deliverance*, Bobby es violado como extranjero y animal, un hombre civilizado que se ha alejado tanto de la naturaleza que ha perdido su hombría y la capacidad masculina de mantener el control sexual sobre su propio cuerpo. [...] La exigencia de Marsellus de que Butch no cuente a nadie sobre la violación es paralela al pacto hecho por los hombres al final de *Deliverance*, en el que se comprometen a nunca compartir los horribles detalles de su travesía. Estos acuerdos representan un entendimiento compartido en silencio de que la violación masculina debe mantenerse oculta para proteger la reputación y la hombría del superviviente masculino a toda costa. Aunque muchos supervivientes masculinos eligen no revelar nunca su experiencia de violación para protegerse de la estigmatización, este silencio se convierte fácilmente en una prescripción impuesta a todos los hombres que han sido violados. La falta general de denuncia de violaciones por parte de los hombres se traduce entonces en la expectativa de que no deben hablar de su victimización ni buscar apoyo como resultado de haber sido agredidos”

homosexualidad no expresada. En sus primeras aproximaciones, la investigación sobre este fenómeno no reconocía la violencia sexual entre varones como un acto de poder.

En *Pulp Fiction* (1994), se representa una agresión sexual hacia un personaje de alto estatus en el mundo criminal —Marsellus—, configurando así una desvirilización y una castración simbólica de una masculinidad considerada poderosa y respetada. El ano aparece como supresor de la virilidad, como lugar oscuro de la injuria y de la deslegitimación. Un cuerpo que ha sido “profanado” no puede, en esta narrativa, seguir reclamando espacio en lo social. Marsellus insiste en que lo sucedido permanezca oculto, consciente de que la exposición pública le restaría poder y reconocimiento.

Estas consideraciones contribuyen a introducir otro tema. La obra de la filósofa Miranda Fricker, *Epistemic Injustice. Power and the Ethics of Knowing* (2007), se centra en una dimensión particularmente relevante de la injusticia: la injusticia epistémica. No se trata, por tanto, de cualquier forma de injusticia, sino de aquellas que afectan directamente a la posibilidad de los individuos o grupos de individuos de ocupar un espacio legítimo dentro del entramado social, en lo que respecta al reconocimiento de su voz, su experiencia y su capacidad de ser creídos.

Según Fricker, conceptos como la credibilidad asignada a los sujetos y el significado que estos otorgan a su propia experiencia resultan elementos fundamentales para abordar la cuestión de la ética en las relaciones sociales. Desde esta perspectiva, la autora distingue dos tipos de injusticia epistémica, que se revelan particularmente útiles a la hora de analizar la violencia sexual contra los varones.

De manera provisional, Fricker define estos dos tipos de injusticia de la siguiente manera: por un lado, la *injusticia testimonial*, que ocurre cuando un sujeto es desacreditado como fuente válida de conocimiento debido a prejuicios estructurales; por otro lado, la *injusticia hermenéutica*, que se produce cuando existen lagunas o deficiencias en los recursos interpretativos compartidos, lo que impide que ciertos grupos puedan comprender o comunicar adecuadamente sus propias experiencias.

Ambas formas de injusticia contribuyen a perpetuar la marginación y el silenciamiento de determinadas vivencias, como las de los varones que han sido víctimas de violencia sexual, cuyas experiencias suelen quedar invisibilizadas o deslegitimadas dentro de los marcos culturales y discursivos dominantes: “Testimonial injustice occurs when prejudice causes a hearer to give a deflated level of credibility to a speaker’s word; hermeneutical injustice occurs at a prior stage, when a gap in collective interpretive resources puts someone

at an unfair disadvantage when it comes to making sense of their social experiences”²³⁰ (Fricker, 2007: 1).

El concepto central de la primera forma de injusticia epistémica, o sea la testimonial, consiste en la falta de credibilidad de un oyente hacia un hablante. La autora muestra, en este caso, un abanico muy amplio afirmando, por ejemplo, que un hablante puede sufrir de un exceso o de un defecto de credibilidad y que ambas situaciones, potencialmente, pueden llevar a injusticia testimonial. En el ejemplo de la investigadora se podría decir que un oyente concede más o menos credibilidad a un hablante por el tipo de acento o por el tono de voz o, en general, por la manera de hablar del mismo.

Resulta útil pensar, por ejemplo, a los prejuicios que tenemos si una persona que no habla bien nuestro idioma nos acerca y nos pide algo. Y si la persona en cuestión es afrodescendiente o asiática, la falta de credibilidad y de escucha que le reservamos es aún menor. Si a hablarnos es una persona anglófona que no sabe hablar bien nuestro idioma, da igual lo que nos cuenta, a nivel cultural tendencialmente damos más valor a su relato. Los prejuicios pueden, entonces, cargar positiva o negativamente la credibilidad que damos a una persona. Fricker reconoce: “The idea is rather that prejudice will tend surreptitiously to inflate or deflate the credibility afforded the speaker, and sometimes this will be sufficient to cross the threshold for belief or acceptance so that the hearer’s prejudice causes him to miss out on a piece of knowledge”²³¹ (p. 17).

El hablante, en la medida en que cuenta su experiencia, no recibe el justo valor como testimonio. Hacia él o ella, según la filósofa, se ejerce un tipo particular de poder social definido *poder identitario*, tanto que se reconoce: “Thus the central case of testimonial injustice can be defined (if rather telegraphically) as *identity-prejudicial credibility deficit*”²³² (p. 4). Si el poder social viene entendido como el poder que un agente ejerce sobre otro agente —y así entendido es un poder puntual y contextual— o de manera más sistemática en generar un control social²³³, el poder identitario, que puede ser activo o pasivo,

²³⁰ “La injusticia testimonial ocurre cuando los prejuicios llevan a quien escucha a otorgar un nivel reducido de credibilidad a las palabras de quien habla; la injusticia hermenéutica ocurre en una etapa anterior, cuando una carencia en los recursos interpretativos colectivos coloca a una persona en una desventaja injusta a la hora de comprender y dar sentido a sus experiencias sociales”.

²³¹ “La idea es más bien que los prejuicios tienden de manera subrepticia (oculta o disimulada) a inflar o reducir la credibilidad que se le otorga al hablante, y a veces esto será suficiente para cruzar el umbral necesario para creer o aceptar algo, de modo que el prejuicio del oyente le hace perder la oportunidad de adquirir un conocimiento”.

²³² “Así, el caso central de la injusticia testimonial puede definirse (aunque de manera algo esquemática) como un déficit de credibilidad motivado por prejuicios sobre la identidad”.

²³³ “In agential relations of power, one party controls the actions of another party or parties. In purely structural operations of power, though the power has no subject, it always has an object whose actions are being controlled—the disenfranchised group in our example of informal disenfranchisement, the ‘delinquents’, of Foucault’s *Discipline and Punish*” (p. 13); “En las relaciones de poder de tipo agencial, una de las partes

puntual o estructural, no necesita para poder existir solo las coordenadas sociales prácticas, sino también de toda una construcción social, cultural y simbólica que rodea a un sujeto o un grupo social por el simple hecho de pertenecer a dicho grupo social. Una persona afrodescendiente, una persona perteneciente al colectivo LGBTQIA+, o cualquier otro individuo que forme parte de colectivos históricamente vulnerabilizados, se enfrentaría, por el simple hecho de pertenecer a una minoría socialmente invisibilizada, a una falta sistemática de credibilidad al momento de testimoniar un acontecimiento que le ha afectado. Esta deslegitimación suele provenir de los oyentes, quienes, en la mayoría de los casos, forman parte de grupos sociales que detentan privilegios estructurales.

¿A qué se debe esta falta de credibilidad? Fundamentalmente, a la persistencia de prejuicios, estigmas, construcciones socioculturales discriminatorias y tabúes que recaen sobre estos sujetos. Es en este contexto donde se manifiesta lo que Miranda Fricker denomina *injusticia testimonial*: un tipo de injusticia epistémica que ocurre cuando el oyente, consciente o inconscientemente, desacredita el testimonio de una persona en función de los prejuicios que ha interiorizado. Cabe destacar que este mecanismo no requiere necesariamente una intención deliberada; puede operar de forma automática, como consecuencia de pertenecer a una cultura que discrimina de manera estructural a aquellos que representan una *alteridad* no reconocida ni protegida.

Miranda Fricker subraya el hecho de que no todos los prejuicios llevan a una falta de credibilidad y que no todas las faltas de credibilidad corresponden a injusticia testimonial. El abanico es mucho más amplio porque las mismas realidades sociales son llenas de variables:

More specifically, a hearer may simply have a false belief about the speaker's level of expertise and/or motives, so that she gives him less credibility than she might otherwise have done. So long as her false belief is itself ethically and epistemically non-culpable (it does not, for example, result from an immoral hatefulness or from epistemic carelessness), there will be nothing culpable in her misjudgement of his credibility. It is simply an unlucky epistemic mistake of one or another familiar kind²³⁴ (Fricker, 2007: 21).

controla las acciones de otra u otras partes. En cambio, en las operaciones puramente estructurales de poder, aunque ese poder no tenga un sujeto (es decir, no haya alguien concreto ejerciéndolo), siempre existe un objeto cuyas acciones están siendo controladas —como el grupo privado de derechos en nuestro ejemplo de privación informal del derecho al voto, o los 'delincuentes' en *Vigilar y castigar* de Foucault”.

²³⁴ “Más específicamente, quien escucha puede simplemente tener una creencia falsa sobre el nivel de conocimiento o los motivos de quien habla, de modo que le otorga menos credibilidad de la que, en otras circunstancias, le habría otorgado. Mientras esa creencia falsa no sea, en sí misma, éticamente ni epistémicamente reprochable (es decir, que no provenga, por ejemplo, de un odio inmoral o de una negligencia epistémica), no habrá nada censurable en su error al juzgar la credibilidad del hablante. Se trataría simplemente de un error epistémico desafortunado, del tipo de los que comúnmente ocurren”.

La segunda modalidad de injusticia epistémica que Fricker describe es la *injusticia hermenéutica*, la cual se basa en la existencia de lo que ella denomina “lagunas hermenéuticas”. Estas lagunas implican la incapacidad de una persona para comprender, interpretar o conceptualizar su propia situación, su identidad o los acontecimientos que ha vivido, debido a la ausencia de los marcos conceptuales o interpretativos adecuados en su contexto sociocultural.

Fricker ejemplifica esta idea a partir de la experiencia de una mujer que ha sufrido violencia sexual en una sociedad que aún carece de los conceptos teóricos, y por tanto jurídicos, necesarios para nombrar y denunciar dicha violencia. En ausencia de estos recursos conceptuales, la persona no solo experimenta una dificultad para comprender la naturaleza de la injusticia sufrida, sino que, en consecuencia, tampoco dispone de las herramientas necesarias para reivindicar los derechos que le corresponden²³⁵.

De este razonamiento se desprende una conclusión fundamental: el lenguaje no es neutro. Los conceptos no se limitan a describir el mundo; lo moldean, lo configuran, lo hacen inteligible —o no— para los sujetos. La carencia de determinadas palabras o categorías conceptuales imposibilitaría a las personas acceder a una parte esencial de su propia identidad, dando lugar a experiencias fragmentadas, invisibilizadas y, en última instancia, incompletas. Asimismo, es importante señalar que incluso los conceptos existentes pueden estar cargados de significados erróneos o patologizantes, como ocurrió históricamente con las nociones de homosexualidad o transexualidad, conceptualizadas durante décadas desde una perspectiva médica y estigmatizante.

En definitiva, los sujetos que carecen de los recursos epistemológicos necesarios para comprender y comunicar sus vivencias sufrirían una doble desventaja: por un lado, una desventaja epistémica que limita su autocomprensión; por otro, una desventaja social que perpetúa su marginación y exclusión:

²³⁵ “So described, we can see those women such as Carmita Wood suffered (among other things) an acute cognitive disadvantage from a gap in the collective hermeneutical resource. But this description does not quite capture it, for if the epistemic wrong done to Carmita Wood were construed simply as a matter of plain cognitive disadvantage, then it is unclear why the epistemic wrong is suffered only by her and not also by her harasser. For the lack of proper understanding of women’s experience of sexual harassment was a collective disadvantage more or less shared by all” (p. 151); “Descrita así, podemos ver que mujeres como Carmita Wood sufrieron (entre otras cosas) una grave desventaja cognitiva debido a una laguna en el recurso hermenéutico colectivo. Sin embargo, esta descripción no la capta del todo, pues si el daño epistémico infligido a Carmita Wood se construyera simplemente como una cuestión de desventaja cognitiva, entonces no queda claro por qué el daño epistémico solo lo sufre ella y no también su acosador. Pues la falta de una comprensión adecuada de la experiencia de acoso sexual de las mujeres fue una desventaja colectiva más o menos compartida por todos”.

Let us say that when there is unequal hermeneutical participation with respect to some significant area(s) of social experience, members of the disadvantaged group are *hermeneutically marginalized*. The notion of marginalization is a moral-political one indicating subordination and exclusion from some practice that would have value for the participant²³⁶ (Fricker, 2007: 153).

La marginación hermenéutica es siempre coercitiva, obligada y nunca espontánea — reconoce la autora— porque es fruto de un desequilibrio de poder: “Hermeneutical marginalization is always a form of powerlessness, whether structural or one-off”²³⁷ (Fricker, 2007: 153). Con respecto a esta tipología de injusticia ni la víctima ni, eventualmente, los agentes que reciben su testimonio tienen los instrumentos conceptuales para entender la situación que está viviendo: “Hermeneutical lacunas are like holes in the ozone—it’s the people who live under them that get burned”²³⁸ (Fricker, 2007: 161). Y cada injusticia hermenéutica llega a ser también testimonial porque si no conozco conceptos y palabras para entender mi misma situación tampoco consigo pedir al mundo el justo apoyo y, a la hora de contarlo, tampoco puedo recibir el justo grado de credibilidad. Para resumir lo que Fricker dice sobre las dos injusticias podemos subrayar esto:

The wrong of testimonial injustice is inflicted individual to individual, so that there are immediate questions to be answered concerning the hearer’s culpability or non-culpability and, more generally, concerning what virtue it is desirable to cultivate in ourselves as hearers. By contrast, hermeneutical injustice is not inflicted by any agent, but rather is caused by a feature of the collective hermeneutical resource—a one-off blind spot (in incidental cases), or (in systematic cases) a lacuna generated by a structural identity prejudice in the hermeneutical repertoire²³⁹ (p. 168).

¿Cómo pueden abordarse y, en la medida de lo posible, prevenirse las injusticias epistémicas? Tal como sostiene Fricker, es necesario considerar el contexto situado y concreto en el que se produce la interacción para poder determinar si una acción hacia un

²³⁶ “Digamos que cuando existe una participación hermenéutica desigual respecto a algún área significativa de la experiencia social, los miembros del grupo desfavorecido son *marginados hermenéuticamente*. La noción de marginación es moral-política e indica subordinación y exclusión de alguna práctica que tendría valor para el participante”.

²³⁷ “La marginación hermenéutica es siempre una forma de impotencia, ya sea estructural o puntual”.

²³⁸ “Las lagunas hermenéuticas son como agujeros en la capa de ozono: son las personas que viven debajo de ellas las que se queman”.

²³⁹ “El agravio de la injusticia testimonial se inflige de manera individual, de modo que surgen preguntas inmediatas sobre la culpabilidad o inculpabilidad del oyente y, en general, sobre qué virtud es deseable cultivar en nosotros como oyentes. En cambio, la injusticia hermenéutica no es infligida por ningún agente, sino causada por una característica del recurso hermenéutico colectivo: un punto ciego puntual (en casos incidentales) o (en casos sistemáticos) una laguna generada por un prejuicio identitario estructural en el repertorio hermenéutico”.

hablante es injusta y, en su caso, en qué medida lo es. En este sentido, la figura del *oyente virtuoso* se revela fundamental. Este oyente se caracteriza por su sensibilidad, su empatía y su disposición a practicar una escucha activa, condiciones indispensables para reducir el riesgo de cometer injusticias testimoniales. Asimismo, el intercambio con otras personas que han vivido experiencias similares —por ejemplo, otras víctimas de violencia sexual— puede facilitar que quien no dispone inicialmente de los conceptos adecuados para interpretar su situación logre comprenderla. Tal como señala Fricker, es frecuente que las personas afectadas experimenten síntomas físicos o somatizaciones sin ser plenamente conscientes de las causas profundas de su malestar.

Desde esta perspectiva, resulta evidente cómo estas formas de injusticia se entrelazan con los casos de violencia sexual hacia los varones, fenómeno que ha sido ampliamente documentado en las entrevistas y en el grupo focal desarrollados en el marco de esta investigación. Cuando un hombre denuncia haber sido víctima de una violación, se enfrenta casi de inmediato a un escenario de injusticia testimonial. Médicos, fuerzas de seguridad o incluso su propio entorno social tienden a recibir su testimonio con escepticismo, lo que se explica por la confluencia de diversos factores: los tabúes y estigmas que rodean la sexualidad masculina, los prejuicios estructurales, las narrativas tóxicas que configuran el ideal hegemónico de masculinidad, así como los mitos y creencias distorsionadas que la sociedad construye en torno a este tipo de violencia.

La baja visibilidad de estas situaciones, su escasa presencia en el debate público, académico y estadístico, así como la tendencia a asociarlas con la promiscuidad, la inmoralidad o estilos de vida “no saludables”, contribuyen a que los profesionales y los círculos de apoyo no siempre dispongan de la sensibilidad y la empatía que la gravedad de estos casos exige. Como resultado, los varones víctimas de violencia sexual no solo pueden verse deslegitimados y objeto de burlas, sino que se exponen a una segunda victimización, generada precisamente por los estereotipos y construcciones culturales que definen la masculinidad como sinónimo de fortaleza, capacidad de defensa y, en última instancia, invulnerabilidad. Esta concepción impide reconocer la frecuencia real de estas agresiones y desvincular su ocurrencia de la orientación sexual o del “grado de masculinidad” de los sobrevividos.

En cuanto a la injusticia hermenéutica, también se puede establecer un claro paralelismo. Esta forma de injusticia se manifiesta cuando una persona no puede acceder de manera plena o adecuada a la comprensión de su propia experiencia, debido a la falta de conceptos, categorías o marcos interpretativos disponibles en su entorno sociocultural. Tal como se ha argumentado en el capítulo cinco, la posibilidad misma de que un varón sea

concebido como víctima —especialmente en el caso de una violación sexual— se ve profundamente limitada por las representaciones dominantes de género. La idea de que el “verdadero hombre” es impenetrable y que ser penetrado implicaría una des-virilización o una supuesta homosexualización, obstaculiza la existencia de un discurso social inclusivo sobre la violencia sexual.

Esta ausencia de marcos hermenéuticos adecuados no solo afecta a los varones que atraviesan estas situaciones, sino que también restringe las posibilidades de un debate social más amplio sobre las múltiples dimensiones de la violencia sexual, que tiende a percibirse como un fenómeno exclusivo o casi exclusivo de la violencia de género contra las mujeres. Así, los varones no solo carecen de la información necesaria para identificar lo que les ha sucedido, sino que tampoco disponen de las herramientas interpretativas que les permitirían comprender su experiencia, actuar en consecuencia y buscar ayuda de manera efectiva.

Resulta particularmente ilustrativo, en este sentido, el análisis de Javaid (2017a), al que se hará referencia a continuación:

This is in agreement with more recent research that found that all types of male rape victims are reluctant to report to the police, because of the victims not knowing that male rape is a crime and of concerns around sexuality, in that the victims think that the police consider male rape solely as a homosexual issue²⁴⁰ (p. 285).

El temor a no ser creído por parte de las personas que han sufrido violencia sexual está profundamente vinculado, en primer lugar, a la ausencia de un vocabulario adecuado que permita nombrar y comprender el acontecimiento violento. Esta carencia conceptual, como se ha argumentado previamente, afecta tanto a nivel individual como colectivo, y evidencia la necesidad de implementar un enfoque multinivel que combine acciones de información, sensibilización y transformación cultural.

Al igual que en el epígrafe anterior, resulta pertinente centrar la atención en los dos contextos analizados previamente: la violencia intragénero entre varones en entornos no asociados al chemsex y la violencia sexual en contextos vinculados a prácticas de chemsex. Esta distinción es esencial para identificar de manera precisa las estrategias más efectivas que permitan generar empatía social, combatir los estereotipos y deconstruir las narrativas

²⁴⁰ “Esto concuerda con investigaciones más recientes que han descubierto que todos los tipos de víctimas masculinas de violación son reacias a denunciar a la policía, debido a que las víctimas no saben que la violación masculina es un delito y a preocupaciones en torno a la sexualidad, en el sentido de que las víctimas piensan que la policía considera la violación masculina únicamente como un problema homosexual”.

culpabilizadoras, que en el caso específico de las violencias sexuales entre varones tienden a ser particularmente marginalizantes y silenciadas.

Frente a esta realidad, resulta indispensable plantear interrogantes orientados a la acción concreta: ¿qué intervenciones pueden desarrollarse tanto a nivel individual como a nivel colectivo para fomentar un clima de escucha empática y libre de juicios hacia las víctimas?, ¿cuáles son los espacios y ámbitos prioritarios en los que es necesario intervenir para desarticular las estructuras discursivas que perpetúan la invisibilización, la estigmatización y la culpabilización de los varones víctimas de violencia sexual?

Estas preguntas no solo abren el camino hacia el diseño de políticas públicas y programas educativos y de atención, sino que también invitan a reflexionar sobre el rol de las instituciones, los servicios de salud, los dispositivos de acompañamiento psicológico, los medios de comunicación y los propios movimientos sociales en la generación de un entorno más justo, inclusivo y sensible frente a estas problemáticas

Una primera respuesta tiene que ver con un cambio terminológico y conceptual. El informe de Cabezas, Espín y Menéndez (2021) afirma:

Se desnaturaliza la categoría de víctima, a fin de producir un alejamiento de la idea del sujeto víctima como un inferior, sin recursos o capacidades personales que necesita tutela profesional. Esta desnaturalización supone incorporar en nuestro abordaje que no todas las personas que han vivido violencia encajen en esta construcción de víctima pasiva, ni viven la violencia de la misma manera como, por ejemplo, un hecho traumático inhabilitante que anula su propia capacidad de elección o decisión. [...] Así mismo, se deconstruye el binomio agresor/víctima, tanto los equipos profesionales como las personas que acompañan se encuentran socializadas con una serie de mandatos, roles y estereotipos de género asentados y normalizados en nuestra sociedad que establecen cómo ha de ser, sentir, pensar o actuar una persona que ha sido agredida o que ha vivido violencia y también cómo ha de ser, sentir, pensar o actuar una persona que ha ejercido violencia. El binomio mujer-víctima y hombre-agresor violento está presente en el discurso hegemónico que ha estructurado la configuración de servicios y recursos y ha influido en los modelos de atención y acompañamiento profesional en torno a las violencias (p. 23).

Como se ha expuesto a lo largo de esta investigación, los varones víctimas de violencia sexual enfrentan serias dificultades para reconocerse a sí mismos como tales, debido a los mandatos de género que asocian la masculinidad con la fortaleza, la agresividad y la imposibilidad de ser vulnerados. Culturalmente, el hombre se construye como el sujeto que ocupa el rol de agresor, como aquel que es impenetrable y que, en definitiva, representa todo lo opuesto a los significados y valores tradicionalmente asociados al concepto de víctima. En este marco, cuando un varón sufre un episodio de violencia sexual, se produce una grieta

profunda en la imagen socialmente construida de la virilidad, lo que puede derivar en la negación, la no verbalización o la falta de denuncia del acontecimiento.

Asimismo, las personas e instituciones encargadas de atender a estas personas sobrevividas —policía, personal sanitario, profesionales del ámbito psicosocial, voluntarios en asociaciones u ONG, entre otros—, también pueden mostrar resistencia o escepticismo frente a sus testimonios. Esta respuesta se enmarca en una socialización común que reproduce una narrativa binaria y patriarcal sustentada en oposiciones rígidas: masculino/femenino, dominante/sumiso, agresor/víctima, fuerte/débil.

Superar estas limitaciones requiere de un proceso sostenido de deconstrucción y resignificación de los conceptos y narrativas que estructuran el imaginario social. La injusticia hermenéutica, en este contexto, se manifiesta en la medida en que la ausencia de términos o marcos conceptuales para nombrar una determinada realidad implica, de facto, la inexistencia simbólica de esa misma realidad. Cuando, a nivel cultural, existe un borrado activo o una omisión sistemática de determinadas experiencias —como la violencia sexual sufrida por varones—, la dimensión del acto violento se amplifica, dado que se niega no solo el sufrimiento individual, sino la posibilidad misma de su reconocimiento social.

Es fundamental que estas personas dispongan, en primer lugar, de las herramientas conceptuales y, en segundo término, de los recursos sociales y comunitarios que les permitan visibilizar, comprender y verbalizar su experiencia. En esta línea, como afirma Javaid (2015):

This article found that there is a crucial need to better educate women and men about the facts of male rape. This means dispelling gender expectations and stereotypes that hinder recognition of both men as victims and women as offenders. It is also important to widen definitions of sexual violence, so as to include male rape. Raising awareness of sexual assault and male rape via the education system, community services, and academia is needed to widen overall knowledge of sexual violence beyond its contemporary myopic focus on sexual violence against women²⁴¹ (p. 288).

Combatir la ignorancia —ya sea inconsciente, estructural o deliberadamente violenta— y deconstruir el concepto de violación como un crimen exclusivamente genérico supone, de

²⁴¹ “Según este artículo, es crucial educar mejor a mujeres y hombres sobre los hechos de la violación masculina. Esto significa disipar las expectativas y estereotipos de género que dificultan el reconocimiento tanto de los hombres como víctimas como de las mujeres como agresoras. También es importante ampliar las definiciones de violencia sexual para incluir la violación masculina. Es necesario concienciar sobre la agresión sexual y la violación masculina a través del sistema educativo, los servicios comunitarios y el mundo académico para ampliar el conocimiento general de la violencia sexual más allá de su enfoque miope actual sobre la violencia sexual contra las mujeres”.

forma paralela, revisar y problematizar las nociones tradicionales de víctima y agresor. En este sentido, se vuelve imprescindible promover una formación integral y multinivel que comience desde las primeras etapas educativas, incorporando contenidos de educación afectivo-sexual con un enfoque inclusivo y transversal. Esta formación debe abordar la cultura del consentimiento, las diversas tipologías de violencia, la inexistencia de un arquetipo de “víctima ideal” y la premisa fundamental de que cualquier persona, independientemente de su identidad de género u orientación sexual, puede ser víctima potencial de violencia sexual. Asimismo, resulta esencial informar sobre los recursos, servicios y espacios de apoyo a los que las víctimas pueden acudir. Precisamente, esta necesidad fue enfatizada por dos de las personas entrevistadas en el marco de esta investigación:

Psicóloga Verona: Io credo che si possa, e che si debba, lavorare a livello infantile, anche se allo stesso tempo è fondamentale lavorare anche sui genitori. Loro sono adulti fatti e finiti e molto spesso hanno delle rigidità anche quanto a stereotipi. È tutta una questione di “normalizzazione”. Quando ho iniziato a vedere pubblicità di due uomini che si baciano o di due donne che si baciano ho detto “Finalmente!”. Rispetto alla violenza credo che la Tolleranza Zero sia la cosa che funziona di più e culturalmente è impastata di altri concetti. Molto spesso c'è un amore di mezzo, una relazione affettiva è un qualcosa che può prevedere la violenza, anche psicologica. Se noi culturalmente non accettiamo questi passaggi è difficile sradicare gli stereotipi²⁴².

Alessandro: Io penso che la scuola sia fondamentale, penso che parlare sia fondamentale e penso che ci debbano essere degli sportelli, perché molte cose non vengono dette a casa e molte cose però possono essere risolte, lo psicologo nelle scuole è molto importante perché il problema del femminicidio può venire anche da un bambino, cioè il bambino che dice che il papà picchia la mamma o il papà beve e la mamma fa dei gesti estremi, beve, si droga. Oppure appunto l'abuso sessuale, ferma questa cosa e crea e abbatte il tabù della psicologia, perché ad oggi una persona che va dallo psicologo, comunque, nella maggior parte viene capita, in alcuni ti dicono che hai un problema, se tu invece crei la normalità all'interno delle scuole²⁴³.

²⁴² “Creo que podemos y debemos trabajar con los niños, aunque al mismo tiempo es fundamental trabajar también con los padres. Son adultos y, a menudo, muestran rigidez cuanto a estereotipos. Todo es cuestión de “normalización”. Cuando empecé a ver anuncios de dos hombres o dos mujeres besándose, pensé: “¡Por fin!”. Respecto a la violencia, creo que la tolerancia cero es lo que mejor funciona y, culturalmente, se mezcla con otros conceptos. A menudo hay amor de por medio; una relación afectiva puede incluir violencia, incluso psicológica. Si culturalmente no aceptamos estos pasos, es difícil erradicar los estereotipos”

²⁴³ “Creo que la escuela es fundamental, creo que hablar es fundamental y creo que debería haber despachos de ayuda, porque muchas cosas no se dicen en casa y muchas se pueden resolver. El psicólogo en las escuelas es muy importante porque el problema del feminicidio también puede provenir de un niño; es decir, el niño que dice que el padre golpea a la madre o que el padre bebe y la madre hace cosas extremas, bebe, se droga. O incluso abuso sexual. Hay que detener esto y romper el tabú de la psicología, porque hoy en día la mayoría todavía entiende a una persona que va al psicólogo como a alguien que tiene un problema. Se tiene que crear normalidad en las escuelas”.

A nivel comunitario resultaría urgente reforzar los procesos de sensibilización y visibilización respecto a la violencia sexual que afecta también a los varones. Esto implica, entre otras medidas, la creación y consolidación de centros de atención y acogida que estén preparados para recibir y acompañar a hombres víctimas de violencia, sin que su acceso a dichos espacios dependa de su visibilidad sexual o de la necesidad de revelar aspectos de su intimidad. Tal como señaló una de las profesionales entrevistadas, si bien algunos varones pueden encontrar alojamiento temporal en domicilios de amistades, este hecho suele conllevar la obligación de revelar las razones que motivan tal necesidad, lo que puede generar un nuevo ciclo de estigmatización si no existe la adecuada sensibilización social. Debe subrayarse que todas las víctimas de violencia tienen el derecho de gestionar lo ocurrido de forma autónoma, siempre que cuenten previamente con las herramientas, recursos y marcos de contención necesarios para ello:

Mirko G.A.G.A.: Sicuramente la cosa principale, secondo me, è quella di attivare uno sportello, ci vorrebbe un'informazione, una sensibilizzazione al tema nel senso che se non si parla di questi argomenti diventano difficili da riconoscere per la vittima e non c'è neanche nessuna persona che conosce sul territorio queste tematiche e non si attiverà neanche mai un servizio. Manca una cultura di base secondo me. Ma banalmente se abbiamo una delibera regionale che si occupa di violenza sulle donne non abbiamo una delibera regionale che si occupa di violenza sugli uomini anche a livello istituzionale manca proprio.²⁴⁴

La creación de servicios de atención específicos tiene que comunicar directamente con una necesidad social. Seguramente, a nivel académico habría que aumentar las investigaciones sobre el tema, utilizar una metodología alimentada por la interseccionalidad como sugiere Javaid (2017a):

Other works can also contribute to theoretical and conceptual debates surrounding male rape. For example, other works should consider adopting other frameworks, such as the concept of intersectionality. For instance, how does male rape intersect with social identity markers beyond gender and sexuality (e.g., ethnicity, class, religion, age, ability/disability)? Adopting a multidisciplinary approach to understanding male rape would be recommended for other scholars working in this field. This would add to the theoretical and conceptual debates surrounding male

²⁴⁴ “Sin duda, lo principal, en mi opinión, es activar un servicio de asistencia. Necesitamos información y concienciación sobre el problema, ya que si no abordamos estos temas, a la víctima le resulta difícil reconocerlos, y ni siquiera hay nadie en la zona que conozca estos temas, por lo que nunca se activará un servicio. En mi opinión, hay una falta de cultura básica. Pero, trivialmente, si tenemos una resolución regional que aborde la violencia contra las mujeres, no tenemos una resolución regional que aborde la violencia contra los hombres, ni siquiera a nivel institucional. Es una verdadera carencia”

sexual victimization. On balance, my suggestions for further research will surely help to shed light on this particularly under addressed topic, stopping male rape being a taboo²⁴⁵ (p. 290).

Como se ha planteado a lo largo de este trabajo, la violencia sexual ejercida entre varones no debe continuar siendo un tabú social. Se trata de una realidad que existe y que, por tanto, debe ser abordada desde una perspectiva crítica, inclusiva y no revictimizante. En este sentido, tal como sostiene Benedetta Lo Zito (2024c), es imprescindible transitar de una *cultura de la violación* a una *cultura del consentimiento*. El foco debe dejar de situarse en la búsqueda de justificaciones para los agresores y en la culpabilización de las víctimas, para, en cambio, priorizar el reconocimiento de las experiencias vividas por las personas afectadas y garantizar su acompañamiento integral. En este proceso, resulta central la formación y sensibilización tanto de los cuerpos policiales como de los profesionales de la salud, con el fin de evitar la victimización secundaria y asegurar una atención respetuosa, empática y adecuada a las víctimas de violencia sexual:

Javi: A ver, cuando pasan estos tipos de cosas y llega gente drogada, borracha, uno busca cualquier excusa. Y yo puedo entender que esta gente esté harta de oír excusas, pero yo me pregunto, que más te da que una persona que esté drogada, que se haya drogado por su propio pie o le hayan drogado. Trátala de la misma manera. Tú pagas tu seguridad social, entonces tienes derecho a la asistencia. Es algo que no entiendo. Si le estoy diciendo que ha pasado esto, Usted si no se lo cree se calla, el tratamiento que me vas a poner es lo mismo, que yo te esté diciendo la verdad o no. Es el hecho ya simplemente de juzgar y de intentar culpabilizar a alguien.

Es cierto, tal como señala Javi, que existen casos en los cuales algunas personas presentan denuncias falsas sobre situaciones de violencia que no han experimentado realmente. Sin embargo, este tipo de excepciones no debe convertirse en argumento para poner en duda, de forma sistemática, el testimonio de quienes manifiestan haber sido víctimas de violencia sexual. Al contrario, uno de los principios fundamentales en estos casos debe ser creer en la palabra de la víctima y garantizar que no se le haga sentir responsable ni culpable por el hecho violento sufrido. En esta misma línea, Javi subraya un aspecto clave

²⁴⁵ “Otras obras también pueden contribuir a los debates teóricos y conceptuales en torno a la violación masculina. Por ejemplo, otros trabajos deberían considerar la adopción de otros marcos, como el concepto de interseccionalidad. Por ejemplo, ¿cómo se entrecruza la violación masculina con los marcadores de identidad social más allá del género y la sexualidad (por ejemplo, etnia, clase, religión, edad, capacidad/discapacidad)? Adoptar un enfoque multidisciplinar para comprender la violación masculina sería recomendable para otros estudiosos que trabajen en este campo. Esto se sumaría a los debates teóricos y conceptuales de en torno a la victimización sexual masculina. En resumen, mis sugerencias para futuras investigaciones seguramente ayudarán a arrojar luz sobre este tema particularmente poco abordado, dejando de ser la violación masculina un tabú”.

en el proceso de recuperación: la necesidad de ofrecer asistencia psicológica especializada y accesible para todas las personas que hayan atravesado este tipo de situaciones:

Javi: Cuando una persona te cuenta estos tipos de cosas, créela, porque no es nada sencillo coger y hablar de esto tan sencillamente, como si no hubiese pasado. Lo segundo, apoyo psicológico. A mí en ningún momento me dijeron si quisiera hablar con alguien o si lo necesitaba. Me dieron el parte médico y me echaron. Yo, personalmente, tuve que buscar un psicólogo a parte y con mi dinero. Y la salud mental es una parte fundamental que se tiene que tratar desde el primer momento porque si no se vuelve mucho peor. Lo que pienso que mejoraría el sentido de la víctima es creerla. No hay razón ninguna para no creer a una persona que te cuenta algo así. Por desgracia hay muy poco apoyo por parte de las instituciones.

Es igualmente fundamental dismantelar los mitos y prejuicios analizado previamente. La violencia sexual dirigida hacia varones no puede ni debe ser reducida a una “cuestión homosexual” o limitada exclusivamente a ciertos colectivos. Este tipo de agresiones pueden afectar a cualquier persona, independientemente de su estatus socioeconómico, edad, identidad de género u orientación sexual. La atención psicológica a las víctimas debe, además, complementarse con un acompañamiento legal y judicial que garantice el acceso efectivo a la justicia y a los derechos que les corresponden:

Francesco: già sapere che esistono associazioni, che esistono un numero che puoi chiamare, che ti danno anche assistenza legale. Cosa che uno dice non ci penso, le ritorsioni e tutto, uno pensa sì c'è la psicologa che mi dice come reagire, cosa fare; invece, è una questione anche proprio legale, di denunce, di sopravvivenza, di autodifesa, quindi parlare sicuramente sarebbe d'aiuto²⁴⁶.

Es necesario, por otro lado, establecer canales de comunicación activa y colaboración entre asociaciones, instituciones estatales, espacios académicos y centros antiviolencia, con el fin de combatir de manera articulada la cultura de la ignorancia y la invisibilidad que persiste en torno a estas violencias. Este abordaje requiere una acción multinivel, interdisciplinar e interseccional que permita comprender las distintas realidades sin caer en generalizaciones ni discursos simplificadores.

En relación específica con las situaciones de violencia sexual en contextos chemsex, cabe preguntarse si las medidas de prevención y asistencia son las mismas que las ya

²⁴⁶ “Ya saber que existen asociaciones, que hay un número al que puedes llamar, que también te ofrecen asistencia legal. Uno piensa que sí, que hay un psicólogo que me dice cómo reaccionar, qué hacer; en cambio, también es un asunto legal, de quejas, de supervivencia, de defensa propia, así que hablar sin duda sería útil”.

identificadas o si requieren estrategias diferenciadas. Antes de responder a esta cuestión, resulta pertinente plantear la necesidad de implementar políticas y prácticas de reducción de daños y riesgos en los escenarios vinculados al chemsex, como primer paso para una intervención adecuada y sensible a las particularidades de estos espacios:

Este estudio concluye que la práctica de chemsex, como muchos otros fenómenos relacionados con la salud, debe comprenderse como multifactorial y multicausal, asociada al contexto sociocultural, por lo que a gestión del fenómeno debe de estar centrada y adaptada a las necesidades de cada usuario. Dada la particularidad del fenómeno, resulta crucial adentrarse en la comprensión de la satisfacción sexual, del aumento de la libido y de la búsqueda de placer más intenso en las personas que practican chemsex, ya que se identifican como factores clave entre las personas que lo practican (Leyva-Moral *et al.*, 2024: 195)

Tal como se expuso en los capítulos cuatro y seis, el chemsex constituye una de las formas mediante las cuales la comunidad LGBTQIA+ —en particular GBHSH— construye redes de interacción y comunidad. Se trata de un fenómeno complejo que requiere ser analizado con rigor, lejos de simplificaciones.

A lo largo de esta investigación se ha cuestionado la mirada biomédica y sensacionalista que suele asociar el chemsex con adicción, promiscuidad, vacío emocional y deterioro vital. Frente a ello, se ha buscado reconocer tanto los riesgos que puede implicar —en términos de salud sexual, física y mental— como la diversidad de trayectorias personales que lo atraviesan. Los testimonios recopilados muestran que, si bien en ciertos casos el chemsex deriva en consumo problemático, aislamiento o deterioro en distintos ámbitos de la vida cotidiana, en otros puede integrarse sin consecuencias negativas significativas.

No es, por tanto, el chemsex en sí mismo lo que resulta problemático, sino la interacción entre esta práctica y factores individuales y contextuales. Desde una perspectiva de salud pública, es innegable que conductas como el barebacking, el slamming o el policonsumo implican riesgos elevados. Sin embargo, las estrategias utilizadas por ONG Stop se vinculan, más que a una propuesta prohibicionista, a la reducción de daños y riesgos: sensibilización, acceso a información veraz y acompañamiento profesional, promoviendo la responsabilidad individual y colectiva de las personas usuarias. Esta aproximación, más que la criminalización, constituye una vía humanizadora y eficaz para abordar el fenómeno.

En este punto, cabe preguntarse: ¿de qué manera se vinculan estas reflexiones con las situaciones de violencia sexual en los contextos de chemsex? Al igual que no todo el chemsex es problemático en sí mismo, no todas las sesiones implican la ocurrencia de situaciones de violencia. Sin embargo, la violencia sexual puede manifestarse como

resultado de una serie de factores interrelacionados, tales como la presencia o no de consumo problemático; los desequilibrios de poder motivados por situaciones de migración, precariedad económica o trabajo sexual; el policonsumo y la alteración de la percepción; el descontrol vinculado a los efectos prolongados de las sustancias; o la ausencia de negociación y consentimiento explícito previo.

Este fenómeno debe entenderse en el marco sociocultural que lo envuelve, el cual se caracteriza por dinámicas propias de una población históricamente discriminada, por un repertorio simbólico, lingüístico y erótico específico, y por la influencia de ciertas narrativas sobre la masculinidad. En este sentido, la exaltación de una masculinidad viril, dominante y agresiva dentro de las prácticas sexuales en los guarri-chills puede contribuir a la reproducción de situaciones de violencia no siempre percibidas como tales.

A partir de los conocimientos adquiridos durante el trabajo de campo y de los aportes recibidos en la formación de la ONG Stop, se plantea que la implementación de prácticas concretas de reducción de daños y riesgos puede extenderse, no sólo a la prevención de daños vinculados al consumo, sino también a la mitigación de situaciones de violencia sexual dentro del chemsex. La promoción de una responsabilidad tanto personal como comunitaria en el autocuidado y en el cuidado mutuo emerge como una condición clave para propiciar experiencias más seguras y saludables en estos contextos.

Para profundizar en estas cuestiones, se abordarán a continuación algunos fragmentos testimoniales que permiten ilustrar de manera concreta los desafíos y posibles respuestas en torno al chemsex y la violencia sexual:

un mejor conocimiento sobre las drogas podría permitir un consumo más “eficiente” (por ejemplo, no hacer combinaciones que interactúen contrapuestamente: consumir un estimulante y un depresor al mismo tiempo) (Fernández-Dávila, 2016: 59).

La falta de información provoca que haya gente que se tome lo que le ofrezcan sin conocer que efectos le producirá, que se tome otra dosis sin saber si se está aproximando al umbral de toxicidad o que la mezcle con otras sustancias que pueden agravar los efectos indeseados (Martín, 2024: 316).

Leonardo: a mí me invitan a un chill, yo voy, pero tenlo por seguro de que yo a ti no te voy a recibir absolutamente nada de lo que me vas a dar. Yo llevo mi GHB, llevo mi tina y llevo lo que yo voy a consumir, que yo sé que es lo que yo me estoy metiendo. Porque tú a mí me puedes decir: “mira, este es GHB, tenlo”, y tú me das, pero yo no sé si verdaderamente es GHB o no; yo no sé si lo que tú me vas a dar es tina o no. Puede que el sabor sea igual, que todo sea igual, pero yo no sé tú qué me estás dando. O me das una copa y adentro hay cosas. Entonces,

no: yo pienso que uno, desde que trate las cosas con seriedad, con respeto y con amabilidad, puede lograr muchas cosas. [...] A mí no me vayas a ofrecer lo tuyo porque te lo voy a negar. Y no es que yo sea petulante, no es que yo lo haga por maldad, que lo haga por ser mala gente, sino que lo hago por mí, por mi tranquilidad, por yo estar bien, por estar tranquilo. Porque cuando nos colocamos somos distintos; cuando una persona se coloca, es una persona que cambia.

Tal como se ha desarrollado en el apartado dedicado a las sustancias, el fenómeno del chemsex implica el uso de drogas con un alto potencial adictivo, muchas de las cuales pueden, además, ser objeto de adulteración o mezclas que incrementan la complejidad de sus efectos. En este contexto, resulta fundamental incorporar medidas de reducción de daños y riesgos vinculadas, en primer lugar, al propio consumo de sustancias²⁴⁷. El conocimiento y la gestión responsable de las sustancias aparecen como un factor clave para reducir riesgos en los contextos chemsex. Tal como señala la literatura (Fernández-Dávila, 2016; Martín, 2024), la falta de información puede conducir a prácticas peligrosas como combinaciones inadecuadas, sobredosificación o consumo sin conocer los efectos de lo ingerido. En este sentido, el testimonio de Leonardo muestra una estrategia de autoprotección: llevar consigo las sustancias que planea consumir y rechazar las ofrecidas por otros, no como un gesto de desconfianza interpersonal, sino como una forma de preservar su seguridad y tranquilidad. Este relato evidencia que, en un entorno donde las dinámicas de confianza y vulnerabilidad son especialmente sensibles, la autonomía en el manejo de las drogas puede entenderse como una práctica de cuidado y de autorregulación. Desde un punto de vista teórico, estas prácticas permiten pensar en la agencia de las personas usuarias, no solo como sujetos pasivos frente a los riesgos del chemsex, sino como actores que negocian constantemente entre placer, control y autocuidado.

En el caso del GHB/GBL resulta fundamental atender a su proceso de metabolización, ya que sus efectos suelen prolongarse unas dos horas. Como medida preventiva se recomienda registrar con precisión las tomas, ya sea mediante una alarma o anotando la última dosis en una libreta. Esta precaución adquiere especial importancia en contextos de policonsumo, donde la combinación de dos depresores del sistema nervioso central —como el alcohol y el propio GHB/GBL— puede aumentar de manera significativa el riesgo de sobredosis o pérdida de conciencia. También deben evitarse las mezclas de estimulantes, como la metanfetamina y la mefedrona, capaces de incrementar peligrosamente la frecuencia

²⁴⁷ Nos referimos en este caso, por ejemplo, a los módulos de formación promovidos por la ONG Stop. En particular en el Curso específico ChemSex Support CSS 2A – Reducción de riesgos; CSS 2B – Emergencias; CSS 2C – Sustancias; CSS 3 – Abordaje psicológico y psiquiátrico; CSS 4 – Taller de slam. A parte de todas las informaciones que se pueden encontrar en <https://energycontrol.org/>

cardíaca y la presión arterial, con el consiguiente riesgo de eventos cardiovasculares graves. Del mismo modo, la combinación de depresores y estimulantes genera una falsa sensación de control, que a menudo conduce a un mayor consumo y, en consecuencia, a un incremento de los riesgos asociados.

Junto con la información sobre las sustancias, es imprescindible prestar atención a las vías de administración, ya que cada una conlleva riesgos específicos. En el consumo oral, estos riesgos tienden a ser relativamente menores; sin embargo, en la vía fumada o esnifada deben adoptarse precauciones adicionales. En el primer caso, es importante no compartir pipas para evitar la transmisión de infecciones como el VIH o las hepatitis B y C a través de microlesiones en la boca o los labios. En el consumo por vía esnifada, se recomienda desmenuzar adecuadamente la sustancia, utilizar utensilios limpios, no compartir el canuto y, posteriormente, limpiar las fosas nasales con suero fisiológico.

La vía intravenosa del *slamming* representa la forma más directa y riesgosa de administración, dado que la sustancia ingresa al sistema circulatorio sin filtros fisiológicos. En estos casos, es esencial que todo el material empleado —jeringuillas, filtros, toallitas, entre otros— sea estéril. La sustancia debe diluirse en agua bidestilada y la práctica debe realizarse garantizando una higiene adecuada de las manos y de la zona de inyección. Durante el procedimiento, se recomienda utilizar un torniquete para localizar la vena, retirándolo antes de inyectar. También es fundamental aspirar suavemente para confirmar la correcta posición de la aguja mediante la aparición de una pequeña cantidad de sangre, teniendo especial cuidado de no pinchar arterias.

Fernández-Dávila (2016) escribe: “Un ejemplo de estrategia de reducción de riesgo sería, en el caso del *slamming*, si no se está en condiciones de hacerlo uno mismo, pedir que lo ponga un “experto” o el menos “colocado” si se está en una fiesta de sexo en grupo” (p. 60). En definitiva, la gestión consciente del consumo y de las vías de administración constituye el primer pilar para reducir daños en contextos de chemsex, evitando una confianza ciega o desinformada que puede derivar en consecuencias graves.

El fragmento de David incluye dos elementos que nos permiten avanzar con las consideraciones:

David: Yo creo que concienciar más a las personas que practican chemsex. Creo que entre las personas que practican chemsex o que practicamos chemsex tendríamos que cuidarnos más entre nosotros. Yo sé que eso es muy difícil, pero yo creo que tendría que haber como una especie de educación de las personas que organizamos o que hacemos chemsex para que no pasen estas cosas. Y, un poco, pues cuando una persona está mal, cuando una persona no quiere algún tipo de práctica, pues ser conscientes de que no se puede hacer, de que hay un consenso.

Entonces, yo creo que ya que se va a seguir haciendo el chemsex y que no es algo que vaya a desaparecer, pues al menos saber cuáles son los riesgos, cuáles son los límites y un poco enseñar a las personas que hacemos chemsex a cuidarnos entre nosotros. Si una persona se siente vulnerable en ese momento porque ha consumido mucho, porque se ve en una situación que no quiere estar, pues saber cómo actuar con esa persona, no abusar de esa persona. Pero a través de la educación, de la prevención de riesgos al final.

Por un lado, David subraya la importancia del cuidado mutuo y, retomando las consideraciones sobre la gestión del consumo y de las vías de administración, añade un aspecto clave: la dimensión comunitaria. En un guarri-chill, la presencia de personas de confianza o un clima favorable resultan fundamentales para posibilitar una experimentación más segura y saludable. El respeto al consentimiento, la negociación y la atención hacia los demás se expresan también en el cuidado compartido frente a las sustancias y su consumo. Estos elementos, presentes asimismo en otros fragmentos, permiten abrir la reflexión hacia el tema específico de la violencia:

Antonio: Y la condición para que se vaya construyendo [la sesión] y se vaya haciendo más grande y que vaya perdurando en el tiempo, es que la gente que esté en ese chill se sienta a gusto, que haya buen feeling entre uno y el otro, que haya respeto también, que te cuides, que nos cuidemos entre nosotros y básicamente eso. El tema del consentimiento, ¿no? Que cuando tú ves que la otra persona ahora mismo no le apetece, no le esfuerces, interesarte por otra persona también. Saber que le gusta, que no le gusta. Hablar de cosas también que no tengan que ver solo con lo simplemente sexual, dejar espacio para que todo el mundo tenga su momento, todo sea proporcional, ¿no? Joder, que haya algún equilibrio.

Leonardo: dime qué placer le voy a sacar yo a una persona inconsciente, yo lo puedo ver ahí tirado y doblado y todo el cuento, antes yo qué hago, trato de colaborarle, “ven recupérate aquí, ponte aquí cómodo, relájate, descansa, cuando estés en condiciones volvemos y miramos a ver si podemos seguir”, pero no me voy a poner a manosearlo, a tocarlo, porque nuestro cuerpo es un templo, y yo no tengo por qué llegar a tu templo y profanarlo. Yo lo hablo desde la perspectiva del respeto y la educación, de pronto las personas que no tienen una buena educación dirán, “pues aprovechemos que se dobló y hagamos con él lo que queramos”, no, no es mi pensamiento, es mi punto de vista, entonces no.

La gestión del consentimiento y de los límites personales constituye un elemento clave para la seguridad en los espacios donde se desarrollan las sesiones de chemsex. Dado que, en la mayoría de los casos, el primer contacto se establece a través de aplicaciones de citas, resulta fundamental acordar de antemano las expectativas sobre las prácticas

sexuales y el consumo de sustancias. Esta delimitación clara de los propios límites funciona como una medida preventiva esencial.

Las sesiones pueden darse en distintos escenarios —domicilios privados, saunas, clubes sexuales o zonas de *cruising* outdoor—, cada uno de los cuales requiere medidas de autoprotección específicas. En los encuentros en casas ajenas, se recomienda negociar previamente el consentimiento, acudir acompañado de alguien de confianza cuando sea posible, llevar las propias sustancias y evitar tanto productos desconocidos como bebidas servidas por terceros. También se aconseja portar únicamente lo indispensable (algo de dinero, identificación, teléfono), activar la geolocalización y compartir la ubicación con una persona de confianza.

Durante las sesiones, especialmente si se prolongan durante varias horas o días, resulta fundamental realizar pausas, hidratarse y alimentarse adecuadamente. Como recuerda Antonio, si en algún momento alguien no se siente cómodo con las dinámicas o las personas presentes, tiene pleno derecho a cambiar de opinión respecto a lo acordado y marcharse. En el caso de las saunas, se debe extremar la precaución ante las altas temperaturas para evitar golpes de calor, asegurando hidratación y descansos. En los encuentros en espacios de *cruising*, conviene llevar linterna, preservativos, lubricantes, toallitas desinfectantes y mantener el dinero en un lugar seguro y discreto.

Por último, el cuidado mutuo constituye una dimensión esencial de la reducción de riesgos. Tal como relatan David y Leonardo, es fundamental apoyar a quienes puedan encontrarse mal durante la sesión. Si alguien pierde el conocimiento, debe colocarse en posición lateral de seguridad y mantenerse bajo observación. La creación de entornos de corresponsabilidad y cuidado colectivo es indispensable para que las sesiones se desarrollen en condiciones lo más seguras y respetuosas posibles. Para cerrar este apartado, se retoman las palabras de Leonardo:

Leonardo: el chemsex debe ser utilizado no tanto por las drogas, sino por el placer sexual que se produce bajo los efectos de esos alucinógenos. Hay que colocarse en el chemsex primero por lo sexual y ya las drogas son ayudas que van llegando, pero tenemos que poner eso aquí en la punta de la pirámide: el placer sexual. Si vos querés colocarte y si vos vas a ir a un chill por las drogas, ve y colócate en otra parte papi, vete para otro lado, estás en el lugar equivocado. Si necesitas drogas llámame y pídemme, yo te regalo plata para que tú consigas drogas y te drogues en cualquier lado, pero no utilices el chemsex para drogarte. Utilizas el chemsex para tener un placer y ese placer va a ser tanto tuyo como de los demás y todos lo van a vivir y todos lo van a disfrutar entonces utiliza los mecanismos. Si vos ya estás muy perdido en las drogas y lo que te hace falta son drogas, porque es que esto crea adicción, estas drogas crean adicción pero son adicciones manejables, son adicciones que uno puede decir, “yo puedo controlar esta

adicción”, pero el mayor esfuerzo que tiene que hacer es uno, porque ellas desde que llegan te llegan manejándote, porque las drogas son así, las drogas son reyes, son dioses, entonces uno al saber entrar, uno al saber manejar esos dioses sabe manejar un buen chill, sabe manejar un buen colocón. Cuando para ti esto no ocurre, cuando ya estás muy enganchado a las drogas, cuando ya tú ves la droga como una prioridad, entonces claro yo voy a un chill porque yo sé que hay drogas y yo lo que busco es drogas, pues yo voy y me drogo, entonces no va a ir lo mismo.

Todo lo expuesto hasta este punto sienta las bases para abordar la gestión del chemsex desde un enfoque integral de reducción de daños y riesgos. Partiendo de los principios de la ONG Stop, se va más allá de la eficacia, o no, de los discursos prohibicionistas o de “consumo cero”, los cuales, al no atender siempre a las necesidades reales de las personas usuarias, no lograrían eliminar el fenómeno y, en ocasiones, lo podrían agravar empujando tal vez a prácticas más clandestinas y menos seguras.

Las medidas orientadas al autocuidado —como el conocimiento de las sustancias, la gestión de los límites, la negociación previa, el consentimiento informado o la inclusión de pausas de descanso— contribuyen a reducir los riesgos inherentes a las sesiones de chemsex. No obstante, es importante reconocer que, aun tomando estas precauciones, la violencia sexual puede producirse en estos contextos, del mismo modo que en otros espacios sociales.

Partiendo de esta premisa, se plantea la necesidad de avanzar hacia medidas específicas que permitan prevenir y afrontar las violencias sexuales en entornos de chemsex. La reducción de daños no puede limitarse únicamente al consumo de sustancias, sino que debe incluir también la promoción de vínculos seguros, consensuados y libres de violencias. En esta línea, resulta particularmente relevante lo señalado en el informe de Cabezas, Espín y Menéndez (2021):

Se considera vital que en estos contextos se pueda hablar abiertamente sobre las situaciones de violencias y sobre las condiciones de los pactos que se lleven a cabo. La dinámica grupal basada en el cuidado regula situaciones de violencia, transversalmente generando situaciones de placer y bienestar emocional. Exponer estos temas abiertamente y visibilizar situaciones problemáticas, son un primer paso para sensibilizar y problematizar las situaciones de violencias, que, aunque no sean generalizadas, existen y precisan un abordaje (p. 49).

A medida que una sesión de chemsex se prolonga en el tiempo, aumentan proporcionalmente los riesgos de que se produzcan situaciones de violencia o de transgresión de los límites previamente establecidos. Esta realidad responde a la confluencia de múltiples factores: el incumplimiento de los acuerdos pactados al inicio; la incorporación de nuevas

personas a lo largo de la sesión que desconocen dichos acuerdos; el policonsumo y la consiguiente alteración de la conciencia. Ante ello, es imprescindible subrayar que el consentimiento no es un acto fijo ni definitivo, sino un proceso continuo que puede ser revocado en cualquier momento. Cada persona tiene el derecho y la capacidad de reconsiderar su participación si deja de sentirse cómoda en la situación, y es fundamental poder expresarlo verbalmente.

No obstante, muchas personas entrevistadas señalaron la dificultad para visibilizar situaciones de violencia en estos contextos, mencionando como principales barreras la vergüenza y el temor a no ser creídas. Persisten imaginarios sociales que asocian la participación en sesiones de chemsex con un consentimiento implícito a cualquier tipo de práctica sexual, incluso aquellas que no fueron pactadas ni deseadas. Este prejuicio resulta profundamente problemático, ya que la participación en un espacio donde se combinan sexualidad y consumo de sustancias no implica, bajo ninguna circunstancia, la renuncia al derecho a decir “no” o a establecer límites. Es por ello necesario fomentar espacios de diálogo y sensibilización, tanto dentro de la comunidad como en la sociedad en general, incluyendo a las personas participantes y a quienes acompañan a las víctimas, para desnaturalizar estas violencias y promover una cultura de respeto y consentimiento:

Toni: yo creo que pasa por la educación sexual y por visibilizar que hay situaciones de violencia.

Es decir, es muy duro cuando dentro al colectivo alguien tiene una agresión y que para esa persona es muy duro ir a un servicio médico, ir a que te examinen, ir a la policía a contar que estaba con un chico, estaba consumiendo sustancias, que me durmió y me violó. Bueno, pues hay que ir, hay que salir y hay que decir, “oye, pues sí, me han agredido”. Y hay que visibilizarlo. Es lo que se tiene que hablar. De eso más tiene que hablar que hay violencia sexual en los chicos. Está como muy arraigado y muy visibilizada la violencia sexual en las parejas heteros, en la mujer, pero en las parejas gay, pues también hay violencia y se tiene que hablar de ello, se tiene que decir. Y luego, pues eso, en este país, falta educación sexual. O sea, no se habla de sexo, no se explica a los chicos.

A parte la sensibilización social²⁴⁸ es importante que haya una comunicación activa y constante entre ONG y aplicaciones de encuentro, que las mismas aplicaciones —es decir

²⁴⁸ Interesante es lo que dice Javier, el sexólogo entrevistado: “Porque esto es necesario que salga el tema a las 12 del día donde está la mujer, la dona catalana que piensa que al seufil no le falta nada y que ha sido la mejor madre del mundo y en realidad ese niño lo único que quería era amor y ella no le dio amor y no le aceptó su homosexualidad. Porque esto de los maricones no podía ser y hasta el día de hoy no le reconocen ni a su pareja, que es su compañero de piso o es su amiguito, pero no reconoce a la persona que él ama a su pareja como parte de su familia y esa persona sigue con homofobia interiorizada, con un rechazo de su madre y al final acaba. Cada fin de semana metiéndose rayas de lo que hay. Y por eso es necesario que de este tema se hable y que esta mujer, esta madre, tiene que saber que desde el amor tiene que acompañar a su hijo, aceptar esto, aceptar

uno de los medios de comunicación más utilizados ahora entre HSH— resulten también vehículo de información. Soriano (2017) escribe: “Es importante que las aplicaciones dialoguen con las ONG LGTB de una manera mucho más fluida y que acuerden fórmulas de colaboración con las mismas para facilitar a los HSH un mejor acceso tanto a la prevención y la reducción de riesgos, como a la atención de usuarios con usos problemáticos de drogas relacionados con el chemsex” (p. 18). *Controlling Chemsex*, por ejemplo, es una plataforma internacional regida por profesionales con larga experiencia en el chemsex que ofrecen cualquier tipo de ayuda, información y apoyo hacia los usuarios²⁴⁹. La actividad en las principales aplicaciones de ligue favorece que las personas directamente puedan hablar con ellos para un consejo o una ayuda. Cuentan los profesionales que deben tener cuidado porque las mismas aplicaciones tienden a borrarlos si aclaran sus intentos y ponen de manera explícita palabras como chemsex o violencia.

Hay que añadir a todo esto lo que sugiere Soriano (2022) cuando escribe: “Una de las facetas en las que hay margen para explorar es en la de la generación de respuestas frente al ocio hipersexualizado, promoviendo alternativas de ocio saludable y espacios de socialización comunitarios no sexualizados” (p. 9). Replantear los momentos y el concepto de ocio GBHSH para romper el circuito alimentado por craving y boredom – es decir lo que puede generar los detonantes (triggers) que empujan una persona tal vez a conectarse a una aplicación o a buscar guarri-chill disponibles; proponer actividades comunitarias, momentos de encuentro grupal durante los fines de semanas, ofrecer alternativas para contrastar la soledad y alimentar la sociabilidad no simplemente sexualizada.

Finalmente, algo que resulta muy eficaz para las personas usuarias que piden ayuda es la presencia de personas que vivieron en primera persona el chemsex, que saben lo que puede significar y que sobre todo consiguieron a controlarlo. Gaudette *et al.* (2022) escribe: “The participants believe peer helpers who have had chemsex experiences make a specific contribution that cannot be replaced by external knowledge, although this too is important to the development of resources adapted to this community”²⁵⁰ (p. 63). Las experiencias de los GAMs (Grupos de Apoyo Mutuo) resultan fundamentales para las personas usuarias para poder hablar de manera transparente con personas que vivieron situaciones parecidas:

esto que suta aún más su movida personal y así vamos a tener el personal más saludable, que no lleguen a estos excesos, a no conectar con ese dolor”

²⁴⁹ Vease <https://controllingchemsex.com/>.

²⁵⁰ “Los participantes creen que los ayudantes que han tenido experiencias de chemsex aportan una contribución específica que no puede ser sustituida por conocimientos externos, aunque esto también es importante para el desarrollo de recursos adaptados a esta comunidad”.

Antonio: Cuando Luis nos propuso hacer el curso de voluntariado y tal, yo ni me lo había planteado; no había planteado mi vida a ser voluntario de nada. Ya estoy sufriendo con mi trabajo, con mis cosas y todo, para ser voluntario... pero yo qué sé, es que es muy chulo. Y realmente ahora no estoy haciendo acogidas, pero, por ejemplo, cuando hacemos los GAMs — dos al año— es súper chulo escucharles, es muy chulo ver la evolución que tienen desde el primer día que llegan, aunque sean 8 sesiones, desde el primer día que llegan al último día que se van. Sentir como que hay un peso que se han quitado de encima, porque al final muchas veces el problema es este: que llevas ahí una mochila encima de sentirte súper culpable. Y, al final, el hecho de escuchar a otras personas, escuchar otras historias, te hace un poco como descargarte, es decir: vale, pues no soy el único y vamos a quitarle un poco de peso a esto. Y ese proceso, verlo desde el principio hasta el final, pues es muy bonito. Y escuchar otras historias de otras personas que yo he vivido, al principio me daba mucha presión; con el tiempo es como: bueno, ya, ¿qué me vas a contar? Es como: vale, ya te entiendo perfectamente, sé lo que te pasa, sé en qué momento te encuentras.

John: Ahora pones “chemsex” por Internet y te encuentras con páginas web. Está Stop, que para mí...mira, Stop me salvó la vida, me ayudó y es gratis. Tuve asesoramiento solo y con grupo. Yo no quería asistir al grupo, pero al final me empujó y me ayudó mucho. Yo creo que hay muchas cosas que están en eso. [...] No creo que tenga que ver con el chemsex en sí, sino hacer que la gente se dé cuenta de lo que hay detrás. Esto lo entendí con los grupos de ayuda. Había chicos que no conocía, que decían las mismas cosas que yo, pero palabras por palabras. Habían vivido lo mismo que yo, igual. Yo pensé que mi historia era única, pero era fuerte ver que había chicos que habían vivido lo mismo. Exactamente lo mismo.

La posibilidad de hablar libremente sobre lo vivido, reconocer que otras personas han transitado por procesos similares y observar los cambios personales que pueden surgir de ello, son elementos fundamentales para construir una conciencia colectiva. Este tipo de espacios no solo facilitan el cuidado mutuo, sino que también permiten generar empatía, escucha activa y sentido de pertenencia comunitaria.

En este sentido, los programas de reducción de riesgos y daños, si bien son necesarios, no resultan suficientes por sí solos para fomentar procesos de autoconciencia profundos que permitan desarrollar mecanismos sostenibles de autoprotección y ayuda recíproca. Dado que cada persona que participa en estos espacios lo hace desde trayectorias vitales distintas — con sus propios valores, saberes, inseguridades o bloqueos—, es imprescindible adoptar un enfoque integral que atienda a la persona en su totalidad. Este trabajo debe ir más allá del comportamiento puntual de consumo, abarcando dimensiones emocionales, afectivas, identitarias y relacionales:

Javier Sexólogo: Entonces, yo tengo un círculo de hombres y ahí hago seis talleres. Hombre G o hombres que tienen sexo con hombres. Entonces, ahí abordo en uno solo la homofobia interiorizada, en otro solo las heridas de la infancia. Entonces, esa primera parte tiene que ver con la paz del dolor. La segunda parte tiene que ver con las conductas y relaciones adictivas. Y ahí hago la vinculación. Y luego la tercera es relaciones afectivas y sexuales saludables. ¿Por qué? Porque es, ¿cómo yo utilizo mis relaciones afectivas y sexuales? ¿La utilizo para expresar el amor y el placer o porque tengo conductas adictivas producto de mis heridas emocionales o de homofobia interiorizada? Entonces, enseñó un poco eso para tener relaciones afectivas y sexuales saludables. ¿Y qué sale de estos grupos? Bueno, es interesante porque cada vez lo que voy haciendo es que voy contrastando de, mira, aquí ha tenido un tema de que quizás se sintió rechazado de niño por su padre o se sintió abandonado por su madre y ahí está y luego va a replicar luego las conductas cuando se busca una pareja y al final lo termina llevando a consumir. Y con muchos amigos que están en el consumo y ahí es cuando yo les digo, “vale, entonces, ¿cuál es tu motivo? No, es que no lo sabes, no te lo habías cuestionado”. Y ahí es como, ves a buscar tu herida, ves a buscar al interior. Yo lo hago desde eso, no para tratar la adicción, sino para que tú conectes con tu parte que te está haciendo ruido y por qué te lleva ahí, solamente eso. Ya luego cada persona decidirá cómo consume o no, cómo lo hace, qué situaciones son las que vive, qué le lleva a tomar conciencia, a poner límites, a saber hasta dónde hay que arriesgarse o no, qué consecuencias trae consigo, ¿sabes?

En efecto, el chemsex no constituye, en sí mismo, una práctica necesariamente problemática. El grado de riesgo y daño está mediado por los motivos personales que conducen a su práctica y por las condiciones en las que esta se desarrolla. Por ello, resulta clave interrogarse sobre qué lugar ocupa el chemsex en la vida de una persona: si es una forma más entre otras de explorar el placer, si representa el único canal para conectar con los demás, si existe una red de apoyo sólida, si hay una relación saludable con la propia sexualidad y con la de los demás. A partir de estas reflexiones se puede empezar a construir un modelo de relación más saludable con el propio deseo y con la comunidad.

De igual modo, la generación de vínculos, el desarrollo de habilidades de cuidado mutuo y la promoción de la inteligencia emocional se convierten en elementos centrales para prevenir situaciones de violencia. Gallardo Esclapez (2023) reconoce:

Si se quieren transformar estas situaciones, se deben poner en práctica estrategias de cuidados corresponsables, tanto en el plano del consumo de drogas como en el emocional. El uso sexualizado de drogas requiere de un gran grado de intimidad y cuidados para evitar la aparición de posibles consecuencias adversas: contextos que provocan ansiedad o depresión, intoxicaciones, o insatisfacción (p. 49).

Esto exige, entre otras cosas, cuestionar modelos tradicionales de masculinidad que invisibilizan la expresión emocional y promueven una imagen del varón como fuerte e imperturbable. La posibilidad de identificar, comprender y comunicar lo que se siente en una situación concreta permite dotar de mayor agencia a las personas participantes y reducir los riesgos asociados al consumo en contextos sexuales. Estas transformaciones individuales y colectivas repercuten directamente en la vivencia y en la prevención de la violencia dentro del chemsex.

Además, el acompañamiento psicoterapéutico juega un papel clave tanto para quienes participan en estas prácticas como para los y las profesionales que las abordan. Estos últimos requieren una formación continua, especializada y sensible a la complejidad del fenómeno, a fin de ofrecer un apoyo adecuado y no revictimizante, como señala Pablo:

Pablo: Necesita respeto, que se le respeten los tiempos, que se respete su voluntad. Quiere denunciar, se le acompaña en el proceso de denuncia. Quien no quiera se le acompaña en la decisión. Hay personas que se encuentran con que van al médico y dicen, “no, es que tienes que denunciarlo, tienes que denunciarlo”. No te das cuenta que esto es una violación, de que, a ver, vamos poquito a poco. No le pongamos palabras a algo que quizás la persona también no está preparada para digerir. La persona sabe lo que ha vivido y el acompañamiento terapéutico tiene que ver con encontrar un espacio para que pueda empezar a poner palabras, a sentir, por lo que cuando entra en un trauma hay una disociación del recuerdo de la violencia corporal y emocional. La integración tiene que ver con reintegrar esas dos partes. La disociación es un mecanismo de defensa para proteger la integridad de la identidad. Entonces, cuando lo hemos disociado vayamos con mucho cuidado porque por ahora lo hemos disociado, por ahora no está pudiendo abordarlo o llorarlo todavía, no está pudiendo afirmarse en sí palabras como “he sido violado, he sido abusado”, poco a poco, con mucho respeto de los tiempos y de la voluntad de la persona. Puede que no quiera tocar ese tema en un mes, en tres meses, en seis meses, bueno, va a acabar saliendo de alguna manera. [...] A veces lo único que necesita la persona es tener una escucha, no vas a escuchar que no tuvo ese espacio para poder contar, cuando se le dijo no cuentes porque no te van a creer, no cuentes porque vas a destrozar a la familia. Y a veces lo que necesita la persona y a veces será poder entrar directamente, a veces nos acercará un poquitín y se volverá a alejar, como en órbitas, y en eso consiste el trabajo de sanación, de acercarse a lo que la persona pueda, a quien puede más y a quien puede menos.

Regresa la idea de garantizar la centralidad a la persona, de respetar los tiempos necesarios para que hable, si lo quiere, de lo que le ocurrió, o que simplemente encuentre una manera suya de gestionarlo, sin empujarla hacia una dirección impuesta o forzada. Además de las experiencias psicoterapéuticas individuales, está la experiencia directa de los

GAMs y la necesidad de mantener una mirada abierta también, y sobre todo, en los profesionales que los gestionan:

Joaca: Después de los grupos siempre tenemos una reunión que llamamos posgrupo y que dura como 45 minutos, solamente entre terapeutas. O sea, el grupo dura una hora y media, se van, nos quedamos los terapeutas y es como una especie de supervisión, de cohesión, donde contamos qué me pasó a mí como terapeuta, que se me movió con lo mío, entonces eso es una apertura también a contar mis propias cosas. Hacemos una mirada sobre cómo funcionó el grupo, los temas emergentes, hacia dónde quizás ir y además individualmente, porque cada uno también lleva individualmente algunos del grupo, entonces esos espacios de reflexión, cuando por ejemplo aparece un relato de violencia, está esa reflexión posterior a ver “y qué me pasa a mí por ejemplo con eso, y que se me mueve”. Hemos cumplido recién un año como equipo de psicólogos estable, entonces como que hubiera un momento de “bueno ahora parece que sí podemos hacernos cargo de esto”. Creo que mi tarea como terapeuta, o nuestra tarea como terapeutas es darle relato, darle un espacio disponible a hablar de estas cosas, y a reflexionar y a darle nuevas vueltas, a veces solo ponerle nombre.

Los testimonios recogidos evidencian que el trabajo terapéutico en el ámbito del chemsex requiere un ejercicio constante de autocrítica y revisión. Las realidades y experiencias de las personas involucradas son dinámicas y complejas, lo que implica que, en cada momento, pueden emerger nuevas necesidades, problemáticas o vivencias que obligan a repensar los enfoques de intervención, los modelos de escucha y las formas de acompañamiento. En este sentido, resulta fundamental que las estrategias terapéuticas se centren de manera prioritaria en las personas, atendiendo sus necesidades, voluntades y particularidades, con el objetivo de favorecer la creación de vínculos relacionales más saludables y de potenciar procesos de empoderamiento individual y colectivo. Concluimos este capítulo con las palabras de Raúl Soriano:

Soriano: Y, dado que el chemsex es un problema de salud pública, me preocupa lo que está ocurriendo en mi comunidad, y creo que lo mejor que puedo aportar es tratar de mejorar la respuesta que se le está dando por parte de las instituciones, para mejorar la prevención, el abordaje de las necesidades de salud de las personas que tienen esta situación y para favorecer también que se tenga más evidencia y más conocimiento de lo que está ocurriendo, como instrumentos y sistemas de información, actualizando campos para que se puedan incorporar informaciones y datos sobre el chemsex.

Asimismo, resulta esperable y necesario que las iniciativas comunitarias que actualmente surgen desde colectivos y organizaciones sociales se articulen de manera

progresiva con las instituciones. Solo mediante esta sinergia entre el trabajo de base y las estructuras institucionales podrá construirse una red de apoyo sólida, coordinada y sostenible, no solo a nivel nacional, sino también en el plano internacional. Este enfoque resulta imprescindible para abordar de forma integral el fenómeno del chemsex, y de manera aún más específica, las situaciones de violencia sexual que pueden producirse en el contexto de las sesiones. Como señala una persona entrevistada:

Xavi: Pues que en la violencia de genero también debería de entrar el colectivo LGTBIQ+, no solo para la mujer, sino para el chico gay que está desamparado porque es hombre y ya lo prejuzgan o te hacen los comentarios que te he dicho, o la mujer trans que está de trabajadora sexual y la han forzado y se han extralimitado en lo pactado y se tenga que callar porque... es su trabajo... La Ley de violencia de genero debería revisarse y ser más inclusiva, no solo la mujer sufre maltrato.

Para resumir: hablar de violencia sexual entre varones resulta necesario dada su presencia en el entramado social y, sobre todo, por los mitos que todavía rodean este tipo de violencias. Xavi subraya la importancia de no caer en una visión patriarcal y binaria que reconoce únicamente a mujeres y menores como víctimas de violencia sexual. Es imprescindible, en cambio, una mirada interseccional y global que también contemple las violencias ejercidas hacia varones y en el seno de la comunidad LGBTQIA+.

En relación con las recomendaciones orientadas a la reducción de riesgos frente a la violencia sexual entre hombres, se identifican elementos comunes tanto en contextos cotidianos como en escenarios de chemsex. En ambos casos, se requiere una formación integral y multinivel que abarque desde el ámbito escolar, asociativo y comunitario, hasta el académico e institucional, incluyendo a quienes atienden a personas supervivientes — policía, profesionales de la salud, psicoterapeutas y centros especializados—. A nivel sociocultural, siguiendo a Benedetta Lo Zito (2022), resulta fundamental transitar de una cultura de la violación hacia una cultura del consentimiento, lo que implica escuchar activamente los testimonios de las víctimas, fomentar una educación lingüística inclusiva sobre los conceptos y evitar recaer en un binarismo de género rígido que establezca roles inmutables de agresor y víctima. En este sentido, la promoción de espacios de reflexión masculina, como los grupos de autoconciencia, se vuelve indispensable para cuestionar la masculinidad hegemónica y generar modelos alternativos e integrales de ser hombre.

En lo que respecta a la violencia en contextos de chemsex, resulta imprescindible incorporar medidas específicas de gestión de las sustancias: información clara sobre dosis, tiempos de consumo, vías de administración y riesgos del policonsumo. Solo a través de una

cultura personal y comunitaria de cuidado será posible construir vínculos más saludables y entornos de chemsex que presten la debida atención a la salud y al bienestar colectivo. Del mismo modo, se deben considerar factores contextuales como el lugar donde se desarrolla la sesión, la presencia de personas de confianza y la negociación previa de los límites y prácticas consensuadas. Además de las medidas individuales, la articulación entre asociaciones comunitarias, instituciones públicas y aplicaciones de ligue se configura como una herramienta clave para difundir información, sensibilizar y facilitar apoyos concretos.

A modo de cierre, puede afirmarse que la prevención de la violencia sexual entre varones —dentro y fuera del chemsex— requiere de un abordaje integral que combine la reducción de riesgos en el consumo con una transformación cultural más profunda. Esto implica replantear los discursos dominantes sobre masculinidad, cuestionar las narrativas de poder que legitiman la violencia y promover, desde lo individual hasta lo colectivo, relaciones basadas en el consentimiento, el cuidado mutuo y el respeto. Solo desde esta perspectiva amplia y corresponsable es posible avanzar hacia comunidades más seguras, inclusivas y libres de violencias.

8. Conclusiones

La hipótesis de este trabajo de investigación sostiene que la narrativa y la construcción sociocultural de la masculinidad —entendida como un entramado de mitos, estereotipos y tecnologías de género— pueden constituir un obstáculo para el reconocimiento, la verbalización y la denuncia de la violencia sexual entre varones.

Tras revisar críticamente el concepto de masculinidad, subrayando la necesidad de no considerarlo como una categoría monolítica ni inmutable, se observa cómo la cultura tiende a moldear y reducir la erótica masculina a un conjunto de elementos que deben buscarse activamente, mientras otros son sistemáticamente negados o excluidos, bajo el riesgo de una expulsión simbólica del grupo de “hombres verdaderos”. En esta lógica, la sexualidad masculina se entiende como heterosexual, coitocéntrica, falocéntrica, activa, penetradora, y excluyente de la analidad, la cual se asocia con pasividad, homosexualidad o sumisión. Todo ello contradice de manera frontal las narrativas hegemónicas de la masculinidad. Estas coordenadas no solo producen un relato normativo sobre lo masculino, sino que configuran lo que puede denominarse un panóptico de género: un dispositivo de vigilancia simbólica y normativa que penaliza pensamientos, conductas, apariencias y costumbres que se apartan de los códigos de virilidad culturalmente admitidos.

La masculinidad hegemónica, fuertemente protegida y reproducida en los microcontextos vitales de la vida cotidiana, limita la posibilidad de abrir el campo a prácticas interpersonales y de autopercepción más libres, capaces de favorecer procesos de deconstrucción individual y colectiva. En este sentido, nuestras consideraciones finales sobre buenas prácticas de reducción de riesgo y daño en casos de violencia sexual intragénero entre varones destacan un eje central: la necesidad de deconstrucción de los valores hegemónicos de la masculinidad patriarcal. A partir de este principio se desprenden todas las demás medidas prácticas y concretas. Se trata de garantizar identidades alternativas, modalidades de ser varón más sanas y sostenibles, nuevas formas de vivir el propio cuerpo y de experimentar el placer, así como de promover alianzas tanto entre cuerpos masculinos como entre éstos y otras corporalidades. Ahora bien, esta tarea presenta dificultades ineludibles: la deconstrucción debería ser multinivel, emprendida por los varones a título individual y, al mismo tiempo, por un tejido sociocultural que provea referencias, herramientas y marcos culturales capaces de impulsar el cambio. No se trata de un desafío imposible, pero sí de un proceso largo y exigente, que requiere compromiso, autocrítica y un trabajo constante de re-semantización identitaria.

Las entrevistas pusieron en evidencia no solo relatos de violencia, sino también experiencias de sexualidad GBHSH, de vulnerabilidades comunitarias y personales, así como de narrativas y valores que confirman la persistencia de elementos de la masculinidad hegemónica incluso en contextos de disidencia sexual. Aun quienes se alejan de la norma heteropatriarcal reproducen, en alguna medida, los códigos de la cultura de referencia en la que se socializan.

En muchos casos se constató la incredulidad inmediata tras un episodio violento y la ausencia de herramientas conceptuales y experienciales para otorgar sentido a lo ocurrido, lo que exigió un proceso de esfuerzo y deconstrucción. En contextos no asociados al chemsex, emergió con fuerza la falta de apoyo institucional, la carencia de formación específica en los profesionales y la escasez de centros especializados que atiendan a varones víctimas de violencia sexual. Este vacío representa tanto un desafío como una obligación ética: trabajar para que los dispositivos ya existentes —generalmente orientados a mujeres y menores— amplíen su alcance e incluyan también a los supervivientes masculinos. A esto le tendríamos que añadir una mayor visibilización cultural y un trabajo académico y de investigación siempre más amplio y presente.

Entre los mitos recogidos a través de la literatura y las entrevistas, apareció reiteradamente la idea de la autosuficiencia masculina: que un varón víctima de violencia sexual “debería” ser capaz de gestionar lo ocurrido por sí mismo. Un ejemplo claro fue el testimonio de la psicóloga italiana del centro antiviolencia de Verona, quien señaló que un hombre abusado no precisaría de una estructura de acogida y que bastaría con pedir refugio a un amigo. Este tipo de afirmaciones refuerza la narrativa del varón autosuficiente, estigmatiza la “debilidad” implícita en pedir ayuda y alimenta los obstáculos hermenéuticos, institucionales y culturales que impiden una correcta visibilización de las víctimas. Frente a ello, cabe proponer que la provisión de información clara y de programas de formación multinivel —en escuelas, universidades, centros de salud, espacios psicoterapéuticos, asociaciones y recursos comunitarios— podría contribuir a instalar una cultura de reconocimiento y de apoyo a estos supervivientes.

La situación se complejiza aún más en casos de violencia sexual en parejas del mismo sexo. La cultura dominante sigue vinculando la violencia casi exclusivamente a relaciones intergénero, situando a la mujer como principal víctima. Este sesgo dificulta el reconocimiento de la violencia entre varones y se ve reforzado por el peso de la masculinidad hegemónica, que dicta que un hombre “siempre” debería poder defender su integridad física y virilidad. A ello se suma el estigma homosexual, que conduce a interpretar estos episodios como propios de varones con conductas promiscuas. Las experiencias de Javi y Dani ilustran

las consecuencias de esta lógica, pues sufrieron victimización secundaria tanto en el ámbito sanitario como en el policial. La falta de credibilidad otorgada a los testimonios de los varones víctimas, junto con el aislamiento y la banalización —e incluso ridiculización— de sus experiencias, puede generar que no se sientan seguros para visibilizar la violencia sufrida, experimentando sentimientos de culpa y vergüenza.

En contextos de chemsex, las entrevistas confirmaron la existencia de estigmas específicos que se superponen a los anteriores. El consumo de sustancias, vinculado a la práctica sexual, genera un tabú adicional que conduce a discursos de culpabilización del tipo: “te lo buscaste tú”, “en el chemsex todo vale”, “sabías a lo que ibas”. Estos relatos, presentes en las experiencias recogidas, produjeron en varios supervivientes sentimientos de alejamiento, inferioridad y autoacusación, al ser considerados responsables por haber participado voluntariamente en contextos de consumo. Esto se observa claramente en el testimonio del participante número dos (P2) del grupo focal, quien señaló la confluencia de dos narrativas presentes en el chemsex: por un lado, el consumo de sustancias y los estigmas socioculturales asociados; y por otro, la sexualidad GBHSH, percibida como no normativa y promiscua.

Estas consideraciones resultan decisivas a la hora de analizar las diferencias y similitudes en los casos de varones víctimas de violencia sexual por parte de otros varones en los dos contextos estudiados. Entre las similitudes, destacan los mitos vinculados con la masculinidad, ya señalados previamente. Incluso en los contextos de chemsex se puede observar una reproducción de la masculinidad hegemónica y de las expectativas de género en torno a cómo “debería” ser y comportarse un varón. Andrés, por ejemplo, subrayó la importancia de no mostrarse como novatos al momento de iniciarse en el slamming; al trasladar esta lógica a los casos de violencia sexual, pueden emerger como elementos centrales el miedo a parecer débiles y la vergüenza de relatar lo ocurrido, factores que obstaculizan la verbalización y la búsqueda de ayuda.

Por otro lado, el fenómeno del chemsex presenta especificidades propias que marcan diferencias. Los estigmas vinculados al consumo de drogas pueden generar una narrativa social aún más culpabilizante hacia quienes practican chemsex y han sufrido violencia sexual en un guarri-chill. En estas situaciones, las víctimas pueden experimentar un sentimiento de culpa reforzado por una triple dimensión: ser varones pertenecientes a la comunidad GBHSH, haber padecido violencia sexual siendo propiamente un hombre y, además, haberla vivido en un contexto asociado al consumo voluntario de sustancias con fines de intensificación erótica.

Otro aspecto señalado por Alberto y Xavi fue la falta de lucidez provocada por las sustancias, que puede dificultar tanto la percepción como la narración posterior de los hechos. El temor a que el testimonio sea considerado poco fiable por haberse producido bajo los efectos de drogas constituye un obstáculo significativo para la denuncia y la verbalización. A ello se suma el mito de la promiscuidad homosexual, que en los entornos de chemsex se intensificaría aún más por el estigma y las narrativas que circulan alrededor de estas prácticas, configurando otro punto de diferencia relevante al comparar los contextos investigados.

De igual manera, al estudiar el consentimiento, la comunicación entre personas GBHSH y los símbolos compartidos en torno a la vivencia erótica, las entrevistas revelaron la ambivalencia que pueden ocurrir en un guarri-chills: por un lado, se reproducen modelos homonormativos basados en cuerpos musculados, culto a la virilidad, hipersexualidad, agresividad erótica y deseo inagotable, potenciados mediante el uso de sustancias; por otro, se pueden convertir en espacios de experimentación identitaria y erótica, en los que emergen deseos no normativos que la sobriedad quizás mantendría invisibles. Este doble registro muestra cómo el chemsex puede reproducir discriminaciones hacia cuerpos no normativos, pero también abrir horizontes de liberación erótica y de prácticas alternativas.

Estas consideraciones abren líneas de investigación que esta tesis solo ha podido rozar. La deconstrucción de una mirada paternalista, biomédica y criminalizante —muy presente especialmente en los inicios de la conceptualización del chemsex, aunque no solamente— y la apertura a perspectivas centradas en las vivencias y necesidades de las personas usuarias podrían constituir estrategias relevantes de reducción de riesgos y daños. La ONG Stop, desde un enfoque basado en derechos, prioriza precisamente la centralidad de las personas usuarias, entendiendo que son ellas quienes pueden orientar medidas y caminos investigativos con mayor pertinencia.

Un ejemplo significativo, ligado a esta centralidad del placer y de la experiencia erótica —que, como muestran los informes de Barcelona y Madrid, constituye la motivación más frecuente para iniciarse en el chemsex— es la “pirámide del placer”, mencionada por Leonardo. Esta propuesta no solo puede invitar a un acercamiento más consciente y saludable a la práctica, sino que puede orientar reflexiones sobre las formas de experimentar el placer en consonancia con los propios deseos. Profundizar en la erótica en contextos de chemsex podría permitir observar transformaciones en las dinámicas de interacción de la comunidad GBHSH, especialmente a medida que se incorporan —como muestran cada vez más investigaciones— personas trans y no binarias con experiencias y necesidades propias. Asimismo, resultaría relevante estudiar las sinergias entre los cambios socioculturales y

comunitarios y las formas de vivir y resignificar el chemsex. Dado que no se trata de un fenómeno monolítico ni estático, sino permeable a transformaciones sociales, es esperable que también la vivencia erótica cambie con el tiempo y que pueda abrir nuevas trayectorias de análisis.

Otras líneas de investigación sugeridas por los testimonios recopilan la necesidad de profundizar en las motivaciones de la violencia sexual entre varones, especialmente en torno al consentimiento y su gestión dentro de la comunidad GBHSH. Las narrativas tradicionales de la masculinidad dificultan la comunicación explícita del deseo, y el consentimiento, además, adquiere matices particulares en esta comunidad. Aplicar patrones normativos diseñados para realidades heterocentradas puede empobrecer la comprensión del fenómeno, especialmente considerando que, histórica y culturalmente, el cuerpo —más que la palabra— ha jugado un rol central en las dinámicas de consentimiento entre hombres GBHSH.

En conclusión, el presente trabajo de investigación implicó asimismo un proceso de deconstrucción personal para el propio investigador. Escuchar testimonios dolorosos, confrontar prejuicios heredados del sistema binario y patriarcal, cuestionar la legitimidad personal para dar voz a los entrevistados y lidiar con la vulnerabilidad derivada de no ser usuario de chemsex ni consumidor de sustancias, fueron experiencias que atravesaron la investigación. En este recorrido, resultó fundamental el trabajo grupal y la colaboración con asociaciones LGBTQIA+, con activistas y con voluntarios, quienes ofrecieron apoyo, escucha y redes de confianza. Del mismo modo, para los entrevistados, la posibilidad de contar con profesionales formados y con personas capaces de escuchar sin juzgar representó un elemento esencial en sus procesos de reconstrucción.

Este trabajo confirma que la violencia sexual entre varones —ya sea en contextos generales o asociados al chemsex— no puede comprenderse sin una crítica estructural a las narrativas de la masculinidad hegemónica y a los dispositivos sociales, culturales e institucionales que la sostienen. Deconstruir lo masculino significa desmontar mitos, estigmas y silencios, para abrir paso a marcos de reconocimiento y de acompañamiento que integren la pluralidad de experiencias masculinas. Esta transformación exige un compromiso individual y colectivo, una apuesta institucional y una revisión cultural profunda. Solo mediante una acción conjunta, sostenida en el tiempo y consciente de sus dificultades, será posible construir una sociedad donde los varones víctimas de violencia sexual no sean silenciados ni culpabilizados, sino reconocidos, apoyados y acompañados en el ejercicio pleno de su dignidad y de sus derechos fundamentales.

Bibliografía

Abdullah-Khan, N. (2008). *Male Rape. The Emergence of a Social and Legal Issue*, Palgrave Macmillan, New York.

Alsina, C. y Borrás Castanyer, L. (2009). *Masculinidad y violencia*, en Sagarra, M. y Carabí, À., *Nuevas masculinidades*, Icaria editorial, Barcelona, pp. 83-101.

Andrés, R. (2009). *La homosexualidad masculina, el espacio cultural entre masculinidad y feminidad, y pregunta ante una «crisis»*, en Sagarra, M. y Carabí, À., *Nuevas masculinidades*, Icaria editorial, Barcelona, pp. 121-132.

Armengol, J.M. (2022). *Reescritura de la masculinidad. Hombres y feminismo*, Alianza Editorial, Madrid.

Bernini, L. (2018). *Las teorías queer. Una introducción*, Ediciones Egales, Barcelona-Madrid.

Bonino, L. (2009). *Varones, género y salud mental: deconstruyendo la «normalidad» masculina*, en Sagarra, M. y Carabí, À., *Nuevas masculinidades*, Icaria editorial, Barcelona, pp. 41-64.

Bourdieu, P. (2000 [1998]) *La dominación masculina*, Editorial Anagrama, Barcelona.

Brison, S.J. (2021 [2002]). *Aftermath: Violence and the remarking of a self*, trad. it. por Piccolo, M.C., *Dopo la violenza. Lo stupro e la ricostruzione del sé*, Il Margine, Trento.

Burgio, G. (2021). *Fuori binario. Bisessualità maschile e identità virile*, Mimesis Edizione, Milano.

Butler, J. (1999 [1990]). *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, Routledge, New York.

Cabezas, A., Espín, E. y Menéndez, A. (2021). *Fuck violence: violencias en contextos chemsex*, ABD Asociación Bienestar y Desarrollo, Barcelona.

Canguilhem, G. (1971 [1943]). *Lo normal y lo patológico*, trad. es. por Potschart, R., siglo veintiuno argentina editores s.a., Buenos Aires.

Carabí, À. (2009). *Construyendo nuevas masculinidades: una introducción*, en Sagarra, M. y Carabí, À., *Nuevas masculinidades*, Icaria editorial, Barcelona, pp. 15-27.

Connell, R.W., *La organización social de la masculinidad*, en Valdés, T. y Olavarría, J. (1997). *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Ediciones de las mujeres. Isis Internacional, Chile, pp. 31-48.

Connell, R.W. (2003 [1995]). *Masculinidades*, trad. es. por Artigas, I. Ma., Universidad Nacional Autónoma de México.

Connell, R.W. y Messerschmidt, J. W. (Dec. 2005). Hegemonic Masculinity: Rethinking the Concept. *Gender and Society*, 19 (6), pp. 829-859, trad. es. por de Barbero de Stéfano, M. y Morcillo, S. (2021). Masculinidad hegemónica. Repensando el concepto. *Revista del Laboratorio Iberoamericano para el Estudio Sociohistórico de las Sexualidades*, n. 6, Sevilla, pp. 32-62.

De Leo, M. (2021). *Queer. Storia culturale della comunità LGBT+*, Giulio Einaudi editore, Torino.

Despentes, V. (2018). *Teoría King Kong*, trad. es. por Preciado, P.B., Penguin Random House Grupo Editorial, Barcelona.

De Stéfano Barbero, M. (2018). Apuntes sobre homofobia e intersubjetividad masculina en la articulación entre la violencia inter e intra-género. *Reflexiones de un presente feminista*, 1(2);https://www.academia.edu/37162871/Apuntes_sobre_homofobia_e_intersubjetividad_masculina_en_la_articulaci%C3%B3n_entre_la_violencia_inter_e_intra_g%C3%A9nero.

Douglas, R.M. (2021) The US Army and Male Rape during the Second War World. *Journal of Contemporary History*, vol. 56, n. 2, pp. 268-293.

Fausto-Sterling, A. (2006). *Cuerpos sexuados. La política de género y la construcción de la sexualidad*, trad. es. por García Leal, A., Editorial Melusina, Barcelona.

Ferguson, J. M. (2013). Queering Methodologies: Challenging Scientific Constraint in the Appreciation of Queer and Trans Subjects. *The Qualitative Report*, vol. 18, n. 13, pp. 1-13. DOI: <https://doi.org/10.46743/2160-3715/2013.1539>.

Fernández Alonso, C., Quintela Jorge, Ó., Ayudo Tejedor, S., Santiago-Sáez, A.E. y González Armengol, J.J. (2019). Intoxicación aguda por nuevas drogas de abuso en probables casos de sumisión química oportunista o mixta y ChemSex en pacientes con VIH atendidos en urgencias. *Emergencias*, vol. 31, n. 4, pp. 289-290.

Fernández-Dávila, P. (2016). “Sesión de sexo, morbo y vicio”: una aproximación holística para entender la aparición del fenómeno ChemSex entre hombres gays, bisexuales

y otros hombres que tienen sexo con hombres en España. *Revista Interdisciplinar del SIDA*, vol. 4, n. 7, pp. 41-65.

Fernández-Dávila, P. (2021). ¿Se puede hablar realmente de actos de “violencia sexual” en los contextos de chemsex? Reflexiones desde los entendimientos de los hombres que practican ChemSex y la cultura sexual gay. *Health and Addictions/Salud y Drogas*, vol. 21, n. 1, 124-137. DOI: 10.21134/haaj.v21i1.538.

Fernández, L., Masanet, M.J. y Villanueva Baselga, S. (2023). Porn as informal digital sexual education? Challenges and opportunities from the youth in Catalonia. *Género, Diversidade Sexual e Direitos Humanos*, VII Congresso Internacional Sexualidade e Educação Sexual, Coimbra, pp. 53-56.

Flick, U. (2007). *Introducción a la investigación cualitativa*, Ediciones Morata, Madrid.

Florêncio, J. (2021). Chemsex cultures: Subcultural reproduction and queer survival. *Sexualites*, vol. 26, n. 5, pp. 1-18. DOI: <https://doi.org/10.1177/1363460720986922>

Fricke, M. (2007). *Epistemic Injustice. Power and The Ethics of Knowing*, Oxford University Press, New York.

Gallardo Esclapez, I. (2023). Re-pensar el chemsex: un enfoque posestructuralista. *Revista del Laboratorio Iberoamericano para el Estudio Sociohistórico de las Sexualidades*, n. 9, pp. 35-59. DOI: 10.46661/relies.8000.

García-Mingo, E. y Díaz Fernández, S. (2022). *Jóvenes en la Manosfera. Influencia de la misoginia digital en la percepción que tienen los hombres jóvenes de la violencia sexual*. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud, Fundación Fad Juventud. DOI: 10.5281/zenodo.7221159.

Gasparri, L. (2020). *Perché il femminismo serve anche agli uomini*, Geca Industrie Grafiche, Milano.

Gaudette, Y., Flores-Aranda, J. y Heisbourg, E. (2022). Needs and experiences of people practising chemsex with support services: toward chemsex-affirmative interventions. *Journal of Men's Health*, vol. 18, n. 12, pp. 57-67. DOI: 10.22514/jomh.2022.003.

Gilmore, D.G. (1994). *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*, trad. es. por Ducher, P., Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona.

Gómez García, B. y Rebollo Norberto, J. (2011). *Informe sobre la situación de la violencia entre parejas del mismo sexo. Datos sobre violencia intragénero: Casos atendidos y derivados y datos de las encuestas a grupos dentro de la comunidad LGTB*. Colectiu

Lambda de lesbianes, gays, transsexuals i bisexuals pertenciente a la Federaci3n Estatal de Lesbianas, Gays, Transexuales y Bisexuales (FELGBT). <https://felgtb.org/wp-content/uploads/2020/05/informe-2011-sobre-violencia-intragenero>

Grupo de Trabajo sobre Tratamiento del VIH (ONG de desarrollo), (2021) *Slamming. Gu3a para la reducci3n de da1os asociados al uso de drogas inyectables en las sesiones de sexo* (2^a Edici3n), Gr3fiques Cusc3, Barcelona.

Guasch, O. (1993). Para una sociolog3a de la sexualidad. *Revista Espa1ola de Investigaciones Sociol3gicas (Reis)*, n. 64, pp. 105-121. DOI: <https://doi.org/10.5477/cis/reis.64.105>.

Guasch, O. (2016). Comercio sexual entre varones: el modelo *outdoor* en la Espa1a franquista. *Sociolog3a Hist3rica*, n. 6, pp. 319-345.

Halley, J. (2016). Currents: Feminist Key Concepts and Controversies. The Move to Affirmative Consent. *Journal of Women in Culture and Society*, vol. 42, n. 1, pp. 257-78.

Herrero Mej3as, O. (2018). *Agresores sexuales. Teor3a, evaluaci3n y tratamiento*, Editorial S3ntesis, Madrid.

hooks, b. (2004). *The Will to Change. Men, Masculinity, and Love*, Atria Books, New York.

3ncera D., G3mez M., Ibarguchi L., Garc3a A., Zaro I. y Alonso A. (2022). *APROXIMACI3N AL CHEMSEX 2021: encuesta sobre h3bitos sexuales y consumo de drogas en Espa1a entre hombres GBHSH*, Apoyo Positivo e Imagina M3s, Madrid.

Jackman, M. C. (2010) *The Trouble with Fieldwork: Queering Methodologies*, en Browne, K. y Nash, C.J. *Queer Methods and Methodologies. Intersecting Queer Theories and Social Science Research*. Ashgate Publishing Limited, UK, pp. 113-128.

Javaid, A. (2015). The Dark Side of Men: The Nature of Masculinity and Its Uneasy Relationship with Male Rape. *Journal of Men's Studies*, vol. 23, n. 3, pp. 271-292. DOI: 10.1177/1060826515600656.

Javaid, A. (2017a). In The Shadows: Making Sense of Gay Male Rape Victims' Silence, Suffering, and Invisibility. *International Journal of Mental Health*, vol. 29, n. 4, pp. 279-291. DOI: 10.1080/19317611.2017.1309484.

Javaid, A. (2017b). 'The penis is a weapon of power': a feminist and hate crime interpretation of male sexual victimisation. *International Journal for Masculinity Studies*, vol. 13, n. 1, pp. 23-40. DOI: 10.1080/18902138.2017.1319708.

Javaid, A. (2017c). Forgotten victims: students' attitudes towards and responses to male sexual victimisation. *Journal of Sexual Aggression*, vol. 23, n. 3, pp. 338-350. DOI: 10.1080/13552600.2017.1362272.

Javaid, A. (2018a). 'Poison ivy': Queer masculinities, sexualities, homophobia and sexual violence. *European Journal of Criminology*, vol. 15, n. 6, pp. 748-766. DOI: 10.1177/1477370818764834.

Javaid, A. (2018b). The interconnectedness of chemsex, drugs, sexual promiscuity and sexual violence. *Irish Journal of Sociology*, vol. 26, n. 2, pp. 183-207. DOI: 10.1177/0791603518773703.

Kaufman, M. (1997). *Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres*, en Valdés, T. y Olavarría, J., *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Ediciones de las mujeres. Isis Internacional, Chile, pp. 63-81.

Kiss, L., Quinland-Davidson, M., Pasquero, L., Ollé Tejero, P., Hogg, C., Theis, J., Park, A., Zimmerman, C. y Hossain, M. (2020). Male and LGBT survivors of sexual violence in conflict situations: a realist review of health interventions in low-and middleincome countries. *Conflict and Health*, vol. 14, n. 11, pp. 1-26. DOI: 10.1186/s13031-020-0254-5.

Langarita, J. A. (2015). *En tu árbol o en el mío. Una aproximación etnográfica a la práctica del sexo anónimo entre hombres*, Edición Bellaterra, Barcelona.

Leyva-Moral, J. M., Aguayo-González, M., Mora, R., Villegas, L., Gómez-Ibañez, R., Mestres-Soler, O., Maldonado-Alia, R., Lorente, N. y Folch, C. (2024). Chemsex en Barcelona: Estudio cualitativo sobre factores asociados a la práctica, percepción del impacto en salud y necesidades de prevención. *Adicciones*, vol. 36, n. 2, pp. 189-198. DOI: <https://doi.org/10.20882/adicciones.1790>.

Llamas, R. (1995). *Construyendo sidentidades. Estudios desde el corazón de una pandemia*, Siglo XXI Editores España, Madrid.

Louis, E. (2018). *Historia de violencia*, trad. es. por Fajardo, José Manuel, Ediciones Salamandra, Barcelona.

Lo Zito, B. (2022). *No significa No. Creare una cultura del consenso per combattere la cultura dello stupro*, Erik (Collana BookBlock), Torino.

Marqués, J.V. (1997). *Varón y patriarcado*, en Valdés, T. y Olavarría, J. *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Ediciones de las mujeres. Isis Internacional, Chile, pp. 17-30.

- Martín, G.J. (2024). *Grindrburgo (y otros barrios)*, Roca Editorial, Barcelona.
- Mieli, M. (2022^s [1977]). *Elementi di critica omosessuale*, Giangiacomo Feltrinelli editore, Milano
- Milhet, M., Shah, J., Madesclaire, T. y Gaissad, L. (2019). Chemsex Experiences: narratives of pleasure. *Drugs and Alcohol Today*, vol. 19, n. 1, pp. 11-22. DOI: <https://doi.org/10.1108/DAT-09-2018-0043>.
- Motterle, L. y Roca, J. (2023). *Estrategias, dudas y apuestas clandestinas. El trabajo de campo en las agencias de citas y en las páginas web eróticas de pago*, en Jubany, O., Roca, J. y Mancinelli, F. *Categorías desbordadas. Cuestionando etiquetas, jerarquías y alteridades*, Bellaterra Edicions, Manresa, pp. 105-131.
- Muehlenhard, C. L., Humphreys, T. P., Jozkowski, K. N. y Peterson, Z. D. (2016). The Complexities of Sexual Consent Among College Students: A Conceptual and Empirical Review. *The Journal of Sex Research*, vol. 53, n. 4, pp. 457-487. DOI: <http://dx.doi.org/10.1080/00224499.2016.1146651>.
- Pacilli, M.G. (2020). *Uomini duri. Il lato oscuro della mascolinità*, Il Mulino, Bologna.
- Paniagua Izquierdo, R. y Dujo, V. (2022a). Agresiones sexuales bajo sumisión química en contexto de ChemSex: una revisión sistemática. *Libro de Actas XIV Congreso Inter(Nacional) de Psicología Jurídica y Forense*, Madrid, pp. 176-178.
- Paniagua Izquierdo, R., Morales Aser, Á. y Cobos Cañas, J. (2022b). Agresiones sexuales en contexto de ChemSex: pautas de evaluación pericial desde una perspectiva multidisciplinar. *Psicopatología Clínica, Legal y Forense*, vol. 22, n. 1, pp. 211-237.
- Pérez, Y. (abril 2017). California define qué es “consentimiento sexual”. *Sexualidad, Salud y Sociedad, Revista Latinoamericana*, n. 25, pp. 113-133. DOI: 10.1590/1984-6487.sess.2017.25.06.a.
- Preciado, P. B. (2002). *Manifiesto contra-sexual*, trad es. por Díaz, J. y Meloni, C., Editorial Opera Prima, Madrid.
- Preciado, P. B. (2009). *Terror anal: apuntes sobre los primeros días de la revolución sexual*, en Hocquenghem, G. *El deseo homosexual*, trad. es. por Huard de la Marre, G., Editorial Melusina, pp. 133-172.
- Preciado, B.P. (2008). *Testo yonqui*, Editorial Espasa Calpe, Madrid.

Przybylo, E. (2016). *Introducing asexuality, unthinking sex*, en Fisher, N.L. y Seidman, S., *Introducing the New Sexuality Studies*, Routledge, London, pp. 181-191.

Przybylo, E. (2014). *Masculine Doubt and Sexual Wonder. Asexually-Identified Men Talk About Their (A)sexualities*, en *Asexualities Feminist and Queer Perspectives*, editado por Karli June Cerankowski, Megan Milks, pp. 225-246.

Race, K., Murphy, D., Pienaar, K. y Lea, T. (2021). Injecting as a sexual practice: Cultural formations of 'slamsex'. *Sexualities*, vol. 26, pp. 620-637. DOI: 10.1177/1363460720986924.

Rial, A., García-Couceiro, N., Gómez, P., Braña, T. y Isorna, M. (2023). Menores y agresiones sexuales facilitadas por drogas: Entre la sumisión y la vulnerabilidad química. *Adicciones*, vol. 36, n. 3, pp. 317-328. DOI: <https://doi.org/10.20882/adicciones.1871>.

Rinaldi, C. (2020). *Uomini che si fanno pagare. Genere, identità e sessualità nel sex work maschile tra devianza e nuove forme di normalizzazione*, DeriveApprodi srl, Roma.

Rooke, A., *Queer in the Field: On Emotions, Temporality and Performativity in Ethnography*, en Browne, K. y Nash, C.J. (2010). *Queer Methods and Methodologies. Intersecting Queer Theories and Social Science Research*, Ashgate Publishing Limited, UK, pp. 25-40.

Rumney, P.N.S. (2009). Gay male rape victims: law enforcement, social attitudes and barriers to recognition. *The International Journal of Human Rights*, v. 13, n. 11, pp. 233-250. DOI: 10.1080/13642980902758135.

Sáez, J. y Carrascosa, S. (2011). *Por el culo. Políticas anales*, Editorial EGALES, Barcelona – Madrid.

Sanfélix, J. (2020). *La brújula rota de la masculinidad*, tirant humanidades, Valencia.

Scarce, M. (1997). *Male on Male Rape. The Hidden Toll of Stigma and Shame*, Perseus Publishing, Cambridge.

Selvatico, E. (2018). Colpa, vergogna e pudore nell'identità della vittima di violenza sessuale. *Politics. Rivista di Studi Politici*, vol. 1, n. 9, pp. 65-84.

Shumlich, E.J. y Fisher, W.A. (2018). Affirmative sexual consent? Direct and unambiguous consent is rarely included in discussions of recent sexual interactions. *The Canadian Journal of Human Sexuality*, v. 27, n. 3, pp. 248-60. DOI: 10.3138/cjhs.2017-0040.

Soriano, R. (2017). El Chemsex y sus vínculos con el uso de aplicaciones de geolocalización entre hombres que tienen sexo con hombres en España: Un análisis etnográfico virtual. *Revista Multidisciplinar del Sida*, v. 5, n. 11, pp. 8-20. ISSN-e 2340-3365.

Soriano Ocón, R. (2022). El fenómeno del chemsex: claves para mejorar la respuesta institucional. *Revista Española de Drogodependencias*, vol. 47, n. 3, pp. 5-13, ISSN 0213-7615.

STOP Sida, CEEISCat, Coalition PLUS, Universidad Autónoma de Barcelona, CIBERRESP. (2020). *Consumo recreativo de drogas y su uso sexualizado (chemsex) en hombres gay, bisexuales y otros hombres que tienen sexo con hombres (GBHSH) de España*. (Estudio HOMOSALUD 2021), Barcelona.

Valdés, T. y Olavarría, J. (1997). *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Ediciones de las mujeres. Isis Internacional, Chile.

Valenzuela, C. (2015). El pasivo como *chingado*: reflexiones sobre una posición sexual/social condenada en el marco de la masculinidad latinoamericana. *Revista Contenido. Cultura y Ciencias Sociales*, n. 6, pp. 74-86.

Villanueva Baselga, S., Mora, R. y Villegas, L. (2024). A practice already in use: a snapshot survey on the use of doxycycline as a preventive strategy (Doxy-PEP and Doxy-PrEP) in the GBMSM population in Spain. *Infection*, n. 53, pp. 437-441.

Welzer-Lang, D. (2006), *Maschi e altri maschi. Gli uomini e la sessualità*, Giulio Einaudi editore, Torino.

Welzer-Lang, D. (2021). A construção do masculino: A construção do masculino: A construção do masculino: dominação das mulheres e dominação das mulheres e homofobia, en *Estudos Feministas*, año 9, 2º semestre, pp. 460-82.

Zupi, M. y Hassan, S. (2013). *La Convenzione del Consiglio d'Europa sulla prevenzione e la lotta contro la violenza nei confronti delle donne e la violenza domestica (Convenzione di Istanbul)*, curado por CeSPI (Centro Studi di Politica Internazionale).

Tesis doctorales citadas

Martín Vela, J. A. (2023). *Videojuegos, género y masculinidades* (Tesis doctoral inédita). Universidad Autónoma de Madrid, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto Universitario de Estudios de la Mujer (IUEM).

Santos Velado, D. (2024). *La invisibilidad de la masculinidad en los videojuegos mainstream* (Tesis doctoral inédita). Universidad Autónoma de Madrid, Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Filología Clásica.

Páginas web consultadas

<https://www.amnesty.it/appelli/il-sesso-senza-consenso-e-stupro/>

<https://stopsida.org/>

<https://energycontrol.org/tiposustancia/sustancias-principales/>

<https://www.arag.es/blog/derecho-penal/cual-es-la-diferencia-entre-violacion-y-abuso-sexual/>

<https://www.eduxo.it/2020/07/14/differenza-tra-stupro-molestia-abuso-e-violenza-sessuale/>

https://www.eldiario.es/sociedad/cronologia-manada_1_2152712.html

<https://controllingchemsex.com>

<https://elpais.com/planeta-futuro/2022-03-18/los-hombres-violados-en-la-guerra-de-colombia-rompen-el-silencio.html>

<https://www.fanpage.it/esteri/ucraina-stupri-anche-su-ragazzi-e-uomini-lallarme-onu-hanno-paura-di-denunciare/>

<https://www.globalist.it/world/2022/03/24/ucraina-gli-stupri-di-guerra-sugli-uomini-sono-un-tabu-lesperto-spiega-il-perche/>

<https://www.es.amnesty.org/en-que-estamos/blog/historia/articulo/10-preguntas-sobre-la-homofobia-transfobia-y-bifobia/>

<https://www.barcelonaturisme.com/wv3/es/agenda/14655/circuit-festival.html>

<https://lampoonmagazine.com/article/2023/09/29/sessualita-kinky-vanilla-bdsm-pratiche-significato/>

<https://controllingchemsex.com/>

Anexo I

Con respecto a las preguntas dirigidas a las personas del primer bloque —es decir, aquellas referidas a situaciones de violencia sexual en contextos no vinculados con el chemsex—, estas se dividieron en dos categorías: preguntas dirigidas a profesionales y preguntas dirigidas a personas que han sufrido violencia. A continuación se presentan ambos bloques de preguntas. Se transcribieron en su versión original en italiano, dado que la mayoría de ellas fueron formuladas en este idioma:

1. Viviamo in una società in cui il privilegio è ancora in mano agli uomini e in cui l'immagine stessa di cosa vuol dire essere un "vero uomo" è ancora legata a valori quali la forza, l'aggressività, la competitività, la virilità, ecc. Questa stessa immagine della mascolinità, purtroppo, rende quasi impensabile —a livello socioculturale— che un uomo possa essere vittima di una violenza di natura sessuale. Secondo voi, esistono sufficienti servizi che vengono offerti a queste vittime?

2. Se un uomo si presentasse nel Vostro centro antiviolenza, quali sarebbero le procedure che adattereste? Sarebbero le medesime che applichereste alle violenze nei confronti del femminile o ritenete che ci sia bisogno di adottare differenti dinamiche assistenziali?

3. Si potrebbe dire che mancano sportelli di assistenza per gli uomini vittime di violenza o ce ne sono? In caso di risposta negativa, quali potrebbero essere le motivazioni di tale assenza?

4. Ritiene ci sia una differenza qualora un uomo soffra una violenza sessuale da parte di un altro uomo oppure da parte di una donna?

5. Andando più nello specifico, qual è il Suo primo pensiero qualora le capitasse un uomo a chiedere aiuto? Lo tratterebbe al pari delle altre sopravvissute?

6. Quali pensa che siano i pregiudizi più comuni non appena si pensa alle violenze sessuali nei confronti degli uomini? Pensa che siano delle cose che non accadono o, in un certo modo, subiscono un'invisibilità forzata?

7. Organizzate anche dei corsi di formazione e di sensibilizzazione e autocoscienza sul consenso e sulla salute affettivo-sessuale? Se sì, come viene trattato il tema della mascolinità e delle eventuali violenze sessuali verso gli uomini?

8. Cosa bisognerebbe fare, secondo lei, per migliorare l'assistenza nei confronti di questi "sopravvissuti"? Quali strategie bisognerebbe mettere in atto?

Y las preguntas a las personas sobrevividas:

1. Domanda per rompere il ghiaccio. Parlami un po' di te, come stai? Cosa stai facendo in questo momento?
2. Mi puoi parlare della tua esperienza personale? Come hai conosciuto questa persona o persone? Come si comportava/comportavano con te?
3. Quando e come è accaduto il tutto?
4. Come ti sei sentito dopo e cosa hai fatto? Hai chiesto aiuto? Ti sei confidato? Quali erano le tue principali paure al riguardo?
5. Come ti sei sentito trattato da un punto di vista sanitario e legale? Sempre che tu abbia cercato aiuti da quel punto di vista?
6. Ti sei sentito colpevolizzato o giudicato per quello che ti è accaduto? Secondo te, quali sono i pregiudizi su cui si concentra l'intorno quando sente parlare di questi tipi di violenza?
7. Secondo te vi è una differenza di trattamento se l'uomo abusato fa parte della comunità LGBTQIA+ o se è eterosessuale?
8. Secondo te, cosa bisognerebbe fare a livello micro (nel caso degli individui singoli) e a livello macro (di coscienza collettiva e sociale) per edificare una società più aperta, empatica e tollerante, che riconosce e non discrimina?

En cuanto al segundo bloque —centrado en situaciones de violencia sexual en contextos de chemsex—, se recogen a continuación las preguntas realizadas, comenzando por las formuladas durante el grupo focal del 13 de junio de 2024:

1. ¿Qué significa para cada uno de vosotros el chemsex? ¿Cómo fue vuestro proceso de acercamiento al chemsex, según la definición que cada uno de vosotros le da?
2. ¿Existen cuerpos considerados más deseables a la hora de practicar *chemsex*? ¿Se producen situaciones de discriminación o de selección sobre la base de elementos físicos o corporales, reproduciendo así, también en estos contextos, la normatividad y el modelo viril?
3. ¿Cómo se gestiona la comunicación en un chill? ¿Cómo expresáis lo que os gusta y lo que no os gusta? ¿Se habla abiertamente de ello o no?
4. ¿Existe una exposición de los límites? Y, en caso afirmativo, ¿en qué momento suele hacerse?
5. ¿Qué tipologías de violencias pueden darse en los contextos de chemsex? ¿Existen perfiles de personas identificables, condiciones de vulnerabilidad o signos de alarma que hagan aumentar el riesgo?

6. ¿Cuáles suelen ser las reacciones individuales —por parte de quienes sufren violencia— y las reacciones sociales —por ejemplo, en el momento de hablarlo o denunciarlo? ¿Qué estereotipos, narrativas, tabúes u obstáculos pueden encontrarse las personas a la hora de expresarlo, hasta el punto de llegar a silenciarlo?

El grupo focal contó con un conjunto de preguntas más estructurado, dado que era necesario garantizar que las seis personas participantes pudieran expresarse con libertad. La co-conducción del encuentro resultó fundamental para organizar los tiempos del debate y asegurar el avance hacia las distintas cuestiones, respetando la duración total de dos horas prevista para la sesión. En el caso de las entrevistas individuales, las preguntas variaban en función de la historia de vida de cada participante, con el fin de otorgar la máxima libertad en la narración de experiencias, en ocasiones muy difíciles de relatar. No obstante, existía un guion orientativo que sirvió de marco general para conducir la conversación:

1. ¿Qué significa para ti el chemsex y cómo te acercaste a él? ¿Cuándo fue tu primer contacto con las drogas? ¿Estaba este contacto directamente relacionado con el chemsex o el chemsex llegó después?
2. ¿Qué es lo que te gusta o te gustaba cuando consumes o consumías drogas? ¿Qué sensaciones te produce o producía?
3. En tu opinión, ¿existe un estereotipo masculino que se busca en los contextos de chemsex? ¿Cómo viviste tu masculinidad dentro de una sesión? ¿Consideras que se reproduce un modelo masculino viril y hegemónico?
4. ¿Has tenido alguna vez la sensación de superar un límite o de que otras personas lo superaran en relación con prácticas sexuales, consumo de sustancias u otros aspectos?
5. ¿Cómo gestionas la comunicación, la negociación y el consentimiento antes o durante una sesión?
6. En relación con la violencia en los chills, ¿cuáles crees que son los factores o motivaciones que pueden llevar a una situación de violencia? ¿Te ocurrió alguna vez que alguien ejerciera violencia sobre ti o sobre otras personas en un chill? ¿Qué sentiste y cómo reaccionaste? ¿Lo compartiste con alguien o buscaste ayuda?
7. ¿Piensas que existen obstáculos, estereotipos o formas de discriminación a la hora de denunciar una situación de violencia sexual en un contexto de chemsex?
8. ¿Qué sería necesario, a nivel social, para dar la justa visibilidad a esta cuestión?

Con respecto a las preguntas sobre violencia en contexto chemsex dirigidas a personas expertas, psicólogos y sexólogos se añade:

1. ¿Cuáles consideras que son los factores de vulnerabilidad y las motivaciones que pueden dar lugar a la violencia sexual en un contexto de chemsex?
2. ¿En qué medida influyen la construcción y la narrativa de la masculinidad, así como la homonormatividad, en estas situaciones? ¿Qué papel desempeñan la falta de comunicación y de consentimiento?
3. ¿Cuáles dirías que son los tabúes, estereotipos y formas de discriminación que rodean la violencia sexual en contextos de chemsex?
4. ¿Qué necesita una persona que ha sobrevivido a una violencia sexual en un contexto de chemsex y cuáles deberían ser las principales etapas terapéuticas para brindarle apoyo?